I'm not robot	TO A DTOLLA
	reCAPTCHA

I am not robot!

## El libro del diablo codex gigas pdf

—Pues ahora se acabó —dijo Cyprian, cerró los puños y asestó un tremendo golpe en la sien de su adversario.



No he podido advertirte, lo siento. —Creí que agonizabas —dijo ella, tratando de no llorar. —Lo siento —dijo él por tercera vez. Agnes se echó a llorar. —Creí... —balbuceó— y de repente supe...



-Lo siento. Se trataba de que ellos lo creyeran. No he podido advertirte, lo siento. -Creí que agonizabas —dijo élla, tratando de no llorar. -Lo siento —dijo él por tercera vez.

Agnes se echó a llorar. -Creí... —balbuceó— y de repente supe.... iy me dolió muchísimo! —Chitón —dijo Cyprian acercándose un paso a ella; luego se detuvo—.

No quiero asustarte, pero no habría logrado acabar con todos ellos juntos. -Tu mano... el esputo pareció auténtico. -Se limpió la mano en el pantalón y examinó sus nudillos. -Esto es de verdad —dijo, y se chupó los nudillos. —Maldito sea, Cyprian, pedazo de idiota —le espetó ella—. ¿Cómo has podido hacerme creer que estabas a punto de morir? ¡Eso no se hace, no entre amigos! Cyprian se encogió de hombros y dejó de chuparse los nudillos. Agnes se acercó a él; en su interior se arremolinaban el alivio, la alegría, la rabia y el miedo soportado. Sabía que sólo existía un modo de superarlo: tocar a Cyprian, agarró su mano herida y la examinó. — 140 — ¡Dios mío, qué mas la jeven le empapaba el jubón de lágrimas, él le acarcició el cabello hasta que se tranquilizó. Por fin Agnes alzó la mirada y contempló sus ejos brillantes, su rostro ancho y juntones de sus labios y entones sintió que todo es usa lab

El camino a la Cuesta de Santo Dpmingo le era tan familiar que habría podido encontrarlo a ciegas. «Tal vez pronto tendrás que encontrarlo a ciegas —murmuró una voz en su interior—, hace apenas un año que volviste a hacerte corregir los anteojos.» — 142 — Ante la estatua de san Fermín habían montado un altar; la misa ya había sido celebrada, pero todavía había gente charlando a su alrededor. Tenían los rostros acalorados, era el tercer día de los sanfermines y nueve días más de festividades y sangre de toros esperaban a los pamplónicas, pero las callejuelas de su ciudad ya apestaban como la tienda de una prostituta en un campamento militar, alemán. El padre Hernando se puso las gafas y echó un vistazo en torno.



—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Por desgracia no he podido evitar que te agarrara de los cabellos... —Creí que la peste acababa contigo —dijo Agnes. Fue lo primero que se le ocurrió. —Lo siento. Se trataba de que ellos lo creyeran. No he podido advertirte, lo siento. —Creí que agonizabas —dijo ella, tratando de no llorar. —Lo siento —dijo él por tercera vez. Agnes se echó a llorar. —Creí... —balbuceó— y de repente supe... ¡y me dolió muchísimo! —Chitón —dijo Cyprian acercándose un paso a ella; luego se detuvo—. No quiero asustarte, pero no habría logrado acabar con todos ellos juntos. —Tu mano... el esputo sanguinolento.... Cyprian se miró la mano- Los nudillos estaban en carne viva. Giró la mano con la palma hacia arriba. —Cuando caí de rodillas por primera vez, restregué la mano contra una piedra ensangrentada. Al toser, sólo tuve que escupir en la mano y el esputo pareció auténtico. —Se limpió la mano en el pantalón y examinó sus nudillos—. Esto es de verdad —dijo, y se chupó los nudillos. —Maldito sea, Cyprian, pedazo de idiota —la esputó ella—

¿Cómo has podido hacerme creer que estabas a punto de morir? ¡Eso no se hace, no entre amigos! Cyprian se encogió de hombros y dejó de chuparse los nudillos. Agnes se acercó a él; en su interior se arremolinaban el alivio, la alegría, la rabia y el miedo soportado. Sabía que sólo existía un modo de superarlo: tocar a Cyprian.



—preguntó—. Por desgracia no he podido evitar que te agarrara de los cabellos... —Creí que la peste acababa contigo —dijo Agnes. Fue lo primero que se le ocurrió. —Lo siento. —Creí que agonizabas —dijo ella, tratando de no llorar. —Lo siento —dijo él por tercera vez. Agnes se echó a llorar. —Creí... —balbuceó— y de repente supe... ¡y me dolió muchísimo! —Chitón —dijo Cyprian acercándose un paso a ella; luego se detuvo—. No quiero asustarte, pero no habría logrado acabar con todos ellos juntos. —Tu mano... el esputo sanguinolento.... Cyprian se miró la mano- Los nudillos estaban en carne viva. Giró la mano con la palma hacia arriba. —Cuando caí de rodillas por primera vez, restrequé la mano contra una piedra ensangrentada. Al toser, sólo tuve que escupir en la mano y el esputo pareció auténtico. —Se limpió la mano en el pantalón y examinó sus nudillos—. Esto es de verdad —dijo, y se chupó los nudillos.



Agnes y Cyprian intercambiaron una mirada. Cyprian ya había contado la historia al menos cinco veces. Los niños se echaron a reír.

-¿Te encuentras bien? —preguntó—.

Por desgracia no he podido evitar que te agarrara de los cabellos... —Creí que la peste acababa contigo —dijo Agnes. Fue lo primero que se le ocurrió. —Lo siento. —Creí ... —balbuceó— y de repente supe... ¡y me dolió muchisimo! —Chitón —dijo Cyprian acercándose un paso a ella; luego se detuvo—.

No quiero asustarte, pero no habría logrado acabar con todos ellos juntos. —Tu mano... el esputo sanquinolento... Cyprian as emiró la mano con la palma hacia arriba. —Cuando caí de rodillas por primera vez, restegué la mano contra una piedra ensangrentada. Al toser, sólo tuve que escupir en la mano y el esputo pareció auténtico. —Se limpió la mano en el pantalón y examinó sus nudillos. —Bato se de verdad —dijo, y se chupó los nudillos. —Alditio sea, Cyprian, pedazo de idiota —le espetto pareció auténtico. —Se limpió la mano en el pantalón y examinó sus nudillos. —Bato de diota — le cospetó ella—. ¿Cómo has podido hacerme creer que estabas a punto de morir? ¡Eso no se hace, no entre amigos! Cyprian se encogió de hombros y dejó de chuparse los nudillos. Agnes se acercó a di; en su interior se arremolinaban el alivio, la alegría, la rabia y el miedo soportado. Sabía que sólo existía un modo de superarlo: tocar a Cyprian. Agarró su mano herida y la examinó. ... — 140 — "¡Dios mío, qué mal aspeto tienel — ¿Cómo has podido hacerme creer que estabas a punto de la púben de lágrians, el la exarció el cabellos cortos, las muescas en las comisuras de su labios y el corriste hacia ado su la carció el cabellos cortos, las muescas en las comisuras de su labios y el corriste hacia aquí? — preguntó él. Al recordar las frías palabras del hombre en la sala de su casa y las respuestas de su padre, una tenaza de hielo le apreció a corriste hacia aquí? — preguntó él. Al recordar las frías palabras del hombre en la sala de su casa y las respuestas de su padre, una tenaza de hielo le apreció a la impulso a huir como la confirmación de lo que había temido en le fondo de su alma. Pero su corazón se adelantó a

han hecho apuestas sobre el último día de los sanfermines: ¿quién logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus corrales y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus correles y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus correles y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus correles y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus correles y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus correles y atraviesen la ciudad? A quien logrará correr durante más tiempo delante de los toros cuando salgan de sus correles y atraviesen la ciudad de los toros correles y atraviesen la ciudad de los toros cuando salgan de los toros correles y atraviesen la ciudad

sacrilegio, pero no dispone de información precisa y no se pone de acuerdo con respecto a cómo proceder y si cabe proceder. Por eso es probable que el asunto se lleve a cabo y después todos se pelearán aún más por no haberlo impedido de inmediato. —Nos referimos al otro asunto —dijo el cardenal Ma-druzzo, —Sabe exactamente a qué nos referimos —dijo el cardenal de Gaete—, y creo que tengo claro qué pretende decirnos con su historia. —El Santo Padre de Roma sigue intentando averiguar de qué murió su antecesor. Sus Santidades Gregorio XIV y Urbano VII eran amigos cuando todavía eran cardenales. Pese a sus numerosas dolencias y su mala salud, el Santo Padre se esforzó por descubrir la causa. —¿Además de sus esfuérzaos por prohibir las apuestas acerca de los resultados de la elección de cardenal Madruzzo. —Tranquilizaos, Madruzzo —dijo de Gaete—. Ya es suficiente con que nuestro amigo Facchinetti obstruya nuestros esfuerzos y albergue miles de escrúpulos.

No permitáis que una envidia mezquina os aleje de nuestros planes importantes y reduzca vuestra capacidad de opinar.

fechas o que nos informara acerca de su viaje a Praga —dijo, y le tendió el rollo de papel a de Gaete. El anciano cardenal rozó el sello con el dedo como sin querer y el padre Hernando procuró no sonreír. «Benditos sean mi destreza, la llama de una vela y un cuchillo delgado como una hoja», pensó. No había podido leer el mensaje cifrado, pero dispuso del tiempo suficiente para copiarlo durante el trayecto de Madrid a Pamplona, donde debido a los sanfermines la reunión entre tres cardenales y el ayudante del Gran Inquisidor en el transcurso de las festividades no llamó la atención. Era evidente que Cervantes de Gaete y Ludovico Madruzzo serían puntuales, pero el padre Hernando sentía cierta preocupación por la ausencia de Giovanni Facchinetti. Consideraba que el cardenal era el candidato menos seguro de todo el grupo, y la advertencia recién manifestada por de Gaete le daba la razón. El cardenal Madruzzo agarró el rollo, rompió el sello, miró en torno como un ladrón en una oscura callejuela y lo examinó con los ojos entrecerrados. El cardenal de Gaete suspiró. —Dádmelo, Madruzzo, sois ciego como un topo. —144 — —Soy veinte años menor que vos —protestó el legado. —¿Y qué?

A pesar de ello, mi vista es mejor que la vuestra. El anciano cardenal acercó su rostro de tortuga al rollo de papel y lo leyó sin torcer el gesto. El padre Hernando lo observó con disimulo, pero el arrugado rostro del cardenal permaneció inexpresivo, sin revelar si el texto albergaba novedades interesantes. Por fin volvió a enrollarlo. —Hacemos lo correcto —dijo como para sus adentivos—. La humandado nunca ha escurado de poco el mundo estallará en llamas y habrá una generación. El diablo ríe taimandamente. Hemos de derrotarlo con sus propias armas y, gracias a la sabiduría del Señor, nos ha dejado esta arma: su

Todos hemos de tirar de la misma cuerda. El padre Hernando extrajo un delgado rollo de pergamino de su sotana. —Estos son los meses y proceden de Viena. No hay noticias más frescas, pero tampoco acordamos que el padre Xavier se comunicara en determinadas

legado. El cardenal de Gaete enrolló el papel aún más hasta convertirlo en un bastón de color rojo y del grosor de un dedo en sus manos manchadas por la edad. Después lo dobló y el rollo se deformó como si lo estrangularan y se rompió. De Gaete estrujó el resto con dedos temblorosos.

—¡Pero ni rastros de ese Códice! Nuestro agente no nos ha escrito ni una palabra y no nos ha escrito ni una palabra y no nos ha enviado un magnifico análisis de la situación en el corazón del reino, ¡pero del Códice, nada! —¿Creéis que nos hemos equivocado de caballo? —preguntó el padre Hernando. El cardenal de Gaete alzó la vista y lo contempló. —No hay ningún indicio de que su espía también nos informa a nosotros. — 145 — —Antes de informar al cardenal Facchinetti. Por supuesto que ignora que su espía también nos informa a nosotros en del Gaete, pero la carde de Gaete, pero la cardenal Madruzzo con una amplia sonrisa. —Sólo el destino bondadoso ha evitado que el papa Urbano encontrara el Códice antes que nosotros —dijo de Gae-te—Un hombre sólo es incapaz de resistirse a su poder. El padre Hernando nos del Cardenal de Gaete, pero la cara de tortuga era tan inexpresiva como una piedra. Por lo visto, ambos cardenales aguardaban que Hernando hablara acerca de cómo enfrentarse al peligro, que gracias a las investigaciones sobre el Códice de su antecesor podría llamar la atención del papa Gregorio. Con repentina amargura, el padre Hernando comprendió que haría precisamente eso. ¿Qué otra opción había? Ninguna; lo que contaba era ganar la batalla por las almas de los hombres, porque Jesús no había muerto en la cruz sólo para el sacrificio humano —dijo—El placer producido por el zumo hacía que las víctimas podían morir envenenadas. —¡Qué interesante lo que dicen por ahí! —dijo de Gaete. —¿Sería posible darle de beber ese zumo a alguien sin que lo notara, digamos a alguien del que uno desea deshacerse sin que nadie lo note? —preguntó el cardenal Madruzzo reflexionó. —El catador—dijo finalmente—. El condenado catador. —He oído hablar de u

—dijo el padre Hernando—. Sus catadores morían uno tras otro porque debían probar sus medicinas: lo que debería ayudarle al enfermo acababa por matar a los sanos. El último catador recurrió al truco de simular que cataba. Eso le salvó la vida y de todos modos, el rey estaba condenado a morir. —Eso... —empezó a decir Madruzzo. —... también es

interesante —añadió de Gaete, y después de bajar la vista se quitó el polvo de la túnica púrpura—. Padre Hernando, considero que sería correcto que fuerais a Roma. Es importante que alguien de nuestro círculo vigile los progresos del Santo Padre... y su estado de salud. —Os agradezco la confianza que depositáis en mí—dijo Hernando y besó los anillos de ambos cardenales. Después le pareció sentir un sabor amargo en los labios. 147 — 7 Agnes se arrodilló ante el altar. Trató de rezar pero las únicas oraciones que se le ocurrieron resonaban en su cabeza como una lengua extranjera. No encontraba palabras propias, lo único que clamaba en su interior era una pregunta: «¿Por qué?» El padre dominico —entretanto había averiguado que se llamaba padre Xavier, que su vínculo con Niklas Wiegant se remontaba al pasado más remoto y que su padre estaba convencido de que le debía convencido de que le debía convencido de que se llamaba padara se remontaba al pasado más remoto y que su padre estaba convencido de que se llamaba padara se remontaba de jasodo más remoto va de mejora paterno, había dejado tras de sí como un olor desagradable. Niklas y Agnes comán a solas mientas que riteresia algorita do come por separado; Niklas y Agnes comán a solas mientas que riteresia deportante que despachando a toda prisa unos alimentos en la cocina justo a un pero callejero devorando basura. Por supuesto que theresia algó la vista y vio a Agnes junto a la escalera, y la mirada de odio que la lazó la vista y vio a tente de que hacía semanas que no lograba tragar nada porque su gar— 148 — ganta se había cerrado tras observar la falsedad y las mentiras existentes bajo su techo. La iglesia de Heiligenstadt a lo largo de senderos abruptos y llenos de curvas. Allí algunas casas estaban definitivamente abandonadas y otras aún mostraban las oscuras heridas provocadas por inundaciones posteriores menos dramáticas. No siempre resultaba fácil encontrar un pero de estable o algún otro miembro de la serviduado en su varios en todo debía ser alguien que se

Agnes podía darle y que no le contara a todo el mundo nada de las extrañas expediciones emprendidas por la hija de los amos. Agnes prefería no pensar en la profunda desconfianza hacia todos los criados que le había procesión de Gumpendorf.

En todo caso, dirigirse a uno de los jóvenes que visitaban su casa le suponía un esfuerzo enorme. Podría haberle pedido a Cyprian que la acompañara, pero no quería que éste viera su desgarro y su desegeracion, más allá de lo que él ya se imaginaba. El hecho de que, en tre todas las iglesias Agnes hubiera elegido precisamente la de Heiligenstadt en vez de cualquier otra de la ciudad, por no hablar de su iglesia parroquia, que había empezado a fijarse ella, sin duda debido al hecho de que su madre le había confesado la verdad acerca de su supuesta hija hacía tiempo. Sintió que la cólera invadía sus pensamientos, cólera frente a su padre, quien, desde la visita del padre Xavier ya no — 149 — parecía el mismo, cólera frente a su madre, que la castigaba por existir, algo que Agnes no había pedido. Abrió los ojos, suspiró, oyó el frufrú de su propio vestido y los suaves pasos del sacerdote joven y delgado que parecía hallarse menos cómodo en su propia iglesia que su desconcertada visitante y que nunca había reunido el valor para dirigirle la palabra a la joven desconocida y preguntarle por su pena. El sacerdote joven y delgado era culto y sabía que el rey del Santo Grial fue redimido mediante una pregunta compasiva, y también sabía que él no tenía el valor de ser Parsifal, ni siquiera con respecto a lo concerniente a esta desdichada damisela. La primera vez que Agnes acudió a la iglesia aún estaba levantado debido a la puerta detrás del altar: una auténtica invitación... A los diez años, Agnes Niegant — cobijada por el amor de su padre y sometida a los cuidados eficaces y siempre fríos de su madre, y estimulada por el amor de su madre el contecto de contesto Cyprian—, pero fue por muy poco. Además, numerosas casas de Heiligenstadt, Hütteldorf y Pen-zing se inundaron y la cifra de

incluso aparecieron en Pressburg.

Por eso todos creyeron que la iglesia se hundiría y los habitantes de Heiligenstadt tardaron meses en atreverse a regresar. Algunos no han regresado liasta hoy. —¿Alguien vio los peces negros, esos de ojos centelleantes? Cyprian se encogió de hombros. ^ — 150 — —¿Y la malvada mujer convertida en piedra? —Agnes, sólo fue una inundación normal y ni siquiera ocurrió en Pentecostés. Se el lago negro se traga la iglesia, ocurrirá el domingo de Pentecostés. —¡Cuéntame la historia una vez más! Ésta era la historia: donde se escuentran Viena y las comunidades vecinas, en épocas paganas había un gran asentamiento instalado alrededor de un importante santuario, una fuente en la que los paganos veían a una diosa a la que veneraban y que estaba protegida por una gran roca. San Severo mandó tapar la fuente y derribar la roca, aunque los paganos le suplicaron que no destruera y en las carilegio, se convertirán a la nueva fer traída por el misionero. Severo, que conocía el poder de un símbolos, se negó a las súplicas y mandó edificar una iglesia cristiana encima de las ruinas del santuario. Pero la fuente siguió brotando, bajo tierra y en las conversos. Sin quererlo, Severo había creado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería del fuente, del fuente siguió brotando, bajo tierra y en las cabezas de los conversos. Sin quererlo, Severo había creada un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería recordado un símbolo mucho más poderoso, uno que sería reco

Y a sus orillas había una barca negra. La mujer se subió a la barca y atravesó el lago; pero después de un rato se sintió inquieta, los peces negros se acer—151 — caban cada vez más a la barca y la miraban fijamente, así que regresó remando hasta la orilla para bajarse. —No pudo abandonar la barca —dijo Agnes con los ojos brillantes—. Estaba maldita. : —i Quién cuenta la historia? ¿Tú o yo? —preguntó Cy-prían, pero sin dejar de sonreír. —La mujer malvada empezó a gritar—dijo Agnes—.Gritaba ¡AAAYYY! Cyprian se tapó las orejas y se giró.

La niñera de Agnes no tardaría en entrar por la puerta y soltarle un sermón, pero sin que Cyprian lo supiera, en ese mismo instante la niñera recibía una reprimenda por algún error cometido que había llegado a oídos de Theresia Wiegant. De momento, nadie vigilaba a ambos niños. ■—El párroco y la comunidad oyeron los gritos y se miraron. Todos los fíeles sabían lo que pensaba su vecino: «¡Ahora el lago negro nos devorará a todos!» Cuando después de un rato nada ocurrió y los gritos se volvieron cada vez más débiles, el párroco se armó de valor, y alzando la hostia descendió por la larga escalera, seguido de la comunidad. Iban rezando y entonando cánticos... —... pero era demasiado tarde...

—¡SE HABÍA CONVERTIDO EN PIEDRA! —gritaron los dos al unisono—, ¡AAAAAH! (Syprian permaneció immóvil, su rostro había adoptado una mueca horrorosa. Agnes le clio un golpecitio en la nariz, en las costillas, intentó empujarlo, pero Cyprian, pero convertido en pie dra, acabará por a travesar el suchará por atravesar el suchará por atravesar el suchará por atravesar el suchará por atravesar el suchará por que el al jugaba con on ella tan a menudo en vez de recorrer a casa diread, pero consus coetáneos. Había estado a suda cua de recorrer a casa de lorar, y cada vez que se marchaba le prometía que regresaría. Agnes se inclinó hacia atrás y observó cómo el chico intentaba mantener su postura. Pero entonces entró la niñera; las lágrimas habían enrojecido sus ojos y el rubor teñía sus mejillas. —¿Qué barullo es éste? —exclamó—. No asustéis a la niña, señorito. Creo que ser á mejor que regreseis a casa. Mirad, jestá toda sudada! —Es por la risa —protestó Agnes, pero Cyprian, yas e había a puesto en pie y se disponía a salir. En el umbral se giró y volvió a adoptar su expresión pétrea, después salió, acompañado de las carcipadas de las carcipadas de las un el de la mujer convertida en piedra. No se le ocurrió pensar que en casa de sus padres llegarian de inmediato y se deslizó dentro de la sacristia sin pronunciar palabra, como una sombra, como sin o pertenenceiera a ese lugar. Junto al altar arma el de que había recorrido un camino larguísimo para una niña y que tras prequada el a las un entre de la puerta adore de la puerta adore de la puerta adore de la puerta definado se correcto para ria de la mujer convertos para que en casa de sus padres todos bian de cabeza y que media Kárntner Strasse la estaba buscando. No se dio cuenta de que había recorrido un camino larguísimo para una niña y que tras prequada la la superficie para clavar sus ojos centelleantes, en la oscuridad el para de la camino correcto para in a Heiligenstadt solo había recorrido un camino la producida de la suba de la camino correcto para que la cami

Tanteó la pared con la mano izquierda mientras aferraba la vela de sebo con la derecha. Los dedos de la izquierda rozaron surcos y protuberancias que parecían un paisaje. Cuando iluminó la pared con la vela vio un rostro deforme. Retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared opuesta.

El rostro deforme se convirtió en tres: tres bocas dentudas, tres narices, tres pares de ojos de expresión malvada, piel erizada, grandes garras y una cola cubierta de escamas: tres cabezas de monstruo coronando un cuerpo de perro grande como un toro. Las cabezas parecían oscilar de un lado a otro y los ojos fulguraban a la luz de la vela. Agnes

soltó un chillido, se giró y huyó por el pasillo. La vela pugnaba por mantenerse encendida. Las paredes del pasillo se ensancharon formando una cueva, un inmenso recinto repleto de sombras y nichos oscuros, de gigantescos sarcófagos de tapas caídas de los cuales colgaban jirones de tela ajada por los años: parecían grandes telarañas dispuestas a atraparla. Los nichos eran cuencas, fauces y gargantas en los que algo que no lograba ver con precisión se agitaba y parecía arrastrarse hacia ella por el suelo. El pasillo se prolongaba al otro lado de la cueva, la oscuridad era absoluta, el tufo a moho y podredumbre invadía la negrura centenaria, era una entrada olvidada al infierno encima de la cuel no figuraban esas palabras acerca de la vana esperanza porque nadie que la viera la albergaría. El pie de Agnes chocó contra algo en el suelo y bajó la vista. Nunca había visto una calavera, excepto en los frescos o los bajorrelieves. No estaba preparada para la mirada penetrante de las cuencas vacías, para los dientes ni para los huesos — 155 — de un desteñido color pardusco. Su corazón pareció estallar y retiró el pie. La calavera rodó a un lado, trazó un semicírculo y fue a golpear contra su otro píe; las cuencas vacías pareción parec medio de la oscuridad que se cernía sobre ella oyó cómo la calavera chocaba contra la pared y se rompía en pedazos, oyó el tintineo de los huesos astillados que parecían arrastrarse hacia ella para castigarla por el sacrilegio. Se quedó rígida. Aferró la vela, ésta se rompió y el sebo caliente le quemó los dedos sin que se diera cuenta. Quería pedir ayuda, pero de su garganta sólo surgía un débil resuello. Oyó el chapoteo del lago negro y el rumor de los peces negros que surgían de la entrada al infierno, oyó los gemidos de la mujer convertida en piedra («Ven, quedarse entumecida y sin vida. —¿Puedo ayudarte, hija mía? —preguntó el párroco, que de algún modo había reunido el valor para dirigirle la palabra a la desconocida arrodillada ante el altar. Estaba tan tenso que cualquier rechazo lo habría hecho retroceder varios metros. Agnes se sacudió el sopor en el que se había sumido y parpadeó. Ante sus ojos oscilaba el rostro preocupado, pálido, enjuto y juvenil del párroco; después se volvió borroso. Se sorprendió al comprender que había llorado. Algo en su interior se alzaba contra las palabras «hija mía» y quiso gritar — 156 — llena de odio: «¡No soy la hija de nadie!», pero el deseo de que eso no fuera cierto y la llamada del pasado eran demasiado poderosos. En algún momento tras todas esas horripilantes horas en las que cuando era una niña pequeña permaneció en la oscuridad y creyó morir, una mano le sacudió el hombro. Había abierto los ojos y visto la claridad de una lámpara de sebo que iluminaba el rostro de Cyprian. Estaba en el suelo, encogida como un animal moribundo, apretando la vela rota contra su cuerpo. —La mujer de piedra estaba aquí—susurró—. Me llamó, Cyprian, y oí los peces y el lago negro y... —Sí—dijo él mirando en torno—. Sí, claro. —Dijo que no debía estar aquí—susurró, y lo agarró del brazo—. Que estoy viva aunque debería estar muerta, y que me espera un hombre negro para llevarme al infierno. —Qué cosas dicen esas ancianas convertidas en piedra —dijo Cyprian, pero Agnes percibió el escalofrío que le recorrió el cuerpo. La expresión del párroco era de desaprobación combinada con preocupación. Con cierta sorpresa, Agnes comprobó que era viejo y robusto, y que no se parecía en absoluto al hombre que creyó ver en la iglesia. —En general suelo cerrar la puerta con llave para que nadie perturbe el descanso de los muertos —dijo. —Bien —dijo Cyprian—. Ven, Agnes, vayamos a casa. Le tendió una mano, ella la agarró y dejó que le ayudara a ponerse de pie. En la otra mano sostenía la vela, se la tendió al párroco y comprobó con sorpresa que el sebo aún estaba blando. —Cuando no logramos encontrarte en ninguna parte, recordé la historia que tan a menudo querías escuchar —explicó Cyprian—. Eché a correr hasta aquí. El reverendo estaba saliendo de la iglesia. — 157 — —Tu ángel de la guarda me indicó el camino, pequeña —dijo el párroco—. Estaba a punto de dar un paseo por la comunidad; en ese caso tu amigo no hubiera encontrado a nadie durante horas. Me rogó qiíe fuera a la sacristía en busca de la llave y entonces recordé que acababa de cerrar la puerta con llave y que no recordaba haberla dejado abierta. Menos mal que no lograste traspasar la segunda puerta: detrás empieza un laberinto en el que jamás te habríamos encontrado. —No había una segunda puerta de ahí enfrente —dijo el párroco, señalando la oscuridad—. Menos mal que no la descubriste. —Estaba abierta. —Ahora está cerrada —dijo Cyprian—, míralo tú misma. Iluminó con la vela: una puerta que no desentonaría en la entrada a una fortaleza impedía el paso. Agnes la miró fijamente. —Estaba abierta —susurró—. Oí cómo la mujer petrificada me llamaba desde el pasollo. Durante horas... —No estuviste allí abajo durante más de diez minutos —dijo Cyprian con una sonrisa, y la condujo escaleras arriba. —... la mujer petrificada me llamó. —Es el viento —dijo el párroco—. Aquí abajo no deja de soplar. Por eso los restos de esos pobres diablos están tan bien conservados. Hace años que saquearon las tumbas, pero aún quedan algunos huesos y todos los párrocos de la iglesia de Heiligenstadt consideraron que es su deber vigilar que nadie perturbe el descanso de los muertos. No soy un hombre culto, pero supongo que los muertos se remontan a la época de los cesares romanos. Paganos, si sabéis lo que quiero decir, pero hace tanto tiempo que la iglesia se eleva encima de sus osamentas que no cabe duda de que Dios el Señor les habrá perdonado. —¿Hija mía? —La mano del joven párroco flotaba encima de su hombro, pero no tenía el valor de tocarla. — 158 — Agnes jamás perdió el tiempo pensando en que se casaría con otro hombre que no fuera Cyprian Khlesl. Parecía algo predestinado, tan predestinado que nunca había reflexionado con claridad acerca de sus sentimientos hacia él. Lo tenía tan claro que ni siquiera lo había comentado con sus padres, y como ellos tampoco hicieron el menor comentario creyó que pensaban lo mismo que ella. Y ahora... ¿cómo era posible que su padre y su madre opinaran que Cyprian no era ni remotamente quien estaba destinado a ser su marido? Cyprian, que siempre había estado allí cuando ella tenía un problema, desde aquel asunto de la lengua congelada hasta la excursión a las catacumbas debajo de la iglesia de Heiligenstadt, incluidos innumerables episodios como el último, cuando simuló estar apestado para salvarla de los salteadores protestantes. ¡Era imposible que lo que había hecho por Agnes durante todos aquellos años les fuera indiferente! Sin tener en cuenta que Niklas y Theresia Wiegant nunca se enteraron de la mayoría de los acontecimientos, porque Agnes no consideró necesario informarles de ellos. Cyprian la había ayudado y salvado, y eso bastaba. No era una ingenua: sabía que las cosas solían suceder a la inversa, primero venía la boda y con el tiempo también el amor, o al menos el afecto, o al menos la indiferencia y el esfuerzo común para aumentar las ganancias. Y por eso deseaba con intensidad todavía mayor que ellos dos resultaran ser la excepción que confirma la regla. En su fuero interno sospechaba que también en el vínculo entre sus padres las emociones habían jugado un papel más importante que el interés económico; Niklas Wiegant era el heredero de una empresa comercial ya exitosa en época de su abuelo; Theresia era la tercera hija de un terrateniente bastante menos adinerado... Si fuera verdad que tras el primer niño nacido muerto no tuvieron más hijos, para Niklas no habría supuesto un problema expulsar a su mujer del hogar. Sin embargo permaneció a su lado, incluso cuando se — 159 — convirtió en una tirana —a lo mejor no siempre le había sido fiel, la mera existencia de Agnes parecía demostrarlo, ¡ja! ¡ja!—, y si eso no indicaba la persistencia del amor, ¿ entonces, qué? ¿Por qué hacían oídos tan sordos frente a los sentimientos de Agnes? De repente se le ocurrió la solución. Si en los acuerdos matrimoniales habituales lo primordial era el interés económico y los sentimientos ocupaban un segundo lugar, ¿por qué no podría darle la vuelta a la tortilla y aprovechar el interés económico para lograr que sus sentimientos salieran victoriosos? Puede que desde un punto de vista social el padre de Cyprian, el maestro panadero, fuera inferior a los Wiegant, pero al fin y al cabo hacía un par de años que su hermano era el administrador de la diócesis vienesa de Wiener Neustadt y acababa de ser nombrado capellán de la corte, y al menos para la madre de Agnes debería tener una gran importancia que un dignatario eclesiástico formara parte de la familia. Y en cuanto a su padre, ¿quién podría presumir de ser el cuñado del hombre que, gracias a su vínculo con el archiduque Matthias, el hermano del emperador, tenía una relación directa con la corte imperial? ¿Quién sería el primero en recibir encargos: Niklas Wiegant, el desconocido mercader que luchaba por la existencia de su empresa, o Niklas Wiegant, el proveedor de la corte? Al recordar que Cyprian la había conducido escaleras arriba, fuera de las catacumbas y de vuelta a la luz, de pronto sintió lo mismo por él que en aquel entonces, sólo que con una intensidad muchísimo mayor. A punto estuvo de darse la vuelta, y no se habría asombrado de verlo de pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusodé pie a sus espaldas, tan próxima a él se sentía..., pero esta vez sólo contaba consigo misma y tomaría su propia decisión. Agnes se pusode pie a sus esta de consigo misma y tomaría su propia decisión de contaba consigo misma y tomaría su propia decisión de contaba conta viejas tumbas, reverendo padre? — 160 — El joven párroco tragó saliva. —¿Qué tumbas? —Las que están en las catacumbas detrás de esa puerta. Sus labios estaban temblorosos y trataba desesperadamente de encontrar una salida para no tener que negarle la entrada, pero nada se le ocurrió. —Aquí no hay catacumbas —exclamó. —Tonterías —dijo Agnes, sin pensar en el tratamiento de respeto debido a un párroco. Agnes pasó junto al altar y se dirigió a la puerta. El párroco corría a su lado. Agnes bajó el pesado picaporte, la puerta crujió y se abrió un poco. Agnes siguió tirando hasta abrirla del todo, después se asomó y miró hacia abajo. La escalera descendía un par de metros y acababa en un suelo fangoso de color gris oscuro. Si uno se agachaba podía avanzar unos pasos antes de chocar contra la pared. En un rincón había un pequeño tonel y un cajón lleno de coles y remolachas. Agnes parpadeó, pero siguió viendo lo mismo. —Aquí está fresco y por eso se pueden almacenar... —tartamudeó el párroco—. Cuando mis parroquianos me hacen un donativo... —La escalera conduce mucho más abajo —dijo Agnes como si soñara. —Sólo hace un año que estoy aquí —explicó el párroco—. Cuando llegué, mi antecesor ya había muerto. No sé nada de catacumbas y nadie me dijo nada al respecto. Pero sé que hace un par de años volvió a producirse una gran inundación, en la primavera después del deshielo, y que en algunos puntos de la ciudad el barro llegaba hasta las rodillas. Tal vez... si allí abajo hubo algo, entonces ahora estará... —161 — ... «Definitivamente enterrado», pensó Esos pobres diablos, los paganos muertos, por fin descansaban en paz. Por lo visto era verdad que Dios nuestro Señor les había perdonado. Agnes miró hacia abajo; era como si el camino de regreso a la luz, a lo largo del cual Cyprian la había conducido, jamás hubiera existido. 162 8 Niklas Wiegant contempló a su hija en silencio durante tanto tiempo que Agnes temió que sencillamente no la había comprendido. Su impetu se apagó bajo esa interminable mirada; si su padre hubiera expresado enfado o rabia, habría sabido que la desanimó; creyó ver lástima, comprensión y un afecto tan grande que le causó dolor, pero sobre todo una especie de fatalismo: «Conozco tus argumentos, los comprendo, yo no habría dicho otra cosa... y sin embargo no haré caso de ninguno.» Agnes se sintió invadida por un temor asfixiante. Comprendió que en sus planes no había contado con una negativa a su propuesta. Niklas Wiegant se puso de pie y abrió la puerta. —Quisiera que tu madre estuviera presente dijo. Agnes clavó la mirada en la mesa y escuchó los pasos de su padre que se alejaban. Reprimió su temor y procuró albergar esperanzas. Cuando la puerta se abrió, lo primero que vio fue el rostro pétreo de su madre. —¿Dónde has estado? —preguntó—. Me hubieras sido útil en la cocina. —Tenía que aclarar mis ideas. — 163 — —No me digas. Ojalá hubieras tenido claro que tu madre podría necesitar tu ayuda. —Bien —dijo Niklas Wiegant en tono reposado, e hizo entrar a su mujer a la sala. —Tengo mucho que hacer. En esta casa las cosas no avanzan a menos que yo me encargue de ello. ¿Qué quieres de mí, Niklas? —Se trata del futuro de nuestra hija. —¿Hemos de hablar de ello precisamente ahora? La cena se está quemando. —Bien, Theresia, pues que se queme. En el peor de los casos la tiramos a la basura y ayunamos una noche, en recuerdo de los padecimientos de nuestro Señor. —¿Así que de pronto has decidido ayunar? Hace unos días, cuando afirmaste que la carne estaba en mal estado y te negaste a que la sirvieran y tuvimos que comer pan con queso, no dejaste de protestar toda la noche. —Protesté porque hiciste preparar la carne aunque ya te había dicho que estaba en mal estado. —-¿Ahora también me echas la culpa de que nuestros criados sean unos inútiles y que la carne que trajiste ya estaba estropeada antes de que te la vendieran? —La carne estaba perfectamente, era un cabrito joven, pero la conservamos durante demasiado tiempo. —¿Desde cuándo has adquirido conocimientos de carnicero, Niklas Wiegant? ¿Quién se pasa el día en la cocina, tú oyó? —El cabrito me lo dio el cazador de la corte, el hermano de Sebastian Wilfing. —¿Y qué? ¿Qué más quieres? ¡Eso demuestra que nuestros criados son unos inútiles! Incluso dejan que se pudra un buen trozo de carne, ¡son unos holgazanes! Pero si de ti dependiera, entonces el día de la Candelaria todos encontrarían un ducado más debajo del plato en vez de ir a parar a la calle, que es lo que se merecen. — 164 — ¿Cómo quieres tener buenos criados, es necesario que confíen en que sus amos los protegerán. \_ ; Adonde quieres ir a parar con eso? ¿Insinúas que no soy capaz de dirigir la servidumbre? Gran parte del año estás de viaje y soy yo quien ha de encargarse de todo. ¿Acaso alguna vez te encontraste con algo que no fuera de tu conformidad al regresar? ¿Estaba sucia la casa o la chimenea llena de hollín o el techo tenía goteras? Dime, Niklas Wiegant, ¿fue así? —¡BASTA! —gritó Agnes. Sus padres la miraron con los ojos como platos. Niklas Wiegant carraspeó y se ruborizó. Theresia tomó aliento. —¿A quién crees que tienes delante, jovencita? Agnes apretó los dientes. Gritarles a sus padres no era precisamente la mejor manera de iniciar la conversación. Pero el grito se había abierto paso incluso antes de que comprendiera lo que bullía en su interior. —Lo siento —dijo—. Padre, madre, por favor, sentaos junto a mí. He de deciros algo importante. —Puedo escuchemos lo que quiere decirnos. —Lo único que faltaba: que la jovencita nos invite a tomar asiento, como si aquí mandara ella y no nosotros —dijo Theresia, lanzándole una mirada hostil. Agnes intentó recordar la táctica que había preparado, pero la había olvidado. Lo único que sentía era un terror ciego. —¡No puedo casarme con Sebastian Wilfing! —les espetó. Theresia le lanzó una mirada a su esposo. Niklas se encogió de hombros: eso ya lo había oído. —Madre... —De pronto Agnes recordó que antes siempre — 165 — la había agarrado de la mano cuando se trataba de confesar un pecado. «Madre, he sido yo quien ha roto la tapa del tarro de miel, no la hija de la cocinera; madre, ¿no podría volver a acogerlas a ambas? Ellas no han hecho nada.» La mano de su madre permanecía insensible, como un trozo de madera, se sometía a las caricias nerviosas de la mano infantil pero sin devolverlas y era tan fría como su respuesta: «No, Agnes, no iré a buscarlas; si el hecho de que otro pague por tu error te hace sentir culpable, piensa que en última instancia tú también pagarás cuando te encuentres ante tu Juez.» En retrospectiva, Agnes consideró que no sólo había aferrado la mano de su madre para obtener su respaldo sino también para impedir que durante la confesión se pusiera de pie y se marchara. »Madre, a que sería bonito tener al obispo como pariente, ¿verdad? Pensad en que vos y padre ocuparíais un lugar de honor en la procesión, y después de la misa, el obispo quizá se detendría junto a vosotros y os bendeciría especialmente, y... —¿De qué hablas, niña? —la interrumpió Theresía. —... y padre, ¿acaso no dijisteis que ahora resulta muy difícil hacer negocios? El capellán de la corte podría encargarse de que os convirtierais en uno de los proveedores, y entonces tampoco os veríais obligado a viajar tan lejos.. Agnes comprendió que sus palabras dejaban traslucir que quería casarse con Melchior Khlesl y no con su sobrino, y enmudeció. Quería decir que durante todos esos días y meses que su padre estuvo ausente y su madre la trató con una frialdad aún mayor, Cyprian había estado a su lado. Pero no pudo porque sonaba a recriminación frente a sus progenitores y porque sabía que su madre vería en ello un reproche y reaccionaría de un modo agresivo, mientras que su padre —que también lo interpretaría así— se encogería de hombros sin saber qué hacer. Quería decir que amaba a Cyprian pero comprendió que sería decir demasiado, y también demasiado poco. «Hace que me sienta completa —

susurró para sus adentros—, me toma como soy. Ríe conmigo. No supongo — 166 — W-- una carga para él, sino una alegría.» Pero todo eso habría supuesto una recriminación disimulada, así que calló. —¿Adonde quiere ir a parar, Niklas? —preguntó Theresia. —Quiere casarse con Cyprian, el segundo hijo del maestro panadero que vive enfrente —dijo Niklas con expresión apesadumbrada. —Jovencita, si tu padre elige un novio para ti, no tienes por qué proponer otro... —Theresia cerró la boca y entrecerró los ojos. —Pero madre, vos misma dijisteis que estabais en contra de la boda con... —¿Con Cyprian KHLESL? —dijo Theresia. »¿E1 hijo del hereje? —Se convirtieron cuando Cyprian aún era un niño... —¿Antiguos PROTESTANTES? —Pero madre, ¡su tío es capellán de la corte y obispo de Neustadt! ¡Son conversos! —¡Los conversos no existen! —chilló Theresia—. ¡Quien ha sido protestante lo es para siempre! ¡No se deja la fe en la que has sido bautizado. Quienes lo hacen, sólo lo hacen para sacar ventaja y no para honrar a Dios. —Ni siquiera el Papa tiene un punto de vista tan severo, Theresia —dijo Niklas. La madre de Agnes le lanzó a su marido una mirada centelleante que no dejaba lugar a dudas de que el Papa podría merecer una lección por parte de Theresia Wiegant en cuanto a la solidez de la fe. —¡Ni hablar! —siseó—. No pienso convertirme en la suegra de un hereje, se haya disfrazado de oveja o no. —Pero madre... —Niklas, ¿quieres hacer el favdr de hablar y hacer entrar en razón a esta díscola mocosa, quisis— 167 — te decir.» Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y algo parecido a un lanzazo ardiente en las entrañas. Miró a su padre con las mejillas bañadas en llanto.

celebrará el año que viene después de Pascua. -¡NO! ¡NO! ¡NO! Por favor, padre, escuchadme, ¡no! -¡DEJA DE GRITAR! -rugió Theresia, poniéndose de pie e inclinándose por encima de la mesa. Agnes se estremeció—. ¡DEJA DE GRITAR EN MI CASA! ¡AQUÍ NO TIENES DERECHO A ALZAR LA VOZ! Agnes también se puso y de pie y comprobó sorprendida que medía media cabeza más que su madre. Nunca lo había notado. Lo veía todo confuso, excepto las manos de Theresia apoyadas en la mesa. Agnes vio los anillos que llevaba en los dedos, la piel bronceada porque Theresia también se inmiscuía en las tareas de arrancar las malezas de la huerta, tender la ropa y fregar los peldaños de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engrosados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engresados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engresados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engresados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engresados del anular y del meñique, los tendones tensos en el dorso de la entrada—, vio los nudillos engresados en el dorso del meñique en entrada—, vio los nudillos engresados en el dorso del meñique en entrada—, vio los nudillos engresados en el dorso del meñique en entrada—, vio los nudillos engresados en el dorso del meñique en entrada—, vio los nudillos entrada—, vio los nudillos entrada—, vio los nudillos en entrada—, vio los nudillos entrada—, vio lo excitación lo que lo provocaba sino el rechazo. Fue la gota que colmó el vaso. —¿ Que no tengo derecho ? —gritó—. ¿ Porque no soy vuestra hija? ¿Porque sólo soy una mocosa que el señor de la casa trajo de alguna parte y que ha de sentirse agradecida por tener un techo bajo el que cobijarse? ¿Que no puede llamar padre o madre a nadie, porque no tiene ni madre ni padre, y a quien Dios debería haber dejado morir mil veces en vez de los otros — 168 — niños de este mundo, los niños legítimos a los que Dios les quitó a sus padres? Theresia le devolvió la mirada, centelleante de ira. Agnes vio que el rostro de su padre se volvía gris — «No lo llames padre», se advirtió a sí misma, «estas personas no son tus padres, tus padres son figuras anónimas que desaparecieron en la oscuridad y a quienes tú y tu destino.les importaron una mierda»— y que alzaba la mano para impedir que siguiera hablando. Pero Agnes no se dejó detener. El padre Xavier se había encargado de que el secreto de la casa Wiegant dejara de serlo, aunque nadie lo mencionara durante todas las semanas transcurridas desde su partida. Niklas Wiegant había evitado la mirada de su hija cuando se encontraban y Agnes no había reunido el valor de manifestar lo que ahora ambos sabían. ¿Acaso no lo había silenciado incluso ante Cyprian, que por otra parte conocía todos sus secretos? Llena de repugnancia por sí misma, comprendió que se había ocultado como un animal pequeño y temeroso, como la niña pequeño y temeroso, como la niña pequeña que se tapa con la manta, cierra los ojos, se cubre los oídos y trata de convencerse de que la tormenta ha pasado. —¿Por qué me trajisteis aquí, señor Wiegant? ¿Por qué no me dejasteis morir allí donde me encontrasteis? ¿Acaso creísteis que podríais comprar mi alma, señor Wiegant? ¿Alguna vez intentasteis averiguar quiénes eran mis auténticos padres? ¿De dónde vengo, señor Wiegant? ¿Alguna vez investigasteis, alguna vez investigasteis en cuenta que le quitaron la hija a una madre y a un padre sólo porque vos no podíais tener hijos? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es el origen de la niña que llevasteis a vuestra casa? —Déjalo, Agnes —dijo Niklas en tono ahogado. Agnes —dijo Niklas en tono anogado. Agnes preguntasteis todos los días — 169 — de dónde proviene la niña, ¿verdad? ¿Proviene del demonio, señora Wiegant? ¿Acaso vuestro esposo os trajo una maldita mocosa? ¿Os parasteis ante la cuna y pensasteis: «Sólo he de cubrirle la cabeza con un cojín y en un par de instantes se habrá acabado la pesadilla» ? -¡Cállate, Agnes, por amor de Dios, cállate! -sollozó Niklas. -¡No pienso soportarlo! -dijo Theresia, se volvió, se dirigió a la puerta y pasó junto a Niklas cómo si fuera un mueble. -¿Sentisteis que esa niña suponía una ofensa para la voluntad divina? —le gritó Agnes mientras se alejaba—. ¿Considerasteis que su presencia en esta casa, a la que Dios decidió no conceder hijos, era uri sacrilegio? ¿Cuántas veces mirasteis a la niña y os preguntasteis: «¿Por qué y es el motivo? Theresia se había detenido junto a la puerta. Mantenía la espalda recta, como siempre, y no se giró. —¿Por qué? —gritó Agnes. La ira y la tristeza le acalambraban el cuerpo, tanto que creyó que el más mínimo movimiento la quebraría en pedazos.

Su padre era una figura borrosa, encogida y desgraciada que no tenía rostro. —No puedo darte mi permiso, Agnes —dijo Niklas Wie-gant—. Te casarás con el joven Sebastian Wilfing. —¡NO! —... y que la boda se

»¿Por qué os preocupáis por mi futuro cuando no dedicasteis ni un instante en averiguar mis orígenes? ¿La mujer de Sebastian Wilfing, que es demasiado feo y demasiado ridículo para conseguir una por su cuenta? Sabía que era injusta con Sebastian Wilfing hijo, pero le daba igual. Y que sus palabras fueran como sablazos que golpeaban las costillas de Niklas y Theresia también le daba igual. Mantuvo la vista fija en la espalda de su madre y en los ojos de su padre. —¿Has acabado? —preguntó Theresia con frialdad—. Estoy muy ocupada.—Abandonó la sala sin darse la vuelta y la mirada de Agnes volvió a clavarse en su padre. — 170° ¿Por qué? —preguntó y se echó a llorar una vez más—. .por qué no dejasteis que muriera durante mis primeras semanas de vida? Porque te quiero, Agnes —dijo Niklas. —; Y yo quiero a Cyprian! —chilló—. ¿Acaso mi amor vale menos que el vuestro? —El amor es el máximo bien... —¿Por qué me lo negáis? ¿Por qué me l Khlesl! El rostro de su padre estaba pálido. —No —dijo—, no, es imposible. No lo comprendes, Agnes, y Dios quiera que nunca tengas que comprendes a la familia Khlesl. Cuando las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos, Niklas se apartó y salió de la sala. Agnes lo miró,

muda. Lo que había visto en su mirada hizo que toda su ira se desvaneciera de golpe y el frío se apoderó de su cuerpo como si su corazón hubiera bombeado un chorro de sangre helada. Comprendió que Niklas había decidido casar a su hija con el hijo de su amigo y socio no por un cálculo económico ni por amistad, y también que su negativa a que se casara con Cyprian Khlesl no se debía a la terquedad. Era la certidumbre, total e incomprensible, de que la familia de su mejor amigo supondría la perdición para ella. Lo que impulsaba a Niklas Wiegant era el temor por su mujer, por sí mismo y sobre todo por su hija adoptiva. — 171 - 9 El voladizo de la puerta de Augusto sobresalía por encima del plateado campo de trigo segado. Detrás se elevaba la segunda muralla de la ciudad, cuyos flancos sin duda parecían aún más macizos que de día. El Hradschin situado a la izquierda era una montaña envuelta en sombras donde brillaban algunas luces: el emperador Rodolfo y los alquimistas también trabajaban de noche en sus antinaturales experimentos. El padre Xavier inhaló el aroma y se detuvo: a principios de septiembre, en su patria castellana de elección flotaba el aroma de los campos secos y el polvo, y de las rocas que se agrietaban bajo el calor del verano; allí, en la Bohemia profunda ante las murallas de Praga, lo que prevalecía era el aroma a hierba segada, heno humedecido y secado al sol, a tierra fértil y a los efluvios picantes de los bosques que cubrían las colinas que mada, río y musgo, a lumbre de hogar y de turba, azufre y salsa de asado, cloacas y jardines, sudor, colonia, incienso y hierbas. Si el olor a azufre hubiera sido más intenso, habría sido el olor del infierno, pero el padre Xavier no dudaba de que éste estuviera próximo. Suponía que el infierno no era feo sino bonito, que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría solo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría su horror bajo la superficie, al iqual que el observador sólo "percibiría solo "perc se habría dejado seducir por el diablo. Allí la belleza también era tangible: los contornos alternativamente oscuros ¿iluminados de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandartes y los mástiles de las torres, las almenas, los ornamentados telados, el destello metálico de los estandares y los mástiles de las torres de las t ventanas, los relojes y las adornadas fachadas que lanzaban destellos forados. t., —Deberíamos darnos prisa, hermano —dijo el padre Stefano—. Se ha hecho tan de noche que sería un milagro que nos abrieran la puerta. Ahora cada minuto cuenta. —El joven jesuíta miró en todas direcciones—. Esas personas al borde del camino junto a las que pasamos hace una hora ya se han detenido. No nos seguirán. Puede que sepan más que nosotros. —¿Conocerlos? —¿Conocerlos? —¿Conocerlos? — preguntó el padre Xavier arqueando las cejas—. No, ¿Por qué? —Creí que uno de ellos te había saludado. —¿Que me había saludado? Querido amigo, ¿cómo quieres que conozca a unas personas sentadas al borde del camino en alguna parte de Bohemia? Acabo de llegar directamente de España. —Es verdad —dijo el padre Stefano. —En todo caso, te habrán saludado a ti. En esta tierra de herejes, la Compañía de Jesús goza de un gran respeto y es muy temida. El padre Stefano se llevó la mano a su capucha de cuatro puntas. —Bueno, sí—dijo, procurando no sonreír—. Logramos mantener a raya a los herejes.—— \_\_\_ La Compañía de Jesús tenía fama de elegir sólo a los hombres más inteligentes para después dejarlos salir al mundo. — 173 — «Éste —pensó el padre Xavier— parece ser la excepción que confirma la regla.» Sabía que las cualidades del padre Stefano eran otras y que al menos para los jesuítas, lo que valía era lo que —al contrario del resto del mundo— podía ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado: todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido aún más sagrado; todo hombre ocupaba el lugar donde mejor podría ser útil en un sentido actual el lugar donde mejor podría ser útil en transcurría según lp planificado, pero el padre Xavier estaba convencido de que era capaz de describir cada trecho del camino, cada circunstancia, el contenido de cada conversación de los dos días que viajaron juntos — e incluso el aspecto de todos los viajeros que habían visto— en detalle y sin reflexionar. «Cada hombre debe ocupar su lugar», pensó el padre Xavier. —Lamento haberte demorado —dijo el padre Xavier. —Lamento haberte demorado de la bondad y del amor al prójimo que me demostraste cuando me recogiste en el camino. —Cualquiera habría actuado igual. —No, amigo mío. Antes de que llegaras tú, dos hombres pasaron a mi lado y oí que decían: «Bastardo católico, ojalá te pises los pies.» El padre Stefano apretó los labios y entrecerró los ojos, y el padre Xavier luchó contra la tentación de darle una forma aún más astuta a su mentira. Por fin agachó la cabeza como alguien que no comprende la injusticia que ha sufrido, pero que la ha perdonado hace rato. —Este final de verano es realmente muy caluroso, pero que el calor afecte precisamente a alguien que viene de España... —El padre Stefano sonrió; de haber sido una persona más mundana quizá le hubiera dado un codazo y guiñado un ojo al padre Xavier. —Como ya he dicho, amigo mío, España es el país del calor y del sol, pero El Escorial es profundo y oscuro, y durante los últimos años mis deberes no me permitieron salir al exterior.

Me he desacostumbrado al clima cálido. — 174 — El padre Xavier, que el día anterior a mediodía se había cubierto la capucha, tras media hora de sudar por fin sintió el roce de una mano en el hombro que lo hizo girar, y la boquilla de una bota de cuero llena de agua que presionaba sus labios y los lavaba. El trago de agua fue muy bienvenido; se había embadurnado los labios con polvo del camino para que el efecto resultara más convincente y también había tragado un poco de ese polvo. Después se maldijo a sí mismo por tomar esas medidas de precaución que casi lo vuelven loco de sed durante la espera, porque el padre Stefano se había indignado tanto que no habría notado si de la boca del hombre supuestamente afectado por un ataque de debilidad hubiera surgido una pata de pollo recién asada. —¿Qué planeas hacer aquí, en Praga? —preguntó el padre Stefano. —Primero iré en busca de la comunidad de Brevnov para recuperar fuerzas —dijo el padre Xavier en tono sincero—. Después... —Hizo un gesto con la mano que pretendía expresar que se negaba a respetar la regla benedictina que impedía contarle a un extraño los detalles de una misión. El otro asintió con la cabeza. —Si requieres más ayuda, házmelo saber. —Ya has hecho demasiado por mí. —¿Seguimos adelante? —Un momento —dijo el padre Xavier y estiró los brazos—. Necesito recuperar el aliento. Una bajada abrupta puede ser peor que una subida cuando la carne no desea lo mismo que el espíritu. —Sólo que... aún hemos de caminar un rato y este sitio es tan solitario como el desierto.

El padre Xavier se desperezó y simuló tomar aliento. Tras cojear, tambalearse y trastabillar, aferrado al brazo del otro le dolían todos los músculos y realmente parecía agotado. «Esta charada me ha costado un día entero —pensó—, incluso con — 175^- la cabeza debajo del brazo ya habría recorrido el trecho hasta Praga ayer por la noche. Pero el día perdido ha sido una buena inversión.» Miró al padre Stefano de soslayo. Iesum Habemus Socium: tenemos a Jesús como compañero. «Hoy no —pensó—, hoy Jesús te ha abandonado.» —Alguien viene —dijo el padre Stefano en tono de sorpresa. —I Ah, sí? —dijo el otro, pero sin volverse. El padre Stefano trató de ver en medio de la oscuridad. —Al menos media docena de personas —dijo. De repente sonrió—. ¡Son los que dejamos atrás hace un rato! El padre Xavier ya había oído los pasos mientras el padre Stefano seguía parloteando. A lo mejor no veía con la misma claridad, pero su oído seguía siendo muy agudo. Si el padre Stefano poseyera un poco más de la astucia adjudicada a sus cofrades, se habría preguntado por qué los viajeros caminaban en absoluto silencio y por qué ocupaban todo el camino. —¿Habéis decidido tentar a la suerte? —les preguntó el padre Stefano—. Tal vez os dejen entrar en la ciudad si estáis en nuestra compañía. Intercederé por vosotros —dijo, y dándose la vuelta les lanzó una sonrisa a los hombres que formaban un círculo a su alrededor. El padre Xavier guardó silencio y observó a los recién llegados por entre los párpados entrecerrados. —Muy amable —dijo uno de los hombres. Llevaba una gorra de fieltro negro adornada por una cadena de piedras blancas. Si se miraba más de cerca, se veía que las piedras eran dientes humanos. El padre Stefano esbozó una sonrisa nerviosa. —Aquí el río está más cerca del camino —dijo el hombre al que le gustaban las cadenas de adorno, dirigiéndose al padre Xavier—. No creí que lograríais llegar y deteneros justo aquí. Mis respetos, reverendo padre. El padre Xavier se encogió de hombros. El hombre hablaba con rapidez y excitación, pero él comprendió lo que decía. — 176 — Su plan había dado resultado: consistió en hacerse, durante todo el tramo desde Viena hasta allí, con cada vez más ayudantes que le enseñaran el idioma, el idioma hablado y no la lengua muerta de los libros. —Lo que acordamos vale, ¿verdad? —Mantengo mi palabra —dijo el padre Xavier—. Una mitad antes, la otra después. —Primero me gustaría ver si aún os queda esa suma. —Tendrás que confiar en mi palabra, amigo mío. El padre Stefano giraba la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Una arruga le marcaba la frente. —¿Así que conoces a estos hombres, hermano? —preguntó—. Creí

y se ahogó. —Eso ya lo comprendimos —dijo el hombre de la cadena y entornó los ojos con expresión aburrida. —jEh! —exclamó el padre Stefano—. ¿Qué está ocurriendo aquí, hermano? ¿Qué significa esa chachara? —¿Cómo pretendéis llevarlo hasta la orilla sin que sus gritos se oigan en Praga? El hombre de la cadena chasqueó los dedos y otro alzó algo que parecía un saco. —Eso no apagará los gritos —dijo el padre Xavier—. Mala idea, amigo mío. El padre Stefano jadeó, se volvió y trató de echar a correr. Los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron, le cubrieron la cabeza con el saco, y lo. arrojaron al suelo, El padre Stefano se debatió para desasirse, pero los hombres no lo soltaron para desasirse, pero los hombres no los hombres donde estaba — 177 — la cabeza del jesuíta. La figura encapuchada se estremeció y después se relajó. El hombre de la cadena sopesó la piedra. —Cuando alguien cae al agua, en general logra volver a salir. El Moldava no es un\* río muy profundo y en esta época el agua tampoco está muy fría, pero sí al caer se golpea el cráneo contra una piedra, no

Éste se había quitado el gorro y lo apretaba contra su pecho. —Sólo mencioné el dinero para que los otros se creyeran aquello de la mitad murmuró—. No quiero que sé. El hombre de la cadena sonrió e

que dijiste que no los conocías. —De acuerdó —dijo el hombre de la cadena de dientes. —Agarradlo con guantes de terciopelo —dijo el padre Xavier—. No quiero huesos rotos, dientes flojos o miembros arrancados ni cuchilladas, ojos reventados, orejas descuajadas, mordiscos, costillas magulladas ni dedos aplastados. Tiene que parecer que cayó al río

—De acuerdo —dijo el padre Xavier—. Levantad el saco. —Se inclinó, palmeó la mejilla del padre Stefano y el jesuita recuperó el conocimiento. Gimió, tratando de enfocar al padre Xavier. Sus manos y sus pies se agitaban débilmente −¿Por qué? −balbuceó−. Te he ayudado, hermano Xavier. ¿ Hermano Xavier ? El padre Xavier le hizo la señal de la cruz en la frente. —Ego te absolvo —murmuró—. Omnia ad maiorem Dei gloriam. Consuélate con la idea de que ocurre en honor a Dios. —Introdujo la mano bajo la sotana del jesuita y le arrancó la pequeña cruz de madera colgada de una tira de cuero. Después se incorporó.

hizo desaparecer las monedas en diversos bolsillos. —Os beso la mano, reverendo —dijo, haciendo una genuflexión. El padre Xavier le indicó que se marchara. El hombre se alejó apresuradamente, encasquetándosela gorra y procurando alcanzar a sus compinches.

El padre Stefano gimió y siguió balbuceando. Su rostro se había vuelto pálido y frío, parecido al de un muerto. —Lleváoslo —dijo el padre Xavier oyó un suave gemido: el jesuita semiin-consciente no era capaz de gritar. —¿Hermano Xavier? ¡Por amor de Dios, hermano Xavier! —oyó que decía. Tres hombres lo agarraron y lo arrastraron a través del campo segado. —¿Hermano Xavier? El padre Xavier sacó su talego y depositó cinco monedas en la palma del hombre de la cadena de dientes.

El padre Stefano seguía semiin-consciente y apenas pataleaba. Los hombres se apresuraron a arrastrar el saco y el padre Xavier creyó oír un último «¿Hermano Xavier?», pero quizá sólo fuera la voz de un ave nocturna. Si la topografía de Praga no lo engañaba, era probable que el cadáver del padre Stefano apareciera en la orilla allí donde el río trazaba una amplia curva una vez pasado el castillo de Hradschin. Si no fuera así, y el Moldava lo arrastraba más allá de Praga o hasta el Elba, el padre Xavier estaría conforme. Pero de lo contrario —y según su aspecto, el padre Xavier estaría conforme. Pero de lo contrario o hasta el Elba, el padre Xavier estaría conforme. Pero de lo contrario o hasta el Elba, el padre Xavier estaría conforme. de dientes y sus compinches cayeran en la tentación de asestarle unos golpes de despedida, los detalles que él mismo proporcionaría a los guardias junto a la puerta de Augusto (en el sentido de que después del último descanso de su caminata un jesuíta había partido un poco antes que él, pero que había desaparecido sin dejar rastro) también le resultarían útiles. «Tuve oportunidad de hablar con él —diría—. Dijo que pasó mucho tiempo en España y yo provengo de allí, así que conversamos. Incluso llevaba doblones españoles en el talego. Y esto —añadiría, mostrándoles la pequeña cruz de made ra—, lo encontré por casualidad junto al camino, allí atrás en la linde del bosque.» "\*"" No pasaría mucho tiempo antes de que seis individuos desastrados llamaran la atención al pretender pagar con do— 179 — blones españoles, los doblones que el padre Xavier había entregado a su cabecilla. Pero su declaración de que un padre dominico los indujo a cometer un asesinato resultaría ridicula, y en el mejor de los casos supondría una pena más elevada: ahorcarlos con una cadena en vez de con una soga resultaría un ajusticiamiento en comparación menos doloroso. El padre Xavier emprendió el camino. Se sentía tranquilo porque todo había salido perfectamente. El hombre indicado en el lugar indicado. ¡Perfecto! — 180 — 10 — No lograrás hacerlo cambiar de idea — dijo Agnes. —No quiero pasarme el resto de la vida preguntándome si tal vez lo habría logrado — contestó Cyprian. —Esta vez él y mi madre incluso están de acuerdo. Si hubieran tenido opiniones diversas..., pero no es así... —Jamás hubiera intentado enfrentar a tu madre con tu padre por este asunto. Agnes le lanzó una mirada. —¿Ni siquiera por mí? Cyprian sospechó que trataba de hablar en broma, pero el tono de su voz era desesperado. Procuró sonreír. —No hay nada que no haría por ti —dijo—. Excepto revelarle un secreto a tu padre. —Pero su intento de bromear fracasó. Cyprian se maldijo en silencio. Al igual que todos los demás, Agnes había comprendido lo ocurrido en aquel entonces. —No tenemos ninguna posibilidad, Cyprian —dijo Agnes—. En una o dos semanas darán a conocer mi compromiso con Sebastian Wilfing, y entonces todo habrá acabado. —Una o dos semanas es mucho tiempo para encontrar una solución. \_\_ Cyprian descubrió que simular optimismo suponía un esfuerzo y se esforzó por que Agnes no lo notara. En las úl— 181 — timas semanas había hecho varios intentos para hablar con Niklas Wiegant, pero el mercader siempre se negó a recibirlo; era como si el hombre —que solía estar abierto a las propuestas— temiera que estaba condenando a sú hija a la desdicha. Gracias a lo que le contó Agnes, Cyprian había comprendido que tras la negativa de dar su consentimiento a un vínculo entre la familia Whegant se ocultaba algo más que una mera promesa entre socios o la razón de ser de dos empresas que luchaban por sobrevivir. Agnes había vislumbrado un gran temor en la mirada de su padre. Cyprian no lograba imaginar lo que impulsaba a Niklas Wiegant, pero sospechaba que una conversación con él al menos le proporcionaría un indicio. A lo mejor la negativa de Niklas Wiegant también estaba relacionada con ese misterio; sin sobre valorarse en absoluto, Cyprian sabía—gracias a sus anteriores encuentros con el padre de Agnes— que éste confiaba en él, y por eso resultaba aún más incomprensible que insistiera en casar a Agnes con Sebastian Wilfing hijo. —Sebastian es una albóndiga de grasa —murmuró Agnes consumida por el odio. Hacía mucho tiempo que Cyprian no le prestaba atención cuando los pensamientos de ambos seguían el mismo derrotero—. Regresó del viaje tres semanas antes que su padre, supuestamente para la fiesta de compromiso, pero me contaron que la travesía en barco de Lisboa a Madeira le daba tanto miedo que el viaje Wilfing lo envió a casa antes de tiempo. Sebastian Wilfing y Cyprian eran de la misma edad. En su infancia habían jugado juntos en la calle: el compacto y robusto Cyprian, al que ya de niño se le notaba que nunca tendría un aspecto ágil, fibroso ni nervudo..., aunque un buen observador también hubiera notado que sin embargo, oculta bajo una capa de supuesta indolencia, sí tendría esa constitución; y Sebastian Wilfing, cuya figura eirá similar..., excepto que el menos observador de los hombres habría notado que Sebastian hijo era exactamente lo que parecía. Al crecer, am— 182 — bos perdieron la gordura infantil, que en el caso de Cyprian fue reemplazada por múscuLos y en el de Sebastian por la grasa de un adulto. Hasta ese día,, las carencias de su antiguo compañero de juegos habían dejado indiferente a Cyprian. -¿Cómo sabes que vino a visitarme? —De vez en cuando echo un vistazo por la ventana. Oyeron pasos que se acercaban: era uno de los guardias de la ciudad haciendo su ronda. De día y en tiempos de paz, nadie se oponía a que los ciudadanos de Viena subieran a las murallas; no suponía ningún perjuicio el hecho de que muchos de ellos se familiarizaran con ese lugar, en caso de que la permanente amenaza turca culminara con una nueva ofensiva contra Viena. La puerta Karntner era la más expuesta a las acometidas y casi fue minada; desde entonces había media docena de galerías vigiladas y reforzadas que conducían desde la parte interior de la puerta hasta bajo suelo, con el fin de poder repeler un ataque instalando más minas, pero casi ningún habitante de la Karntnergasse sabía dónde estaban las palas o a qué grupo debían acudir si se trataba de cavar a mayor velocidad que el enemigo. El guardia lanzó una mirada al cielo occidental cada vez más rojo. —El sol se aleja, y la gente también —canturreó. —Ahora mismo nos marchamos —dijo Agnes en voz baja—. Aquí arriba todo es tan bonito..

El guardia vio que algo brillaba en la mano de Cyprian. Cuando éste se lo arrojó, lo recogió con facilidad, miró a Agnes de arriba abajo, le guiñó un ojo a Cyprian y siguió caminando con expresión aprobatoria. —Ahí tendrías otro pretendiente, en caso de que no te decidieras por mí o por Sebastian Wilfing. Agnes no sonrió. —Ese pomposo bastardo te dijo que me dejarás en paz. —Cyprian consideró que no merecía la pena responder. —¿Te amenazó? — 183 — —Da igual, Agnes, no pienses en él. —¿Cómo quieres que no piense en él cuando debo casarme con él después de Pascua? —Volveré a hablar con tu padre. Agnes alzó las manos y volvió a dejarlas caer, soltando un gemido de desesperanza. Al apartarse y mirar por encima de las murallas, la luz del sol que se ponía iluminó su rostro, otorgándole vida y color. Cyprian le acarició la mejilla. —Huyamos juntos —susurró Agnes. —¿Adonde? —; A Virginia! —exclamó, agarrándolo de la mano—. ¡Ven conmigo a Virginia! Mi padre me habló de ello. Uno de los buques corsarios ingleses fundó una colonia en el Nuevo Mundo. Al principio sólo fue un escondrijo para los piratas pero ahora quieren que la gente se establezca allí. Mi padre ya se ha preguntado si resultaría posible asegurarse unos derechos comerciales exclusivos. —Sir Walter Raleigh le dio el nombre de Virginia en honor a la virginidad de la reina Isabel —dijo Cyprian—. Yo también he oído hablar de la colonia. El nombre provocó algunas burlas. Son todos protestantes, Agnes. —¡Esto me resulta tan indiferente como a ti, Cyprian! —A lo mejor a ésos no les es indiferente que seamos católicos. —¡Entonces nos convertiremos! ¡Creo en el amor, Cyprian, no en una confesión! —¡Agnes! —Cyprian se desprendió de su mano y contempló las medialunas sangrientas que las uñas de Agnes habían dejado en su palma—. Ya me convertí una vez, no pienso volver a convertírme. Mi tío no persuadió a mi familia: nos convenció. —¡Pero hazlo por mí! - T —Por ti iría hasta el fin del mundo, sobre todo contigo. ¿Virginia? —dijo, la agarró de la mano y la apretó—. Si no nos quieren como católicos, que se vayan al diablo. — 184 — ¿Lo harás? —Sí, como tu esposo. Agnes lo miró fijamente. Cyprian sintió una punzada al ver que sus ojos dejaban de centellear. —Pero sabes bien que... —No pienso huir—dijo él—. Toda nuestra vida sería una huida y la idea de que aquí cometimos una injusticia se interpondría entre nosotros. Después de un año, sólo recordarías vagamente que aborrecías a tus padres; después de dos, me echarías la culpa por haberlos abandonado sin una palabra de despedida; después de tres habrías dejado de aborrecerías a mí. -¡No! —exclamó ella y separó sus manos de las suyas—. ¡No, jamás haría eso! Su mirada buscó la del joven.

Cyprian no la esquivó, sabía que era la primera vez que él se oponía a uno de sus deseos. En realidad, nunca había salvado, algo que también habría hecho otro si hubiera acudido con la misma rapidez que Cyprian. Pero sabía lo que ella vería si ahora cedía..., lo que vería dentro de un par de años: el hombre que había destruido su familia. Agnes bajó la cabeza, Cyprian sintió cómo las manos de la joven se volvían frías y sin vida; las soltó y Agnes las dejó caer. —No tenemos ninguna posibilidad —dijo ella y volvió a mirar hacia el ocaso—. Ninguna. El se acercó y la abrazó de espaldas. Olió la fragancia de sus cabellos y percibió el peso de su cuerpo cuando ella se apoyó contra él. Ambos eran casi de la misma estatura: Agnes no era una paloma delicada —jamás lo había sido— sino una joven que quería enfrentarse a las tormentas aunque los ojos se le llenaran de lágrimas. Cyprian se sorprendió al comprender que era la primera vez que esa proximidad, ese abrazo, no suponía un juego alegre y que había pasado mucho tiempo — 185 — desde la última vez que forcejearon. En algún momento de aquellos años la inocencia innata de esos roces había quedado atrás, reemplazada por algo diferente y casi amenazador, porque hablaba de sentimientos mucho más importantes que los juegos y la camaradería de los años pasados. Y su sorpresa fue aún mayor al comprender que esos sentimientos se despertaban en él pese a la situación sin salida. Quería abrazarla aún más intensamente, quería que se diera la vuelta y le devolviera el abrazo y, presa de la confusión, se imaginó que la mano de Agnes acariciaba su mejilla y que sus labios buscaban los suyos para compartir un beso. Sintió que la sensación descendía hasta su entrepierna y se apartó de la muchacha. Cuando retrocedió un paso, Agnes permaneció inmóvil y él se alegró de que no se volviera. A saber qué habría visto ella en su rostro. —Todo saldrá bien —dijo Cyprian, con la oscura sensación de que rara vez había dicho nada tan insensato. —Antes del último

intento para hacer cambiar de opinión a mi padre, fui a la iglesia de Heiligenstadt — dijo Agnes. Cyprian sintió que su excitación anterior se convertía en ceniza. Contempló la espalda de la joven, sus hombros encogidos. La luz del sol proyectaba un halo dorado en torno a sus cabellos oscuros, el viento —que como siempre soplaba desde el este y se

elevaba por encima de los muros de la puerta Kárntner— lo despeinaba y lo convertía en un velo alrededor de su cabeza. Ni siquiera veía el contorno de sus mejillas. —Fui allí varias veces desde el día que me encontraste en las catacumbas —dijo Agnes—. No lo sabías, ¿verdad? Nunca te lo dije, —Puedes ír adonde quieras, por supuesto —dijo él con una ligereza que no sentía. —,; No quieres saber por qué fui ? —; Porqué? Agnes miró por encima de su hombro. Uña mecha de pelo le cubría los ojos. Cuando la apartó, Cyprian había recuperado el control. — 186 — —Siempre he ido allí cuando tenía que reflexionar sobre algo que no parecía tener solución. Después de aquella primera ocasión, siempre sentí que existía un vínculo entre esa iglesia y yo; a veces incluso creí que siempre había existido -dĺjo, riendo nerviosa—. Cuando estaba allí y reflexionaba acerca de mis problemas, sólo había de recordar que antaño tampoco parecía existir una salida, pero entonces viniste tú y me condujiste de nuevo a la luz. Agnes lo miró, esbozando una sonrisa. —Parece que el recuerdo te resulta desagradable —añadió. —No —dijo él—. No, no es así. —Se sintió aliviado cuando ella volvió a apartar la mirada. —A veces me pregunto qué habría ocurrido si la puerta que da a la bóveda también hubiera estado abierta, como la que está detrás del altar. ¿En qué tinieblas me hubiera estado abierta, como la que está detrás del altar. ¿Habría existido una salida también desde allí? ¿Habría caído al lago y me hubiera ahogado? ¿Hubiera muerto de hambre en el laberinto del que habló el viejo párroco? —¡Pero si ese lago no existe! —exclamó Cyprian; su voz había enronquecido—. ¡Y ese laberinto bien puede ser un cuento de hadas! —Tal vez habría sido mejor si hubiera logrado atravesar esa puerta. Entonces quizás habría estado preparada para saber que existe una oscuridad todavía peor que aquella en la que me encontré la primera vez —dijo ella, y se echó a llorar. Cyprian se encontró tan mal que sintió como si una garra le apretara el estómago—. ¡La oscuridad de un amor que no puedo satisfacer! Él le apoyó las manos en los hombros. El sudor le bañó la piel y creyó que ella también lo percibiría, pero Agnes volvió a apoyarse contra él, con el cuerpo sacudido por los sollozos. —Volveremos a encontrar el camino a la luz —susurró Cyprian. Ella negó ton la cabeza. — 187 — —Quise volver a verlo —sollozó—. Le rogué al párroco que me abriera la puerta.

Quería asegurarme de que ese camino hacia la luz realmente existía. Cyprian contuvo el aliento. —¡Ha desaparecido! —gritó Agnes—. ¡La última inundación lo cubrió todo de fango y éste se volvió duro como la piedra! Cyprian percibió su dolor y se aborreció por sentirse aliviado. —Sólo era un símbolo —se oyó decir—. Que haya dejado de existir no significa nada. —Pero las lágrimas de la joven le dijeron que no le creía. Agnes se acurrucó entre sus brazos y él la apretó contra su pecho. El viento los azotó y la puesta de sol los bañó con su cálida luz, pero no bastó para iluminar sus almas. El guardia volvió a pasar, le sonrió a Cyprian y le guiñó el ojo una vez más. —No la sueltes, muchacho murmuró. Era un anciano de barba gris—. Nada es tan pasajero como el amor. Cyprian le devolvió la sonrisa; pero tenía el rostro pálido como el yeso y los latidos de su corazón resonaban como en un agrietado cuenco de barro. — 188 — 11 El doctor Melchior Khlesl, capellán de la corte y honorable obispo de Wiener Neustadt, había cambiado, y no todos los cambios suponen una ventaja: su rostro se había vuelto tan demacrado que su nariz sobresalía como un cuerpo extraño y su barbilla era tan puntiaguda que la barba que llevaba parecía la de un macho cabrío. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas, oscuras canicas que reflejaban las sombras de de-^ bajo, tan sumergidos en sus órbitas que no mostraban ni un punto de luz. Su casaca española de terciopelo negro —en la que todos los adornos, las borlas, los galones y los bordados también eran negros— colgaba de sus hombros como de una percha. Un resfriado acompañado de fiebre lo había dejado y la pelliza que cubría la casaca era de un color tan pálido como el de su rostro. Excepto por la mirada tranquila e intensa, no quardaba ningún parecido con su sobrino Cyprian. Los ojos de Cyprian eran azules, los de su tío, negros..., aunque cualquier observador superficial habría apostado que el color de los ojos de ambos era el mismo. En el sacerdote que en aquel entonces se había despedido con tanta prisa en la iglesia de Heiligenstadt —y que había parecido un extraño en aquella santa casa— Agnes Wiegant no hubiera reconocido al hombre sentado detrás del gran escritorio. —Has mandado rellenar la cueva debajo de la iglesia de He\* — 189 — Heiligenstadt —dijo Cyprian después de saludarlo. Para él resultaba sencillo acceder al obispo de Neustadt: el obispo de Neustadt: el obispo de Neustadt: el obispo de neceder al obispo Un día volverás a irrumpir igual que ahora, yo alzaré la vista sin sospechar nada, me clavarás un puñal en el corazón y lo último que diré será: «¿Tu quoque, fili?» —En caso de que César realmente le dijera algo a Brutus, más bien sería «¿Kaisu> teknonf» —replicó Cyprian—. Los señores romanos hablaban en griego entre ellos, me lo enseñaste tú mismo, tío. —El alumno supone un honor para el maestro.

—Creí que dijiste que el libro debería estar en algún lugar allí abajo. —Dije que no sabía si se trataba de un libro. Nosotros lo habríamos convertido en un libro; puede que los paganos utilizaran cualquier medio para conservar el saber, incluso dibujos en las paredes de las cuevas, de eso estoy seguro. El diablo mora entre nosotros desde que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso y los hombres vivieron como los animales. —¿Y ahora has abandonado la búsqueda? —Si allí abajo hay algo, está tan bien camuflado que ni siguiera yo logré encontrarlo. Como fui incapaz de apoderarme de él y destruirlo, preferí enterrarlo allí mismo. La vacante en la iglesia tras la muerte del viejo párroco me proporcionó el tiempo necesario para hacerlo y los destrozos causados por la última inundación me ayudaron. —Bien —dijo Cyprian—. Menos mal que se ha acabado. Entonces ya no requieres mi ayuda y podré seguir mi propio camino. — 190 — El obispo pareció escuchar las palabras de su sobrino, pero en el caso de Melchior Khlesl nunca se sabía con precisión. Éste mantuvo la mirada clavada en el montón de documentos posados encima de su escritorio. —En realidad, me temo que de todos modos llegamos demasiado tarde? Pero si tú buscaste allí abajo desde que la gran inundación dejó el antiguo santuario al descubierto. ¡Durante casi veinte años! —Cuando digo «demasiado tarde», Cyprian, quiero decir siglos demasiado tarde. Los supersticiosos siempre supieron que allí abajo había algo inquietante, incluso el hecho de que las cuevas se comunicaran con el río y que realmente existiera un pequeño lago que, según la época del año, contenía más o menos agua. La mujer convertida

en piedra, los peces negros de ojos centelleantes, todo ello representa el mal que moraba allí abajo y que las personas no lograban explicarse. ¿Por qué crees que el antiguo santuario fue destruido y rellenado? San Severo recibió la orden de cumplir con esa misión, pero estoy convencido de que fueron los mismos hombres que vivían aquí en aquella época quienes trataron de encerrar el poder del diablo bajo tierra. Cyprian apartó las listas y los pergaminos y se sentó en el borde del escritorio. Su tío se inclinó hacia atrás y Cyprian le lanzó una mirada. —Tío —dijo por fin—, la búsqueda ha terminado. Y me alegro de ello. Nunca quise hacer otra cosa que ayudarte durante todos estos años, pero ahora deseo dedicarme a mi propia búsqueda. Has consagrado media vida a buscar un libro que creías oculto delante de tu nariz... en las catacumbas debajo de la iglesia de Heiligenstadt. Durante casi el mismo tiempo, el único amor que he ansiado también estaba delante de mi nariz, y ahora alguien quiere quitármelo. Te agradezco que me hayas sacado del fango, tío, pero ahora te ruego que me dejes marchar. ;-;: — 191 — —He descubierto algo que indica que alguien se me ha adelantado —suspiró Melchior Khlesl. —¿Qué es? —Un crucifijo pintado con hollín, en un nicho sellado con una piedra. Si un anillo de fango no se hubiera destacado entre las grietas, jamás habría visto el nicho. Aflojé la piedra y la extraje. El nicho estaba vacío, excepto por la cruz pintada. Cyprian no quería aceptar las palabras de su tío, sin embargo se oyó preguntar: —¿Cuan vieja era la cruz? Melchior Khlesl se encogió de hombros. —Hasta antes de la última inundación, el lugar estaba bajo las aguas del lago. Después el nivel debe de haber bajado, tal vez porque los sedimentos acumulados obstruyeron algo..., no lo sé. —Así que la cruz puede tener una antigüedad de un par de siglos... o de sólo veinte años. El obispo no contestó. —Por lo visto lo que había en el nicho no era una pintura rupestre, sino algo que podías llevar contigo —dijo Cyprian. —Tablillas de cera, de barro, trozos de lino sellados con cera... —¿De qué servirían? —Alguien puede haberlas traducido —dijo Melchior Khlesl con la vista clavada en el vacío—. El origen del santuario era romano, así que las escrituras deberían ser

latinas o griegas. —Cualquier párroco o monje medianamente culto... Melchior Khlesl rio de mala gana. —... como los que aún existían hace un par de siglos... —añadió Cyprian. —La cultura ya no da para mucho —dijo el obispo—. Lo único que saben hacer es maldecir la herejía o caer en ella, a veces en ese orden. Y tramar asesinatos. —¿Otra vez? — 192 — El obispo se levantó y se acercó a la ventana. Cyprian se puso a su lado. Dos plantas más abajo, en el patio empedrado del palacio obispal, se veía una mancha de color rojo pardusco: Cyprian crevó ver piedra molida y a'stillas en la superficie. —Anteayer, y por casualidad, cayeron al patio dos tejas que deben de haberse aflojado hace años, justo en el lugar que yo ocupaba. —Una estúpida casualidad —dijo su sobrino y lo miró. —Oí el rumor y me arrojé a un lado. —Melchior Khlesl se llevó la mano al pómulo donde bajo la luz de la ventana se veía un pequeño corte—. Sólo me hirió un fragmento, eso es todo.

—¿Autores? —No fueron descubiertos. Por supuesto que no cabe duda de que fue un miembro de la servidumbre, y tampoco de quién le pagó. Cyprian seguía observándolo. —¿Has vuelto a enviarle una carta de acusación al Papa? —preguntó finalmente con una leve sonrisa—. Sabes que leen tus cartas. —A veces hay que desfogarse —gruñó el obispo en tono malhumorado. —¿Has vuelto a inculpar a todos los consejeros de la corte imperial como fuente de todo mal, como apoyo de prelados impíos e inductores de las revueltas en contra del honor del obispado? ¿Los has tachado de parásitos y has llamado a la corte un estercolero? —Aún peor —dijo Melchior Khlesl, sin detallar qué sería aún peor. Cyprian se apartó de la ventana y contempló el sobrecargado escritorio de su tío. —Tablillas de cera y trozos de lino. ¿Dónde crees que los escritas se encuentran ahora?

—Como sin duda te he explicado cientos de veces, Cyprian... — 193 — —... las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián, y tampoco las losas griegas de piedra cuyos signos los romanos traspasaron a las tablillas y el trozo de lino ya no exián y el trozo de lino y el trozo de Sodoma y Gomorra, hasta el Diluvio, hasta el Diluvio, hasta el asesinato de Caín por Abel, si eso es lo que quieres. —Y tú te crees capaz de romper una cadena tan larga destruyendo la última edición de este legado del diablo. —Lo que personalmente creo es que la posibilidad de fracasar es muy grande —dijo el obispo, lanzándole una mirada de soslayo—. Pero también creo que estamos obligados a intentarlo, porque el diablo siempre se vuelve invencible si nadie tan siguiera intenta enfrentarse a él. Cyprian sonrió.

Melchior Khlesl tosió, se arrebujó en la pelliza y se estremeció. Cyprian le acomodó la pelliza alrededor de los hombros. Ambos se miraron a los ojos. En ese instante, y pese a las diferencias, parecían padre e hijo: el obispo flaco y envejecido de

puños relajados. Desde un principio, Cyprian había sido el protegido de su tío —de quien los hermanos mayores y las hermanos mayoría enseñanzas, viajes, invitaciones a comer con doctores, profesores y otros eclesiásticos de gran cultura los había disfrutado, asimilado y en realidad, había superado las expectativas de su tío. A la edad en la que los primogénitos de los primogénitos de los primogénitos de los primogénitos de su tío. A la edad en la que los hijos primogénitos de los primogénitos de lo Melchior Khlesl lo puso al corriente de la búsqueda a la que había dedicado toda su propia vida. —Tu catador, ¿aún sigue con vida? —preguntó Cyprian. — 194 — El obispo hizo una mueca. —Lo único que me pasa es que estoy constipado. Si hubieran intentado envenenarme, ahora habría un par de cadáveres en este palacio. —Los catadores también pueden ser sobornados. —Hablo de mis perros. Ésos prueban todo antes de que yo lo coma. Hace tiempo que no me fío de mi catador. Sólo lo hago catar para que al menos él también se envenene si tratan de envenenarme a mí—dijo el obispo y arqueó una ceja. Después su sonrisa se apagó. »Algún día no me arrojaré a un lado a tiempo, Cyprian, y entonces las tejas acertarán. Quiero nombrarte mi heredero. Oficialmente. Quiero que emprendas una carrera eclesiástica. Quiero presentarte en la corte y conectarte como hijo, quiero que emprendas una carrera eclesiástica. Quiero presentarte en la corte y conectarte como hijo, quiero que emprendas una carrera eclesiástica. Quiero presentarte en la corte y conectarte como hijo, quiero que emprendas una carrera eclesiástica. muerto, y sólo lo lograrás si ocupas cierta posición de poder en esta manada de lobos que se autodenomina Sacro Imperio Romano. Pagaré tu formación, tus estudios y todo el dinero necesario de los sobornos, y me encargaré de que sostengas el báculo de obispo más rápidamente que cualquier otro. ¿Aceptas mi propuesta? Cyprian contempló a su tío. Sintiera lo que sintiese por ese hombre, no se alejaba mucho del amor incondicional. —No, de todo corazón —contestó. El obispo sacudió la cabeza. —Precisamente por eso eres el indicado —dijo, lanzando un suspiro—. En tu posición y a tu edad, cualquier otro habría vendido su alma al diablo si yo le hiciera semejante propuesta. Tu hermano heredará la panadería; tus hermanas necesitan dinero para la dote. ¿Qué te quedará a ti? Nada. No te hago esta propuesta para comprar tu lealtad; ambos sabemos que nos somos leales. Mi único objetivo es que puedas proseguir mi búsqueda si es que.no logro acabarla antes de morir. Si el tes—195—tamento del diablo cae en manos humanas se producirá una catástrofe inimaginable. Piensa en el castigo que Dios impuso a Sodoma;

piensa en el Diluvio, recuerda la caída del Imperio Romano. Nuestro mundo estallará en llamas. —Quizás antes no me expresé con claridad\* A través de la ventana, Cyprian vio el cielo ennegrecido del ocaso. —Sé que no necesito rogarte que me dejes marchar. No eres mi amo, y yo no soy tu siervo, pero estoy en deuda contigo. Permite que me marche, tío, alguien me espera. -Lo peor de todo esto -r-dijo el obispo como si no lo hubiera oído— es que cada vez hay más personas que están al tanto. Es como si el testamento del diablo hubiera decidido por cuenta propia que ya ha descansado el tiempo suficiente. Y la mayoría de quienes se enteran de su existencia quieren utilizarlo por una buena causa: acabar con la Reforma,

unir al mundo bajo el poder de Jesucristo, echar al diablo del infierno para siempre, qué se yo. No comprenden que no se puede utilizar el mal para hacer el bien, porque sólo provocará males mayores. Quienes intentan apoderarse de los escritos por motivos oscuros son los adversarios menos peligrosos, porque se los reconoce desde lejos. Los otros, los que están convencidos de que hacen lo correcto..., a ésos hemos de temerles. —El obispo miró a su sobrino, y éste quedó consternado al ver las manchas rojizas que cubrían el rostro de su tío. —No te dejarás corromper. —No soy menos corrompible que los demás. Si cae en mis manos, quemaré el libro sin leerlo, pero a solas no tengo ninguna posibilidad de encontrarlo. Cyprian no le contestó.

Melchior Khlesl volvía a tirar de ^ — 196 — su pelliza. Cyprian lo contempló de soslayo y de repente el obispo volvió a sonreír. —Así que alguien te espera,-¿verdad? El amor que todo el tiempo estaba delante de tu nariz, al igual que mi certeza de que la iglesia de Heiligenstadt no sólo alberga una vieja leyenda bajo sus muros. —La espera ha llegado a su fin. —He oído que hay otros planes para Agnes Wiegant. Cyprian no se sorprendió de que su tío estuviera informado y comprobó que así le resultaba más fácil. Melchior Khlesl no tenía fama de ser una persona que construye puentes para sus congéneres. Hacía excepciones en el caso de su sobrino Cyprian cuando albergaba la sensación de que de lo contrario al joven le resultaría demasiado difícil salir del cascarón, y Cyprian lo sabía. Había numerosos motivos por los cuales, después de Agnes, su tío era la persona que más le importaba. —Agnes es ilegítima. ¿Lo sabías? Su tío volvió a arquear las cejas. -No -dijo-. ¿Cómo lo sabes? -Me lo dijo ella. Uno de esos viscosos padres dominicos, que el padre de Agnes conoce desde hace tiempo y que vino de visita a principios de año, se fue de la lengua. -¿Y? -Su padre dice que la rescató de una casa de expósitos de Viena. -Pues eso es una buena acción, ¿no? -¿Por qué no se lo dijo hasta ahora? -A

veces uno prefiere evitarle los golpes a sus seres gueridos y no arrancarlos de sus sueños..., y a veces uno no guiere arrancarse de sus propios sueños... —En todo caso, no le supone ningún trastorno casarla con alguien a quien ella no ama. Melchior Khlesl se alejó de la ventana y tomó asiento de trás del escritorio. \*—Te ayudaría si pudiera. Pero no creo que el jefe de la familia Wiegant me escuchara. Y no me refiero al bueno del viejo Niklas —dijo, haciendo una mueca. Cyprian calló, procurando que su expresión fuera neutral. —No —dijo el obispo finalmente—. En primer lugar, no sabría qué hacer; en segundo lugar, un amor no conquistado por uno mismo no tiene valor. —Ite, missa est—dijo Cyprian. El obispo esbozó una sonrisa cansina. —El amor ha roto nuestra bonita camaradería. Cyprian guardó silencio durante tanto tiempo que éste se volvió notable. —No —dijo por fin—. Pero el sermón era superfluo. —No era un sermón. Cyprian se encogió de hombros, sin despegar la mirada de su tío. —¿Con quién quieren casarla? —Con Sebastian Wilfing hijo. —No es una mala elección —dijo el obispo. —Tampoco supongo que Niklas Wiegant quiera torturar a su hija adrede. —¿No erais amigos, tú y Sebastian Wilfing? —Eso supondría desvalorizar el concepto de la amistad. Pero tampoco éramos enemigos. Melchior Khlesl asintió con la cabeza. En caso de haber oído que su sobrino había hablado en pasado, simuló no haberlo notado. —Agnes no recuerda lo que vio en las catacumbas debajo de la iglesia —dijo su sobrino, recordando lo que ella le había confesado esa mañana—. Ha olvidado la iglesia y todo lo relacionado entre sí de algún modo y para saberlo no necesito la piedra de la sabiduría, el elixir del conocimiento o alguna otra tontería — 198 — de los alquimistas. Me lo dice mi olfato y mi olfato jamás me ha engañado. —Así que tu olfato, ¿no? ¿Acaso no te informó también de que sería inteligente unirse al archiduque Matthias, y por eso te granjeaste la enemistad de los consejeros imperiales? —Eso no significa que mi

olfato me haya engañado. Por favor, Cyprian, no me dejes en la estacada. No podrás evitar que Agnes se case con el hombre que su padre ha elegido para ella. No es necesario que te presente mi propuesta por segunda vez. —Mi carrera en la iglesia. —No- se trata de la carrera. Se trata de proseguir la obra iniciada por Jesucristo: proteger a la humanidad frente a la seducción del Maligno, se trata de que las personas como tú son necesarias para llevar a cabo la tarea. —Mi respuesta sigue siendo la misma. El obispo tamborileó con los dedos en el escritorio. —Cyprian, ayúdame a encontrar ese condenado manifiesto. Me encargaré de que puedas continuar tus estudios aquí. Ni siquiera tendrás que abandonar Viena y siempre estarás en comunicación con Agnes porque, de algún modo, ella forma parte de esta historia, de lo contrario no habría sucumbido a la llamada de las catacumbas bajo la iglesia de Heiligenstadt.

Que se convierta en la mujer de Sebastian Wilf ing no significa que no pueda convertirse en tu amante. La iglesia requiere toda la dedicación de tu alma, no la de tu masculinidad. —Hace demasiado tiempo que eres obispo, tío, ya piensas como un clérigo romano. —Lo dije con buena intención —murmuró Khlesl. Parecía perplejo. —Si me prestara a 

que me ayudes con una cosa más —dijo el obispo— Han surgido contingencias nuevas y quiero que las oigas conmigo.

−¿ Qué contingencias nuevas ? −Te mandaré llamar en cuanto las conozca. −Ya no eres el único que sigue la pista de la Biblia del Diablo −concluvó Cyprian. -Ya te lo he dicho: el asunto ha vuelto a despertar. -Vendré en cuanto me llames. -Gracias. Cyprian se dispuso a marcharse. -¿Cómo descubriste que la entrada a las catacumbas bajo la iglesia ha dejado de existir? —preguntó el obispo. —Porque estuve allí. No me prohibiste que echara un vistazo. —No importa —dijo el obispo. Cyprian no sabía si su tío había descubierto su mentira, o no. Ocultarle la verdad le daba dolor de estómago, pero sentía que lo hacía para proteger a Agnes. Empujó la puerta y un criado entró corriendo desde la habitación contigua y la sostuvo abierta. Cyprian se giró. El obispo Khlesl, que había vuelto a sumirse en sus documentos, se acomodó la pelliza y tosió. El criado cerró la puerta. —Cuídate —murmuró Cyprian, antes de alejarse. - 200 - 12 Una vez que Cyprian se hubo marchado, el obispo Khlesl no despegó la vista de la puerta cerrada durante un buen rato. Por fin extrajo un pergamino muy desgastado de una carpeta de cuero y lo alisó. Una cajita de madera contenía trocitos de carbón tallado del tamaño de una uña. Con uno de ellos el obispo dibujó un círculo en el centro

del pergamino, después tres círculos más pequeños que parecían flotar como cuervos por encima del anterior. En éstos dibujó iniciales y junto a ellas algo parecido a un birrete: con un poco de práctica, el obispo podría haberse ganado la vida como dibujante, al igual que Giuseppe Arcim-boldo, que hasta hacía pocos años había trabajado para el emperador Rodolfo. Debajo del círculo mayor y separado de los otros tres dibujó dos más. Al obispo se le escapó una leve sonrisa cuando añadió a uno de ellos una gran nariz pegada y al otro unos cabellos cortos. El carboncillo corría por encima del pergamino, garabateando en el silencio y la oscuridad cada vez mayores de la habitación, pero el obispo no lo notó. Junto a ambos círculos trazó un tercero; tras dudar unos instantes, el obispo dibujó una «A» en el centro y después unió mediante unas líneas el círculo mayor con todos los demás; los tres círculos que repre— 201 — sentaban al obispo y a Cyprian. A un lado dibujó otro círculo pequeño, alejado de los anteriores, situado al este si uno tomaba al círculo mayor como centro; los otros tres estaban ubicados al sur y al oeste de los demás. Una línea de puntos unía el círculo más reciente, y junto a éste apareció un signo de interrogación. El obispo Khlesl se inclinó hacia atrás. El gran círculo central parecía estar dotado de una docena de tentáculos que se aferraban a los más pequeños, y ahora el círculo central encogía los tentáculos y recogía su botín. Khlesl trazó una circunferencia de puntos alrededor del círculo central: una muralla, un límite poroso cuyos débiles rasgos parecían indicar que su creador tenía menos información al respecto que con respecto a todo lo demás. Finalmente trazó una línea entre los círculos que

representaban a Agnes y a Cyprian, pero tras un breve titubeo, la borró con el pulgar. Aún seguía visible, una sombra que se resistía a desaparecer. El obispo sonrió y sacudió la cabeza; después se dio la vuelta, como si sólo en ese momento percibiera que la habitación estaba a oscuras. Recogió el pergamino, lo llevó hasta la ventana, lo dejó en el A unos pasos de distancia se veía que una de las líneas, la que unía el círculo central con los círculos más pequeños, era más gruesa que todas las puntas de los dedos como buscando un indicio de que su mano había sido dirigida

por un poder invisible. Después se limpió la mano en la sotana y volvió a contemplar el dibujo. El trazo más sólido era el que conducía al círculo de Agnes Wiegant. El obispo agarró el dibujo con mucho cuidado, lo llevó — 202 — hasta la chimenea y contempló cómo las llamas consumían el pergamino hasta que el último trozo carbonizado se convirtió Después tocó la campanilla para llamar al criado. Su sonrisa había desaparecido. — 203 — 13 Cuando sonó la campana llamando a Laudes, hacía dos horas que el padre Xavier estaba despierto.

Se había desconectado de todos los ruidos del dormitorio de los monjes; sólo la costumbre de toda una vida hizo que la llamada a la oración penetrara en sus oídos. Había mantenido los ojos abiertos, pero sin percibir la lenta entrada de la luz del amanecer a través de las grandes ventanas y tampoco el incipiente frío otoñal que se volvía más intenso a esa hora anterior a la salida del sol y que penetraba a través de los cristales rotos como un hálito.

El padre Xavier estaba solo en el espacio personal creado por su concentración, ocupado exclusivamente en sí mismo y en la pregunta a la que intentaba hallar una respuesta desde su llegada del nuevo día con alegría, la mayoría quejándose y bufando, como si la vida en el convento, medio en ruinas desde las guerras de los hussitas, hubiera penetrado en sus huesos convirtiéndolos también a ellos en restos carcomidos antaño sólidos. El padre Xavier se bajó del catre, saludó a los benedictinos inclinando la cabeza, simuló la humildad y la reserva apropiada para un miembro de otra orden que había sido acogi— 204 — do como huésped y salió del dormitorio detrás del grupo de monjes arrastrando los pies. La misa de Laudes le proporcionaría otra oportunidad de reflexionar sobre la pregunta, pero en el fondo ya conocía la respuesta. La respuesta era «no». — 205 — 14 —¿La oyes, la hueles, la sientes..., la ciudad de los cientos de campanas y coros, de aromas de países extranjeros e infernales olores, del empedrado bajo tus pies y las encantadoras manos que rozan tu piel desnuda?

¡Esto es PRAGA! ¿Ves la ciudad de las cien torres, la blanca y la negra, la de Daliborka, la de Enrique y la de Nicolás, las de María de Teyn, de San Vito, la del ayuntamiento? ¡Esto es PRAGA! ¿La ves? ¿La oyes? ¿La hueles? ¿Ves el castillo en la colina, oyes el rugido de los leones en el foso del Ciervo, hueles los miasmas y las casas de

las brujas de la Goldmachergasse? ¡Esto es PRAGA! ¿Ves a la princesa Libuse que le ordena a su caballero que se arrodille ante el umbral de Pfemysl y funde la ciudad de Praga? ¿Oyes el violín de Dalibor, que no dejó de tocar cuando lo llevaron ante el verdugo y que sólo enmudeció cuando su cabeza cayó bajo la espada? ¿Hueles a la podrida Brigitta cuyo espíritu recorre las callejuelas en las noches de invierno besando a todos los transeúntes porque espera saborear los labios de su amado que los cuervos picotearon cuando colgaba de la horca? Esto es Praga, forastero, esto es el paraíso del diablo, la ciudad de los ángeles, ¿la hueles, la oyes, la VES? Considérate afortunado, forastero, ¡porque yo no puedo! ¡Una limosna, buena gente, una limosna para el ciego, una limosna estado sus ojos, se veía una mancha de un líquido rojo y aguanoso. El hombre gritaba con voz ronca y sonora. Había un par de monedas en su gorro de cuero, un puñado de granos de centeno, un bollo a medio comer y una talla de madera de un hombrecillo del que se habría desprendido un niño compasivo. El padre Xavier esbozó una sonrisa. El ciego dejó de balancearse, olisqueó echando la cabeza hacia atrás y dirigió el rostro hacia el padre Xavier. —¿Cómo te encuentras, forastero? —preguntó con voz profunda y sosegada. -Muy bien, hijo mío -dijo el padre-. Dios te bendiga, hijo mío. -Doy gracias a Dios el Señor, hermano. Que os bendiga también a vos. El padre Xavier se sintió liviano, una liviandad del cazador que aún no sabe dónde se oculta su presa pero que por fin se ha decidido a ir en busca de su rastro. El cazador sabe que la presa puede atacarlo antes de había planteado durante tanto tiempo, la misma que se tuvo que plantear Dios para crear el mundo: ¿sería capaz de cumplir su misión sin alojarse en el Hradschin, en el centro de la telaraña, en el punto central del poder, de los rumores, de las medias verdades y los hechos distorsionados, en el núcleo magnético de todo aquello que deambulaba más allá de los límites de la fe católica? ¿Acaso podía albergar una esperanza de encontrar el rastro que lo llevara hasta su objetivo en otro lugar que no fuera el reino del emperador alquimista? La respuesta había sido «no». — 207 — Bien — dijo—. ¿ Cómo lo sabes ? — La voz, hermano. La voz de los hombres lo dice todo. Sólo hay que querer escuchar. Y lo mejor que sabe hacer un ciego es escuchar. Y lo mejor que sabe hacer un ciego es escuchar. A voz de los hombres lo dice todo. Sólo hay que querer escuchar. Y lo mejor que sabe hacer un ciego es escuchar. Y lo mejor que sabe hace

caer una moneda en el gorro de cuero, se persignó y siguió caminando. El ciego asintió con la.cabeza. —¿Y qué te dijo mi voz? —Es suave, hermano, y en ella creo oír llanuras secas, piedras ardientes y el azul de un mar gélido. Pronuncia las palabras de Dios, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios. —Bien, bien —dijo el padre Xavier—. Casi se podría envidiár a alguien con un oído tan fino. —Oh no, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios. —Bien, bien —dijo el padre Xavier—. Casi se podría envidiár a alguien con un oído tan fino. —Oh no, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios. —Bien, bien —dijo el padre Xavier—. Casi se podría envidiár a alguien con un oído tan fino. —Oh no, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios. —Bien, bien —dijo el padre Xavier—. Casi se podría envidiár a alguien con un oído tan fino. —Oh no, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios. —Bien, bien —dijo el padre Xavier—. Casi se podría envidiár a alguien con un oído tan fino. —Oh no, hermano, y tan temprano por la mañana y fuera de las iglesias no se suelen oír las palabras de Dios. —Bien, bien —dijo el padre Xavier—. castigo, pero no me envidiéis, hermano, de verdad. —¿Provienes de Praga? —Treinta años en el empedrado, en las callejuelas y bajo las torres..., ése soy yo, padre, sí señor. Treinta años con el beso de los ángeles en la frente y la mordedura del diablo en el culo, con perdón, padre. —¿Conoces bien la ciudad? —Le he puesto nombre a todos los adoquines de todas las callejuelas, padre. Ése...—las manos del mendigo aletearon por encima del muro del castillo? —Oh, hermano, ¿cómo gueréis que no conozca bien el castillo de Hradschin tras pasar los años benditos de mi vida — 208 — allí? Era un criado, hermano, dormía caliente y todos los días comía y bebía lo suficiente, y eso me volvió presumido e irresponsable. Sí, hoy puedo admitirlo porque soy un pecador arrepentido y a éstos pertenece el amor de Jesucristo, nuestro Señor, Robé, hermano, y me descubrieron, me quitaron la luz de los ojos y me arrojaron a la calle. No les guardo rencor, hermano, porque el castigo fue justo, y... —El padre Xavier asintió con la cabeza. Sacó una moneda de su talego y la dejó caer—. A cambio de eso la indulgencia de nuestro Señor me proporcionó otros sentidos. La moneda cayó en el empedrado junto al gorro de cuero y rebotó. El padre Xavier lanzó el pie hacia delante y pisó la moneda y también la mano de debajo del pie del padre Xavier, pero el dominico apoyó en ella todo su peso. El ciego gimió y abandonó sus esfuerzos. Tendido a los pies del padre Xavier, alzó el rostro crispado. —Así que otros sentidos —dijo el padre Xavier.

¡Mierda! —Existen dos opciones. Opción número uno: te quito la ridicula venda de la cabeza, la que teñíste de rojo con zumo de bayas, para que vean cuan delgada es en los puntos a través de los cuales miras; después empiezo a dar voces, llamo a Dios por testigo de que eres un tramposo y aprieto tu mano bajo mi pie hasta que acudan los guardias y te lleven preso; y si se te ocurriera la idea de atacarme con la otra mano, recuerda que la avaricia por agarrar la moneda hizo que encogieras los dedos, y que puedo rompértelos apretando un poco más...

Algo crujió bajo la sandalia del padre Xavier. -¡Ay! -exclamó el mendigo-. ¡Está bien, elijo la se gunda opción! -- ¿Cuánto hay de verdad en esa historia de que eras un criado en el Hradschin? - 209 — ¡Todo, excepto que no me dejaron ciego! —aulló el mendigo —. ¡Deteneos, hermano, seguiré vuestro juego! El padre Xavier alzó el pie, el mendigo retiró la mano y la examinó a través de la venda. Los dedos estaban magullados. —¡Ay, me duele mucho! —gimió. —No estás gravemente herido, así que deja de lamentarte. —Dios os bendiga que en el reino de su cristianísima majestad Hermes Trismegisto las sotanas no son bienvenidas, ¿no? —¿Hermes Trismegisto? —El emperador no sólo está sentado en su trono, también ocupa el asiento del hechicero. ¿No lo sabíais, padre? El emperador dispone de todo lo necesario para la magia: alomes, fetos secos, piedras con signos diabólicos, demonios encerrados en un cristal, bezoares, piedras caídas del cielo. Hace experimentos con polvo de momias y grasa de cadáver, y trata de crear un homúnculo; estudia con los rabinos judíos y mete la nariz en sus fórmulas mágicas con mayor frecuencia que en la Biblia. Por eso lo llaman Hermes Trismegisto, el tres veces grande... —El dios del fuego del averno, el dios de la muerte, el dios de la muerte, el dios de la fertilidad —murmuró el padre Xavier. —¿Cómo hago para entrar en el Hradschin? —repitió el dominico. —El emperador no tolera sotanas a su alrededor, a menos — 210 — que conozca personalmente al que la lleva. La entrada principal y las laterales están vigiladas por una escolta que acompañó al emperador desde Viena. A los forasteros les niegan la entrada — dijo el mendigo, soltando una risita—. Si deseáis esperar, padre, al menos os encontráis en buena compañía:

diplomáticos extranjeros, barones del reino, legados papales, enviados del rey..., en Hradschin todo el mundo espera. —No quiero esperar —dijo el padre con suavidad. La risita del mendigo se interrumpió. —Decid que habéis sido llamado por los doctores Maier y Ruland sólo cree en los baños, el sangrado y las ventosas, pero ambos suelen dedicarse a discutir con eruditos eclesiásticos para demostrar sus teorías. Vos parecéis un erudito, padre. Intentad poner cara de inteligente y tal vez os franqueen el paso. El dominico se agachó y recogió la moneda. —Yo también elijo la segunda opción —dijo y arrojó la moneda en el gorro de cuero. Después se incorporó y contempló el rostro enmascarado, observando una gota de sudor que se deslizaba por debajo de la venda y desaparecía bajo el cuello de su interlocutor. El rumor de unas botas irrumpió en el silencio matutino de la plaza. —¿Hay algo más que casi olvidaste contarme y que se te acaba de ocurrir? —preguntó. —Evitad el ala de los criados —dijo el mendigo.

El padre Xavier estaba convencido de que, de quitarle la venda, lo habría visto parpadear. —¿Cuál hubiera sido vuestra primera opción, padre? —gritó el mendigo a sus espaldas. El dominico señaló el grupo de quardias armados con lan— 211 — zas y ballestas que recorrían la plaza y de cuyas botas provenía el rumor, pero no se giró y no volvió a mirar al mendigo. Al entrar en una de las oscuras callejuelas, comprobó con satisfacción que volvía a oír aquello de «¡Una limosna, una limosna para el ciego!». Durante un tiempo, el castillo de Viena había sido la morada del padre Xavier. Cuando atravesó el puente levadizo y la puerta principal vigilada — pero no asegurada— y entró en el primer patio del castillo de Hradschin, los guardias lo observaron con escaso interés y entonces súlo era el archiduque de Austria—

no había dejado de lamentarse de la estructura irregular y asimétrica del centro del poder imperial: el estrecho castillo, el patio con soportales completamente separado del castillo al que sólo se llegaba a través de un trecho al aire libre y que acabó destinado a albergar las caballerizas. Incluso empezó a aborrecer su propio intento de hacerse construir un edificio adecuado a su persona al este del viejo castillo en cuanto vio la extraña planta en forma de trapecio. Tres edificios repartidos en una inmensa llanura entre chozas, cuadras y casas destinadas a la servidumbre y sin ninguna muralla protectora, construidos en la planicie vienesa con la manifiesta intención de alcanzar una solución intermedia siguiendo el dictado del pragmatismo estético. Y allí en Praga ocurría exactamente lo contrario: un castillo cerrado, apartado de la ciudad circundante por profundos terraplenes naturales, al oeste por un foso artificial y al este protegido por la escarpada ladera de una montaña. El Hradschin se extendía de oeste a este por encima del lomo de la gran roca, como la corona de espuma de una ola pétrea formada por sillares, tejados, almenas y torres eternamente asomados a la ciudad de Praga y, junto eon las sombras proyectadas por la ola a lo largo del día, la enfermedad de su habitante imperial y la corrupción de su corte también se derramaban en la ciudad. — 212 — Estar al corriente de ello no impedía que uno se impresionara, que al pasar del segundo al tercer patio del castillo reconociera que la inmensa catedral de San Vito sólo era una ruina, un edificio iniciado por muchos hombres geniales y que ninguno de ellos acabó, y tampoco impedía inclinar la cabeza hacia atrás y maravillarse; uno podía cerrar los ojos y percibir los monumentos preñados de grandeza arquitectónica y seguridad en sí mismos sin dejar de sentirse pequeño y al mismo tiempo protegido. Aquello que tuvo el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder para mandar construir semejantes edificios también debió de haber tenido el poder debió idea bastante precisa del poder del imperio y de las intenciones del actual emperador, no sintió nada parecido. Deambuló hasta la entrada del palacio real, expresó sorpresa cuando los guardias lo detuvieron, recitó la cantinela acerca de los doctores Maier y Ruland, y aguéllos, tras un mínimo titubeo, le franquearon la entrada. La manía del emperador de convertir el Hradschin en una fortaleza cerrada a cal y canto también era al mismo tiempo su punto débil. Si se consideraba que la esperanza de no lograr nada durante el primer día no suponía un plan concreto, entonces el dominico había acudido al castillo sin un plan concreto. Incluso en el interior de un inmenso edificio como el Hradschin, las lenguas sueltas no solían susurrarle secretos al primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero había que encontraban; también entre los miles de almas serviciales que pululaban por las salas, primero de almas serviciales que pululaban por las salas, primero de almas serviciales que pululaban por las salas, primero de almas serviciales que pululaban por las salas, primero de almas serviciales que pululaban por las salas, primero de almas serviciales que pululaban por las salas, primero de almas serviciales que pullaban por las salas, primero de almas serviciales que pullaban por las salas, primero de almas serviciales que pullaban por las salas, primero de almas serviciales que pullaban por la salas, primero de almas serviciales que pullaban por la salas, primero de almas serviciales que pullaban por la salas que pullaban por la salas que pullaban p emprendiera la búsqueda de los dos hombres que utilizó como coartada y entablara una discusión con ellos. Tras un par de días, los guardias lo reconocerían y lo dejarían pasar sin hacerle preguntas; tras un par de días, los guardias lo reconocerían y lo dejarían pasar sin hacerle preguntas; tras un par de días, los guardias lo reconocerían y lo dejarían pasar sin hacerle preguntas; tras un par de días más, ya habrían olvidado su cara y si se topaban con él en un archivo o una biblioteca, su presencia no les parecería — 213 — ilegal y no se les ocurriría que se encontraban frente a un espía dedicado a su tarea. El padre Xavier bajó por una estrecha escalera de caracol que conducía a la muralla del castillo y que según su experiencia era lo bastante oscura como para llevarlo hasta las dependencias de servicio. Los criados circulaban por todas partes y eran los más fáciles de dejarse impresionar por el hábito del dominico; buscaría a sus primeros aliados entre ellos y, al igual que en Viena, trataría de informarse de los pecados no confesados del emperador. Cuando era archiduque, Rodolfo había demostrado una afición por la carne no conforme a su rango: todas las criadas, tanto las jóvenes como las viejas, corrían peligro. El padre Xavier se permitió una sonrisa despectiva en medio de la oscuridad y la soledad de la larga escalera de caracol, y aún sonreía cuando chocó contra un hombre muy gordo a la altura de la pequeña ventana en forma de tronera. Tras el choque, el dominico se vio envuelto en un olor a sudor, pescado y carne asada, y percibió el roce viscoso y pringoso de la seda y el brocado. Se detuvo y el gordo retrocedió un paso, permitiendo que el padre xavier, rechoncho y fofo, una bola de grasa de mejillas rojas como manzanas y un cuerpo en forma de barrica. El esfuerzo y la sorpresa hicieron que mantuviera la boca abierta y revelara unos dientes que el monje dominico —que poseía una dentadura perfecta— hubiera visto al labio inferior, húmedo en medio de la barba rubia y hendido por un profundo hoyuelo. Si no se hubiera visto sorprendido por el inesperado encontronazo puede que los ojos del individuo hubiesen permanecido ocultos en medio de pliegues grasientos, pero estaban muy abiertos. En ese rostro poco agraciado, el inmaculado azul de los ojos enmarcados por la luz que penetraba a través de la ventana, eran lo único bello. Parpadearon —como los de los herejes cuyos brazos dislocados colgaban a^sus lados mientras gemían y abjuraban del protestantismo y sus herejías—, pero su mirada los traicionaba. El padre Xavier clavó la vista en esos ojos y, con la conmoción que a ambos les produjo el cruce de miradas, reconoció la culpa permanente, el miedo perpetuo y la mala conciencia. Los ojos eran los mismos que recordaba el padre Xavier, pero el rostro se había convertido en una desfigurada mueca del desenfreno más absoluto. El alquimista había llevado a cabo la transmutación en su propio cuerpo y, como siempre, la mierda había aumentado y el oro no había aparecido. El padre Xavier bajó la cabeza, pero era demasiado tarde. ¿Cómo pudo haber creído que la ridicula barba evitaría que lo descubrieran, incluso durante un segundo? El emperador Rodolfo siempre lo había contemplado con el corazón, no con los ojos, como la liebre que no ve la cara triangular del zorro sino dos hileras de dientes afilados. El corazón del dominico latía tan apresuradamente que durante un minuto se quedó sin aliento. El cerebro no le respondía. ¿Qué debía hacer? El mendigo se lo había advertido, su propio recuerdo también: el emperador Rodolfo\* el amigo de las criadas. ¿Por qué habría de haber modificado, sus costumbres, allí, en Praga, en su propio recuerdo también: el emperador Rodolfo de las criadas. Habsburgo soltó un gruñido. Las mejillas como manzanas se habían convertido en flaccidas y pálidas bolsas de piel. Del labio inferior colgaba un hilillo de saliva que se enredaba en la barba. Acto seguido fue como si medio castillo se desplomara encima del padre Xavier y lo aplastara contra la pared, un monstruo pasó aullando a su lado haciendo retemblar la escalera, y después se quedó solo. El retumbo de la huida del emperador del Sacro Imperio Romano resonó por los escalones junto con sus agudos chillidos. A sus espaldas quedaba el aroma a falta de higiene corporal y al coito — 215 apresurado en una cocina sobrecalentada, mezclados con el pestazo del miedo y de una vejiga débil. El padre Xavier se apartó de la pared contra la que lo había lanzado el emperador. Alzó una mano y vio que temblor desapareció y después procuró controlar su respiración. Por fin se quedó completamente inmóvil. Nadie que lo viera habría imaginado que tiras su frente se arremolinaban las ideas. Los aullidos del emperador Rodolfo se perdieron en las profundidades del palacio real, y también el rumor de sus pasos. El padre Xavier golpe le reventó la piel de los nudillos y el cuarto dejó cuatro marcas rojas en forma de estrella en la pared. El dominico abrió el puño, contempló los rastros de sangre en la pared y sintió el dolor que aquietó el remolino de sus ideas; después alzó la mano y se lamió la sangre del dorso, se giró y remontó la escalera detrás de su antiguo confesante. — 216 — 15 Seguir el rastro del emperador era fácil; el palacio real era un hormiguero y Rodolfo había trazado un sendero, como un niño que clava su bastón entre las hormigas. Los criados, funcionarios y cortesanos apiñados en grupos tenían una expresión de espanto y la mirada fija en el pasillo o la habitación a través de los que Rodolfo había emprendido la huida. El padre Xavier atravesó el tumulto con toda la gracia real que el hábito otorgaba a su delgada figura. La desigual persecución acabó ante una puerta cerrada, frente a la cual se agolpaba al menos media docena de hombres vestidos con variados y costosos atuendos, que hablaban entre sí en tono desconcertado. El padre Xavier se mantuvo al borde del grupo, saludando con la cabeza cuando lo miraban y adoptando la postura de un humilde monje que por casualidad se encuentra en el escenario de un accidente, ignora qué ha ocurrido pero empieza a rezar por todos los presentes movido por la compasión y la fe. Cada vez aparecían más personas que obstruían el pasillo y aumentaban la confusión. Por fin un hombrecillo de cabellos blancos se abrió paso a través de la multitud y echó un vistazo a su alrededor. Más adelante se topó con la mirada de un tipo gordo que no debía — 217 — de ser mucho más joven que él y que le hizo señas de que se acercara. —¡Menos mal que ya estáis aquí! —dijo el gordo. El padre Xavier, acostumbrado a las disonancias, escuchó las

Majestad, soy yo, el juez superior regional. Me acompaña el barón Rozmberka y muchas personas más preocupadas por el bienestar de Su Majestad. No hay ningún peligro, Majestad. No recibió respuesta y quienquiera que se ocultara detrás de la puerta también guardó silencio. Lobkowicz soltó eípi-caporte y cerró el puño. —¿Nadie sabe qué le ha ocurrido? Últimamente estaba muy tranquilo,.., debe de haber ocurrido algo —dijo el juez; su mirada rozó la figura del dominico pero sin prestarle atención. —A lo mejor ha vuelto a perder una nuez —gruñó Rozmberka. —No.podemos esperar que salga por sí solo —dijo Lobkowicz—4 El legado ruso aguarda, el nuncio papal, los generales, toda — 218 — la cristiandad aguarda a que el emperador acabe por tomar la decisión de vengar la masacre del año pasado en Constantino-pla y acabar con los turcos. No puede ocultarse en su cámara del tesoro...; Debe gobernar! —No es necesario que me lo digáis a mí, querido Lob-kowicz. —Creí que todo se había tranquilizado tras sú último ataque, cuando descubrió los engaños de Edward Kelley y lo mandó encerrar.; Y ahora esto! —No nos quedará otro remedio. —¡Maldita sea, Rozmberka! —¿Acaso creéis que esto me

palabras no dichas: «¿Dónde diablos estabais?» —Me alivia comprobar que tenéis todo bajo control —replicó el recién llegado, y el dominico volvió a oír las palabras no dichas: «¡Si mis ocupaciones fueran tan,escasas como las vuestras, yo también habría sido el primero en llegar!» —¿Qué ha ocurrido? —Dicen que su cristianísima Majestad atravesó corriendo los salones presa de los nervios y que acabó por parapetarse en esa habitación, —La que alberga su colección, claro. —¿Y si no dónde, mi querido Lobkowicz? El padre Xavier observó la mirada que intercambiaron ambos hombres. La multitud había retrocedido y ambos estaban justo delante de la puerta cerrada con llave. Lobkowicz intentó

—El gordo barón hizo una mueca e imitó la manera de hablar de otro hombre—: «Os encargaréis de ello, ¿verdad, querido Rozmberka?» ¡Aunque sólo sea por eso, no dejo de desear que aquel día le hubiéramos arrancado las entrañas! Lobkowicz bajó la cabeza. Después le hizo señas a uno de los demás. —Enviad a alguien a la Goldmachergássechen para que vaya en busca del fabulatorprincipatus. Decidle que el emperador necesita que le vuelva a contar la historia. El hombre se abrió paso entre la multitud y se alejó. El juez contempló con expresión adusta los rostros de quienes lo rodeaban y su mirada volvió a recaer en el padre Xavier. Este desplegó una sonrisa a fin de confundirse con los demás. Detrás de la puerta cerrada aún reinaba el silencio. —Aborrezco esta situación —murmuró el anciano juez—. ¡Maldito sea lo que haya visto o haya creído ver, o se haya imaginado! —¿Y si atenta contra su propia vida? —susurró Rozmberka—. Imagináoslo,.., mientras nosotros nos quedamos aquí papando moscas. -¿Acaso pretendéis que derribe la puerta de la muy privada cámara del tesoro del emperador? —se indignó el juez superior regional—. ¿Bajo mi responsabilidad? ¿Acaso tengo — 219 — pinta de querer pudrirme en una jaula en el foso del Ciervo? ¡Dad la orden, querido Rozmberka, si eso es lo que queréis! —Estamos todos condenados —dijo el barón.

Después de un rato apareció un joven acompañado de varios guardias que le abrían paso con brusquedad. Ambos funcionarios del reino lo saludaron con frialdad. —¡Os toca a vos! —gruñó el juez. —¿Qué le ha ocurrido al emperador? —Ni idea —dijo el barón—. Pero quizá sea algo tan grave que esta vez vuestra ridicula historieta no tendrá efecto, y entonces... —El gordo se indicó el vientre con el dedo, como si enrollara algo. El joven renunció a tratar de bajar el picaporte, lo que le valió la aprobación del dominico, y dirigió la mirada a la multitud. Tenía un rostro estrecho, ojos oscuros y sobre todo arrugas cansadas en las comisuras de la boca: alguien que empezaba a hartarse de su vida. — Debéis dar la orden de derribar la puerta —dijo Lob-kowicz—. De lo contrario no podréis entrar. Hemos intentado establecer contacto con Su Majestad, pero no nos ha hecho caso. —Retroceded todos —dijo el joven—. Su Majestad está justo detrás de la puerta. Se puso en cuclillas y empezó a hablar en voz baja junto a la hendidura entre la hoja de la puerta y la pared. Ambos funcionarios y todos los mirones retrocedieron. El padre Xavier no logró percibir lo que decía pero de repente oyó el ruido de una llave que giraba dentro de una complicada cerradura; la hendidura se volvió más ancha y el joven se deslizó dentro de la habitación. La puerta volvió a cerrarse de golpe y la llave volvió a girar. Los que esperaban intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros. El juez superior regional Lobkowicz bufó, después se — 220 — giró con aire marcial y se alejó sin mirar a nadie.

El barón Rozmberka permaneció inmóvil, su cara redonda reflejaba tanto cólera como alivio, pero sobre todo procuró disimular sus sentimientos. El padre Xavier se acercó a él. —Señor—dijo en tono suave—, ¿cómo estáis? Me alegro de encontrar a un hombre como vos en esta inquietante situación. Rozmberka le lanzó una mirada inexpresiva. — Pertenezco al legado papal —dijo el padre Xavier haciendo un gesto vago—. Me han otorgado el honor de presentarme a vos. ¿No sabéis quién...? —Sí, claro —dijo Rozmberka—. Sí, claro, ahora lo recuerdo.

Esto..., lamento que presenciarais este asunto..., por supuesto... —... por supuesto que Su Excelencia el nuncio papal no debe enterarse de lo ocurrido —dijo el dominico—. Lo que por otra parte es una pena, puesto que él, al igual que yo, estaría impresionado por la manera en la que habéis resuelto esta situación. —Ya —dijo Rozmberka y reprimió una sonrisa tonta. —Ese joven —dijo el padre Xavier con una sonrisa—, ¿quién es? ¿Y qué es esa historia con la que logra tranquilizar a Su Majestad? — 221 — 16 El hombre parecía un hermano mucho mayor del obispo Melchior, pero Cyprian conocía a todos sus tíos y sabía que el flaco Melchior, pero Cyprian conocía a todos sus tíos y sabía que el flaco Melchior no era un buen representante del aspecto de la familia Khlesl, y comprendió que el parecido entre los dos personajes que se

hombres: sus rostros tenían un tono gris, como si acabaran de sufrir una conmoción moral. Cyprian apartó el rollo de pergamino apoyado en el escritorio de su tío y se sentó en el borde del tablero. La mirada del visitante iba y venía entre Cyprian y Melchior Khlesl. —Mi sobrino es de confianza —dijo el obispo en latín. Cyprian disimuló su sorpresa, pero conocía la lengua tan bien como la suya propia. —¿Cuánto sabe? —preguntó el otro, también en latín. —Lo mismo que yo. Era obvio que sólo podía tratarse de un asunto. El empeño secular de Melchior Khlesl estaba dedicado a dos proyectos: el libro al que llamaba el legado del diablo y la coronación — 222 — como emperador de un hombre que pareciera más indicado para evitar la destrucción de la cristiandad que el que actualmente ejercía el cargo. Cyprian no desempeñaba ningún papel en cuanto al segundo proyecto. —Mi abuelo —dijo Cyprian—, el padre del obispo Mel-chior y del mío, era panadero. Éramos protestantes. Mi abuelo solicitó permiso para ofrecerles la última comida a los protestantes condenados a muerte. El obispo Melchior, su segundo hijo, recibió el encargo de llevarles el pan a los malhechores encerrados en prisión antes de su ejecución. —En aquel entonces yo tenía quince años —dijo el obispo—. Vi ciertas cosas que habría preferido no ver. Si un padre jesuíta no se hubiera encargado de mí y no me hubiera explicado que todo ese dolor era necesario para salvar almas, quién sabe qué habría sido de mí. Hoy ese padre es el rector de la casa de la Societas Jesu de Viena. Ya no es el hombre que fue. Si me lo encontrara hoy, ni diez caballos conseguirían que me convirtiera a la auténtica fe. Ambos hombres miraron a Cyprian y éste comprendió que lo estaban sometiendo a una prueba y que su tío la consideraba innecesaria. —En aquel entonces, el padre acababa de ser ordenado y había puesto en marcha los primeros procesos en contra de los herejes. También logró que condenaran a muerte a un viejo tonto que se presentó como alquimista y que por error envenenó a la familia de un mercader mediante un elixir de vida preparado por él mismo. El viejo le rogó a mi tío que se quedara junto a él la noche de su ajusticiamiento y que le ayudara a prepararse para enfrentarse al último día... —... y me contó una historia absolutamente asombrosa acerca de un libro —añadió el obispo. —Y vos, ¿cómo encajáis en esto, Eminencia? —le preguntó Cyprian al visitante. El visitante contempló a Cyprian entrecerrando los ojos; éste se quedó tranquilamente sentado en el escritorio de su — 223 — tío y señaló el dedo medio de su mano izquierda. El visitante dirigió la mirada al anillo con la piedra de color violeta que resaltaba en su dedo

encontraban en el estudio del obispo, más que genético debía de ser de carácter espiritual. Puede que el visitante fuese todavía más delgado que el obispo, y el bigote y la perilla alargaban su rostro aún más. Llevaba un atuendo desgastado. El obispo alzó la vista, contempló a Cyprian y arqueó una ceja. Cyprian descubrió otro parecido entre ambos

medio. —Supongo que olvidasteis quitároslo, Eminencia —dijo Cyprian. Melchior Khlesl sonrió. —Este es Giovanni Antonio Facchinetti, Cyprian, cardenal de Santissimi Quatro Coronati. Ambos compartimos un objetivo vital: eliminar el testamento del diablo de este mundo. El cardenal Facchinetti hizo un esfuerzo visible. —Confío en ti, hijo mío —dijo —. Confío en ti porque mi amigo Melchior confía en ti. Por lo demás, tengo pocos motivos para confiar en alguien en cuanto a este asunto. ¿Tienes claro qué buscamos y a qué poderes nos enfrentamos ? —El mal, disfrazado de bien. El poder del exterminio, disfrazado del poder del saber. La palabra de Lucifer. La Biblia del Diablo —bufó Cyprian—. Un par de hormigas decidieron hacer caer al elefante muy grande —dijo el cardenal Facchinetti con expresión grave—. Hablamos de un saber que ya existía cuando tentó a Eva incitándola a arrancar la manzana. Hablamos del saber que indujo a los egipcios a sentar a sus faraones junto a Dios; hablamos del sexto y del séptimo libro de Moisés. Esas palabras no cejan en su intento de penetrar en el mundo bajo una nueva forma, para pervertir a la humanidad. Cuando los misioneros cristianos empezaron a destruir los santuarios paganos, los mejores no lo hicieron por fanatismo sino porque esperaban que con ello también lograrían destruir la Biblia del Diablo, aunque fuera por casualidad. Has de comprender, hijo mío, que ese saber por sí solo no tiene ningún poder, pero'es capaz de buscar a un hombre débil que intente hacer uso de él y, como a fin de cuentas proporciona poder, el débil se convierte — 224 — en un poderoso; somete al que cree dominarlo y engaña al que cree que podrá emplearlo para hacer el bien. El diablo siempre necesitó la colaboración de los hombres para sembrar su simiente y con eso que denominamos su legado logró dar el mayor golpe de todos. En todas las obras de Satanás se huele el azufre y se ve su pata de macho cabrío. En cambio en su testamento, a primera vista sólo se reconoce el brillo sublime del saber. —Existe la historia de Prometeo...

—dijo Cyprian. El cardenal Facchinetti se persignó. —¡Claro que existe! —dijo—. ¿Y cuál crees que fue su origen? La verdad es que el saber jamás puede ser un regalo, ¿lo comprendes? Estoy convencido de que Dios quiso que sus criaturas participaran de su sabiduría, poco a poco, pero hemos de esforzarnos para alcanzarla. Sólo tenemos derecho a poseerla cuando estamos preparados. Eso es precisamente lo que convierte la herencia del diablo en un veneno tan terrible: que consideremos la sabiduría un regalo y creamos poder emplearla para hacer el bien, ¡cuando sólo quiere destruirnos! — Me pregunto por qué no eliminaron el libro en cuanto fue escrito. El cardenal Facchinetti soltó una carcajada amarga. —Porque su naturaleza supone que no se reconozca su influencia de inmediato. Al principio incluso se podía estudiar ese libro. El emperador Federico von Hohenstaufen fue quien comprendió lo que el libro era capaz de hacer. Entretanto se ha descubierto que pensó destruirlo. Creo que habría tenido el poder de hacerlo; en aquel entonces, muchos creían, y aún lo creen hoy, que fue uno de los pocos elegidos que llevó la corona del Sacro Imperio Romano. -¿Por qué no lo destruyó? -¡Porque también él sólo era un hombre y porque el poder del diablo es muy grande! ¡No pudo, le faltó valor! Pese — 225 — a toda su sabiduría, él también lo consideró un regalo para la humanidad. ¿Sabes que el auténtico texto está escrito en clave? Cyprian asintió con la cabeza. —El emperador Federico hizo confeccionar una copia en la que faltaba la clave del código, para que el saber no se perdiera y al mismo tiempo evitar que se descubriera. Esa copia fue a parar al convento de Brevnov, que se encuentra cerca de Praga, porque de allí era el monje que en su momento fue inducido a redactar la Biblia del Diablo. —¡Inducido! —dijo Cyprian—. Lo que

Él se limitó a traducirlo. —Esa es mi teoría personal —dijo Melchior Khlesl encogiéndose de hombros. —La inducción seductora ocurre de muchas maneras —dijo el cardenal. —¿Qué se hizo de la copia? —preguntó Cyprian, para quien esta versión de la historia era nueva—. ¿Aún está en Brevnoy? —Lo que deberías preguntar es qué ocurrió con el original. Cyprian le siguió el juego. —¿Qué ocurrió con el original? El cardenal y el obispo lo miraron. —¿Juras por todo lo que te es sagrado que conservarás el secreto? -Eminencia -dijo Cyprian-, estoy tan metido en este asunto que resulta casi irrelevante que sepa algo más.

Además, hoy es la última vez que me ocupo de este asunto. Mi tío me ha permitido que me marche, así que confiad en mí, o no lo hagáis: un juramento resulta innecesario. —Uno de los primeros deberes de todo Papa recién elegido consiste en leer los informes sellados dejados por su antecesor.

Estos incluyen todos los secretos del Vaticano que, a excepción del Santo Padre, nadie puede conocer, y todos los — 226 — documentos del archivo secreto que nadie puede leer jamás. Uno de los secretos (los demás los ignoro) se refiere a la Biblia del Diablo. En el documento pone que el máximo deber del Santo Padre consiste en mantener el libro

cayó en manos de aquel individuo fue una antigua versión romana, aquí, en Vie-na, en un antiguo santuario pagano.

encerrado bajo llave en el archivo secreto, y no permitir que nadie le eche un vistazo, incluido él mismo. —Facchinetti se quitó el birrete y se pasó la mano por el pelo. —Docenas de Papas se atuvieron a esa norma —suspiró. —Excepto uno —dijo Cyprian. —Excepto uno —confirmó el cardenal—. El cardenal Giovanni Battista Castagna, Gran Inquisidor del Santo Oficio, el papa Urbano VIL Creyó que la herramienta dispuesta para cumplir su tarea era la Biblia del Diablo. Estaba convencido de que lograría usarla para hacer el bien. —El papa Urbano murió el año pasado —comentó Cyprian. —Encontró la copia —dijo Facchinetti. Cyprian intercambió una mirada con su tío. Vio un rostro marchito en el que una ceja se arqueaba con dificultad. —¿Qué se hizo del original? —preguntó Cyprian. El cardenal y el obispo se miraron y se encogieron de hombros. —¿Pretendes que crea que durante todo ese tiempo pensaron que el original estaba a buen resguardo en el archivo secreto del Vaticano y en realidad sólo era una copia que hizo confeccionar el emperador Federico hace cuatrocientos años? —siseó Cyprian—. ¿Y que un par de buitres de alto rango de la Iglesia lo descubrieron y se dijeron que lo que puede hacer el Papa, nosotros también lo podemos hacer? ¿Que el cardenal Facchinetti en realidad pertenece a ese círculo, pero que se echó atrás porque comprendió que sus compinches no querían eliminar la Biblia del Diablo sino utilizarla para sus propios fines? 227 El obispo Khlesl echó un vistazo por encima del hombro al cardenal Facchinetti sentado ante su

escritorio y sumido en sus pensamientos. A Cyprian le pareció que estaba a punto de quedarse dormido y morir. El cardenal no había protestado cuando Cyprian—. No me digas que el viaje desde Roma lo dejó en semejante estado. Tú tampoco tienes mejor aspecto y hace días que no sales de tu estudio. ¿Para qué ha venido? —Vino a pedirme avuda. —¿Por qué a ti? -^-Porque siquió el rastro de la Biblia del Diablo hasta aquí, hasta Viena, Iqual que vo. —¿Y qué pretende de ti? —¿Eminencia? —dijo el obispo y se giró. Cyprian agarró a su tío del brazo. —¿Qué es lo que ambos me habéis ocultado? ¿Qué es lo que no debo saber? Melchior Khlesl se desprendió del brazo la mano de su sobrino y Cyprian quedó consternado al percibir el frío de sus dedos. —¿Giovanni? El cardenal Facchinetti alzó la mirada. Melchior asintió. El cardenal inspiró y espiró profunda y lentamente. Su tórax se hundió. —Un hombre fue enviado desde España —dijo; su voz era casi inaudible—. El padre Xavier Espinosa. Un dominico. Dispone de toda la libertad necesaria para encontrar el Libro del Diablo y volver a llevarlo a España. Cuando digo toda la libertad, guiero decir eso, precisamente. Le dieron la absolución por anticipado. Perdí su rastro antes de llegar a Praga. —¿Lo hicisteis seguir? —Cyprian clavó la mirada en el cardenal. —Mi espía desapareció sin dejar rastro. Me temo que Espinosa lo descubrió y lo eliminó. — 228 — —¿Y quieres que yo me encarque de ello? —Sólo quiero impedir que la Biblia del Diablo sea encontrada y caiga en las manos equivocadas. Si alguien me dijera que se quemó, daría mi alma por ello.

Tu tío te propuso a ti. —¿Por qué no os encargáis vos mismo? Aquí en Viena, o en Praga. ¡Sois un cardenal! Si queréis, podéis disponer de los cerebros más inteligentes ocultos detrás del muro de cualquier convento. Facchinetti y Khlesl volvieron a intercambiar otra mirada. El obispo asintió de nuevo. —Debo ir a Roma —dijo Facchinetti—. Llegué esta mañana temprano y mañana a primera hora vuelvo a emprender el viaje de regreso. —¿Qué pasa? —dijo Cyprian y, aunque procuró hablar en tono neutro, no pudo reprimir el cinismo de su voz—. ¿Acaso el papa Gregorio también está agonizando? —Pero se arrepintió en cuanto hubo pronunciado esas palabras. —Sí—dijo Melchior Khlesl. —Habrá un nuevo cónclave —murmuró el cardenal Facchinetti—. Quiero que sepas que el papa Gregorio y yo somos amigos íntimos. No le informé de los auténticos acontecimientos relacionados con la Biblia del Diablo porque no osé involucrarlo. Quizá por eso me siento culpable. No lo sé. Sólo sé que jamás llegaré a tiempo a Roma para despedirme de él y pedirle perdón. —Me desentiendo de este asunto —dijo Cyprian mirando a su tío—. La última vez que hablamos hablé en serio. —He realizado investigaciones acerca de Agnes —dijo el obispo—. Niklas Wiegant mintió. —No le dijo nada sobre sus orígenes por no agobiarla... o porque quería mantener intacta su familia, qué se yo. No tiene importancia.

-No, mintió en cuanto a sus orígenes. Cyprian sólo tardó un instante en digerir la información. -¿Y qué? ¡Aunque sea una bastarda! La amaría aunque - 229 - Niklas la haya engendrado con una puta que la parió en el arroyo. -Eso es perfectamente posible. Cyprian se tragó la cólera que lo asfixiaba. —Explícate con más claridad, tío —dijo. —He hecho investigar todas las casas de expósitos de Viena... —¿Para qué? ¿Por qué lo has hecho? —Y puedo afirmar que Niklas Wiegant jamás se llevó una niñita de una casa de expósitos de Viena —concluyó el obispo. Cyprian quardó silencio. Le lanzó una mirada al cardenal Facchinetti, pero la expresión del anciano era compasión era lo último que Cyprian deseaba. Comprendió que su tío había informado al cardenal de los resultados de su investigación acerca de Agnes. Intentó sentir ira hacia su tío, pero la oscura sospecha que lo invadió lo volvió imposible. —En la parroquia de Niklas debe de haber un certificado. —Así es. Niklas Wiegant lo firmó. Es una mentira; el testigo que le ayudó a convertir esa mentira en verdad fue Sebastian Wilfing, su socio. —Al diablo con el —susurró Cyprian. —Todos nos iremos al di

en Praga —dijo Cyprian—. No me contarías todo esto si no hubiera estado en Praga. —Un secreto rodea a Agnes Wiegant no regresó de Praga con una niña y que cometió perjurio por ella justo en la época en la que la Biblia del Diablo amenaza con volver a aparecer entre los hombres. —¿Y si en Praga encontrara un indicio sobre los auténtí— 230 — eos orígenes de Agnes, acaso tendría la posibilidad de impedir su boda con Sebastian Wilfing.hijo? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¿Con el hijo del hombre que cometió perjurio junto con Niklas Wiegant? —Si te quedas aquí, hijo mío, tus posibilidades serán nulas —dijo el anciano cardenal. Cyprian se volvió abruptamente. Estaba a punto de responder pero el rostro del cardenal hizo que enmudeciera. Este sonrió, aunque dos lágrimas se derramaron por sus mejillas. —Quizá no logres impedir que la mujer que amas pertenezca a otro, pero podrías impedir que, cuando seas un anciano, te arrepientas de no haber aprovechado la oportunidad de hacer lo correcto. —Como vos —dijo Cyprian—, como vos emprendéis esta última persecución porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais informado de lo que sabíais; porque creéis que el papa Gregorio no estaría agonizando si le hubierais agoniz —Todos tenemos un motivo para hacer lo que hacemos —dijo el cardenal Facchínetti— Tu tío vio cómo el hombre que impidió que pereciera sucumbió víctima del odio y del fanatismo, y quiere impedir que todo el mundo me importa una mierda —dijo Cyprian. —Lo que hacemos por amor no es lo peor —dijo el cardenal con una breve sonrisa. Cyprian contempló a ambos ancianos. El rostro del obispo permanecía inmutable; era tan capaz de disimular sus sentimientos como el mismo Cyprian, que sintió que algo se rebelaba en su interior y gritaba: «¿Ves cómo te han manipulado?

¡Son todos iguales!» Sabía que era injusto con su tío, pero eso no disminuyó su cólera. —Sólo planteo la pregunta para que todo quede claro —dijo Cyprian—. Supongo que alguien ya ha comprobado — 231 — que la Biblia del Diablo no se encuentra efectivamente en Brevnov y que el prior no la utiliza para evitar las corrientes de aire en su celda, ¿verdad?. El cardenal y el obispo lo miraron en silencio. Cyprian se encogió de hombros, irritado. —Nadie tiene ni la más mínima idea de dónde se oculta el legado del diablo. Sólo sabemos una única cosa. —Que puede ser encontrado en cualquier momento —dijo el cardenal y el obispo lo miraron en silencio. Cyprian pudo vencer la oposición del criado que le abrió la puerta y la de la vieja niñera que entretanto se había convertido en la criada de Agnes, pero no pudo con Niklas Wie-gant, —Sólo quiero hablar con Agnes —dijo, —Lo siento —dijo Niklas Wiegant, negando con la cabeza. —Niklas —Cyprian apretó los puños y procuró no perder la calma—, comprendo los motivos por los que queréis casar a Agnes con Sebastian Wilfing, pero creedme... —De momento sólo quiero hablar con ella —masculló Cyprian. Niklas miró los

puños del muchacho.

De repente, éste recordó que Wiegant había sido uno de los testigos presenciales. Le pareció reconocer esa mirada que reposaba sobre sus puños cerrados y casi creyó oír cómo el padre de Agnes sopesaba la posibilidad de que Cyprian se abalanzara sobre él. —Siempre un paso después de otro, ¿verdad, Cyprian Khlesl? Y de repente te encuentras allí donde querías estar. —Si ni siquiera tenéis la suficiente confianza en vuestra hija... —Sólo quiero ahorrarle el dolor, eso es todo. — 233 — —Podréis estar presente y escuchar, si eso os hace sentir más seguro. —Que te vaya bien, Cyprian. Presenta mis respetos a tu familia. «No permitas que te oiga tu mujer», pensó Cyprian, pero no dijo nada. Niklas esbozó una débil sonrisa. El joven vio que el criado que le había abierto la puerta, y otro más, se ponían firmes. Hacerse echar por ambos no conduciría a nada y tampoco molerlos a golpes entre la puerta de entrada y la escalera, aunque eso fuera lo que deseaban los puños de Cyprian; desde que abandonó el palacio obispal, lo invadía una cólera infinita y ni siquiera sabía si se debía a que el obispo Khlesl había dado por hecho que emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión, el desentenderse y eso de «deja que me marche porque quiero emprendería el viaje a Praga pese a toda esa perorata aceixa de la dimisión en toda esa perorata aceixa —Qué, ¿vamos a casa? Niklas Wiegant lo acompañó hasta la calle. Cyprian le lanzó una mirada. —Así no recuperaréis su afecto —dijo en voz baja. Niklas achicó los ojos y se dispuso a responder, pero cerró la boca y Cyprian lo oyó suspirar. Niklas sacudió la cabeza y volvió a entrar. Los criados sonrieron maliciosamente y cruzaron los brazos. La mirada del muchacho se detuvo en el rostro de la niñera, su vieja conocida. Esta desvió la mirada hacia la derecha, pero después se la devolvió. Los labios le temblaban. Cyprian bajó la cabeza y se dispuso a marcharse. La puerta se cerró. Después miró en la misma dirección que la niñera. Por encima de la cabeza de los transeúntes de lá Kárntner Strasse y de los blasones y los carteles indicadores de las casas, se elevaba el contorno de la-torre de la puerta Kárntner. — 234 — Una de las criadas de los Wiegant estaba aguardando junto a la entrada que daba a las murallas. Cuando vio a Cyprian desvió la mirada para no tener que mentir si en algún momento le preguntaban si había visto al joven señor Khlesl, repentinamente caído en desgracia.

Los quardias de las murallas hicieron caso omiso de Agnes, ya estaban acostumbrados a verla.

Los guardías de las murallas hicieron caso omiso de Agnes, ya estaban acostumbrados a verla.

Al verla, Cyprian empezó a sonreír aunque era lo último que le venía en gana. Era trágico: durante todos los años pasados apenas hubo un momento en el que no habían estado juntos y ahora de pronto unos pocos segundos se habían vuelto preciosos. Agnes no le devolvió la sonrisa. Estaba pálida. —¿Por qué lo has hecho?

—preguntó la joven; tenía los ojos llorosos. Él hubiera querido abrazarla, pero sus manos colgaban a sus costados, inmóviles como piedras. —¿Qué he hecho? —preguntó. Era como si sus palabras rebotaran en su cabeza, como el eco en una cueva estrecha. —
¿Qué quieres decir? —preguntó lentamente. —¡No te hagas el tonto! Tu tío es el mayor secretista del mundo y a mí me han encerrado en una jaula dorada... ¡Cuando las noticias que salen de una ostra tan cerrada como el obispo Khlesl llegan no obstante hasta mis oídos, es de suponer que ya se ha enterado todo el mundo! Uno de los guardias les lanzó una mirada; Cyprian la tomó del brazo y la apartó. Ella se soltó. Cyprian se sentía completamente indefenso frente a su ira y al mismo tiempo percibía cómo la suya propia, que lo había acompañado durante el encuentro con su tío y después con Niklas Wiegant, amenazaba con hacerse notar. —¿De qué hablas? —preguntó con voz ronca—. ¿De Praga? —¡Claro que de Praga! ¿De qué si no?. —Pero ¡si hace sólo una hora que he descubierto lo que se proponía mi tío...! — 235 — —¡Tonterías! ¿Desde hace una hora? ¡A una hora tan larga como ésa se le suele llamar días! —Oye, Agnes, estuve con el obispo y lo que allí...

—Cy-prian se interrumpió. ¿Acaso no le había dicho al cardenal Facchinetti que ya estaba tan metido en el asunto que daba igual lo que acabara descubriendo? En cambio Agnes no estaba metida en ello e involucrarla sería una maldad. —¿Lo que allí...

qué? ¿Negociaste el dinero que te daría para que sobrevivieras y te divirtieras en esa ciudad? ¿En esa Praga tan maravillosa que incluso mi padre la pone por las nubes, y en la que mi madre cree que el diablo en persona escupe su bilis en todas las callejuelas? Cyprian calló. Ella le lanzó una mirada enfadada y cuando él no le contestó, apartó el rostro. —De acuerdo, guarda silencio —acabó diciendo en tono amargo. —¿Quién te dijo todo eso? —preguntó Cyprian. —Sí, claro, ¿cómo lo sé, si tú no me lo contaste? —Agnes... —¿Qué significa esto? ¿Por qué aceptas ir a Praga cuando aquí todo se ha conjurado en contra de nuestro amor? —¿ Cómo lo sabes, Agnes ? — Me lo contó mi madre. -¿Qué? —¡Tu amigo, ese que antes era protestante, es más listo que tú! —dijo Agnes, y aunque no simuló la voz de su madre, por el tono Cyprian comprendió que la citaba literalmente; ese desprecio oculto tras cada palabra era una especialidad de Theresia Wiegant. »Se dio cuenta de que seguir persiguiéndote era un objetivo inútil —bufó Agnes—. Eso fue lo que dijo. ¿Te das cuenta a qué me sonaron sus palabras? Cyprian Khlesl te ha abandonado, porque comprendió que eres una bastarda inútil que ni siquiera es bienvenida en la casa de un antiguo hereje. A eso — 236 — rae sonaron —dijo, se cubrió la cara con las manos y sollozó. Todos los guardias de la muralla los miraron. Uno sacudió la cabeza con expresión medio compasiva y medio desaproba-toria.

Cyprian sintió que lo invadía una\* cólera ciega y tuvo que esforzarse por no apretar los puños. Sabía que debería abrazar a Agnes para evitar que su amor se precipitara al vacío, pero se quedó paralizado. —¿Cómo lo sabe? — ¿Cómo lo sabe? —

imbécil! —¿Cush roll of the control of the control

—Que no iré. Mi tío contó con ello, pero me negué a obedecerlo. —Te negaste..., pero si él...

—Él me ha salvado, es verdad. Y en agradecimiento, hoy lo he dejado en la estacada. Tenía que elegir entre tú y él. —No quiero que te marches. ¿A quién tengo, salvo a tí? Cada vez que Cyprian comprendía que Agnes había empezado a sentirse como una extraña en su propia casa, volvía a desconcertarse. Sabía que Niklas Wiegant la trataba como siempre: con afecto y cierta timidez; cualquiera que lo notara habría descubierto algunas cosas. Y en el fondo, la conducta de Theresia Wiegant tampoco se había modificado, como mucho se había agudizado. Sin embargo, todo era distinto porque Agnes lo percibía de otra manera. «¿A quién tengo, salvo a ti?» Cyprian procuró que no lo notara, pero comentarios como ésos le oprimían el corazón. Entonces abrazó a Agnes. —Te amo —susurró—, pase lo que pase y vaya adonde vaya, te amo y eso jamás cambiará. Todo saldrá bien. Los guardias silbaron y aplaudieron; el capitán trató de conservar la expresión adusta pero acabó por sonreír. «Idiotas —pensó Cyprian—, no comprendéis nada», pero al final tam— 238 — blen él sonrió. Agnes se apretujó contra él y Cyprian volvió a sentir el deseo que le provocaba el roce de su cuerpo. Aunque debido a su aspecto audaz siempre le habían adjudicado el papel de aquel que en una fiesta pueblerina, entre los matorrales y mediante dos jarras de vino, convierte en mujeres a todas las vírgenes del pueblo y que después, sin demostrar el más mínimo cansancio, se dedica a comer el asado, el amor físico le era casi tan desconocido como a Agnes.

Sintió vergüenza cuando ella retrocedió frente a la dureza despertada en su entrepierna, pero al intentar apartarse, de pronto notó que, bajo las capas de tela del vestido, la enagua y la camisola de Agnes, una pierna se deslizaba entre sus muslos y le devolvía la presión. Tragó saliva y miró en torno, pero hacía rato que los guardias habían reanudado

su tarea de vigilar Viena frente a la amenaza de los turcos. Agnes alzó la cabeza.

Cyprian vio su nariz enrojecida, los ojos hinchados, los rastros de suciedad dejados por sus manos, que al secarse las lágrimas emborronaron el colorete siempre aplicado descuidadamente en sus mejillas; no vio nada que no habría cubierto de besos, que no hubiera contemplado gustoso durante toda la vida y por lo que estaría dispuesto a morir. Los labios de Agnes se abrieron. No podría existir ningún lugar más público que la puerta Karntner coronada por las murallas de Viena y sin embargo, durante un instante, estuvieron completamente solos, él y ella, Cyprian Khlesl y Agnes Wie-gant. El corazón del joven latía con fuerza y, si ella hubiera vuelto a pedirle que escapara con ella habría salido corriendo a través de la puerta sin tan siquiera llevarse un panecillo; si le hubiera rogado que la deshonrara y también se deshonrara a sí mismo, que cediera al deseo de la joven aunque después los expulsaran a latigazos de la ciudad, entonces al menos los expulsarán juntos... Habría cedido al deseo de Agnes.

—Yo... —empezó a decir, y quiso añadir: «No puedo abandonarte, no puedo entregarte, eres mi vida, ocupas mis sueños desde la primera vez que intercambiamos una palabra.» 239 — —Yo... —dijo ella. Ambos se miraron fijamente. —Virginia —se oyó decir él. Ella parpadeó, desconcertada. —Una nueva vida. Un mundo virgen. Un nuevo principio. Tú y y o. —¿Qué? Pero... —Sí, sé lo que dije. Eran tonterías. Prefiero estar contigo en el infierno que solo en el paraíso. —Pero, ¿cómo...? —Ni idea. Podría obligar a mi hermano a saldar cuentas, pero eso lo arruinaría. A lo mejor me presta algo de dinero si le aprieto el cuello durante el tiempo suficiente —dijo, y sonrió—. No puedo contar con una gran dote

—Yo... —empezó a decir, y quiso añadir: «No puedo abandonarte, no puedo entregarte, eres mi vida, ocupas mis sueños desde la primera vez que intercambiamos una palabra.» 239 — Yo... —dijo ella. Ambos se miraron fijamente. —Virginia —se oyó decir él. Ella parpadeó, desconcertada. —Una nueva vida. Un mundo virgen. Un nuevo principio. Tú y yo. —¿Qué? Pero... —Sí, sé lo que dije. Eran tonterías. Prefiero estar contigo en el infierno que solo en el paraíso. —Pero, ¿cómo...? —Ni idea. Podría obligar a mi hermano a saldar cuentas, pero eso lo arruinaría. A lo mejor me presta algo de dinero si le aprieto el cuello durante el tiempo suficiente —dijo, y sonrió—. No puedo contar con una gran dote por tu parte, ¿verdad? Los sollozos la sacudían. —Ahora mismo —sollozó—. Marchémonos ahora mismo. —No, hemos de planearlo con trunquilidad. Si lo hacemos, será una huida y una

—Aŭn no había recuperado el sentido de la realidad pero su cerebro volvía a funcionar—. Pero por separado. Agnes comprendió; agarró a la criada del brazo y la empujó hacia la escalera situada al otro lado de la puerta. Oculto tras las tablas del techo de la escalera de madera vio que Agnes había llegado abajo y se acercaba con mucha tranquilidad a cuatro hombres: Niklas Wiegant, Sebastian Wilfing hijo y dos individuos más de la misma edad que éste, que tal vez había traído para parecer un señor con séquito. Cyprian no oyó lo que decían, pero vio que Agnes se encogía de hombros y que Niklas Wiegant examinaba el entorno de la puerta con aire suspicaz. Cyprian se ocultó en la sombra de la escalera. No temía el encuentro con Niklas ni con los demás, pero de momento ya había bastantes problemas: el penoso encuentro del novio con su rival era innecesario. Además era evidente que, durante los próximos días, Niklas Wiegant no perdería de vista a su hija y la presencia de Cyprian en el hogar de los Wiegant hacía media hora tampoco había servido para rekj ar la situación.

Sin embargo se sentía casi eufórico. Prácticamente había quemado todos los puentes. El tío Melchior y el cardenal — 241 — Facchinetti se habían quedado mudos cuando del anciano cardenal. Aún tenía que recorrer

A lo mejor no supondría un engaño el que ambos huyeran a Virginia, sino que sólo significaría emprender el camino que les estaba destinado, hasta sus últimas consecuencias. Recordó la última vez que sintió esa euforia y al mismo tiempo ese miedo ante el futuro. Fue cuando agarró a su padre del cuello del jubón y lo arrojó contra los sacos de harina con tanta violencia que una nube de polvo harinoso se elevó y salió en un remolino a través de las ventanas del sótano a la Kárntner Strasse, como después de una explosión.

Su padre no sufrió heridas graves, sólo quedó cubierto de harina como un hombrecillo de masa listo para ir al horno, y sin embargo permaneció tendido\* inmóvil entre los sacos reventados. Cyprian supo que jamás volvería a oír que suponía una carga para la familia Khlesl, ni que en la vejez su hermano mayor seguiría viéndose obligado a mantenerlo y cuan desagradecido era un segundo hijo que no aceptaba que su padre quisiera financiarle su formación en un convento en vez de ponerlo de patitas en la calle, y que todo lo que tocaba se torcía; que Dios nuestro Señor sólo le había sonreído una única vez al maestro panadero Khlesl, a saber el día que fue engendrado su primogénito, después de lo cual Dios empezó — 242 — a reírse de él regalándole un segundo hijo completamente incapaz y después un gallinero repleto de hijas; que el en otras ocasiones tan inteligente Melchior Khlesl era un estúpido al dedicarle un solo pensamiento a su sobrino Cyprian y que tal vez sería mejor interrumpir el contacto entre tío y sobrino para evitar que el muchacho creyera que servía para algo, únicamente porque el sacerdote de la familia se ocupaba de él; que en ese contexto también habría que prohibir que la hija de los pretenciosos Wiegant... y... El breve vuelo del maestro panadero Khlesl, a través de la panadería y su espectacular de nacorea afirmaciar el mano contra a firmaciar el su padre le sentado de la sacidado la mano contra a firmaciar el mente de la familia Khlesl, ni que en la vejez su hermano mayor seguiría vi

el camino que acababa de describirle a Agnes. Era obvio que las palabras pronunciadas la última vez habían sido las correctas: que no podían edificar su futuro sobre una mentira. Y también era obvio que las pronunciadas hacía un momento eran asimismo las correctas: que no se imaginaba una vida sin Agnes. Y al menos fue lo bastante sincero como

Agnes y a la criada.

Se marcharon juntos, un padre que pasea con sus amigos y que se encuentra con su hija por casualidad y la acompaña a casa. Nadie notaría que el estado de ánimo prevaleciente entre ambas mujeres y los hombres era más distante de lo acostumbrado en esos casos. La euforia de Cyprian se disipó. ¿Qué quiso insinuar el obispo Khlesl con sus oscuros comentarios sobre el falso origen de Agnes en una casa de expósitos de Viena y el rastro que conducía a Praga? «Nada —pensó—, sólo trató de manipularle durante los años pasados, jamás le había mentido.

Si decía que — 243 — Niklas Wiegant había ocultado el origen de Agnes con la ayuda de Sebastian Wilfing, entonces eso se correspondía con la verdad. El grupo formado por cuatro hombres y dos mujeres había desaparecido de su vista. Por si acaso, Cyprian aguardó un par de minutos y después se puso en marcha para preparar la huida al Nuevo Mundo junto con Agnes. —Lo sabía —dijo una voz a sus espaldas en cuanto se alejó unos pasos de la puerta Kárntner y giró alrededor de una esquina. Cyprian se detuvo. —¡Qué casualidad! —dijo, sin darse la vuelta—. Mi viejo amigo. ¿Regresaste a hurtadillas a través del Neumarkt? —Haz el favor de mirarme cuando te hablo. Cyprian se volvió. La

cara de Sebastian Wilfing estaba roja. —Te lo advertí la última vez: deja a mi novia en paz. Te dije que no volvería a advertirte.

—Te comprendí perfectamente. Sebastian Wilfing dio un paso hacia delante. Cyprian percibió el calor de su ira. —Pero por lo visto no fui lo bastante claro. —Que sí—dijo Cyprian y contempló a su adversario con expresión neutra—. Me quedó muy claro que no querías que molestara a tu novia. —¿Y entonces? —gruñó Sebastian. —Agnes no es tu novia. —Enfréntate a la realidad, Khlesl. Agries es mi novia y me casaré con ella. Y si eso te causa tanta pena como para que te ahorques, entonces te diré que, si me topara con tu cadáver colgaría de él el ramo de novia. —Wuy decorativo—dijo Cyprian.

—¿Y bien? Cyprian mantuvo la vista clavada en el otro hasta que el — 244 — joven mercader desvió la suya. Cyprian—. Ya te lo dije: no volveré a advertirte, pero por lo visto eres lento dé entendederas. Tu viejo tenía razón cuando te gritó aquello,

aquel día en la calle. —Suéltame —djio Cyprian. —Me casaré con Agnes el año que viene, inmediatamente después de Pascua. ¡Y si le ayudas a tu hermano a regalar los huevos sobrantes, piensa que en ese mismo momento tu amada Agnes estará acariciando los míos y rogándome que vuelva afollarla! Era como si el aire vibrara: deformó el rostro de Sebastian, volviéndolo borroso. Cyprian oyó las carcajadas de sus acompañantes. —¿De qué huevos hablamos? ¿De los de codorniz o de los de gorrión? —se oyó preguntar.

—¡Pedazo de mastuerzo! —Soltando el brazo de Cyprian Sebastian lo agarró de la camisa y alzó la otra mano para golpearlo. Cyprian (aún envuelto en la vibración y alejado de todo, sobre todo de sí mismo) lo agarró de la muñeca, y haciéndole soltar la camisa, le torció el brazo hacia atrás y lo hizo girar sobre sí mismo. Bajando la otra mano, aún dispuesta a propinarle una teatral bofetada, Wilfing se encogió, soltó un grito y se inclinó hacia delante. Cyprian le dobló el brazo detrás de la espalda y le obligó a encorvarse todavía más. Después le soltó el brazo retorcido, levantal el pegó una patada en el trasero. Wilfing aterrizó en el suelo boca abajo, tos se acena, perplejos. Todo había ocurrido con mucha rapidez. —¡Eres un cerdo! —gimi Sebastian in un circio en el suelo boca abajo, tos se acena, perplejos. Todo había ocurrido con mucha rapidez. —¡Eres un cerdo! —gimi Sebastian in que la de harina que había inundado el sótano de la panadería. Sebastian en el suelo boca abajo, tos se acena, perplejos. Todo había ocurrido con mucha rapidez. —¡Eres un cerdo! —gimi Sebastian de acena. ¿Qué esperáis, chiocos? ¡A por éle pegó una patada en el trasero. Wilfing aterrizó en el suelo boca abajo, tos se inclinó hacia delante. Cyprian se londo el sua individuos en un tono tan a fectado como el deu ne estara bajo de la circio de la panadería. — ¿Cue esperáis, chiocos? ¡A por éle pegó una patada en el suelo boca chajo, tos delatos de la curro de la una necentar de la circio de la circio de la circio de la circio de la circio

desplomó. Cyprian volvió a alzar el brazo derecho y, sin mirar, golpeó con el codo la barbilla de su segundo adversario, que se había abalanzado hacia él. Agarró la muñeca de la mano que sostenía el puñal y la hizo girar; algo volvió a crujir y el muchacho medio desmayado y con el brazo colgando lanzó un aullido de dolor y soltó el puñal. Cyprian lo recogió. El segundo atacante estaba sentado en el suelo y trataba de ponerse de pie apoyándose en los brazos. Tenía la boca ensangrentada. De un empellón, Cyprian hizo girar al primer atacante estaba sentado en el suelo y trataba de ponerse de pie apoyándose en los brazos. Tenía la boca ensangrentada. De un empellón, Cyprian hizo girar al primer atacante estaba sentado en el suelo y trataba de ponerse de pie apoyándose en los brazos. Tenía la boca ensangrentada. De un empellón, Cyprian hizo girar al primer atacante. Sólo veía dos figuras incandescentes, sin rostro, llamas humanas. Ambas figuras llameantes chocaron entre sí y rodaron por el suelo. La hoja del puñal

sobresalía del puño de Cyprian y se dio la vuelta.

A unos metros de distancia, una tercera figura incandescente había alzado las manos. Cyprian se lanzó contra ella y levantó el puñal. Oyó un grito de espanto y sintió satisfacción.

para no mentirle a su tío. También podría haber aceptado la suma —seguramente considerable— para el viaje a Praga y emplearla para desaparecer con Agnes. No es que nunca lo hubiera considerado en serio, pero sin embargo...

Lanzó el puñal hacia el rostro de la figura en llamas..., pero en el último instante, giró el puño y asestó un tremendo puñetazo, impulsado por una ira ciega, en el rostro de Sebastian Wilfing. Era un golpe propinado con un saco de arena cargado de plomo. Sebastian Wilfing hizo una pirueta y cayó al suelo sin conocimiento.

—Suelta el puñal o estás muerto —gruñó una voz. Cyprian se giró. En la esquina se agrupaban otras figuras — 247 — incandescentes. Una le apuntaba. La imagen se volvió borrosa, dejó de arder y perdió el tono rojizo. Cyprian parpadeó. Estaba de pie entre tres hombres: uno se retorcía entre gemidos y se sostenía la muñeca; la mano formaba un ángulo extraño con el brazo, de la boca del otro brotaban glóbulos sanguinolentos y parecía haberse mordido la lengua; el tercero yacía en el suelo, inmóvil. La mano de Cyprian sostenía un puñal manchado de sangre. Cyprian volvió a parpadear. —¡Suelta el puñal, ahora! —le ordenó el capitán de los guardias de la puerta de Kárntner, que no dejaba de apuntarle con la ballesta. Cyprian soltó el puñal y éste cayó al suelo con un tintineo. —Tiéndete boca abajo, abre los brazos y las piernas —dijo el capitán. Cyprian obedeció. —Supongo que será inútil que diga que puedo explicarlo —murmuró con la cara apoyada en el suelo. —Así es —oyó que decía el capitán y no se sorprendió cuando la primera patada de una pesada bota le golpeó las costillas. — 248 — 18 —Eres un idiota total —dijo el hermano de Cyprian. Cyprian alzó la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde emasiado en recordar dónde emasiado en recordar dónde en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que habera de junto en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que habera de junto en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que habera de junto en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que habera cabeza en tardo en la cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que habera cabeza y lo contempló; no tardó demasiado en recordar dónde estaba. Que habera cabeza y lo contempló e

No. Hace una hora un guardia llamó a la puerta y nos informó de que ayer te habían llevado preso. ¿Te imaginas cómo se lo tomó madre? —He de salir de aquí. Díselo al tío Melchior. —No sabes la que has montado, ¿verdad? —Debo salir de aquí de inmediato. Que envíen a alguien para avisar al tío Melchior. Si fuera necesario, soborna a uno de los guardias. El tío Melchior te devolverá el dinero. Si acude aquí en persona y da su palabra, pronto podré salir —dijo, tirando de la cadena que le aprisionaba la muñeca.

—¿Acaso sabes con quién te has metido? —Si crees que de verdad ataqué a Sebastian ya sus dos gallitos eres un idiota todavía mayor que yo. —¡Haz el favor de escucharme de una buena vez, Cyprian! Cyprian dejó de tirar de la cadena y clavó la vista en su hermano. Este estaba sentado en un taburete, inclinado hacia delante y con las manos colgando entre las rodillas. Irradiaba el aroma del horno y del pan fresco, suplantando el tufo a calabozo, paja podrida y charcos de orina en los rincones. El parecido con su padre era impresionante.

—Igual que en aquella ocasión —murmuró—, con padre. —250 — En aquel entonces también te atrapó la guardia a la que alguien llamó debido a tus gritos. Y después tenías el mismo calabozo —dijo, echando un vistazo en torno. —He de salir de aquí lo antes posible. ¿Alguien ha informado al tío Melchior, o no? —Estás metido en un buen lío —dijo su hermano—, y la herida del vientre se ha vuelto a abrir.

Vuelve a sangrar.
¿Cómo te la hiciste? —Me la hizo uno de los compinches de Sebastian, mientras lo atacaba por la espalda... —Cyprian hizo un gesto cansino—. ¡No tiene importancia! ¿Dónde está el tío Melchior?
—Por lo visto no tienes ni idea de quiénes eran esos dos individuos.

grabarse en los muros del Vaticano, como los Diez Mandamientos en las tablas de piedra de Moisés. Esta vez el cónclave no pudo empezar puntualmente.

El mensaje, del que sólo quedaba un punto negro en la cera de su vela, era breve: «El martillito ha hablado.

—¡Pues dímelo, maldita sea! —exclamó Cyprian^. ¿Quiénes son? ¿Los lameculos máximos de la corte del emperador Rodolfo? —No, sus hijos. Ambos jóvenes intercambiaron una mirada. —Mierda —dijo Cyprian. —Sebastian Wilfing pasó la mayor parte del año pasado en Praga, donde su padre y Niklas Wiegant dirigen una sucursal. Ambos están aquí de visita. —Estás muy enterado. —Todo el mundo comenta lo que has hecho. —Así que se trata de su palabra contra la mía, ¿verdad? —dijo Cyprian dejando colgar la cabeza. Su hermano no contestó. En medio del silencio, la cerradura de la puerta de la celda chirrió un par de veces. El último que la había cerrado se había asegurado de que Cyprian no pudiera abrirla. Cyprian alzó la vista. —Bueno, por fin —dijo —, tío Melchior. Era un guardia, y estaba solo. —La entrevista se ha acabado —gruñó—. Fuera. — 251 — —Creí que con el medio penique había comprado una hora —dijo el hermano de Cyprian en tono colérico. —La horacido de parte del mode de la puerta de la contradecirlo. Se acomodó el jubón desparramando nubéculas de harina. —Eh, hermano —dijo Cyprian—. ¿Así que pagaste para hablar conmigo? Cyprian en pasado. El hermano de Cyprian se place de la parte de la contradecirlo. El hermano de Cyprian se place de la parte de la contradecirlo. El hermano de Cyprian se place de la parte de la contradecirlo. El hermano de Cyprian se place de la contradecirlo de la parte de la contradecirlo de la parte de la contradecirlo de la parte de la contradecirlo de la contradeci

Gracias. —Madre lo quiso. Yo no lo habría hecho. —Date prisa —gruñó el guardia. —¿Dónde está el tío Melchior? —preguntó Cyprian apresuradamente—. Bastará una palabra suya para que me suelten si doy mi palabra de honor. Le has avisado, ¿verdad? Su hermano desvió la mirada. —El tío Melchior abandonó la ciudad al amanecer.

Dicen que acompañará a su visitante hasta Roma. Dicen que era un cardenal. —¡Maldición! —exclamó Cyprian—. ¡Precisamente hoy! ¡Tardará semanas en volver! El cardenal bien podría haber sufrido un ataque de gota, ¿no?, y haber pasado unos días en cama. ¡El viejo parecía un despojo, al igual que la puerta de Kárntner después del último ataque de su voz empezaba ca traslucir el pánico que sentía. Apretó los dientes y clavó la vista en su hermano. El guardia se acercó y, sin mediar palabra, le asestó al her— 252 — mano de Cyprian un golpe en la barriga con el pesado garrote que sostenía. El joven jadeó, sorprendido, y ést el guardia se tambaleó hacia atrás. Cyprian aferró la estaca con la otra mano, la cadena tintineó y se tensó, y de pronto el garrote aprisionó la garganta del guardia que, tumbado-entre los brazos de Cyprian, como un amante, lo contemplaba con el rostro repentinamente pálido. Cyprian aumentó la presión. —Si vuelves a pegarle, asegúrate de estar fuera de mi alcance mientras yo permanezca aquí. El guardia carraspeó, extrajo el medio penique —dijo Cyprian. —Recógelo, o lo haré yo —dijo Cyprian. Por amor de Dios, sólo empeorana la guardia se contrajo de ira. —¡GUARDIAAA! —gritó y salió

—Dile que esto no cambiará nuestros planes. —Desde fuera se oía el rumor de pasos y de maldiciones airadas. Su hermano tragó saliva y su mirada fue alternativamente de la puerta a Cyprian. —¡Por favor! —Cyprian tendió la mano, pero la cadena estaba demasiado tensa y no logró tocar el brazo de su hermano—. ¡Por favor! —Sean cuales sean vuestros planes, tú los has desbaratado —dijo su hermano. Los demás guardias irrumpieron en la celda blandiendo los garrotes y apretando los puños. Apartaron al hermano de Cyprian y se abalanzaron sobre éste, que cayó al suelo bajo el peso de media docena de cuerpos. Sintió los puñetazos y las manos que le aprisionaron la muñeca libre con otro grillete, pero volvió a liberarse pataleando. Su hermano estaba junto a la puerta.

—Los Wiegant también se han ido esta mañana —dijo en voz baja, pero Cyprian lo oyó pese a las maldiciones y el tumulto. Una mano le aplastó la cabeza contra el suelo y la vista se le nubló. —¿Adonde? —gritó, tratando de incorporarse. El cráneo se le partía de dolor. La mano volvió a apoyarse en su frente, pero Cyprian apartó la cabeza y la mordió. En medio de la confisión de la barzos, piernas y puños, el definido el partía de dolor. Por partía de de finita pero contra el suelo y la vista se languaron encolidado el partía de de la confisión de la barzos, piernas y puños, el de partía de la partía de la confisión de la barzos, piernas el partía de la confisión de la barzos y el partía de la partía d

Debido a su vista debilitada le había costado escribirlo, pero no tenía a nadie a quien confiarle esa tarea. «Recibida indicación respecto al objetivo — había escrito—. Detalles poco claros. ¿Existe información acerça de una masacre de mujeres y niños?» ¿Qué respuesta esperaba de los hombres a quienes informados a veneraba «ela» en el lugar de los hechos, o no? Entretanto, ya conocía la historia de la Biblia del Diablo tan bien como los demás y en todo caso, mejor de lo que ellos creían. La había redactado un monje, con ayuda del diablo según la tradición. El emperador Federico, el Anticristo, se había apoderado de ella. El Códice no llegó hasta el archivo secreto: allí fue a para la copia. ¿Qué impedía que en cambio el original hubiera vuelto al mismo lugar donde había sido creado? Y ¿dónde estaba ese lugar? El padre Xavier formó una bolita con el papel ardió y en la vela se formaron dos llamas, que se reflejaron en los ojos negros del padre Xavier.

Había un segundo mensaje que debería haberles enviado a quienes les encomendaron la tarea, relacionado con el cardenal se había encontrado en Viena mientras los otros conjurados creían que estaba en Praga.

El padre Xavier había descubierto que el interlocutor de Facchinetti era Melchior Khlesl, el obispo de Wiener Neustadt. No logró averiguar de qué hablaron, pero le dijeron que en Viena el obispo se informó minuciosamente sobre cierta persona. La persona se llamaba Agnes Wiegant.

Las llamas reflejadas en los ojos del padre se agitaron, después volvieron a arder tranquilamente.

corriendo de la celda—. ¡GUARDIAAA! Cyprian dejó caer el garrote. —¡Debes informar a Agnes de lo sucedido! —insistió—. Dile la verdad? —¡Maldita sea! —dijo Cyprian. Su hermano suspiró y sacudió la cabeza con expresión melancólica

El padre Xavier tenía la intención de guardarse esa información para sí. Sonrió para sus adentros. Después se dedicó a pensar en el joven al que todos evitaban como si fuera un leproso, y que vivía en los vastos terrenos del Hradschin, solo, en una casa de la Goldmachergasse, un lobo solitario que se abría paso a través del desprecio general. Pensó en la historia que quería oír el emperador Rodolfo mientras se apretujaba temblando detrás de la puerta que daba a su cámara de curiosidades y procuraba convencerse de que sólo había visto un fantasma..., sólo un fantasma..., sólo un fantasma...

Pensó en la torpe versión de esa historia que le relató el barón Rozmberka, junto con otra abundante información que el barón había jurado que jamás revelaría. Pensó que algunas personas eran la clave de importantes acontecimientos y que todo el mundo tiene un precio. El padre Stefano, por ejemplo, se dejó engañar y creyó que el padre Xavier se había dejado ayudar por él. El precio de la mayoría de las personas era asombrosamente bajo. El padre Xavier clavó la mirada en la llama de la vela hasta que la bolita se quemó por completo. Después se humedeció el dedo y apagó la mecha. La oscuridad envolvió su delgada figura, inundó la habitación, se arrastró por encima de todas las sombras y las absorbió. Los ojos del padre Xavier brillaban en la oscuridad, como si las llamas reflejadas en ellos aún no se hubieran extinguido. — 256 — 20 El padre Hernando se preparó para soportar un cónclave prolongado. Durante el Segundo Concilio de Lyon, el papa Gregorio X había establecido en su bula Ubi periculum que el inicio de la elección del Papa debía fijarse de manera que la Sede permaneciera vacante durante un mínimo de quince días y un máximo de veinte. Eso había ocurrido hacía más de trescientos años y desde entonces Ubipericulum y sus su-cesoras Licet, ne romani, Licet in constitutioney Periculis et detrimentis y todas las demás habían dispuesto del tiempo suficiente para

El quince de octubre, el papa Gregorio fue llamado a Roma y obedeció a la llamada gimiendo y vomitando diariamente un líquido verdoso, un procedimiento observado por el padre Hernando desde lejos y con un horror apenas reprimido, mientras el criado que había sobornado lo mantenía al corriente de las noticias obtenidas de quinta o sexta mano. Más de una vez, el padre Hernando se vio obligado a pasar varias horas rezando a solas, para asegurarse de que lo que le había hecho al Santo Padre era imprescindible para que la cristiandad no marchara rumbo a la catástrofe. Era el veintisiete de octubre de MDXCI, el año del Señor — 257 — 1591. El último aliento del Papa ya estaba acompañado por los golpes de martillo de los carpinteros que dividían dos salas y dos capillas del palacio del Quirinal mediante tablas. El pueblo y los miembros de las jerarquías inferiores del clero — entre ellos el padre Hernando— estaban apostados ante las puertas del Vaticano asistiendo al desfile de los cardenales. La llovizna apagaba las ganas de chillar, aplaudir y gritar de la plebe; según pudo comprobar el padre Hernando, sólo los vítores destinados al cardenal Girolamo Simoncelli tenían una causa natural. Ya era la séptima cardenal Girolamo Simoncelli tenían una causa natural. Ya era la séptima cardenal de Cardenal padre Hernando los sabía perfectamente, porque quien los había pertectamente, porque quien los había percisas. Facchinetti pertenecía a su círculo y debía recibir la tiara: el padre Hernando estaba seguro de que el cardenal de Gaete —y todo el grupo formado por españoles e italianos que había puesto de su parte— votaría conforme a la situación, y que la tarea de convencer a los demás la llevarían a cabo los cardenales dentro del cónclave.

Cuando el cardenal Facchinetti se abrió paso entre la multitud su rostro estaba tan gris y tan consternado que era como si se dirigiera a su propio entierro. Sólo alzó la vista una vez, al pasar junto a un hombre que llevaba los distintivos episcopales, que lo saludó con la cabeza y le son

hirsuta. Faltaban algunos cardenales; algunos llegarían demasiado tarde debido a las dificultades surgidas durante el viaje, otros porque no querían someterse al insoportable proceso que siempre volvía a causar víctimas entre los cardenales más ancianos, que eran evacuados discretamente por la puerta trasera, mientras un colega más afortunado proclamaba: «¡Ha-bemus papam!» Por supuesto que el cardenal Gaspar de Qui— 258 — roga, el Gran Inquisidor, volvía a estar ausente. Pese a todos sus esfuerzos, en España aún quedaban herejes con vida cuya exterminación tenía prioridad sobre cualquier elección papal, en nombre de Dios y de la misericordia. El padre dominico observó los cuerpos encorvados bajo el peso de la edad, engalanados con ricas telas y joyas, en cuyas manos reposaba la elección del próximo líder de la cristiandad y de cuyas filas éste saldría. No pudo evitar una sensación de agobio. Una velada pasada en compañía del cardenal de Gaete le reveló hasta qué punto todo este evento propendía a la corrupción y al chantaje, y cuan escasamente santa sería la conducta del Santo Colegio durante los días siguientes. El padre Hernando se había considerado un cínico, pero en comparación con el cardenal de Gaete y la mayoría de los demás hombres a cuyas espaldas por la guardia suiza, era prácticamente un creyente ingenuo.

Tenía la esperanza de que de todo aquel sarcasmo y de todo aquel sarcasmo y de todo aquel sarcasmo y de todo al la elección de un Papa capaz de utilizar el arma más importante jamás caída en sus' manos en contra del diablo y la herejía. «Aún no la hemos encontrado», pensó el padre Hernando lanzando un suspiro.

Hernando no dudó ni un instante de que su hermano in dominico no permitiría que el principio básico que afirma que la Iglesia aborrece la sangre le impidiera aniquilar cualquier obstáculo que se interpusiera entre él y su objetivo. Tantos actos perversos para lograr que el bien venciera... El padre Hernando no estaba seguro de que algunas de las

palabras de Jesucristo hablaran de la necesidad de hacer uso de la violencia para conservar la fe. La multitud permaneció delante de las puertas a través de las cuales había desaparecido el Santo Colegio, com os quardar allí hasta el final del cónciave. El padre Hernando secuchar las súplicas de misericordia de los herejes durante los dolorosos interrogatorios y hacerle una señal al vierdo se cuales había incomodado escuchar las súplicas de misericordia de los herejes durante los dolorosos interrogatorios y hacerle una señal al vierdo se cuales había el cata de los siguientes de lincunters. Altora sin embargo, som siguientes de lincunters. Altora sin embargo, som siguientes de lincunters. Altora sin embargo, som siguientes delincunters. Altora sin embargo, som siguientes de los siguientes de los acuada de los acuadas de l

Enfadado por lo inútil de su empeño y por su propia cobardía, le volvió la espalda al crucifijo para que el Salvador no viera lo que hacía, se extrajo el miembro y se orinó en el hábito del dominico. El padre Hernando dedicó el segundo día del cónclave a sus afiebradas oraciones sin darse cuenta de que su hábito apestaba a orina. El rostro del Crucificado se parecía cada vez más al del papa Gregorio, la sangre que le manchaba el rostro estaba negra debido al veneno que el padre Hernando le había administrado.
¿Qué había hecho..., qué había hecho? «Jesucristo, Nuestro Señor, Abraham quiso sacrificar a su único hijo por ti; yo también sacrifiqué a un inocente por ti, y para proteger a la cristiandad.» No percibió cómo con el transcurso del día la luz que penetraba a través de los vitrales de la iglesia iba impulsando las sombras sin lograr eliminarlas de la casa de Dios, ya que éstas volvían a ocupar los lugares abandonados por la luz. En determinado momento, un gritaban un nombre que no alcanzó a

entender. La multitud lo arrastró — 261 — a través de la misma puerta que había atravesado el Santo Colegio al entrar en el cónclave y que a la sazón estaba abierta. Detrás de los vistosos uniformes de la guardia suiza, el padre Hernando vio las figuras envueltas en la púrpura cardenalicia que, en la sombra, parecía sangre derramada. Los causantes del griterío y los vítores se alejaron de la sede del cónclave en pos de un pequeño grupo de guardias suizos que se abría paso entre la multitud mientras escoltaba a su .precioso protegido. El nuevo Papa se dirigía a la capilla Sixtina, donde se revestiría de su atuendo pontifical antes de regresar al cónclave.

El padre Hernando permaneció de pie entre la gente que lo empujaba o lo apartaba; estaba tan obnubilado como alguien que acaba de despertar y no sabe si la realidad es peor que su pesadilla. Un guardia suizo se aproximó y le dijo unas palabras y, sin haberlas comprendido, lo siguió. El guardia lo condujo hasta el cardenal de Gaete y el cardenal Madruzzo.

El rostro de tortuga de Cervantes de Gaete estaba rígido. Madruzzo se había quitado un guante y se mordisqueaba las uñas. Cuando el padre Hernando guante.

—Inocencio IX —susurró de Gaete—. Esperaba que se llamara Julio. ¡Necesitamos un Papa guerrero, no uno cuyo emblema es la inocencia! ¿Qué os pasa, Hernando? ¿Acaso no sabéis que habemus Paparni —Lo sé —dijo Hernando con voz ronca. —¿Sabéis dónde se encuentra vuestro hermano dominico, el padre Xavier? —le espetó el cardenal Madruzzo. —En Praga.

—¿Dónde, exactamente? —Yo... —¡No tenemos la menor intención de hacerlo regresar! —dijo el cardenal de Gaete—. Que no os venga el pánico, Madruzzo: ¡comparado con vos, una anciana lavandera es como la roca de Gibraltar, por amor de Dios! —¿Qué decís? ¡Todo ha acabado! — 262 — —Nada ha acabado. Nuestras filas sólo han perdido a uno de sus soldados, eso es todo. Encontraremos a otro que ocupe su puesto. ¿Acaso creéis que abandonaré, justo ahora que estamos tan cerca? —¿Pero qué pretendéis hacer? —dijo Madruzzo, haciendo un gesto de resignación—. Cualquier otro Papa hubiera sido mejor que éste. ¿Por qué no insististeis en que me votaran a mí? A fin de cuentas, obtuve ocho votos en la primera votación.

La mirada del padre Hernando iba de uno a otro. En el rostro surcado de arrugas de Cervantes de Gaete, los ojos refulgían como canicas. —Padre Hernando...

—empezó a decir el anciano cardenal. Este en el fondo lo había sabido. Aunque había sido incapaz de sospechar lo que el nuevo Papa había ordenado a ambos cardenales.

El mundo se tambaleaba a su alrededor.
Oyó cómo el griterío de la multitud aumentaba de volumen y se dio la vuelta. Encabezando un desfile de manos agitadas, sombreros lanzados al aire y una oleada de gritos de «¡Papa, Papa!», se acercaba un contingente de guardias suizos. En el centro, el padre Hernando divisó una figura vestida de blanco. Los cristales mal pulidos de sus lentes y la

lluvia deberían haber impedido que distinguiera el rostro, y sin embargo vio el semblante delgado y de barba gris de Giovanni Fac-chinetti con toda claridad: el papa Inocencio IX. Por lo visto, las intrigas, los sobornos y las negociaciones del cardenal de Gaete habían obtenido el resultado deseado por él y todo su círculo: el tercer cardenal que formaba parte de éste era el nuevo Papa. Y sin embargo..., el padre Hernando parpadeó. ¿Acaso un Papa que adoptó el nombre de Inocencio echaría mano de un arma forjada por el mismísimo diablo para luchar por la unidad de la cristiandad? —¿Padre Hernando?

— 263 — El monje dominico se apartó. El cardenal de Gaete lo miró fijamente. —Debéis iros. Me habéis comprendido, padre Hernando, ¿verdad? Este cerró los ojos y dio un paso hacia el gran abismo. «Y aunque atraviese el valle del temor...» —Por supuesto —susurró. i?e, — 264 — 1592 LA CIUDAD DE ORO El amor todo lo vence, el dinero todo lo alcanza, todo acaba con la muerte. Dicho español 1 En enero Praga era un dechado negro y gris, un conjunto de sombras, un bosque de columnas de humo que se elevaban al gélido cielo invernal, un pantano humoso y pestilente cuando el viento del este diseminaba el vapor de las chimeneas por las callejuelas. El padre Xavier tenía frío. Estaba acostumbrado al frío de Castilla, que era seco y sereno; el frío de Praga era ventoso y, pese a la baja temperatura, húmedo y siempre agobiante. En Castilla, la nieve blanca empolvaba el paisaje de color ocre; cuando lucía el sol, el ocre parecía oro y el cielo, más profundo que el océano. En Praga el cielo parecía estar al alcance de la mano, más allá de las torres.

Bajo la nieve, la vegetación que cubría las colinas que rodeaban la ciudad era gris o de ese color indescriptible de la rigidez y la muerte. Castilla en invierno vacía en una especie de rigidez mortal y el padre Xavier tuvo que luchar contra la sensación de que la

ciudad jamás despertaría de aquel estado. Entre noviembre del año anterior y Reyes no había recibido ninguna noticia de sus patronos.

El último mensaje estaba formado por sólo tres palabras; Subsiste in votum.

Persevera en la oración. El padre sabía lo que significaba: su encargo estaba en suspenso. Algo debía de haber ocurrido, — 267 — algo que impidió o detuvo el desarrollo normal de los acontecimientos. Poco a poco, las noticias-oficiales llegaron a Praga. Había un nuevo Papa, se llamaba Inocencio IX. Era el cardenal Facchinetti, tal como lo habían planeado, y sin embargo algo había salido mal.

Durante las semanas de silencio, él padre Xavier estuvo procurando recordar el rostro del cardenal, que sólo había visto en la reunión en la choza a orillas del Tajo. Ante sus ojos veía una muembia cestaba relacionado con el papa Inocencio. ¿Acaso el acuerdo entre los conjurados del circulo del cardenal Cervantes de Gaete era menor de lo que parecía? Tal vez el nuevo Papa había sucurbo el paper domingo de Adviento, aún no había recibido ninguna noticia, empezó a preguntarse cuánto duraría el pontificado de Inocencio IX. Claro que durante es a peródio, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después se desprendieron de su tuendo duraría el pontificado de Inocencio IX. Claro que durante es peródo, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después se desprendieron de su tuendo duraría el pontificado de Inocencio IX. Claro que durante es peródo, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después se desprendieron de su tuendo duraría el pontificado de Inocencio IX. Claro que durante es peródo, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después se desprendieron de su tuendo duraría el pontificado de Inocencio IX. Claro que durante es peródo, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después ca preguntarse cuánto duraría el pontificado de Inocencio IX. Claro que durante es peródo, durante el cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después ca perquintarse de la nievo, no sólo había perseverado en la cual los bosques que rodeaban Praga se convirtieron en oro ardiente y después ca desprendieron de sucuento de Inocencio IX. Claro que durante es percia que rodeaban Praga se desprendieron de sucuento de Inocencio IX. No había vuelto al Hradschin, pero existán numerosas a tener que estar presente. En cualquier momento, el padre Xavier podría haber de desprendieron de servicio, había logrado tranquilizarl

ninguna de las beldades por falta de valor, o porque era demasiado inteligente como para no resignarse.

Al final, alguien afirmó haberlo visto en una de las salas contiguas, bailando con una anciana criada al ritmo de las melodías que resonaban apagadas desde el otro salón; la criada, avergonzada y ruborizada, no huyó porque en su error creyó que Andrej era alguien al que resistirse podría provocar consecuencias desagradables. Y estaba la historia de que Andrej von Langenfels no había follado ni una sola vez en el burdel con la chica de su elección, sino que había charlado con ella, la había abrumado con un discurso desesperado que ella soportó con la misma expresión aburrida que habría adoptado si, en vez de conjurarlo con palabras, él hubiera tratado de expulsar el demonio de la soledad tendido encima de su cuerpo.

Todas las otras historias seguían la misma pauta.

El pa— 269 — dre Xavier las unió en su memoria insobornable y formó una imagen. Cuando por fin llegaron nuevas noticias, ya podía convertir a Andrej von Langenfels en su marioneta, sin que ambos se hubieran encontrado jamás y sin que Andrej fuera consciente de la existencia del otro. El padre Xavier lo sostenía en una mano y aún no había empezado a darle forma. El padre Xavier observó cómo las llamas consumían la bolita en la que había convertido el mensaje. Después abandonó su celda. Las callejuelas de Praga estaban sumidas en el silencio de una tarde de enero, al igual que las campanas de todas las iglesias. El padre sabía que a más tardar, ese silencio acabaría al día siguiente; era demasiado realista como para ignorar que no era el único de la ciudad al que las palomas traían mensajes secretos, aunque partía de la idea de que tal vez las recibía antes que todos los demás. Se abrió paso a través de la nieve derretida que se formaba allí donde el sol iluminaba las callejuelas. El rumor de sus pies calzados con sandalias resonaba entre las casas, entre las cuales el día siguiente resonaría el eco de las campanas durante horas, celebrando la ascensión al cielo del alma del cardenal Giovanni Antonio Facchinetti, el papa Inocencio IX.

Despierta.» El martillito era el instrumento con el cual, según la antigua tradición, el chambelán del Papa golpeaba en la frente del Papa muerto. El nuevo cónclave se reuniría de inmediato. No sabía qué estrategia pondrían en marcha de Gaete y su círculo de conjurados, pero barruntaba que sería un cónclave difícil que duraría unos cuantos días. Pues tanto mejor.

El padre Xavier sabía exactamente qué debía hacer, pero de cuanto más tiempo dispusiera, tanto mejor. En cuanto eligieran al nuevo Papa, recibiría otro mensaje en el que se le preguntaría por los progresóos de su ta— 270 — rea, y quería poder contestarlo. Contempló su mano derecha y cerró el puño, como si ya hubiera empezado a darle forma a su marioneta. El convento de Santa Agnes se encontraba al nordeste de la ciudad vieja, al final de la curva casi en ángulo recto trazada por el tradición, el chambelán del Papa muerto y preguntaba en la frente del Papa muerto. El nuevo cónclave se reuniría de inmediato. No sabía qué estrategia pondrían en marcha de Gaete y su círculo de conjuntaba en la frente del Papa muerto y preguntaba en la frente del Papa muerto. El nuevo cónclave se reuniría de inmediato. No sabía qué estrategia pondrían en marcha de Gaete y su círculo de conjuntaba en la frente del Papa muerto. El nuevo cónclave se reuniría de inmediato. No sabía qué estrategia un cónclave se reunirá de la frente del papa muerto circula en la frente del papa muerto de la frente del papa muerto y preguntaba en la frente del papa muerto de la frente del papa muerto de la frente del papa muerto de la frente del papa muerto y preguntaba en la frente del papa muerto de la frente del papa muerto y preguntaba en la frente del papa muerto de la frente d

su marioneta. El convento de Santa Agnes se encontraba al nordeste de la ciudad vieja, al final de la curva casi en ángulo recto trazada por el Hradschin. Más allá de los muros del convento sólo había una estrecha orilla en la que —durante las otras tres estaciones del año— reposaban botes y balsas El convento ocupaba un amplio terreno en el laberinto de callejuelas entre las iglesias de San Cástulo y de San Simón y Judas, y en gran parte estaba en ruinas. Como en todo Bohemia, también allí las guerras de los hussitas habían dejado su rastro y parecían demostrar lo que ocurriría con todo el reino si no se combatía la herejía. Al final del conflicto el convento fue abandonado; hacía cuarenta años los dominicos habían empezado a ocuparlo tras verse obligados a abandonar, a favor de los jesuítas, su convento original situado junto a la Karlsbrücke. Ese era uno de los motivos por los cuales el padre Xavier había elegido el convento de Santa Agnes: porque lo dirigían los hermanos de su propia orden. El otro era que, junto con los dominicos también habían regresado las clarisas, que eran quienes edificaron el convento junto con los vecinos minori-tas. Formaban un grupo pequeño y se limitaban a servir a la sociedad en lo que consideraban lo más necesario: el cuidado de las mujeres perdidas. Las clarisas ocupaban el ala sur del convento que antes perteneció a los minoritas. Decían que el nivel de mortalidad entre las pupilas de las clarisas sólo era un poco más elevado que el de la campaña turca. «La madre superiora parece un pajarito, más semejante a un gorrión que a un halcón», pensó el padre Xavier. En ella había conocido una crueldad que hasta entonces le era desconocida: la crueldad de los misericordiosos. La madre superiora sabía que sólo podía ayudar a un porcentaje mínimo de las chicas que algún pretendiente brutal les había infligido en cualquier callejuela acababan con ellas, cómo se

desangraban internamente a causa de los oxidados ganchos de hierro utilizados por las abortistas clandestinas aún clavados en sus entrañas.

—Os agradezco las noticias, hermana superiora —dijo el padre Xavier con una sonrisa. —La pobrecita se lo ha ganado —dijo la superiora—. No os sentiréis defraudado. Las primeras veces que hablaron, sólo había vislumbrado la figura de la superiora oculta tras la pequeña ventana enrejada de su celda a través de la cual se comunicaban. Por fin logró convencerla de que lo dejara entrar en los recintos exteriores del convento para hablar con ella cara a cara. —¿Cumple con los requisitos? —Es joven y bonita —dijo la superiora torciendo el gesto—. Si no estuviera convencida de vuestra rectitud y piedad, padre Xavier, consideraría esta exigencia como algo repugnante. —La joven cantará ante las cabezas coronadas de la cristiandad —dijo el padre—.

Vos y yo sabemos que la auténtica belleza es interior..., pero sabéis tan bien como yo lo que piensan fuera, en el mundo exterior sólo había visto lo que alcanzaba a ver tendida de espaldas en el claustro con la vista clavada en el cielo azul, asintió con la cabeza y suspiró. —¿Y haréis lo que sea necesario para que regrese aquí sana y salva? —Todos nuestros caminos reposan en las manos de Dios —afirmó el padre Xavier, que al decir esto logró parecer alguien cuyo consejo Dios escucharía. —Amén, padre Xavier.

—Amén, hermana superiora. — 272 — La superiora lo condujo a través de la antigua iglesia conventual de los mino ritas entre cuyas vigas se veía el cielo y a través de un descuidado patio en el que crecían la hierba y las malezas secas y amarillas, que ahora crujían bajo sus que al final esca carea hamena de rabajar con los materiales que Dios nos da, ¿verdad, hermana?

Si no lo hacemos, al final esos seres horrorosamente mutilados, que suben a escena para dar placer a los gobernantes, acabarían cantando alabanzas a Dios en nuestras iglesias.

Al pensar en los castrados, la madre superiora palideció y apresuró el paso. —Quisiera verla antes de que ella me vea a mí —dijo el padre Xavier—. No quisiera despertarle esperanzas inútiles a esa pobre criatura.

El ala en ruinas de la parte sur del convento, que se extendía a lo largo del muro exterior, había sido provista de un aquiereado techo; los peores daños habían sido reparados. Las mejoras le daban el aspecto de un cadáver con la cara pintada para simular que aún vivía. El padre Xavier siguió a la superiora hasta el ala en la que solían albergar a la gue solían albergar a los cara pintada para simular que aún vivía. El padre Xavier siguió a la superiora hasta el ala en la que solían albergar a los cara pintada para simular que aún vivía.

El ala en ruinas de la parte sur del convento, que se extendía a lo largo del muro exterior, había sido reparados. Las mejoras le daban el aspecto de un cadáver con la cara pintada para simular que aún vivía. El padre Xavier siguió a la superiora hasta el ala en la que solían albergar a los visitantes seculares del convento. Justo detrás del agujero —que antes había sido un portón de hojas valiosas— se extendía una hilera de puertas bajas que daban a las celdas de los monjes y se perdían en la oscuridad apenas iluminada por una vela de sebo. Allí dentro el ambiente parecía aún más gélido y húmedo que en el exterior. Antiguamente, los mí-noritas se habían encargado de que los visitantes percibieran — 273 — el juramento de pobreza de Francisco de Asís; ahora que el lugar estaba vacío y deteriorado, sólo tenía un aspecto triste y mísero. La superiora recorrió el resquebrajado suelo de piedra y, agarrando la vela, le señaló al padre Xavier que se detuviera y abrió la puerta de una celda. No estaba cerrada con llave.

—Permaneced aquí, en la sombra—le indicó.

Luego asomó la cabeza y dijo en tono amable: —Yolanta, hija mía, sal. Tras unos instantes, una figura envuelta en jirones y de cabellos desgreñados salió al pasillo y clavó la mirada en la llama de la vela. La superiora la asió del hombro y la hizo girar con suavidad; la luz de la vela iluminó un rostro cubierto de mugre. —¿Quién está ahí? —preguntó la figura, que volvió la cabeza y apagó la vela antes de que la superiora pudiera reaccionar. Su imagen contorneada por un halo blanco danzó ante los ojos del padre Xavier; éste oyó cómo volvía a entrar en la celda, no sin antes murmurar: —¿Queréis presentarme, madre superiora? ¿Qué significa esto?

—Sólo quiero ayudarte, hija mía. El padre Xavier sonrió. Bajo la mugre, el rostro de la joven era inmaculado. Si uno se lo imaginaba con mejillas un poco más redondas y un aspecto menos penoso, era un diamante que bastaba con pulir para que volviera a brillar. El nombre de Yolanta encajaba: significaba delicada y bella en griego antiguo.

Ouien fuera el que eligió ese nombre para ella o bien lo hizo al azar, o bien había albergado muchas esperanzas se habían cumplido en cuanto a la vida que le tocó en suerte.... bien, la combinación de ambas circunstancias era exactamente lo que el padre Xavier andaba buscando. —Perfecto —murmuro

Quien fuera el que eligió ese nombre para ella o bien lo hizo al azar, o bien había albergado muchas esperanzas. Las esperanzas se habían cumplido en cuanto a la vida que le tocó en suerte..., bien, la combinación de ambas circunstancias era exactamente lo que el padre Xavier andaba buscando. —Perfecto —murmuró. La madre superiora avanzó a tientas junto al padre, que la — 274 — agarró del brazo y la condujo hacia el exterior. Ella sostenía la vela apagada y había enmudecido de vergüenza.

—Era..., no debéis creer..., sólo la hemos sorprendido... —¿Qué la retiene aquí? ¿Por qué no abre la puerta y se marcha?

La madre superiora suspiró. —Porque tiene esperanzas —dijo—. Sólo las jóvenes que aún albergan esperanzas tienen una oportunidad de salvarse. —¿Y qué espera? —Que pueda reunirse con su hijo una vez que se haya desprendido de su mácula. —¿Tiene un hijo? —Hace falta muy poco para convertirse en una mujer perdida, padre Xavier. En esta

ciudad, sólo una línea muy delgada separa el pecado de la seguridad.

—¿Dónde está su hijo? —En una casa de expósitos. Puedo daros la dirección. —Perfecto —dijo el padre Xavier. La dirección que le dio la madre superiora se encontraba en la Kleinseite; era una oscura casona junto a la muralla occidental de la ciudad, dirigida por las carmelitas. Allí el padre Xavier se topó con una crueldad similar a la ejercida en Santa Agnes, sólo que en este lugar la dureza no estaba mitigada por ninguna esperanza. Las niñas que sobrevivían estarían condenadas a llevar en el mundo una vida que les conduciría a tener más niños, que a su vez volverían a ingresar en el convento y, si alguna de las antiguas reclusas lograba escapar de ese círculo infernal, las carmelitas jamás lo sabrían.

La madre superiora de Santa Agnes al menos disfrutaba de la satisfacción de saber que de vez en cuando lograba salvar a una de sus ovejas, pero las carmelitas, no. La tez de la priora era del color de una moribunda, su rostro expresaba el cansancio de alguien que hac&rato ha abandonado la búsqueda de un supuesto dia—275 — mante entre las cenizas de su vida.

Condujo al padre Xavier a un cobertizo que resultó ser su celda y el escritorio de la casa de expósitos. —Aquí tenemos al hijo de una mujer llamada Yolanta Mel-nika,\* cuyo apellido sólo significa que tal vez ella viviera cerca de un molino, que fuera un molinero quien la embarazó o que fue lo primero que se le ocurrió al ser preguntada. —¿Cuándo fue

Contact a unicontered at the construction of the fact and the finding of the f

—¿Y cual es la mia? —Nada que no conozcas.

En contrapartida te dejarás montar y simularás que te produce el máximo placer.

Harás lo que te pidan, sea lo que sea, con la frecuencia que sea, con la frecuencia que sea, con la frecuencia que sea, con le camino de regreso de la casa de expósitos había reflexionado acerca de las palabras que emplearía; no se le ocurrió ningún motivo para disfrazar su propuesta con frases bonitas. Si la joven aceptaba el trato, se convertiría en su herramienta y era importante que no hubiera malenten—277 — didos entre una herramienta y quien hacía uso de ella. Tal vez la humedad y el frío endurecieran su voz más de lo habitual. Eso no le preocupaba, porquesabía que ella ya había mordido el anzuelo. —¿Por qué no os dirigís al prostíbulo más próximo, padre? Allí encontraréis a muchos de vuestros semejantes. El padre Xavier no pestañeó. Le devolvió la suya, tragó saliva y guardó silencio. El padre Xavier esperó. Casi se dio por satisfecho cuando ella siguió hablando y cambió de tema. No la había subestimado. No sólo necesitaba una persona desesperada sino también una inteligente, porque más adelante una tante la podido olvidar de qué se trataba y que sólo era una marioneta cuyos hilos él manejaba a placer. Ya sabía que Yolanta estaba desesperada, pero tras algunos minutos de conversación también supo que era tan inteligente como había confiado. La madre superiora no le habría adjudicado la posibilidad de sobrevivir si fuera tonta. —¿Cómo es que sabéis mi nombre completo? Ni siguiera se lo dije a la madre superiora.

El padre Xavier sonrió. —¿Fuisteis a ver a las carmelitas? —Era la primera vez que hablaba en tono temeroso y no rudo y áspero. —Allí lo conocen bajo el nombre de Doce de Noviembre.

—Pero si no les dije su nombre a los ministriles... —manifestó, y el padre Xavier oyó que reprimía un sollozo. —Fue el único que entregaron aquel día, de lo contrario le habrían añadido una cifra —dijo el padre Xavier. Yolanta se echó a llorar. Él no la consoló. Sentado en uno de los destartalados taburetes, apoyó las manos en las rodillas y contempló la sombra sollozante. Creyó ver que luchaba para recuperar el control sin lograrlo, hasta que por fin se enderezó y se restregó la cara con las manos. —El pequeño ¿se encuentra bien? —dijo por fin. —Está enfermo. — 278 — —Díos mío, san Wenceslao, ayuda a tu apadrinado, sólo es un niño inocente. —Es hora de que alguien 1Q saque de allí. — ¿Puedo verlo? ¿Puedo verlo? Por favor, padre, ¿puedo verlo? —Hemos de seguir hablando de nuestro trato. —Por favor, padre Xavier guardó silencio y esperó.

Casi se había apresurado demasiado y volvió a recordar cuan bajo era el precio que los hombres pedían por su alma si uno sabía manejarlos. Ella volvió a llorar. Durante un segundo se preguntó si creería que con eso lograría conmoverlo y sintió la tentación de decirle que era una empresa inútil, pero guardó silencio. Había estado en una situación semejante demasiadas veces como para ignorar que cada palabra dicha debilitaría la propia situación.

Quien reaccionaba frente al dolor ajeno y, aunque sólo fuera con grosería, delataba que lo reconocía, perdía fuerza, y el padre Xavier no tenía intención de mostrar ese punto débil. —¿Qué queréis de mí, padre? —Lo descubrirás a su debido tiempo —dijo, volviendo a sonreír. —¿Cuántos hombres son? —No te preocupes. Creo que ya has cometido pecados mayores. —¿ Lo cuidan bien las hermanas carmelitas? Era tan pequeño... Creí morir durante el parto, y creí que él también moriría, pero se aferró a la vida. Lo quiero mucho, padre. Sólo lo tuve conmigo durante poco tiempo, y lo quiero tanto... El padre Xavier no contestó. No sabía cuánto veía ella en la penumbra, pero por si acaso había vuelto a adoptar la sonrisa. Era la misma sonrisa que a veces se vislumbra en las estatuas de los santos y que se desvanece al contemplar la mirada pétrea de la figura. Entonces ella lo sorprendió. — 279 — Estoy hablando de algo que vos no comprendéis, ¿verdad, padre? Del amor. El padre Xavier se alegro de que estuvieran a oscuras y que su parte de la conversación hubiera consistido sobre todo en pausas. Era de esperar que ella no notara que su silencio se debía a que se había quedado sin habla. —¿Qué ocurrirá cuando ya no me. necesitéis? —Una vez que hayas cumplido con tu deber. —Dijisteis que

Si lleva demasiado tiempo...—El tiempo que lleve está en tus manos. —Oídme, padre —dijo ella—. Sé leer, escribir, sumar y restar. Comprendo un poco de latín y conozco algunas letras griegas. Sé cocinar y coser, tocar el arpa y cantar. Sé que me tomáis por una puta lo bastante tonta para dejarse hacer un hijo por un pretendiente, pero os equivocáis.

«En efecto —pensó el padre—. Me equivoqué.» Durante un instante dudó si no sería mejor marcharse sin mediar palabra, pero en su fuero interno casi soltó un grito de alegría. Había deseado encontrar una herramienta inteligente que

casi era capaz de pensar con la misma velocidad que él mismo y que tras escasos minutos había logrado algo que otros mejor situados no lograron en años: dejarlo mudo durante unos instantes. —Sigue hablando —dijo. Sólo quienes lo conocían muy bien habrían oído que su voz había enronquecido ligeramente.

—Soy Yolanta Melnika, provengo de Strahov. Mi bisabuelo era uno de los molineros del convento, mi padre es un mercader que comercia con cereales yjicen— 280 — cias de molienda. Toda mi familia es católica. El padre de mi hijo no lo era.

Nos amábamos.

Cuando descubrimos que sus podres y los molineros de su desigión de passo de su de su de su de su de su desigión de passo de su desigión de passo

Cuando descubrimos que sus padres y los míos jamás aceptarían que nos casáramos, decidimos presentarles los hechos consumados. Yacimos juntos hasta que esperaba que él hiciera un comentario acerca de su decisión de pecar adrede y se preguntó si al final no la habría sobreestimado. Después comprendió que la joven había callado porque era incapaz de controlar su voz.

—Cuando se lo dije a mis padres, me echaron de casa. Tengo dos hermanas mayores y tres hermanos, así que podréis imaginaros el valor que me adjudica mi familia. Durante un tiempo dormí en la callejuela en la que viven mis padres, porque creí que se apiadarían de mí y volverían a acogerme.

—Cuando se lo dije a mis padres, me echaron de casa. Tengo dos hermanas mayores y tres hermanos, así que podréis imaginaros el valor que me adjudica mi familia. Durante un tiempo dormí en la que viven mis padres, porque creí que se apiadarían de mí y volverían a acogerme.

Cuando llegó el otoño y tras noches de acurrucarme junto a la pared, empapada por la lluvia y sin que me abrieran la puerta, acabé por llamar, pedir perdón y misericordia por la vida que llevaba en mi seno. El padre Xavier aguardó a que volviera hablar.

Entretanto la celda se había vuelto completamente oscura. La luz de la vela que ardía en el pasillo dibujaba un contorno luminoso alrededor de la puerta.

—Mi padre llamá a los ministriles para que me echaran. En mi desesperación, me dirigí a los padres de mi amado y entonces descubrí que mi padre lo había denunciado por habérme deshonrado, y que... Luchó contra las lágrimas y volvió a perder la batalla. El padre Xavier apenas comprendía sus farfúlsea por ea los castigo impuesto a los violadores: los ahogaban. En Praga, esta costumbre gozaba de cierta tradición, iniciada por el obispo Johannes Nepomuk. Sospechó lo ocurrido después, tras el intento de Yolanta de obten padres de su propio hijo o por temor a nuevos problemas. Lo que siguió era lo de siempre: pobreza, hambre, mendigar sin licencia, robo de comida. El padre Xavier estaba seguro de que no se había prostituido. No había muchos hombres interesados en una embarazada porque te las encontrabas por todas portes, catores de la sucuerpo, sospechó que no lo habría hecho, ni por salvar su propia vida. El había descubierto lo único por lo cual estaba dispuesta a venderse... Estaba más allá de las munica posibilidad de volves pequeños cadáveres. —El pequeño Wenceslao es lo único que ma mor —susurró Volanta—, Acepto vuestro trato, padre, pero no por suvestro hábito o por temor a la mirada negra de venteros, objectos en los cuestros objectos en los cuestros el lo

— rraplén descendida abruptamente al foso del Ciervo. Andrej se sentía demasiado apático como para ponerse de pie y avivar el fuego de la chimenea y deniasiado nervioso para quedarse quieto. No dejaba de recorrer la susperficie de la mesa consistia en una sola habitación; hasta la vivienda que compartia con Giovannii Scoto habita sido más amplia, y sin embargo, el fuego de la chimenea no hasta, Andrej casis alqui al para que de staba ocupado por una cama que ya estaba allí cuando Andrej ocupó la casa. Junto con la cama, su antecesor le había dejado una colección de matraces, redomas, morteros y botellas de contenido imposible de definir, su antecesor había dejado una colección de matraces, redomas, morteros y botellas de sospechar que éste no había hecho de la venta de los utensilios de la depundado por una cama que ya estaba allí cuando Andrej compara de se asiento de la descontante de la succia sparades y Andrej no dejaba de sospechar que éste no había hecho las maletas y huido apresuradamente de Praga durrante la noche, sino que aún permanecia en la ciudad. Hasta ese momento, Andrej se había negado a eliminar la mancha con agua y un trapo; no tenta descouchado la mesa junto a la puerta de entrada, debajo de una de las solas ventanas y situado las sillas una frente a la otra. Pasadas anas semanas, le molestó el aspecto de la silla vacia e hizo girar la ocupada por el para poder mirar por la cupada la cupa

Tras varias semanas, su negativa absoluta a someterse a cualquier higiene corporal había llegado a su fin, las criadas habían quemado las mantas, los cortinajes y las alfombras, y los reemplazaron por otros nuevos, abrieron las ventanas y, al cabo de dos días de ingentes esfuerzos, lograron eliminar el hedor a mierda podrida, piel gangrenada, pústulas y órganos sexuales infectados que hasta entonces invadía cada rincón del palacio.

Cuando Andrej entró en el dormitorio del emperador olía a limpio, en el aire sólo flotaba un cierto aroma a hierbas cocidas y alcohol, y un tufillo casi imperceptible —que sólo se intensificaba al acercarse a la cama del emperador— a pelo quemado o cuerno, más agudo en la garganta que en la nariz y que provocaría el vómito si fuera más intenso. El doctor Guarinoni trataba a Andrej con el más absoluto desprecio, pero como se comportaba igual con todos excepto con su paciente, en su presencia Andrej casi se sentía al lado de un amigo. El médico le entregó una bolsa contra su mentón cuando os lo pida, pero tened cuidado: si apretáis mucho le causaréis dolor, —¿Qué le pasa?

—murmuró Andrej. El médico-Je lanzó un vistazo que expresaba que, por sen— 286 — cilla que fuera la explicación, él no la comprendería. Andrej sabía que Bartolomeo Guarinoni coleccionaba todo tipo de anfibios e insectos y los conservaba en botellas llenas de alcohol; se imaginó que le lanzaría la misma mirada a una rana que tuviera la osadía de

croar una pregunta mientras el médico le preparaba su tumba. —Algo está devorando sus hueses —dijo el máno os prida un olor a cuerno estropeado, el mismo que flotaba en el aire.

Andrej se apartó violentamente. —No so spreocupiés, después vos apestaráréis igual —dijo el médico—. Por más que perocuriés agarrar la bolsa con la punta de los dedos, el hedor penetrará en vuestra piel. Debéis frotaros las manos con ceniza hasta casi lastimaros para eliminarlo. Que os divirtáis con las narraciones y contened el aliento cuando os pida que le susurréis al oido. El médico sonrió con frialdad y salió de la habitación. Después Andrej narró por centésima vez la historia de su padre y su búsqueda de un libro que le había contentará en un huérfano. Y alora volvía a estar sentado en su casa, ese diminuto calabozo, mirando la vida de la va su multiva de un huber a preferido pararse en medio de la callejuela, taparse los oídos, abrir la boca y los ojos y gritar, gritar hasta que le reventara la carótida o su corazón dejara de latir. El emperador no había dicho ni una sola palabra, se había limitado a quedarse tendido con la boca entreabierta, babeando y de vez en cuando soltando un sonido que podría haber sido un gemido. La mano de Andrej se había quedado tiesa de — 287 — tanto sostener la bolsa de hielo y durante todo el tiempo mantuvo su respiración tan superficial que casi creyo sa sitivarse, se había olisqueado la mano, pero no periodió o no la había tocado al paciente con menos renuencia que Andrej y por esos el hedor había penetrado en su piel. Andrej gene sa que el hedor pulto a se un tendo do su piel. Andrej se había olivado en su piel. Andrej se había olivado en su piel. Andrej se había con el meno de la mentido o había cacado a paciente con menos renuencia que Andrej y por esos el hedor había penetrado en su piel. Andrej permaneció nindión lo un sonido que perador so de deber vuelto a se casa con la sensa de la derio en babía mentado había penetrado de na vale de la deber vuelto en caso de la deber vuelto a se casa con

las rodillas f lexionadas, se enderezó abruptamente y se golpeó la cabeza contra el techo. Su visitante soltó una carcajada. —Si eso es lo que siempre hacéis para divertir a vuestras visitas, entonces espero que en bien de vuestra salud, no os visiten a menudo. Andrej se frotó la cabeza, agarró la hoja de la ventana y ésta se abrió. Hacia fuera. En el último instante, logró aferrarse a una viga. La joven se cubrió la cara con las manos y rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

Instintivamente, Andrej comprendió que debía hacerse cargo de la situación hasta que ambos recuperaran el juicio y bajó de la mesa. Ella apenas le llegaba a la altura de la clavícula e, incluso envuelta en su elaborado atuendo español, parecía joven y delicada. —¡Ejem! —dijo él. Ella dejó de reír, las comisuras de su boca temblaban pero se quedó seria. —¿Queríais salir por la ventana? —preguntó. —No, yo... sólo quería dejar entrar un poco de aire fresco... —Me parece que aquí dentro hace más frío que futía. —Pues... —Parecía que estuvierais luchando. ¿Pretendíais abrir la ventana? Se abre hacia fuera, como la puerta. —Ayer todavía no —dijo Andrej. Ella volvió a reír. Oír ese sonido en esa casa, que era como una tumba helada, le resultó desconcertante. —Reíd también, por favor. No me río de vos, sino por vos. —Bueno —dijo Andrej, esforzándose por sonreír. La miró como un tonto: los ojos de la joven expresaban diversión y los extremos de sus cejas se alzaban como las alas de una gaviota.

de corazón, nariz recta, grandes ojos y cejas arqueadas. Llevaba los cabellos severamente peinados hacia arriba y hacia atrás, como las españolas, y un pequeño sombrero trataba de impedir que se soltaran. Un rizo rubio se había escapado y le caía sobre la frente. Contempló a Andrej y de repente empezó a sonreír. —Esto... —dijo Andrej, consciente de que estaba agazapado encima de la mesa como un luchador, de que estaba aferrado a la ventana, de que las sillas estaban en el suelo como adversarios caídos y de que una capa de hielo empezaba a cubrir el agua acumulada en los trozos de la jarra. Soltó las hojas de la ventana y las señaló con un gesto torpe. —¿Está atascada? —preguntó la joven

Ella alzó la vista y lo miró, y su sonrisa se volvió aún más amplia. Andrej no sabía si había enmudecido porque era la primera vez que alguien entraba en su casa por error o — 289 — porque estaba encima de la mesa como un espantapájaros y su elocuencia era nula. Al darse cuenta de que aún tenía

—¿Sois Andrej von.Langenfels? — 290 — —Sí —contestó apresuradamente, tras comprender que había permanecido en silencio durante un guante de cuero de color claro y él se la estrechó agitándola arriba y abajo como si estuviera bombeando agua, hasta que una voz interior le susurró que ésa no era manera de saludar a una dama. Entonces se inclinó hacia delante para besarle la mano y su frente chocó contra la de la joven, que se tambaleó pero volvió a reír. —¡Por amor de Dios! —exclamó Andrej. Levantó una silla, la empujó debajo del trasero de la joven y ella cayó sentada; después fue en busca de la jarra de agua y pisó los trozos. —Me parece que hace años que no me reía tanto... —dijo ella, frotándose la cabeza. —Perdonadme, no quería... Lo siento muchísimo. Quería..., en general no soy... —Andrej enmudeció y lanzó un suspiro. Después agarró la otra silla, la acercó a la mesa e hizo una reverencia, como había visto hacer a los demás en el salón de baile. —Me llamo Andrej von Langenfels. ¿En qué puedo serviros? Ella le sonrió, pero después la sonrisa se desvaneció y Andrej vio, consternado, que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Podríais decirme qué se hizo de mi madre —dijo, sollozando.

—¿Cómo podría hacer eso? —Sentaos, sentaos.

Sois..., he de... No, debo empezar de otra manera. Metió la mano en el abrigo y extrajo un pequeño cofre; al abrirlo, Andrej vio un anillo de sello en el que cabrían tres de sus dedos. El sello estaba formado por volutas y runas.

Contempló a la joven con desconcierto; ella cerró el cofre y lo guardó.

—Me llamo Jarmila Andel —dijo—. Mi bisabuelo era Achylles Andel, oriundo de Opot&no. — 291 — Andrej se encogió de hombros. —No conocéis a mi familia. No es de extrañar. —La expresión de la joven se volvió adusta—. Eramos los terratenientes de Opotcno y Olessha, pero mi bisabuelo se endeudó hasta tal punto que hace casi setenta años lo

vendió todo por un par de kopeks. Desde entonces somos pobres. Andrej intentó inútilmente comprender lo que decía. Ella pareció notarlo y se arrebujó en el abrigo. Después sacó un pañuelo y limpió la mesa. —Decidme —preguntó—. ¿Es verdad esa historia?

—¿Qué historia? —Esa que Su Majestad siempre os pide que le contéis. Andrej se inclinó hacia atrás y la desconfianza le endureció la voz.

—¿Como lo sabéis? —He vuelto a empezar mal —dijo la joven, bajando la vista—. Lo siento..., estoy tan nerviosa y soy tan torpe... —Muy pocos conocen esa historia —dijo Andrej. —Más de los que vos creéis. Incluso yo la he oído.

—¿En Olessna? —Ya no vivimos en Olessna desde que mi familia lo perdió todo. Gozo de la misericordia de una tía lejana que tiene una propiedad cerca de Praga. —¿Vos sola? ¿Y qué pasa con vuestros padres? —He abordado este asunto de manera completamente errónea. Permitid que empiece de nuevo. —¡Hacedlo, os lo ruego! —Señor Langenfels, perdonad, no quisiera ser descortés y tal vez sólo sea una blandengue, pero aquí hace muchísimo frío.

Me estoy congelando. —Esperad, encenderé el fuego. —Ambos dirigieron la mirada a la chimenea, donde sólo reposaban tres ramitas—. Bueno... —¿Permitís que os invite a mi casa? No os preocupéis, es correcto. Dispongo de criados. — 292 — —¿A la casa de vuestra...

—No —dijo, soltando una carcajada—, ésa está lejos de la ciudad. Mi tía abuela estuvo de acuerdo cuando le dije que había oído hablar de vos y que intentaría averiguar el destino de mi madre. Me proporcionó un pequeño subsidio para poder alquilar una casa aquí en Praga, durante un par de semanas. Se encuentra en la Kleinseite, cerca del Hradschin. —¿El destino de vuestra madre? Jarmila se puso de pie y volvió a calzarse el guante. —Venid —dijo—. Mi carruaje aguarda en el primer patio del palacio. Después os traerá de vuelta, no os preocupéis por el viaje de regreso. —¿Disponéis de un carruaje? —Me lo prestó mi tía abuela. —Os seguiré con mucho placer, señora —dijo Andrej. Dos figuras envueltas en abrigos —que no se dignaron dirigirle la mirada a Andrej— ocupaban el pescante. Jarmila trepó al carruaje y le indicó que la siguiera. En el interior hacía frío y olía a cuero viejo y mohoso. Jarmila tiró del cordel y el cochero agitó las riendas para que los caballos se pusieran en marcha. El carruaje avanzó por el irregular empedrado del primer patio del castillo. Andrej se apartó de la ventanilla. —No podemos correr las cortinas —dijo la joven—. No si estamos juntos. No sería correcto. —No os preocupéis —contestó Andrej y se arrebujó en su delgado abrigo. Jarmila, sentada frente a él, lo contempló. —Lamento haber interrumpido vuestra cotidianidad..., soy muy egoísta. —Una pequeña pausa no me hará daño, dado todo lo que tengo que hacer en casa. —Lo siento mucho. No lo parecía y por eso creí que... Podríais haberos negado en cualquier momento, lo sabéis. — 293 — —Era un comentario irónico —dijo Andrej, sonriendo. Ella parpadeó, confusa, y después le devolvió la sonrisa. —¡Oh, comprendo! —exclamó—. De acuerdo.

-¿Por qué hay dos cocheros en el pescante? ¿Acaso teméis un ataque... aquí, en las callejuelas de la ciudad? —No lo sé, ¿debería temerlo? —A condición de evitar ciertos barrios durante la noche, no. —¿Y qué barrios serían ésos? —Todos. Ella lo miró fijamente. Andrej se sentía mareado, no podía dejar de sonreír. —Eso vuelve a ser un comentario irónico.

Wenceslao estaba enfermo.

desconocida. Andrej agitó las manos, incapaz de proporcionar una respuesta razonable.

—No. —Intentáis asustarme. Hace poco que he llegado a la ciudad. —Intentaría asustaros si os dijera que habría que evitar ciertos barrios también de día. —¿Y es así? —Claro —dijo él y rio. Ella lo imitó, aunque frunció el ceño. —¿Todos?

—Casi todos. —Qué bien que me acompañéis. —Me temo que no sería un gran luchador. —No, me refería a deshacerme del lastre. Si os arrojo del carruaje, podremos huir con mayor rapidez. Andrej se quedó boquiabierto y ella soltó una alegre carcajada. —Ahora estamos igualados. —Pero... —Con vos puedo reír. Es muy bonito. —En ese caso, ¿qué hace el segundo hombre en el pescante? —No le hagáis caso. Mi tía abuela me impuso su presen—294 — cia. Es nuestro capellán. Es muy cascarrabias y seguramente intentará convenceros de que emprendáis una vida ascética y casta. «En eso soy un experto —pensó Andrej. Sin embargo en presencia de Jarmila la idea no resultaba atractiva.

Pese a que el carruaje avanzaba a trompicones y una corriente helada atravesaba las ventanillas, se sentía casi a gusto—. Pero no estamos albergando ninguna fantástica esperanza, ¿verdad? —se preguntó, sonriendo para sus adentros—. No —se contestó a sí mismo—.

Sólo se limita a ser una persona que no huye de mi presencia. Cierra el pico y disfrútalo.» —Podríamos arrojárnoslo —dijo ella.

Ambos se miraron y prorrumpieron en carcajadas.

El carruaje descendía por el empinado camino del Hrad-schin en medio del ocaso. Los caballos se encabritaban y resoplaban cada vez que tomaban una curva. Desde el interior resonaba la risa cristalina de dos jóvenes. Las figuras envueltas en abrigos del pescante permanecían inmóviles. Frente a la alegría que reinaba en el interior del carruaje, la

oscuridad y el frío exterior parecían aumentar, como si se negaran a concederles unos momentos preciosos de luz y de calor a ambos ocupantes. Jarmila Andel había exagerado en cuanto al personal. Además del cochero, que parecía formar parte del carruaje o al menos vivir en él, estaba una rechoncha mujer mayor de expresión fría y el capellán, un pájaro flaco que se sentó en el rincón más alejado de la salita que ocupaba la planta superior de la casa de Andrej, allí ardía un fuego en la chimenea. Aunque seguía haciendo tanto frío que no hacía falta quitarse el abrigo, en comparación a Andrej le pareció un ambiente muy cálido. Se volvió con aire indeciso. — 295 — —He mandado traer vino caliente —dijo Jarmila—. Nos descongelará. Andrej asintió con la cabeza.

Durante el trayecto se había sentido curiosamente próximo a ella; ahora, en su casa, se sentía intimidado. Jarmila pareció notarlo, agarró un taburete y se lo acercó a Andrej; después se agachó para agarrar otro. —Pongámoslos junto a la ventana —dijo ella. Cuando el calor de las llamas le encendió las mejillas, Andrej se concentró en su interlocutora. Su rostro resplandecía a la luz de las llamas, en sus ojos danzaban motas doradas. Había dejado que Andrej podría haberlo rodeado con ambas manos. En vez de la gorguera rizada llevaba un cuello cuyas puntas se alzaban a derecha e izquierda; al principio Andrej creyó que formaba parte del abrigo. Cuando ella se movía, algo no dejaba de crujir.

cuando trajeron el vino y brindaron. El vino estaba muy especiado y la anciana parecía desconfiar del agua de la ciudad, porque lo había calentado sin diluirlo. El calor inundó el estómago del joven, que dejó la copa a un lado, —¿Qué queríais contarme? —preguntó. Ella titubeó, jugueteando con los cordones de su corpino. —Mi padre murió hace dos años. Hasta entonces creí que mi madre había muerto debido a una enfermedad cuando yo — 296 — todavía era una niña de pecho. En su lecho de muerte, mi padre me dijo que era mentira. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—.

Me había querido tanto que no quiso que pasara el resto de la vida preguntándome de qué había muerto mi madre. Por eso me mintió: por amor. Andrej vio que el capellán los espiaba, pero después éste volvió a sumirse en la Biblia apoyada en sus rodillas, —¿Sois protestante o católico? —preguntó Jarmila. —No me interesan las preguntas acerca de la religión —contestó, encogiéndose de hombros. —Tenéis que Dios se interesa por las religiones? —Mi familia siempre fue católica —dijo Jarmila en voz baja—. Pero según lo

Frente a todas esas capas de tela, Andrej se sentía casi desnudo. Sus miradas se cruzaron y ella se ruborizó aún más. Juntó las rodillas y plegó las manos en el regazo. —Este vestido me afea —susurró. —Nada podría afearos —susurró Andrej. Ella esbozó una sonrisa fugaz y clavó la mirada en las llamas. Los ojos de ambos volvieron a encontrarse

que contaba mi padre, mi madre pensaba igual que vos. Es verdad que perdimos nuestra fortuna, pero en toda la región al nordeste de Praga, nuestro apellido gozaba de buena fama. Mi madre lo aprovechó para interceder entre católicos y protestantes.

Convenció a numerosas damas y se trasladó junto con ellas a todos los conventos conocidos para hablar con los abades y los priores y suplicar apoyo para las familias en apuros, lo que más le importaba eran los niños cuyos padres habían muerto o habían sido asesinados. Mi padre dijo que ella siempre afirmó que para los niños no existe la religión ni la herejía, sino sólo la pureza de su alma creada por Dios. Algo resonó en su interior y Andrej se esforzó por reprimir el dolor despertado por sus palabras.

Para los niños, sólo existe la pureza de su alma y su inmenso amor por los miembros de la familia de la cual forman parte, y nadie percibía la inmensidad que aquel que — 297 — los había perdido a todos. Contempló los ojos bañados en lágrimas de la joven y sintió que los suyos también estaban húmedos. En cuanto al destino, el de ambos era similar: todos aquellos a quienes habían amado estaban muertos. —Aquel otoño, mi madre ya no regresó —dijo ella—. Era el otoño del año en el que tuvo lugar la horrorosa masacre de los hugonotes, en París. Ella viajaba junto con casi una docena de mujeres, algunas acompañadas de niños, propios o huérfanos, que habían

Mi padre la esperó hasta poco antes de Navidad, después supo que algo había ocurrido. Creo que yo era demasiado pequeña, apenas tenía un año—, pero mi padre fue en su busca. No encontró nada, ni rastros, ni rumores, nada, ni de ella ni de las otras mujeres. Cuando tuve la edad suficiente para comprenderlo, aunque fuera a media, mi padre me dijo que mi madre había muerto debido a una enfermedad, pero en realidad, desapareció hace veinte años, y... y... —Jarmila se encogió y prorrumpió en sollozos. Andrej procuró reprimir el dolor que le atenazaba la garganta, pero no logró articular palabra. Tendió la mano para rozarle el hombro, pero no se atrevió. De repente ella le aferró la mano con sus dedos húmedos y la apretó. El capellán permaneció inimóvil pero no retomó la lectura, observándolos desde el otro extremo de la sala. No ofreció ni una palabra de consuelo, ni siquiera de consuelo,

—Hace veinte años —sollozó Jarmila—, y ahora me han hablado de vos y de vuestra espantosa, y mistro que mi historia es la solución a la vues tra, que lo que presencié fue la muerte de vuestra madre y sus acompañantes, a quienes mi madre y mi padre también siguieron a la muerte. ^ — 298 — Ella asintió con la cabeza. —¿Sabéis —dijo él—, sabéis que mis padres han desaparecido, también para mí? Sé que han muerto, pero no lo presencié. Mi madre era una sombra entre sombras y la última vez que vi a mi padre entraba en un convento en ruinas con su acostumbrado paso ligero, como si el mundo fuera un árbol frutal al que sólo había que sacudir. Ella le apretó la mano con más fuerza, después la acercó a su mejilla y la aferró con ambas manos. Andrej percibió su aliento y la humedad de sxis mejillas, las lágrimas que recorrían el dorso de sus manos. Tragó saliva sin saber qué decir, sospechando que a ella le ocurría lo mismo: nadie ajeno a ese dolor podría haber dicho una palabra. Cuando alzó la vista, el capellán estaba a su lado. —Es tarde —dijo—, debes marcharte, hijo mío. Andrej gesticuló con la otra mano, furioso y sin saber qué hacer. —Ahora no puedo dejarla sola. —No hay nada que puedas hacer por ella, hijo mío. —¡Ambos podríamos tratar de encontrar el convento en el que su madre y mis padres perdieron la vida! —exclamó Andrej—. Yo estuve allí, sólo que no sé dónde se encuentra. —Buenas noches, hijo mío —dijo el capellán, mirándolo fijamente.

Andrej sintió que la mano de Jarmila reducía la presión. Se volvió y la miró. Tenía el rostro mojado, el maquillaje corrido y la nariz y las mejillas rojas e hinchadas. A Andrej se le cortó la respiración al ver su belleza, que ni la pérdida, el dolor y el miedo conseguían afear.

—Me las arreglaré —dijo y le soltó la mano—. El dolor todavía es... —Carraspeó—.. Su Reverencia lo sabe, ¿verdad? El capellán asintió en silencio.

—Debéis iros, Andrej—dijo ella. —Te acompañaré hasta la puerta —dijo el capellán. Presa de la confusión, Andrej siguió al delgado clérigo. — 299 — Justo antes de llegar a la puerta recordó sus modales y se volvió. Jarmila estaba sentada junto al fuego, moralmente destrozada, envuelta en su magnífico vestido como si fuera una armadura, y lo miraba

marchar. Andrej se inclinó y ella esbozó una sonrisa. —Por aquí —dijo el capellán. El cochero estaba sentado en el pescante como si jamás se hubiera movido de allí. Ningún gesto reveló que reconocía a Andrej ni lo que pensaba al tener que regresar al Hradschin en medio de la noche y la niebla. —Mi pupila alberga muchas esperanzas —dijo el capellán cuando Andrej se giró para despedirse. —A lo mejor puedo ayudarla, y también a mí mismo —murmuró Andrej. —Ve con Dios, hijo mío —dijo el capellán y, para sorpresa del joven, desapareció dentro de la oscura casa sin decir palabra. Andrej trepó al carruaje. Estaba tan confuso y desorientado que no notó el frío que hacía.

Cuando andrej se giró para despedirse. —A lo mejor puedo ayudarla, y también a mí mismo —murmuró Andrej. —Ve con Dios, hijo mío —dijo el acapellán y, para sorpresa del joven, desapareció dentro de la oscura casa sin decir palabra. Andrej trepó al carruaje. Estaba tan confuso y desorientado que no notó el frío que hacía.

Cuando acuando andrej se giró para despedirse. —A lo mejor puedo ayudarla, y también a mí mismo —murmuró Andrej in casa del joven, desapareció dentro de la oscura casa sin decir palabra. Andrej trepó al carruaje. Estaba tan confuso y desorientado que no notó el frío que hacía.

Cuando acuando andrej ereyó a cuanto acuando acuando acuando a la ventanilla. —¿Qué pasa? —preguntó a con el que el carruaje se pondría en marcha, pero éste no se movió. Agason el palabra somá a la ventanilla. —¿Qué pasa? —preguntó a la ventanilla del carruaje se pondría en marcha, pero éste no se movió. Adaso el hombre se en caso mácuna del cochero se inclinó hacia él y señaló hacía arriba con el pescante on el pescante on el pescante on el pescante a la ventanilla. —¿Qué pasa? —preguntó a la ventanilla. — ¿Qué pasa? — preguntó la carruaje se pondría del carruaje se pondría en marcha, pero éste no se movió. Agasomada a la ventania. Andrej ne la cale carruaje acuando se ne la carruaje

Después de que Andrej hubiera demostrado que era un miembro fiable de la comunidad de mendigos, el cabecilla se conformó con la mitad de todos sus ingresos, pero entre sus camaradas la recaudación rápidamente se convirtió en un asunto jerárquico. Había lugares donde merecía la pena mendigar y otros en los que uno se veía obligado a robar para sobrevidri. Los muchachos mayores y más fuertes reinaban en los primeros, pero por una compensación estaban dispuestos a cederle el puesto a un miembro menor del grupo de golfillos durante medió au na de las callejuelas casi intera se pero que de golfillos durante medió au na de las callejuelas casi intera se pero que de golfillos durante medió au na de las callejuelas casi intera se pero que de golfillos de go

Andrej era un ciego, un sor-Jo y un paralítico que penetraba\* en un mundo nuevo del que ni siquiera poseía una descripción, y sus actos estaban dirigidos por los susurros del bondadoso dios del amor... o los adivinaba gracias a los movimientos de Jarmila. La desconfianza que se había convertido en su manera de ser, desapareció: se sumió en Jarmila. La precaución que le había permitido sobrevivir entre tiburones durante todos esos años se había adormecido: se entregó a Jarmila. Esa voz que jamás enmudecía y que no había dejado de susurrarle al oído mientras estaba sentado frente a ella junto a la chimenea, se convirtió en un murmullo aún más suave que parecía decir: «¿Qué más da?» Apenas percibió el escalofrío que le recorría el cuerpo cuando ella le quitó la camisa y, cuando le acarició la espalda desnuda con las manos no pudo evitar un estremecimiento. Las uñas de Jarmila trazaron suaves surcos en su piel. Andrej soltó un gemido. Ella pataleaba y se retorcía bajo su cuerpo y gracias a sus esfuerzos, casi había logrado quitarse el corsé. Cuando logró arrancárselo del todo, le rodeó el cuello con los brazos; él abrazó su torso desnudo y jadeó, el roce de la piel contra la piel lo hizo estallar; cuando ella se restregó contra él, sus pezones eran dos puntos duros que percibió en su propio pecho. La falda de aros la envolvía como una fortaleza de fieltro y pelo de caballo, una muralla de aros rígidos. Andrej intentó apartarla porque quería contemplarla, pero ella se aferró a él.

Sus manos trazaban huellas de chispas en su espalda, se introdujeron bajo las calzos gue sujetaban los calzones y la ridicula prenda cayó al suelo. Andrej sintió ganas de reír — o de gritar— mientras trataba de desatar las cintas que sostenían la falda y volvió a estremecerse cuando las manos de

Jarmila descubrieron su trasero. — 305 — La bragueta había caído junto con las calzas y la tumescencia había apartado la delgada tela que cubría la abertura. Cuando las manos de Jarmila lo tocaron creyó desfallecer y todos sus sentidos se concentraron en eso que ahora temblaba entre las manos de ella. Era como si todo su ser se hubiera convertido en un único estremecimiento que le recorría la piel y se centraba en su bajo vientre. Su corazón estaba a punto de estallar y se quedó sin aliento, quiso detener lo que ocurría; entonces ese estremecimiento surgió de él, palpitó y brotó arrastrando todo su ser, vaciándolo y derramándose en las manos de Jarmila y en su piel, dejando atrás su cuerpo moribundo... que inmediatamente después volvió a cobrar vida, cálido y ardiente, inundando sus sentidos como golpes de tambor y relámpagos. Le pareció que estallaba en todas las direcciones como una lluvia de cometas, para después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar disminuyó...

Cuando comprendió lo que había ocurrido, su euforia después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar preciones pareció la tember y elámpagos. Le pareció que estallaba en todas las direcciones como una lluvia de cometas, para después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en las después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en las después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en las después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en las después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en las después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en luvia después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en luvia después volver a sumirse en sí mismo cuando el palpitar en luvia después volver a sumirse en sí m

Cuando ella se entregó a él, por primera vez se olvidó de sus padres, de los años transcurridos en la calle, del emperador Rodolfo y de la historia que éste siempre quería volver a dormirse, An-drej oyó el murmullo de la voz cuyos consejos le habían permitido sobrevivir durante tanto tiempo..., pero ahora estaba demasiado cansado y agotado para dejar que lo entristeciera.

— 307 — 3 No se habían atrevido a matarlo.

— 3 No se nablan atrevido a matario.

Con el tiempo, empezaron a acostumbrarse a su presencia y Cyprian se avergonzó al descubrir que aceptar la normalización del trato con los guardias de la prisión de malhechores no sólo se debía al puro pragmatismo sino que suponía un considerable alivio. El dolor de las palizas lo habían desmoralizado menos que el odio que cada vez surgía con

mayor violencia en su interior y del que sospechaba que se extendería a todo el mundo y que lo dominaría para siempre si las brutalidades no cesaban, pero cesaron a tiempo. Los guardias simularon que nada había pasado y de un día para otro empezaron a gastarle bromas, al igual que a todos los otros prisioneros de larga duración, con los que pasaban más tiempo que con sus familias. Cyprian se había observado a sí mismo al compartir las bromas de los guardias, feliz porque las palizas habían llegado a su fin. ¿Acaso era una señal de debilidad? ¿Les habría lamido el culo ? Él, que no acostumbraba a eludir las preguntas, se observó a sí mismo eludiéndolas un día tras otro. Sabía que su conducta era la adecuada si pretendía salir de allí algún día, y al mismo tiempo tenía claro que incluso un toro como él nunca saldría completamente indemne del humor de otros, algo se guiebra en su interior. — 308 — No era una cuestión de fuerza, sencillamente ocurría. Sí era una cuestión de fuerza la capacidad de retomar la vida anterior tras semejante quebranto y poder confiar en Dios, en el transcurso de las cosas y en el resto de la humanidad. —Venga —dijo el guardia al traerle la sopa de la cena—, tal vez no lo comprendas, pero si se lo pides al comandante con amabilidad, seguro que dice que sí. Aquí todos somos hombres, ¿no? —Muy amable de tu parte, Pancraz, pero pierdes el tiempo. —A lo mejor ni siquiera te pide dinero. Hace rato que supone una ayuda que de noche las ratas te correteen por la barriga. —¿Sabes una cosa?

—dijo Pancraz y se acercó a Cyprian. Poseía la sinceridad de aquel que durante muchos años ha visto cómo las personas que entraban erguidas en la celda cuya puerta se cerraba a sus espaldas, al cabo de cierto tiempo empezaban a arrastrarse—. Una vez hubo uno que se la cascaba cinco veces al día como un loco. Cinco o seis veces al día, era

Ese se la agarraba más veces para cascársela que para mear. «En algún momento ése se mata, el muy idiota, porque en algún momento ése se mata, el muy idiota, porque en algún momento ése se mata, el muy idiota, porque en algún momento ése se mata, el muy idiota, porque en algún momento for así decir.

—Conmovedor—dijo Cyprian. —Pues no —dijo Pancraz y soltó una risita. Estaba acurrucado junto a Cyprian y le pegó un golpe amistoso en el hombro. »E1 muy idiota se empalmó tanto que cuando le mandamos la hembra le dio un ataque al corazón. ¡Recta como un palo! Ni siguiera se la pudo meter. A que no te imaginas lo que sudó el comandante cuando tuvo que informar a la viuda. ¿Cómo le dices algo así? —La vida tiene aspectos trágicos —dijo Cyprian. — 309 — —Y por eso el comandante está preocupado por ti. Porque ni siquiera te la cascas de noche, ni una vez. Dice que no es normal. La cosa acaba por asfixiarte. —Me alegro de que os preocupéis por mí. Supongo que todas las noches me observáis por turno a través de la mirilla, para aseguraros de que no tengo la mano metida en la bragueta. —No hace falta que te espiemos —dijo Pancraz y se puso de pie, suspirando—. ¿Cuánto tiempo.crees que me dedico a esto? Notas todo lo que hacen tus pupilos. —Te enviaré un regalo cuando esté fuera y tú aún estés aquí. —¡Venga ya! —soltó el guardia y salió arrastrando los pies—. Sería un mal negocio para mí, Cyprian, porque estoy seguro de que saldré antes que tú. —Claro, claro —dijo Cyprian y lo saludó

con la mano cuando el otro cerró la puerta. Oyó sus pasos alejándose por el pasillo. La celda quedó en silencio. Después los pasos volvieron a acercarse a la puerta, la llave giró y Pancraz regresó. Sostenía el casco en una mano y se rascaba la cabeza con la boca abierta. Cyprian lo miró fijamente. —¿Qué pasa? ¿Un ataque al corazón en la celda vecina? Pancraz negó con la cabeza. —No —tartamudeó—. Que vengas. Acaban de dejarte en libertad. — 310 — 4 La casa de Praga apenas se diferenciaba de la casa de Viena: dos plantas superiores encima de una planta baja de doble altura apoyada sobre el depósito, el sótano y la sala de ventas, y coronada por un desván; entremedio, habitaciones pequeñas y oscuras dispuestas alrededor de una ancha y presuntuosa escalera, menos acogedoras que repletas de valiosas mesas, armarios, ornadas repisas de chimeneas y relojes de péndulo, relojes giratorios, relojes que producían un zumbido y relojes que no dejaban de hacer tic tac, y que competían con las aves cantoras de las jaulas en su afán de destrozarle los nervios a los habitantes de la casa. En los rincones más oscuros de las jaulas en su afán de destrozarle los nervios a los habitaciones ardían velas que tiznaban las paredes de negro. Allí Agnes disponía de una libertad aún mayor: en la vivienda de la Kártner Strasse había dormido junto con su criada y dos jóvenes ayudantes de cocina, y también había compartido la habitación con la hermana viuda de su padre cuando ésta venía de visita. Allí, en la casa junto a la Fuente Dorada, a un tiro de piedra de la inmensa obra en construcción del convento de jesuitas y en una de las zonas más antiguas de toda la ciudad, Agnes disponía de una habitación en la planta superior sólo para ella y su criada. El resto de la servidumbre ocupaba el desván o el sótano, y la cama de la habitación de Agnes era — 311 — tan ancha que resultaba difícil imaginársela ocupada por una sola persona..., y también si uno hacía caso omiso de la costumbre de su criada de girarse por la noche y abrazar a Agnes porque entre sueños olvidaba que ésta ya no era una prisión. Cuando miraba por la ventana y contemplaba la fuente encima de la cual habían colgado una jaula de hierro forjado, era como si ella misma

A finales de febrero la luz era escasa, sobre todo en Praga. Oyó la respiración tranquila de la envejecida mujer que dormía a su lado y el murmullo indescifrable que surgía de la gran sala de la primera planta. Una vez más, había huido de esa sala en la que todos los actores de la tragedia representada en esa casa se encontraban durante las dos comidas principales del día, una tragedia titulada «El camino de Agnes Wiegant a la oscuridad. Una tragedia en tres actos». La oscuridad era su futuro, el camino que conducía hasta allí pasaba por su boda con Sebastian Wilfing, y ya había recorrido un buen trecho. Para ser exactos, se encontraba al final del segundo acto. La traición del amado ya había tenido lugar, el rapto de la heroína también. Aún faltaba la pompa de las festividades de la boda que tendría lugar después de Pascua y el anticlímax supondría la lenta extinción de la heroína en la aborrecida unión con un esposo no amado, mientras sus pensamientos giraban en torno al hombre que había amado y que la había condenado a la ruina. Las comidas le resultaban insoportables. Permanecía sentada entre el parloteo de unas personas que sabían que el alma de una de ellas estaba sumida en las tinieblas y que sin embargo se esforzaban por simular que no lo notaban. ¿Cuál había sido el tema de conversación de ese día? Que la primavera tardaba en llegar. Que en Viena ya aparecerían las primeras campanillas. Que el frío no desaparecía debido a que Praga — 312 — se encontraba en una hondonada. Que la ventaja consistía en que al menos uno no se hundía en la nieve derretida de las callejuelas; corría la voz de que todas las primaveras, en Viena desaparecían carros tirados por bueyes junto con los bueyes, la carga y el cochero en medio del fango. Que cuando llegaba la primera brisa cálida, las f lorecillas blancas temblaban y uno sabía que por fin había llegado la primavera. Que inmediatamente después, las campanillas se ahogaban en el fango, junto con los carros. Ja, ja! ¿Eh? ¿Qué te pasa, Agnes? Come un poco, hija mía. La primavera nunca llegaría al corazón de Agnes. En él reinaba el invierno desde que abandonaron Viena a toda prisa y llegaron allí, a Praga; y lo invadía un frío helado cuando recordaba la traición

¿Qué importa lo que dije ayer?» Y lo peor de todo: «No hemos de escondernos ni huir. No: nos enfrentarse a su padre y a los demás, Cyprian había puesto pies en polvorosa. No es que ella le echara en cara que lo hubiera hecho por cobardía. No, fue su cabezonería, su implacable testarudez cuando consideraba que una conducta era correcta y honorable; en tal caso jamás se comportaría de otra manera, ni siquiera si todos los santos resucitaran para convencerlo de lo contrario. Lo único que había hecho fue sosegarla, calmarla, engañarla con sus proclamaciones de que había cambiado de opinión y que huiría con ella. En realidad, seguía teniendo validez lo que había dicho antes: que consideraba que huir juntos en vez de partir con la bendición de su familia era un error, entonces tenía que serlo, ¡y para todo el mundo! Claro que no le había mentido por maldad, sino sólo para protegerla, para atenuar el hecho de que su amor era un sinsentido. Por eso lo aborrecía aún más. ¿Cómo logró él controlarse hasta el punto de limitarse a sonreír mientras juraba en falso, cuando sabía que el resultado supondría la condena a muerte de su amor? Agnes no dudaba — 313 — ni un instante de que Cyprian la amaba, y eso sólo lo empeoraba más. No sólo le había clavado un puñal en el corazón a ella sino a sí mismo. Ahora lo aborrecía, lo ABORRECÍA y al mismo tiempo el día que no estaba junto a ella era un día oscuro y ceniciento en el que las horas pasaban sin sentido. Pensó en el ritual que acompañaba todas las comidas, en las que casi no probaba alimento (la mayoría): alguien le presentaba un plato, casi siempre su prometido. Su rostro rubicundo de barba rubia expresaba preocupación. —Come alguna cosa, Agnes —decía casi siempre—. Estás muy delgada. —No tengo hambre. —Has de comer más, de lo contrario este frío repugnante acabará contigo. Me preocupas, querida! Desde su llegada a Praga, Sebastian le había demostrado la máxima cortesía y gentileza. Soportó que se encerrara en su habitación durante días; no se impacientó cuando se negó a dirigirle la palabra ni cuando de un plato que la temperatura se volvería aún más gélida, Sebastian la defendía; cuando Níklas Wiegant intentaba hablarle, le rogaba a éste que la dejara en paz. Era un hombre cuyo vientre era demasiado abultado para su edad, de piernas arqueadas, hombros caídos y cabeza tosca, al que se le notaba que podría haber tenido un aspecto más o menos aceptable si no estuviera tan gordo; sólo al sonreír se traslucía un poco del encanto que sus rasgos habían tenido en el pasado. Con el tiempo, Agnes descubrió que estaba más enfadada con Cyprian que con Sebastian, y eso la horrorizó aún más que todo lo demás. Descubrió que hacer caso omiso dé él la hacía sentir culpable. El nunca se le había acercado demasiado, ni siquiera había apoyado la mano en el respaldo de su ^silla. Si en todo Praga uno hubiera buscado un hombre que — 314 — se comportara de manera intachable, caballeresca y amable con su prometida, habría que dirigirse a la casa de la familia Wilfing y preguntar por el señorito. Cuando el murmullo de voces que surgía de la planta inferior se interrumpió abruptamente, Agnes creyó oír la vibración del silencio. Entonces una silla cayó al suelo, el ruido resonó por la escalera y la sobresaltó. —¡No! —oyó exclamar a Sebastian Wilfing padre; la voz penetró a través de dos cielorrasos de tablas, paja y entarimado como si no existieran—. Eso es asunto nuestro, somos los amos de casa... —La voz se quebró. Los dueños de la casa eran el padre de Sebastian y el de

Habían comprado dos casas anexas en un terreno triangular cuyo centro ocupaba la Fuente Dorada, las habían reformado convirtiéndolas en una especie de fortaleza inspirada por el sentido comercial y societario, en la que habrían cabido ambas familias junto con la servidumbre y los empleados, incluso si en el hogar de los Wiegant hubiera habido otros niños y si Sebastian Wilfing padre no hubiera dejado a sus hijos menores en Viena al cuidado de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano. Sin embargo, desde su llegada conjunta a Praga se había formado una constelación en la que Sebastian hijo hacía de dueño de su hermano de la conjunta de l expresión de furia indignada y Agnes desempeñaba el papel de la arena que atascaba la maguinaria de ese artilugio artificial. Agnes ovó los pasos de ambos hombres en la escalera y se quedó paralizada pensando que subirían, pero después comprendió que bajaban. Lo ocurrido era tan distinto de la comedia interpretada durante las últimas semanas que Agnes sintió una repentina curiosidad. Bajó de la cama, atravesó el frío suelo de madera y miró por la ventana. Estaba oscuro, pero logró ver la callejuela justo delante de la puerta de entrada. Dos pertenecían a la servidumbre, la tercera estaba de — 315 — pie ante la puerta y las otras dos parecían retenerla. El grueso cristal de la ventana se empañó y lo limpió con el puño. La tercera figura permanecía inmóvil en la callejuela, una amplia capucha acabada en tres puntas le cubría la cabeza y un largo manto de magistrado con un gran cuello de piel ocultaba el rostro. Se sorprendió al comprender que lo que le cubría la cabeza era un birrete de sacerdote. Cuando su padre y Sebastian Wilfing.padre y alieron justo delante del sacerdote. Cuando su padre y de repente recordó al padre dominico que hacía casi una vida apareció en su casa vienesa y saludó cordialmente a su padre. Entonces retrocedió unos pasos, pero después volvió a la ventana. La tentación de agarrar el primer objeto pesado que estuviera a mano y dejarlo caer sobre el birrete era casi irresistible. Recordó la mirada insensible que le había lanzado el dominico en la sala de su padre en Viena, y se estremeció de ira y de temor. El sacerdote murmuró unas palabras.

—No —dijo Niklas Wiegant—. El respeto por tu hábito no llega a tanto. —¿Cómo nos has encontrado? —chilló Sebastian Wilfing, y carraspeó. —Eso no tiene importancia, Sebastian Wilfing, y carraspeó. —Eso no tiene importancia, Sebastian Wilfing, y carraspeó. opusiera a su antiguo compañero de la época española, pero ahora oía que lo estaba haciendo. Y Sebastian Wilfing lo apoyaba. Agnes sintió algo indescriptible; hasta hacía unos meses, siempre había confiado en el afecto de su padre por ella y ahora dé pronto parecía que tal vez podía volver a confiar en él. El dominico había destrozado su vida y

ahora el padre de Agnes se lo echaba en -316 — cara y le negaba la entrada. El corazón le latía con fuerza y no notó que la voz que últimamente siempre protestaba cuando pensaba en Niklas Wiegant como su padre, ahora callaba.

todas las niñeras que comparten la vida de sus pupilas durante las veinticuatro horas del día poseen un sexto sentido que les informa cuándo su protegida abre la puerta para cometer una estupidez.

volverán a inventarse esas acusaciones. Y ni siquiera he cometido un pecado. Lo único que he hecho ha sido abollar un viejo sombrero y aprovecharme de la oscuridad. —Dejaste que yo lo creyera —dijo Agnes.

Ella sabía que su conducta le resultaba inesperada, pero no pudo evitarla. Quería reposar en sus brazos y al mismo tiempo quería darle de bofetadas; quería besarlo y al mismo tiempo lanzarle insultos a la cara.

estuviera enjaulada. Agnes dirigió la mirada a la oscuridad.

más le hubiera gustado era sacar el puño por la ventana y gritar: «¡Vete, so demonio!», pero se limitó a aferrar el pasador de la ventana como si quisiera arrancarlo. El hombre oscuro se dispuso a alejarse sin decir una sola palabra más. Su negro atuendo se confundió con su sombra y ésta con la oscuridad más allá del círculo iluminado de la entrada Después giró la cabeza y miró hacia arriba por encima del hombro... como si hubiera percibido la presencia de Agnes junto a la ventana. Ella quiso retroceder, pero la mirada de él la descubrió y se detuvo. Las piernas se negaban a sostenerla y que su alma no pereciera en ese mismo instante sólo se debía al hechizo de la mirada del oscuro sacerdote. Únicamente veía esa mirada, sólo oía los latidos de su propio corazón que resonaban como si palpitara en medio de una enorme catedral vacía. Después se preguntó si el hombre de la callejuela realmente la había reconocido, puesto que ella también lo había reconocido, puesto que ella también lo había reconocido a él. El oscuro sacerdote era Cyprian Khlesl. La casa no recuperó la tranquilidad hasta que los serenos empezaron a hacer su ronda: «¡Todo está bien!», pero nada estaba bien. Agnes, tendida en su lado de la cama, procuraba sosegar su respiración para que los latidos de su corazón no la asfixiaran. Hubo gritos. Por primera vez, Agnes tomó — 317 — conciencia de que, cuando se ponía nervioso, la voz de Sebastian hijo era tan chillona como la de su padre. Había comprendido cada una de sus palabras; desde la perorata más bien enigmática que afirmaba que no se podía confiar en nadie y que todos los jueces de Viena izaban su bandera al viento que soplaba con más fuerza en vez de plegarse a la constante brisa de la justicia, hasta la erupción asombrosamente variada de insultos lanzados contra el joven señor Khlesl, que habría deslucido la aureola del joven señor Wilfing en cuanto a su carácter de yerno ideal y ejemplar, en caso de que lo hubieran oído otras personas que aquellas que ya lo conocían. Cuando la situación se calmó por fin, el odio liberado en la sala de la primera planta siguió resonando por toda la casa. La criada

roncaba y resoplaba. Agnes escuchó el crujido de las vigas cuando el frío del mes de febrero derrotó la débil calidez interior, el rumor de la carcoma en la madera y los ruidos de la carcoma en la madera y

uno no se quedaba quieto. La criada empezó a respirar entrecortadamente y Agnes no se atrevió ni siquiera a tragar saliva. Después la criada siguió roncando y Agnes bajó de la cama buscando sus zapatos. No volvió a respirar hasta que sus pies rozaron el frío cuero. Cuando se puso de pie el suelo de madera crujió.

El sacerdote dio un paso adelanté como si pretendiera abrirse paso entre ambos hombres. Pero éstos se tomaron de la mano y le cerraron el paso. Agnes contuvo el aliento. Ambos ancianos daban la impresión de que preferían dejarse matar antes que franquearle el paso al oscuro sacerdote. Entonces vio que la cabeza bajo el birrete asentía. Lo que

Lo maldijo y al mismo tiempo estaba tan tensa que podría haberse echado a llorar. Llegar hasta la puerta le llevó una eternidad y tuvo que evitar varios obstáculos: las tablas que habrían delatado hasta la leve pisada de un gato. Cuando llegó hasta la puerta, dejó de sentir frío; las mejillas le ardían. Abrió la puerta y cada chirrido la hacía cerrar los ojos presa del espanto. Cuando por fin alcanzó la escalera ardía una llamita azul en un candil que tal vez seguiría encendido durante otro cuarto de hora; antes de que se apagara, un criado medio dormido se quemaría los dedos al rellenarlo con aceite. Los señores Wilfing se permitían el lujo de reducir el peligro de romperse el cuello durante una visita nocturna al retrete, situado junto a la escalera. En el descansillo de la primera planta ardía otro candil, y había un tercero en la planta baja. Agnes descendió la escalera con mucha precaución. La puerta de entrada tenía dos hojas y habría resistido un ataque de los turcos durante un buen rato. Apenas se vislumbraba la madera bajo los numerosos clavos de hierro; el cerrojo era un artilugio formado por planchas de hierro, ganchos y barras de metal que debía de haber supuesto el sustento anual de un cerrajero, junto con su mujer, sus hijos y un cuñado aprovechado. Agnes lo aferró y después titubeó. De pronto comprendió que si salía de la casa algo habían constituido un retraso. Y al mismo tiempo se iniciaría algo diferente. Su mano se detuvo cuando el traidor que habita en todos nosotros —y que aguarda el momento preciso para hacer acto de presencia— le preguntó si la comodidad que suponía una gran casa, un marido rico y un futuro asegurado era algo que imprescindiblemente había que arriesgar. ¿Y para qué? Además hacía frío e iba ligera de rbpa, por no hablar del vigilante que con toda seguridad pasaría justo en el momento en el que ella saldría a la callejuela sólo vestida con una camisola. Y vete a explicarle este escándalo a la familia a la que hasta ahora sólo le ofreciste melancolía, mutismo, ataques de cabezonería y una expresión siempre adusta. Agnes mantuvo la mano apoyada en el cerrojo y de repente se convenció de que daba igual hiciera lo que hiciese, poi> que todo acabaría en catástrofe y que lo único correcto habría sido quedarse en la cama y repetirse a sí misma: «No-conoz319 — co-a-ningún-Cyprian-Khlesl.» Entonces una mano se apoyó sobre la suya y, si le hubieran quedado fuerzas, el susto la habría hecho chillar como una loca. —El condenado cerrojo dispone de un mecanismo de resorte —dijo una voz a sus espaldas—. Si no lo trabas, te quedarás encerrada fuera. Agnes se volvió; las piernas le temblaban. A la luz de la farola vio el rostro de su criada a quien la oscuridad convertía en la joven que Agnes conoció de niña, después de que su antecesora provocara el desagrado de Theresia Wiegant. Quince años eran muchos. El rostro esbozó una sonrisa melancólica, se arrugó y volvió a ser el de la anciana que cada noche roncaba junto a Agnes. Ésta podía confiar en que en el último momento la atraparía junto a la puerta y la obligaría a ponerse un abrigo porque fuera hacia frío y porque

criada—. Pero sé que irás de todas maneras, así que no pienso tomarme la molestia. Yo en tu lugar no iría. Tal vez ése sea el motivo por el cual he vivido tu vida y no la mía. Te quiero mucho, niña, lo sabes. Si sales, es probable que seas desgraciada, si te quedas, lo serás en cualquier caso. —Para gran sorpresa de Agnes, la sonrisa de la criada se volvió más amplia—. Pero sea lo que sea él ahora, y seas lo queseas tú, quizá sólo dispondréis de una sola hora para estar juntos. A veces uno puede aferrarse a una única hora durante toda la vida. Haz lo que sea él ahora, y seas lo queseas tú, quizá sólo dispondréis de una sola hora para estar juntos. A veces uno puede aferrarse a una única hora durante toda la vida. Haz lo que sea él ahora, y seas lo queseas tú, quizá sólo dispondréis de una sola hora durante toda la vida. Haz lo que sea él ahora, y seas lo que sea él ahora, y seas lo que sea él ahora, y seas lo queseas tú, quizá sólo dispondréis de una sola hora para estar juntos. A veces uno puede aferrarse a una única hora durante toda la vida. Haz lo que sea él ahora, y seas lo que sea él aho penetró a través del hueco. Agnes empezó a tiritar. —Te esperaré aquí y volveré a abrirte la puerta se cerró sin hacer ruido, la oscuridad era casi absoluta y el frío, mortal; sus lágrimas borronearon los contornos de las cosas. Una sombra se desprendió del abismo negro de una puerta y se deslizó hacia ella, y si en ese instante la sombra le hubiera pedido que muriera junto a ella, lo habría hecho. En el interior del gran carruaje el frío no era menor que fuera; no había corriente de aire y era como si una gélida campana envolviera el carruaje. Agnes empezó a tiritar en cuanto se sentó. El cuero del asiento parecía un bloque de hielo. La oscura figura de Cyprian se sentó frente a ella, la miró fijamente en silencio, se quitó el abrigo y la envolvió en éste antes de que pudiera protestar. Agnes podría haberle dicho que era inútil, porque el frío provenía de su interior. El abrigo de Cyprian conservaba su olor y el aroma se clavó como un carámbano en su corazón. —Agnes —dijo Cyprian sin que apenas se le quebrara la voz. Fue la última gota que derramó el vaso. El corazón de Agnes le dio un vuelco y el dolor fue tan intenso que se le saltaron las lágrimas. —¿Dónde has estado todo este tiempo? —sollozó. —No quería dejarte sola. —Me

—Te he traído una capa —dijo la criada y se la puso. —Es Cyprian. Ha vuelto. —Lo sé, niña. Desde ayer. Preguntó por ti, pero no pude decírtelo. Ahora lo sabía de cierto. —Reverendo —susurró. —Te aconsejaría que no salieras —dijo la

prometiste... —Lo sé. Mi promesa aún sigue en pie. Ella apenas lo oyó, pues sus propios sollozos apagaron sus palabras. —¿Dónde has estado? ¿Dónde esperando cuando llegamos aquí! —¿ Has dejado de esperar? —preguntó Cyprian. Ella parpadeó, confusa. No podía responderle. —¿Dónde has estado? —preguntó, ya más tranquila. El siguió contemplándola con esa expresión sosegada que tanto la irritaba. Agnes vio su aliento, que inmediatamente se convertía en vapor. Un pequeño farol medio cerrado reposaba en el fondo del carruaje; desde fuera no se vería ni un rayo de luz. En medio de las tinieblas, ella vio en los ojos de Cyprian el brillo de dos lucecitas y de repente le pareció que el frío no era tan intenso. Se arrebujó en su abrigo. —Estaba en prisión —dijo el por fin. Agnes comprobó que no estaba sorprendida. —Sebastian —dijo el por fin. Agnes comprobó que no estaba sorprendida. las familias Wiegant y Wilfing, Sebastian fue a su casa y, al esquivar a un criado cargado de bultos, chocó contra una viga. Se había frotado la mandíbula hinchada sin dejar de reír y de gemir y lanzándole miradas de soslayo. Recordó que en aquel momento el accidente de Sebastian le había parecido bastante ficticio. Creyó que había representado el

numerito para alegrarla, pero después de ver su cara hinchada y arañada consideró que se trataba de un numerito bastante autodes-tructivo. Sin embargo lo olvidó con rapidez porque Cyprian no aparecía y ella estaba ya sentada en etcarruaje que la llevaría a Praga y las ruedas rodaban rápidamente por encima del empedrado y de la mugre

apisonada. — 322 — --Confié en que tío Melchior me sacara de allí —relató ¿\\_ 5 pero tío Melchior permaneció en Roma hasta pasadas las navidades. Quería darle su apoyo al papa Inocencio. ¿Sabes que ha muerto? Ella asintió. —Era el tercer Papa en menos de dos años. Tío Melchior está convencido de que el fin del mundo está próximo. —Mi mundo se derrumbó cuando tú no apareciste —dijo ella. Ahora su voz no contenía ningún reproche. Él no respondió. Agnes sintió un intenso deseo de tocarlo, de abrazarlo, tan intenso como la cólera que la había invadido. La cólera había desaparecido dejando en su lugar ese deseo de tocarlo, un deseo doloroso porque no se cumplía. Cyprian permaneció inmóvil y ella también. No dejaba de verlo ante la entrada, un sacerdote de la oscuridad, un reverendo... —¿Qué ocurrió? —susurró. —Tío Melchior me sacó del calabozo en cuanto se enteró de lo ocurrido. Al principio lo intentó mi hermano, pero después abandonó. Los guardias me sacaron de la celda y entonces lo vi, Melchior Khlesl, más flaco y más pálido que nunca. «Encantado de haber vuelto», dijo. Y yo dije: «Opino lo mismo.» Después me llevó a su palacio y fue la primera vez que tomé un baño en tres meses. Mientras uno de sus criados me afeitaba, me contó lo sucedido en Roma. —¿Qué me importa Roma? —preguntó ella—. ¿Qué me importa Roma? —preguntó ella — preguntó ella — preguntó ella — preguntó ella —preguntó ella —pr cabeza, pero de repente sonrió, agarró el birrete apoyado a su lado y se lo tendió. Entonces Agnes vio que sólo era la parte superior de un sombrero com— 323 — pletamente normal, plegado en los lugares correspondientes y carente de ala. Cyprian se reclinó y ella vio que su atuendo no era el de un sacerdote sino sólo de color oscuro y sin adornos; eso que bajo el abrigo parecía una sotana era una delgada capa y en vez de los calzones abullonados llevaba estrechos pantalones hasta la rodilla. Agnes dijo lo primero que se le cruzó por la cabeza. —Has mentido. —No. Me limité a no contradecirlos cuando tu padre y el viejo Wilfing creyeron que había prestado el juramento. Agnes depositó el falso birrete a su lado. Si uno sabía lo que era, parecía increíble dejarse engañar. Recordó lo que sintió cuando la criada dijo «Ilustrísima». —Dejaste que lo creyeran. —La influencia de tío Melchior no llega hasta Praga. Si tu familia y los Wilfing creen que soy un sacerdote y que sólo me someto al derecho eclesiástico, entonces no

—No soy un sacerdote. Y aún quiero cumplir con mi promesa. Ella alzó la mirada; durante los últimos segundos no había podido mirarle a los ojos, temiendo que él vería su desconcierto. Había creído ser muy listo, y quizá lo fuese, pero lo que no tuvo en cuenta fue la puñalada que le supuso su aspecto. —¿Qué condiciones te impuso el obispo? —preguntó en tono apagado. — «Una nueva vida. Un mundo virgen. Un nuevo principio. Tú y yo.» — 324 — También dije que prefería estar junto a ti en el infierno que solo en el paraíso. —Los últimos tres meses he estado en el infierno —susurró ella—. Sola. Cyprian tardó mucho tiempo en responder.

agriadas y por un sueño quebrado que se interponía entre ambos e impedía que ella tan siquiera lo rozara con la punta de los dedos. —Estoy aquí —dijo él—. No estabas sola. Mis pensamientos siempre te acompañaron. —No los percibí. Agnes se dio cuenta de que él intentaba comprender. —¿Acaso he venido en vano? —preguntó finalmente. Algo en el interior de Agnes se agarrotó, pese a que había construido hasta ese momento y que debían sostener toda su vida, y se gritó: «¡Déjalo, déjalo, deja de destruirte a ti misma y a él!» Pero la otra parte, impulsada por una combinación de miedo, pérdida y desencanto, golpeaba y sacudía cada uno de los pequeños muros, cada columna y cada puntal de su alma. —No has venido por mí. ¿Qué condiciones te impuso el obispo Khlesl? —Vine a Praga por ti y si hubieras estado en él otro extremo del mundo, hubiera ido hasta allí. —Y tu tío, ¿también te ayudó prestándote su carruaje? — 325 — Cyprian no contestó. Ella se encogió de hombros. La capa se deslizó hacia sus brazos y Cyprian volvió a acomodársela. Después apoyó un dedo en su mejilla. Lo que más ansiaba Agnes era agarrarle la mano, atraerlo hacia sí y por fin caer en sus brazos, pero permaneció inmóvil. Cyprian titubeó y a continuación volvió a reclinarse hacia atrás. Su rostro permanecía en sombras y Agnes sospechó que, aunque lo hubiera visto, él no le permitiría descubrir cuánto lo hería. Pero ella lo percibió, percibió cómo las últimas columnas y cimientos se tambaleaban. —¿Qué te exigió que hicieras? —He vuelto a ponerme a su servicio. —¿Y por casualidad, la

El atuendo de sacerdote resultó ser un engaño, pero su poder seguía presente, aunque lo que les separaba quizá fuera otro poder, el poder de haber pasado tres meses en el infierno, en el caso de él la prisión de malhechores, en el caso de él la prisión de malhechores, en el caso de ella, el hogar familiar en Praga. O puede que fuera el poder ejercido por una promesa rota, por las esperanzas

¡Qué suerte la mía! —Agnes, estoy aquí. Eso es lo más importante, lo demás da igual. —Tu cochero, ¿es de confianza? —Sí —contestó, sorprendido. —Bien. —Algo en su interior gritaba: «¡No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas, dale una oportunidad!», pero ella hizo caso omiso de la advertencia. »Dile que se ponga en marcha de inmediato. Ahora mismo. Díselo. Él permaneció inmóvil. Agnes soltó un bufido. —Me lo suponía —dijo, y las lágrimas volvieron a asfixiarla. —Cumpliré lo prometido —dijo él lentamente—. No lo cumplo por obligación sino porque es mi voluntad. Lo cumplo porque eres la persona con la que quiero compartir mi vida. Lo cumplo porque es mi voluntad. Lo cumplo porque es mi voluntad. Lo cumplo porque eres la persona con la que quiero compartir mi vida. Lo cumplo porque es mi voluntad. Lo cumplo porque es mi voluntad. Lo cumplo porque eres la persona con la que quiero compartir mi vida. Lo cumplo porque es mi voluntad. Lo cumplo por

que ocurriera, tú, porque te rendiste. Cyprian intentó decir algo, pero ella lo interrumpió. —¿Dónde está la diferencia? —preguntó Agnes—. ¿En qué se diferencia el obispo Khlesl de ese padre dominico? Ellos tiran de los hilos y nosotros bailamos. ¿Sabes lo que creí cuando te vi delante de mi casa y mi padre y Sebastian Wilf ing no te dejaron entrar? Creí que eras ese padre, ¡esa serpiente fría y desalmada! ¡Porque has empezado a parecerte mucho a aquellos que te manejan! Agnes se echó a llorar. El abrigó volvió a deslizarse de sus hombros, pero no sentía frío. Sólo sentía dolor, el propio y el que le había causado a Cyprian. En su interior, la voz seguía chillando: «¡Ahora has acabado definitivamente con el único amor que significaba algo para ti!» — 327 — 5 El padre Xavier estaba tendido en su catre y escuchaba con atención. «... creí que eras ese padre, esa serpiente fría y desalmada..., ese tirano sinvergüenza, ese explotador, esa escoria del infierno que el diablo vomitó para el desayuno, ese depravado total...» El padre Xavier estiró la pierna y le pegó una patada al mendigo. —¡Ay!¡No tengo la culpa, eso fue lo que ella dijo! Literalmente. —Pasemos por alto los detalles —dijo el padre Xavier —. ¿Has averiguado cuál es la misión de Cyprian Khlesl?

asintió. — 326 — Eres una cornucopia de promesas — siseó Agnes—. Siempre hay una más. ¿Cuándo quedará enterrada la que me hiciste a mí bajo todas las demás? — Lamento haberte herido — dijo ella—. Juguetes con los que • juegan hombres vestidos de negro con sotanas o birretes. Yo, porque mi padre permitió

—No, reverendo padre, no dijo nada al respecto. —¿Qué pasó después? —Ella lloró, saltó del carruaje y echó a correr. No sabía si debía seguirla o quedarme junto al carruaje. Pero después él también salió y corrió unos pasos y decidí mantenerme oculto antes de que me descubriera. —Sé dónde se encuentra la casa en la que vive Niklas Wie-gant, mi antiguo socio. Decidiste lo correcto. El mendigo sacó pecho. —¿Y él qué hizo? —Volvió a subirse al carruaje y le indicó al cochero que se — 328 — pusiera en marcha, pero sólo fue a su casa, no fue a ninguna otra parte. —Me resulta imposible evaluar al obispo Khlesl —dijo el padre Xavier para sus adentros—. Sé que apoyó al cardenal Facchinetti. Que haya enviado a un agente a Praga sólo puede significar que Facchinetti se fue de la lengua y que Khlesl está al tanto. —¿Al tanto de qué, Reverencia? —Quiero que de ben de estar emparentados. El obispo intenta que todo quede en familia, es un individuo precavido. —Sería más sencillo si supiera de qué se trata —dijo el mendigo. «Y lo primero que hace su agente es encontrarse aquí, en Praga, con Agnes Wiegant», pensó el padre Xavier. Todos los hombres tienen un precio.

Sería bueno que el precio de Cyprian Khlesl estuviera encarnado en alguien que vivía en casa de Niklas Wiegant. Tendría que vigilar a la joven. —Me refiero a que podría pasar por alto eso que resulta importante para Reverencia —dijo el mendigo. —Si te revelo lo que está en juego, después tendría que matarte —dijo el padre en tono indiferente. El

No creo en las casualidades, cuando son tan numerosas. —Hace un frío de muerte, Reverencia —dijo el mendigo—. Creí que se me congelaban los brazos y las piernas mientras colgaba debajo de aquel carruaje, — 329 — Pues la próxima vez que te dediques a observar deberás llevar ropa más abrigada. —Sólo poseo lo que lleve puesto.

mendigo tragó saliva. —Bueno, pensándolo bien, también me las arreglaré así. El padre asintió con la cabeza. —No pierdas de vista a Agnes Wiegant. Puede que sólo participe en este asunto por casualidad, pero el otoño pasado en Viena el obispo Khlesl realizó una investigación minuciosa acerca de esa joven

—Tienes la venda con la que simulas estar ciego —dijo el padre Xavier. El mendigo clavó la mirada en la magra figura tendida en el catre. Tenía muy claro a qué se refería el dominico. —Idos al diablo, Reverencia. —Que Dios te acompañe, hijo mío. íU. — 330 — 6 Si la descripción de la situación geográfica del siguiente objetivo era «en algún lugar al este de Praga», el asunto ya resultaba bastante complicado. —¿Al nordeste, al sudeste o sólo al oeste? —Ni idea. —¿A qué distancia de Praga? —A dos días de viaje como mínimo. —¿Pero podrían ser más? —Ni idea. -India también se encuentra al oeste de Praga, al menos a dos días de viaje de distancia. -Ja, ja, Cyprian. Había olvidado cómo se ríe. -Yo también, tío. La situación no se volvía más sencilla si además uno se veía obligado a averiguar datos más precisos con mucha precaución y en secreto en cuanto hubiera llegado a Praga. Y la situación se complicaba todavía más si uno se pasaba el día pensando en que había cometido un error y que la reacción de la mujer amada frente a ese amor —la mujer por la cual uno había aceptado participar en todo el asunto— eran la cólera, el dolor y el odio. El tío Melchior no se había quedado de brazos cruzados durante aquellas semanas en Roma en las que Giovanni Fac— 331 — chinetti tomó las primeras medidas de su nuevo cargo, durante las cuales el obispo fue su hombre de confianza. Pero el resultado de sus investigaciones sólo fueron unos vagos indicios: huellas medio borradas que conducían a antiguos conventos benedictinos, a antiguos centros eclesiásticos que sucumbieron bajo la furia destructora de las guerras hussitas. La pista más clara conducía a Brevnov, cerca de Praga, pero Brevnov era demasiado insignificante y evidente como para ser el lugar donde se ocultaba la Biblia del Diablo. Brevnov sólo era un pequeño convento, un establecimiento de creación más tardía cuyas raíces se encontraban mucho más al este, en un lugar que sólo provocaba el encogimiento de hombros de todos aquellos a quienes se les preguntaba: Podlaschitz... Cyprian estaba sentado en el carruaje que ostentaba el escudo del obispo de Wiener Neustadt, balanceándose de un lado a otro bajo el sombrío cielo de febrero, con la vista clavada en el ondulado paisaje donde los bosques y las aldeas interrumpían el gris de la nieve, pero sin verlo, un trayecto hacia la melancolía. Tres días: sabía que la velocidad con la que avanzaba era la mínima posible y quien se planteara preguntas al respecto podría llegar a la conclusión de que Cyprian —además del frío invernal— no quería exponer al cochero sentado en el pescante al viento helado y por eso no le metía prisa, o que a sus espaldas, en Praga, había algo que lo retenía con voz inaudible. Tres días más los dos que dedicó a averiguar que su destino debía de encontrarse cerca de la ciudad de Chrudim sumaban cinco, durante los cuales hizo los movimientos correctos y las preguntas correctas..., pero sin dejar de pensar en Agnes Wiegant y preguntándose si no habría sido mejor quedarse en la prisión y al menos poder aferrarse a la esperanza. El coche se detuvo con una suave sacudida y Cyprian se asomó a la ventanilla. —Veo un vehículo más adelante —dijo el cochero—. Parece haber sufrido una avería, baas. — 332 — ¿Qué le pasa? —Está atascado. Estropeado. Roto —dijo el cochero—. Encallado, como decimos en el mar, baas. El tío Melchior le había indicado en qué lugar de Praga debía elegir a su personal. En última instancia, Cyprian y pudiera reemplazar al cochero que condujo a Cyprian hasta Praga.

Lo había encontrado entre los pescadores del río Moldava, un hombre que parecía un curtido tronco de árbol, que sólo tenía una pierna y que, según dijo, había sido marinero y dejado su otra pierna de los ríos Moldava, Beraun y Elba. Había reemplazado los miembros ausentes por muñones de madera y, al menos en presencia de Cyprian, jamás había revelado que ello le suponía un impedimento. En realidad, el que se sentía impedido era Cyprian, que sólo comprendía la mitad de las expresiones empleadas por el viejo lobo de mar. Hacía rato que suponía que baas, el término con el

que se dirigía a él, significaba tanto como «amo», y no se hubiera sorprendido si significara «idiota rematado», porque así se refería a sí mismo en su fuero decir. Cyprian bajó del carruaje y entrecerró los ojos. El camino era casi recto y subía y bajaba según el perfil del paisaje. Tras la última ondulación del terreno asomaban las ramas desnudas de un arroyo y que como mínimo les aguardaba un cruce por encima de troncos torcidos o la búsqueda de un balsero, que no tendría ganas de meterse en las heladas aquas del río por un único vehículo. Hasta ahora se habían encontrado con tres balseros. La primera vez esperaron amablemente ante su choza hasta que dejaron de resonar unos quejidos y unas protestas y el hombre salió tro— 333 — pezando y atándose los pantalones; la segunda vez discutieron por el precio hasta que el cochero de Cyprian le pegó en la cabeza con la prótesis del antebrazo; el tercero estaba tan borracho que Cyprian decidió confiar en los conocimientos marineros de su cochero, con la esperanza de que sirvieran para atravesar un río medio congelado mediante una tabla y unas cuerdas. Delante del contorno impreciso de las ramas, Cyprian vislumbró un pequeño coche atravesado en medio del camino. —Parece un bloqueo montado por salteadores —dijo Cyprian. —¿Qué, con semejante carrito? No, baas, no os preocupéis. Cinglaremos con nuestro cachucho y lo acostaremos hasta hacerlo embarrancar, y ní siquiera se nos caerá el mástil, —Bien —dijo Cyprian.— ¿Qué, con semejante carrito? No, baas, no os preocupéis. tono, supongo que puedo quedarme tranquilo. —Además, ya he visto a ese coche. Nos adelantó esta mañana, en el cruce detrás de Tschaslau. —Yo no lo vi. -No importa, boas—d Antes o después del cruce? El cochero lo miró sin comprender. —¿Nos adelantó antes o después del cruce? —A sotavento, baas. —Pausa—. Quiero decir después del cruce? —A sotavento, baas. —Pausa—. Quiero decir después del cruce? —A sotavento, baas. —Pausa—. Quiero decir después del cruce? El cochero, agradablemente sorprendido, le lanzó una amplia sonrisa. —¡Ah del barco, baasl Los ocupantes del otro carruaje resultaron ser una joven pareja a la cual, si no hubieran viajado solos con su cochero, Cyprian habríg tomado por unos recién casados que se di— 334 — rigían a su nuevo domicilio. Se trataban con el cuidado y la ternura de las personas que aún han de conocerse mejor, pero que albergan el sentimiento de que el otro es un alma gemela. La joven parecía más reservada que el joven, como si todavía conservara cierta desconfianza; en cambio cualquier observador agudo notaría que él vivo ejemplo de aquello que él no compartía con Agnes, y que quizá jamás compartiría. Ella era de estatura media y aspecto delicado, al menos era lo que se adivinaba tras la coraza de su vestido de estilo español; parecía una niña, pero su mirada revelaba que aunque no hubiera vivido muchos años, ya había tenido suficientes experiencias como para ser considerada una mujer. El joven tenía aproximadamente la misma edad que Cyprian; era delgado, de movimientos graciosos pero rayando en lo cómico, y si adelgazaba un par de kilos más, parecería una cigüeña. Era de rasgos atractivos y tras observarlo durante un rato, Cyprian creyó reconocerlo. Esa sospecha le desconcertó: él nunca había estado en Praga, el joven había oído hablar de Viena pero tampoco había estado allí. Fuera lo que fuese lo que creía reconocer, en todo caso no era desagradable. Ambos cocheros se entendieron de inmediato: tendidos bajo el coche inclinado, los dos expertos discutían si era mejor reparar el eje roto o reemplazarlo. —Sea lo que sea, baas —dijo el cochero de Cyprian en un aparte—. Esta

chalupa está completamente encallada y creo que alguien quiso que ocurriera —añadió en voz baja. —¿Qué quieres decir? El cochero movió el brazo como si serrara. Cyprian arqueó las cejas. —No estoy seguro, baas, pero una parte del corte parece demasiado limpia. Ésos pueden agradecerle a la suerte el que hayamos pasado por aquí. De lo contrario, quién sabe qué piratas los habrían apresado como botín. — 335 — ¿Un sabotaje, para detenerlos en el camino y desvalijarlos? El cochero se encogió de hombros. —¿Por qué creéis que Cada noche que anclamos en alguna ciudad he dormido en nuestra barca? —¿El cochero? -No puedo poner la mano en el fuego por cualquiera, baas. Cyprian reflexionó unos instantes y después se dirigió a la joven pareja. -Nuestros cocheros creen que vuestro carruaje tardará en ponerse en marcha. -Una voz interior le susurró que debería cumplir con su misión lo antes posible y no cargar con otros pasajeros, pero hizo caso omiso de ella. Puedo llevaros hasta la próxima ciudad; allí podréis disponer que busquen vuestro carruaje y lo reparen. —No podemos aceptarlo —dijo el joven. Cyprian miró en torno. Debían de ser las dos de la tarde y el anochecer ya parecía próximo. Más adelante la nieve se arremolinaba en el camino. Un segundo después, el viento que la arremolinaba los azotó. —¿Acaso la otra opción os parece mejor? —preguntó Cyprian con una débil sonrisa. —Sois muy amable —suspiró el joven. —Me llamo Cyprian Khlesl. —Y al notar que el joven echaba un vistazo al escudo de su carruaje, añadió—: Me lo prestó mi tío, que es el obispo de Wiener Neustadt. —Nuestro coche también es prestado —dijo el joven—. Por eso me preocupan los daños. ¿Permitís que me presente? Ella es Jarmila Andel, yo me llamo Andrej von Langenfels. —Creí que erais... —dijo Cyprian y se mordió la lengua. —¿Sí? —De repente el joven dama. —Por supuesto —dijo Cyprian—. Perdonadme. —Y pensó: «Pobrecitos, se os nota nada más miraros, ¿Habéis robado — 336 — un par de días o estáis huyendo?» Y una voz desagradable en su interior añadió: «¿A Virginia?» —¿Adonde vais? —No querer suponer una carga para vos —chapurreó la joven, —No os preocupéis. Mi camino pasa por la ciudad de... esto... Grudim. Seguro que allí encontraréis alojamiento y un cochero. ¿O es que os dirigís a otro lugar? —Chrudim —lo corrigió la joven con una sonrisa. —Grudim—dijo Cyprian, y se encogió de hombros. —Os estaremos muy agradecidos si nos lleváis hasta Chrudim —dijo el joven. —Bien. Señora Andel, señor Von Langenfels, disfrutad de la hospitalidad del obispo Melchior Khlesl. —Andrej —dijo Andrej, y le tendió la mano. Cyprian se la estrechó, —Me llamo Cyprian.

Y ahora desensillemos vuestros caballos y empujemos el coche a un lado para dejar libre el camino. Cuando hubieron terminado, Cyprian le cedió el paso a su nuevo conocido. Le lanzó una mirada a su cochero, que ya ocupaba el pescante y le había dejado espacio a su compañero. El viejo lobo de mar se la devolvió con expresión tranquila. Después aflojó algo con la mano sana, algo envuelto en una tira de cuero y que parecía una larga porra si uno no lo examinaba de cerca y veía el mango envuelto en cuero y la punta de hierro. Cyprian asintió con la cabeza y montó en el carruaje. Chrudim se encontraba en una colina que se elevaba en medio del paisaje, coronada por dos torres gemelas y una muralla con atalayas por encima de las cuales se alzaba una gran puerta que daba al oeste. Poco antes el cielo se había despejado y el sol iluminaba la fachada occidental de los

edificios de piedras grises y pardas, repentinamente teñidas de oro contra — 337 — el oscuro cielo oriental. Después las nubes volvieron a cerrarse y era como si las casas y las murallas hubieran sido arrancadas de la tierra y olvidadas en medio de la sucia nieve. El carruaje volvió a detenerse. —¡Veo guardias, baasl —exclamó el cochero de Cyprian—. Quiero decir... —Sí, ya me lo imagino —gruñó Cyprian, que, después de intercambiar una mirada con Andrej, bajó del coche. Andrej lo siguió y ambos se apartaron unos pasos. En el camino, lejos de los primeros palafitos agrupados delante de las murallas de Chrudim, cuatro hombres estaban apostados. Llevaban lanzas y ballestas y habían atravesado un tronco en el camino. —¿Qué significa eso? —preguntó Cyprian. Andrej se encogió de hombros. -¿Acaso he de saber algo más acerca de vosotros dos para no irme de la lengua? —preguntó Cyprian, enfrentándose a la mirada sorprendida del otro. Éste negó con la cabeza. —Sigamos la corriente —le dijo Cyprian, enfrentándose a la mirada sorprendida del otro. Éste negó con la cabeza. —Sigamos la corriente —le dijo Cyprian, enfrentándose a la mirada sorprendida del otro. Éste negó con la cabeza. —Sigamos la corriente —le dijo Cyprian al cochero. —¿Eh? —Continuemos. —Ah, comprendo. Claro, baas. El viaje acabó cuando llegaron ante los guardias apostados. Cyprian,

que caminaba junto al coche acompañado por Andrej, había esperado que el escudo y su actitud de éstos era más temerosa que enfadada. Se pasaron las lanzas de una mano a la otra y alzaron ligeramente algunas ballestas, pero apuntaban al suelo entre las piernas de ambos jóvenes. Andrej probó suerte y recibió una respuesta monosilábica a su pregunta. —Todos han de bajar del coche —tradujo. Parecía tan nervioso que habría despertado las sospechas de hasta el más tonto de los centinelas. Cyprian maldijo en silencio. — 338 — Estáis bajo la protección del obispo de Wiener Neus-tadt — dijo—. Tranquilizaos. — ¿Acaso creéis que éstos saben dónde está Neustadt, por no hablar de Viena? Andrej ayudó a su compañera a bajar del carruaje. Los cocheros descendieron torpemente del pescante, mientras el viejo lobo de mar hacía ostentación de sus prótesis. Los centinelas intercambiaron miradas cuando todos se pusieron en fila. Cyprian comprendió que estaban aún más nerviosos que Andrej. Su corazón empezó a latir aceleradamente. Entonces uno de los hombres dio un paso hacia delante y un escalofrío recorrió la espalda de Cyprian al ver que el hombre se tapaba la boca y la nariz con un trapo. Su mirada expresaba terror.

-;Oh, Dios mío, éstos están... —dijo Andrej. —No lo están. Callaos —dijo Cyprian. El centinela se acercó con la misma precaución con los ojos muy abiertos; se aproximó tanto que Cyprian vio que sudaba de miedo. El centinela clavó la mirada en las prótesis del cochero, extraio un puñal y lo dirigió contra el anciano. La punta del puñal temblaba. Cyprian oyó un gemido. Era Jarmila. Vio que Andrej la agarraba de la mano. Otro de los centinelas apuntó su ballesta contra Andrej. Con el rabillo del ojo, Cyprian vio que Andrej forzaba una sonrisa y saludaba al centinelas apuntó su ballesta contra Andrej. desflecada manga cubría el primer trozo de la prótesis, y levantó la manga.

la prótesis en la carne, y después se retiró. Las miradas de los centinelas se clavaron en la prótesis de la pierna. El viejo entornó los ojos y el centinela miró a sus camaradas. —Preguntadle dónde ha aparecido —le dijo Cyprian a Andrej. —Dónde ha aparecido... ¿el qué? —La lepra —murmuró Cyprian. —Queréis decir que.. Oh, Dios mío! — Preguntad de una buena vez — dijo el viejo cochero y se sentó soltando un gemido—. Antes de que nos corten en pedazos a todos. Andrej carraspeó y dijo algo en el idioma que, desde su llegada, seguía siendo un libro cerrado para Cyprian. Tras dudar unos instantes, el comandante de la guardia respondió. — En el sudeste — dijo —Preguntadle si sabe de dónde proviene este camino. El comandante lo miró; incluso a veinte pasos de distancia, Cyprian pudo ver que su rostro revelaba el deseo de hacer lo correcto y el temor de cometer un error que supondría exponer su ciudad natal a la lepra. —Del oeste. —Preguntadle si cree que hemos venido de esa dirección. —Pero si hemos venido del oeste.

Cyprian oyó su respiración entrecortada. El anciano se arremangó con la mano sana. Por encima de su antebrazo se destacaban unas cintas de cuero que sostenían la prótesis. La punta del puñal se agitó. El anciano se arremangó con la mano sana. Por encima de su antebrazo se destacaban unas cintas de cuero que sostenían la prótesis. La punta del puñal se agitó. El anciano se arremangó con la mano sana. Por encima de su antebrazo se destacaban unas cintas de cuero que sostenían la prótesis. La punta del puñal se agitó. El anciano se arremangó con la mano sana. Por encima de su antebrazo se destacaban unas cintas de cuero que sostenían la prótesis.

-Preguntadle. Entonces se generó una discusión prolongada. Por lo visto, Andrej había comprendido adonde quería ir a parar Cyprian. El centinela que se cubría el rostro con un trapo aprovechó la ocasión para retroceder unos pasos; el viejo lobo de mar volvió a ajustarse la prótesis. El comandante apretó las mandíbulas y volvió a contemplar a Cyprian, que le lanzó una sonrisa. —Ése es el escudo del obispo de Wiener Neustadt —dijo, señalando el escudo-—. Esta mañana salimos de Tschaslau. Venimos directamente del oeste. Sea lo que sea que está ocurriendo al sudeste de vuestra ciudad, no hemos estado allí. No suponemos ningún peligro. — 340 — —Por algún motivo ya no tengo tantas ganas de ir a Chru-dim—dijo Andrej. —Si la lepra ya hubiera llegado a la ciudad, no habrían tomado semejantes medidas de protección. Estoy convencido de que la ciudad, no habrían tomado semejantes medidas de protección. Estoy convencido de que la ciudad, no habrían tomado semejantes medidas de protección. Estoy convencido de que la ciudad es un lugar seguro. —Temo por Jarka—dijo Andrej sencillamente. —Lo comprendo —dijo Cyprian; ambos intercambiaron una mirada y Andrej bajó la suya. El comandante parecía haber tomado una decisión. Dos de sus hombres apartaron el tronco para que el coche pudiera pasar. Cyprian lo saludó con la cabeza y el comandante lo imitó, aunque las dudas seguían carcomiéndolo. Cyprian no lo envidiaba: los buenos centinelas siempre dudan y el comandante era un excelente centinela. Cuando volvieron a ocupar el coche, Jarmila estaba pálida. Le susurró algo a Andrej, que lanzó un suspiro.

Jarmila negó con la cabeza e insistió. Cyprian los observó hasta que Andrej se reclinó en el asiento con expresión dichosa. El coche arrancó. —¿Qué os lleva a Chrudim? —preguntó Cyprian los observó hasta que Andrej finalmente; a Cyprian le pareció que eso no era toda la verdad—. Desapareció cuando Jarka era una niña pequeña, nadie sabe exactamente dónde. —Y queréis convencerla para que interrumpa el viaje, pero las mujeres son así: siempre insisten en seguir. Andrej lo miró fijamente. —Bueno —dijo Cyprian—. Tendréis que pasar la noche en algún lugar si no queréis hacerlo en vuestro carruaje estropeado. —Se asomó a la ventanilla y miró a los guardias parados junto al camino, que observaban cómo el cochero esquivaba el tronco igual que si pilotara una frágil embarcación alrededor de un arrecife. —Andrej, preguntadle al comandante contestó en tono malhumorado. —Sólo se trata de una zona reducida y ya la han cercado —dijo Andrej—. Dice que no

hay nada que temer. —Bien. El comandante los siguió con la mirada y Cyprian se la devolvió. No tenía la intención de enojarlo; el hombre se limitaba a cumplir con su deber. Cyprian le lanzó una sonrisa y el comandante dijo unas cuantas palabras que parecían insultos. —¿ Qué ha dicho? —Los nombres de los lugares afectados —contestó Andrej. —¿Y cuáles son? —Chrast, Rositz, Horka, Chacholitz, Skala y Podlaschitz. — 342 — 7 Los buenos burgueses de Chrudim habían trazado un círculo alrededor de una comarca de un tamaño similar a Viena y todos sus suburbios, habían apostado centinelas en todas las calles, caminos y senderos, y junto a la carretera principal habían erigido una horca para demostrarles a todos lo que les esperaba a quienes no comprendían por qué debían permanecer dentro del círculo cerrados, porque tal vez difundieran la enfermedad incluso muertos. Quienes se encontraban en el interior del círculo eran leprosos o habían de aceptar ser tomados por tales. Quien hubiera tenido la mala suerte de estar de visita, de pronto había adquirido la ciudadanía de este cementerio viviente; quien hubiera tenido la suerte de estar de visita, de pronto había adquirido la ciudadanía de este cementerio viviente; quien hubiera tenido la suerte de estar de visita en otra parte mientras los concejales deliberaban ya no insistía en la validez de sus derechos como ciudadano de Chrast, Rositz, Horka, Chacholitz o Podlaschitz y, cuando le preguntaban si provenía de allí, respondía indignado: -¿Quién, yooo? La zona a la eme habían prohibido el acceso no valía eran cosa, no la atravesaba ningún camino importante y tampoco proporcionaba una cantidad suficiente de alimentos como para resultarle primordial aj emperador o al duque, y tam— 343 — bien carecía, de interés estratégico. Nadie se había interesado por los habitantes de los pueblos en cuestión antes de verse afectados por la maldición de la lepra; sin embargo, ahora sus nombres estaban en boca de todos, pero sus destinos seguían sin despertar interés alguno. Incluso en pleno verano, en el mejor de los casos era una región tranquila; en febrero y de madrugada resultaba desolada. Sus superficies pardas y blancas daban la impresión de que incluso la tierra estaba afectada por la enfermedad. No era de extrañar que la ubicación del pueblo en el que fue cyprian se habría angustiado frente al hecho de que en ese lugar donde antaño un monje de clausura y el diablo intentaron engañarse el uno al otro la lepra hubiera caído sobre sus gentes. En cambio Cyprian se preguntó cómo se las arreglaría para volver a salir del encierro. Entrar fue más fácil de lo que había imaginado. De madrugada, la vigilancia de los guardias era mínima. Le bastó con salir de Chrudim a hurtadillas antes de que cerraran las puertas, emprender el camino a Chrast y sus alrededores a pie, no perder el rumbo durante la noche y después ocultarse cerca de un puesto de frío, estaban más atentos a su relevo que a otra cosa, se había abierto paso a través de un terreno poblado de pinos bajos y había penetrado en la ladera de una colina orientada al sudeste. Desde allí se divisaban perfectamente los otros asentamientos: yacían a los pies de Chrast como los terneros muertos de hambre y de sed de una vaca muerta. Era evidente que en cierta época Podlaschitz había sido el punto central de esa región, antes de que la Biblia del Diablo, las querras de los hussitas—ó ambas— afectaran a la región y a sus habitantes. Desde Chrast era visible la iglesia conventual con sus dos torres semidestruidas elevadas — 344 — hacia el cielo gris, situada entre muros reventados y parecida al esqueleto medio de vorado de un inmenso cadáver. De las casas de los que decidieron m'orir de hambre en vez de frío surgían columnas de humo difundiendo el olor a leña húmeda en medio de la fría madrugada. Al contrario de lo que creía la opinión general, nadie moría de lepra tan fácilmente, aunque a la mayoría de quienes se habían contagiado se los diera por muertos, y sin duda era lo que deseaban. En muy pocas casas había signos de vida. Cyprian aprovechó los matorrales, los pajares y las ondulaciones del terreno para ocultarse, aunque no vio a nadie. Trataba de evitar todos los elementos elaborados por la mano del hombre: muros de piedra, montones de leña, postes de madera de refugios...

y procuraba convencerse de que se debía al frío. Aunque no dejara de repetirse que nadie se contagia de lepra por tocar algo expuesto durante años al viento y la lluvia en una zona afectada por la enfermedad, el cuerpo albergaba su propia sabiduría y lo obligaba a retirar la mano antes de que el cerebro controlara el reflejo. Cuando Cyprian se deslizó por el terraplén que bordeaba el arroyo medio congelado que rodeaba el convento en ruinas, estaba sudando. Desde su escondite observó la zona que se extendía ante sus ojos, por encima de la cual se alzaba el esqueleto de la iglesia. Se la había imaginado de mayor tamaño. Considerar que la maldad y la perdición requerían un gran espacio para prosperar era una estupidez, pero era lo que uno esperaba. El portalón se había derrumbado y suponía un obstáculo perfecto que impediría el paso de cualquiera; sólo quedaba el arco que se alzaba por encima de un campo de ruinas. La pared derrumbada junto al arco suponía una nueva entrada: las piedras caídas formaban una especie de escalera. Cyprian respiraba entrecortadamente y su aliento se convertía en vapor. Allí, en ese monumento a la destrucción donde se convertía en vapor. Allí, en ese monumento a la destrucción donde se convertía en vapor.

Cualquiera podía percibir la podredumbre que aún exhalaban los muros entre los que antaño un monje había redactado el testamento de Satanás. Aunque Cyprian procuraba evitarlo, aun así creyó percibirla. Cuanto más contemplaba el panorama en ruinas, tanto más se le erizaban los cabellos. —Esto es una mierda —susurró en medio del silencio sepulcral. —Estoy de acuerdo con vos —contestó una voz. Cyprian se volvió bruscamente. No estaba armado, como de costumbre. Cerró los puños y vio un rostro pálido asomado tras la curva del arroyo, cuyas mejillas y nariz rojas parecían pintadas. —Os he seguido —dijo el hombre—. Parecíais saber lo que hacíais y a decir verdad, mi única experiencia consiste en escapar de los guardias. Cyprian le clavó la mirada. El hombre—se encogió

de hombros. —En cambio vos os movíais como si hubierais dedicado toda la vida a esquivar centinelas. —Sois un mendigo o un ladrón —dijo Cyprian. —El pequeño Andrej lo era. Y vos... vos sois un espía, ¿verdad? —Todo aquello en lo que el pequeño Cyprian jamás quiso convertirse —dijo Cyprian. Ambos hombres se contemplaron. Cyprian se maldijo en silencio por limitarse a procurar que no lo descubrieran en vez de tratar de ver si alguien le seguía los pasos. Tras la delgada figura de Andrej parecía ocultarse algo más, ya que había logrado sorprenderlo.

Cyprian soltó el aliento. —Venid aquí —siseó. Andrej von Langenfels se acercó arrastrándose a cuatro patas, procurando no asomar la cabeza por encima del terraplén. Cuando se dejó caer junto a Cyprian sobre la fría tierra, — 346 — éste comprobó que el otro también estaba sudado —dijo. —Eso podría haber dicho la mía—elijo Andrej, pero no le devolvió la sonrisa y desvió la mirada. —¿Qué se os ha perdido por aguí? —Lo dicho: Jarka busca rastros de su madre. Tengo motivos para creer que pereció en este convento. —¿Entre estas ruinas dejadas de la mano de Dios? Andrej atisbo por encima del borde del terraplén y volvió a agachar la cabeza. Le lanzó una mirada de soslayo a Cyprian. —Ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí. —¿Ya habéis estado aquí?

—De niño. Cuando aún no reinaba la enfermedad. Cuando aún había un portalón bajo aquel arco.

el mismo cuidado con que un soldado atisba alrededor de una esquina en una ciudad sitiada.

que el sacerdote del pueblo cuyo superior es un buen cristiano, se interesó por...

decir... muertos? —No, ocultos. —Claro —dijo Andrej sonriendo sin ganas—.

también tuvo ganas de gemir, pero se contuvo. —¿Por qué no preguntáis a qué hemos venido?

Andrej se aferró a Cyprian, sacudiendo la pierna

-¿Con vuestra madre? Andrej se quedó paralizado y Cyprian se desconcertó al ver que todo su cuerpo se ponía rígido. El otro le lanzó una mirada torturada. -¿Cómo decís? -preguntó. —Alguien me enseñó a prestar atención a ciertas cosas. Estoy en lo cierto, ¿verdad? —¿Ese para quien espiáis? Cyprian esbozó una leve sonrisa. —¿Qué buscáis aquí, Cyprian? —¿Qué buscáis aquí, Cyprian? —¿De veras? - Conozco a individuos como vos. Mi padre buscaba lo mismo en este lugar. Pero lo único que encontró fue la muerte. — 347 — —Creo que deberíamos sincerarnos —dijo Cyprian muy lentamente. —Empezad vos. Cyprian alzó la mano y desvió la mirada. -¿Qué...? —¡Callad! —siseó Cyprian muy lentamente. —Empezad vos. Cyprian alzó la mano y desvió la mirada. -¿Qué...? —¡Callad! —siseó Cyprian muy lentamente. —Empezad vos. Cyprian alzó la mano y desvió la mirada.

Las ruinas permanecían tan muertas y silenciosas como antes. Andrej se deslizó hasta lo alto del terraplén junto a él. Cuando Cyprian empezaba a creer que se había equivocado, volvió a oírlo: un rumor, el sonido de algo que se arrastra. Cuando el rumor se apagó, oyó una especie de soplido y Cyprian tragó saliva al comprender que se trataba de la respiración de alguien. Entonces apareció una figura de gran estatura en el hueco que hacía las veces de nueva entrada. Llevaba una sotana desastrada y una capucha le cubría la cabeza. Andrej ahogó un grito y Cyprian apoyó una mano encima de la del joven: éste la había sumergido en el barro medio congelado. La negra figura se balanceaba de un lado a otro, como una serpiente que cree ventear a su presa. Cyprian se deslizó por el barranco, arrastrando a Andrej consigo. El corazón le latía apresuradamente y de pronto percibió la humedad y el frío de la tierra encima de la cual estaba tendido. Antes de ocultarse, había logrado echarle un vistazo al rostro bajo la capucha. Lo que vio no parecía humano y en las cuencas de los ojos había vislumbrado algo a lo cual el dolor, el odio y la soledad habían desprovisto de cualquier rasgo de humanidad. — 348 — 8 — Vuestra historia es incompleta — dijo Cyprian. Él y Andrej se habían retirado entre las chozas totalmente abandonadas del pueblo que rodeaba el convento en ruinas. Del cielo caía una mezcla de cristales de hielo y copos de nieve, y ambos buscaron la protección de un agujereado voladizo. —Igual que antaño —gruñó Andrej—. En esta región siempre es invierno. Cyprian observó la solitaria figura negra, casi invisible entre los copos de nieve; parecía un hueco borroso en la realidad. Ésta se arrastró alrededor del convento, se detuvo aquí y allá rascando entre las piedras y en el suelo con sus dedos envueltos en harapos y después se alejó tambaleándose. No había aparecido ninguna otra figura. Algo en la mente de Cyprian se negaba a aceptar que el ser bajo la capucha fuera humano. —¿Qué se hizo de vuestros padres? Andrej alzó la mirada. —Eso es lo que relaciona mi historia con la de Jarka. No lo sé con seguridad, al igual que ella, que tampoco sabe qué se hizo de su madre, excepto que debe de estar muerta. Pero fui testigo del asesinato de una docena de mujeres a manos de un demonio, y eso encaja con lo que ella sabe de su madre. —El demonio era un monje, y éstos suelen ser humanos —dijo Cyprian, — 349 — Sin mirarla, Andrej le lanzó una torcida sombra que se arrastraba. —¿Creéis que los primeros se dedicaban a vigilar el libro? —En lo que a mí respecta —dijo el otro—, ni siquiera creo que el libro exista. Mi padre no dejaba de repetir historias semejantes y el Códice que alberga la sabiduría del diablo sólo era una de sus fantasías. Si vos también perseguís esa quimera, me dais pena, Cyprian se encogió de hombros, renunciando a señalarle que su padre jamás volvió a salir del convento y

que él mismo fue testigo de la masacre de mujeres y niños perpetrada por un demente con un hacha. —¿Cuánto le habéis contado a Jarmila? —Le he contado esta historia miles de veces a un hombre que viste las ropas del emperador y ocupa su palacio, donde lleva la vida de un sapo ponzoñoso temido por todos, y cuyo tesoro dorado despierta la codicia de todos. ¿Por qué no habría de contársela a la mujer a la que... —Sílo deseo lo mejor para vuestro amor, de todo corazón —dijo Cyprian en un tono que obligó a Andrej a »Andrej: me resulta indiferente que os quedéis aquí esperándome hasta que vuelva a salir de esta inmensa ratonera en ruinas o que intentéis regresar a Chrudim por vuestro objetivo y averiguar lo que realmente les ocurrió a vuestros padres y a la madre de — 350 — Jarmila, entonces vuestra única oportunidad supone acompañarme al convento. Y si lo hacéis, os atendréis a mis reglas, ¿lo habéis entendido?

-¡No simuléis saberlo todo! ¡Jamás hubierais sobrevivido a la vida que yo llevé de niño! —Esta historia os involucra personalmente —contestó Cyprian en tono sosegado—. Yo me limito a cumplir un encargo y quiero acabar con él cuanto antes. ¿Quién de los dos se enfrenta a este asunto con mayor frialdad? —Vuestra frialdad no es tan grande como desearíais. Cyprian guardó silencio. Andrej hizo un gesto despectivo con la mano. —Maldita sea —dijo—. De acuerdo. Puesto que insistís en ser el cabecilla... os acompañaré. —Rebuscó en el bolso que colgaba de su cinturón y, para sorpresa de Cyprian, extrajo un delgado cuchillo. Lo sopesó y le lanzó una mirada al otro. »Os dije que no hubierais sobrevivido a mi infancia, ¿no? —Dejad el cuchillo aquí—dijo Cyprian—. Quien dispone de un arma, acaba por utilizarla. No buscamos venganza ni trataremos de obtener algo mediante la violencia. —Os preocupáis por la vida de los muertos que caminan —dijo Andrej, pero dejó el cuchillo debajo de una tabla podrida. —Más me preocupá la vida de dos idiotas que pretenden

penetrar en el reino de los muertos —dijo Cyprian. Ambos intercambiaron una sonrisa; Cyprian vio que el otro se esforzaba por reprimir las lágrimas, se apartó y salió bajo la lluvia. — 351 — 9 El abad Martin permanecía de pie entre las sombras que rodeaban el exterior de la celda, observando el arcón. Las cadenas lanzaban tenues destellos a la luz de las velas. Podía oírla, encerrada dentro de varios sarcófagos formados por arcones cada vez más pequeños, cada uno de ellos rociado con agua bendita y cubierto de rosarios y crucifijos, podía oírla envuelta en su mortaja de arpillera en el centro de su mazmorra: la Biblia del Diablo. Vibraba y zumbaba. Palpitaba. Sospechó que los sonidos resonaban en su corazón y no en sus oídos, pero no cabía duda de que existían. La Biblia del Diablo estaba viva. No llamaba, no tendía trampas, no amenazaba. Se limitaba a estar ahí, esperando. Sabía que en algún momento alguien acudiría y abriría el arcón, otorgándole el poder por el cual había sido creada, y hasta entonces podía esperar. El abad Martin percibió la impaciencia desapasionada del libro en su mazmorra y se estremeció. —¿Venerable padre? El abad Martin se giró lentamente. Bajo la capucha, Pavel era una silueta delgada que se desprendió de la oscuridad junto al abad. Ambos clavaron la vista en el interior de la celda, como ya lo habían hecho numerosas veces durante los años — 352 — Los tiempos de paz han llegado a su fin —dijo Martin.

—Nunca hubo un tiempo de paz —dijo Pavel. —No en el mundo, pero sí aquí dentro. —La paz del temor. La paz de la "espera de que algo ocurra. —Sin embargo, era la paz. —La paz se acabó aquel día hace veinte años. Martin asintió. —Lo sé. Desde entonces, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días a partir de aquél fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días a partir de aquél fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días a partir de aquél fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días a partir de aquél fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados. —Para mí —dijo Pavel—, todos los días posteriores fueron días regalados días post una sonrisa, y el abad Martin lo imitó.

Nadie excepto Pavel tenía derecho a burlarse de Buh, y nadie lo había hecho; sus burlas expresaban afecto y calidez por aquel hombre tosco y robusto del que se hizo cargo cuando era un novicio, y estaban tan libres de maldad y cinismo que resultaban conmovedoras.

Eran dos almas que se habían encontrado. Pavel desvió la mirada del arcón y retrocedió. Martin lo siguió a lo largo del oscuro foso. Cada vez que se alejaba del hechizo irradiado por el libro, sentía alivio y el deseo de no regresar jamás. En general, el deseo se desvanecía en cuanto salía a la superficie y se sentía libre de la obligación de regresar para asegurarse de que el libro seguía a buen recaudo. Hacía tiempo que se limitaba a comprobar que las cadenas no se habían roto seis de cada siete días. Envidiaba a los flagelantes por el dolor comparativamente menor que debían soportar. Albergaba la vaga sospecha de que un día se encontraría ante el ar— 353 — con, quitaría las cadenas, abriría cada uno de los sarcófagos y retiraría la arpillera que envolvía el libro, sólo para asegurarse de que. Así liberaría el manuscrito y llevaría el manuscrito y llevaría el mal al mundo. Era una sospecha que entre la medianoche y el amanecer lo hacía arrodillarse en el suelo de su celda, rezando como un niño con las manos apretadas y los ojos cerrados: «Señor, ayúdame.» —¿Qué se ve ahí fuera? —preguntó Pavel. —Sombras que se tambalean entre los muros aguardando que la muerte se las lleve —dijo Martin—. ¿Quién hubiera dicho que un día nos asediaría la enfermedad y la perdición? —¿Y la compasión? —preguntó Pavel. —Cada vez resulta más difícil convencer a los hermanos de que proporcionen consuelo y calor. No quiero obligarlos a hacerlo. Todos tienen demasiado miedo de contagiarse de la plaga. —Nosotros no tenemos miedo. Haríamos... —empezó a decir Pavel. El abad Martin se detuvo en la escalera de piedra que conducía al exterior. Por encima de su cabeza brillaba una luz: el hueco de la puerta que solía estar cerrada con llave, a través de la que Pavel y sus seis cofrades se comunicaban con el exterior. Martin apoyó una mano en el hombro del monje pequeño y delgado. —Lo sé —dijo suavemente—, pero no es la tarea de los custodios. —Nuestra tarea consiste en proteger a la comunidad del

convento y al mundo. Nosotros no tenemos miedo, venerable padre. ¿Acaso uno no podría suponer que esa tarea también incluye ayudar a los hermanos y a las personas que se encuentran allí fuera? —Pavel también era un experto en expresarse con medias palabras. En abad Martin sabía perfectamente que el joven monje lo — 354 — veneraba v se habría dejado crucificar si hubiera creído que eso le serviría de apoyo. La veneración de Pavel le provocaba tanto afecto como espanto; no consideraba que él —un hombre débil v temeroso que cometía errores— se merecía que alquien lo venerara v menos aún un cofrade recto v leal como Pavel. Martin carraspeó. —Sabes cuál es tu deber, hermano Pavel —dijo. Pavel asintió y se encogió de hombros, y ambos remontaron la escalera. —¿Avernos? —A verla —contestó Martin, señalando la oscuridad de la cual emergían. —¿Cómo lo sabéis? —Lo percibo. Lo oigo. Cuando estoy ante su escondite, siento que está esperando. Es como si me hablara; su voz no llega a mis oídos pero sin embargo la oigo. La Biblia espera. Y alguien acabará por acudir junto al que espera. —Venerable padre... —dijo Pavel. —Alguien vendrá —repitió el abad—. Los tiempos de paz han llegado a su fin —repitió—. Yo lo sé. Ella lo sabe. —Venerable padre... —¿No lo percibes, Pavel?

Estás cerca de ella de día y de noche. ¿No te habla a ti? —Debo regresar, venerable padre. Martin alzó la vista y vio que habían llegado ante la puerta. Automáticamente agarró el manojo de llaves. La luz iluminaba el rostro joven, pálido y delgado de Pavel. La capucha sombreaba sus ojos, pero Martin sabía que el joven custodio lo contemplaba e intentó sonreír. —Hemos de estar preparados —dijo y volvió a apoyar 11\*1 "3:..—^.; ma«i"\ í»n f±\ r»r\ml-\rr\ rio T^r^i] O^-trol la fí~VmíS -., | 77-! o r>\_' —Que Dios el Señor nos bendiga y nos proteia —dijo. —Sí—dijo Martin—.

Amén. Observó cómo Pavel bajaba por la escalera hasta que la 355 — oscuridad lo devoró junto con su hábito negro. Entonces abrió la puerta, salió al exterior y volvió a cerrarla con llave cuidadosamente. En cuanto se hubo apartado, la inquietud empezó a roerle el corazón: ¿realmente había comprobado que las cadenas seguían sujetando el arcón? 10 —¿Qué ha dicho? El Santo Padre estaba un poco distraído. La figura de anchos hombros de Ippolito Aldobrandini —el papa Clemente VIII— permanecía inmóvil sentado en su sillón contemplando a sus peticionarios, pero no dejaba de inclinar la cabeza de tupida barba blanca hacia un lado, arqueando las cejas y escuchando los susurros de los sacerdotes apostados a derecha e izquierda de su sillón. Susurros... El papa Clemente, el sucesor de todos esos ancianos débiles que le habían precedido, por fin era un hombre que, a juzgar por su aspecto, estaba lleno de fuerza y de vida. Sin embargo, era sordo como una tapia y el frufrú de las vittae —las dos, cintas sueltas de la tiara que deberían colgar sobre sus espaldas pero que no dejaban de cubrirle las orejas— apagaban los susurros. El padre Hernando era el siguiente de la fila de quienes habían sido admitidos a la audiencia privada del Papa y aunque eso significaba que estaba a veinte pasos de distancia, captaba cada palabra que el papa Clemente dirigía al hombre arrodillado, no porque éste hablara en voz alta sino porque uno de los sacerdotes apostados junto a Papa las repetía en un susurro atronador para que el Santo Padre las oyera. - 357 - ¿Despachos? - contestó el Papa con un susurro igual de sonoro. - Muchachos, Santo Padre. El papa Clemente se inclinó hacia el sacerdote situado al otro lado. - Un excelente indicio - susurró a todo volumen. El sacerdote junto a cuya oreja susurraba se encogió dolorosamen-te—. Casi olvidamos preguntártelo. ¿Cuántos has seleccionado, hijo mío? —Apenas dos docenas, El padre Hernando vio que le ardían las orejas. —¿Eh? —Dice que son tres, Santo Padre. Sólo tres, no obstante... El papa Clemente le sonrió al hombre arrodillado ante su trono. —¿Así que nos has traído tres de esas divinas criaturas, hijo mío? Que el Señor te bendiga. —No es del todo así, Santo Padre —dijo el segundo sacerdote en tono indiferente—. No ha traído a ningún muchacho. En realidad, se trata de

—Exacto. Sería una idea realmente cristiana que cada comunidad enviara sus muchachos prometedores a Roma —dijo el Papa, inclinándose hacia el otro sacerdote—. Toma nota, hijo mío. Publicaremos un decreto. —Muy bien, Santo Padre. El papa Clemente se dirigió al peticionario y volvió a sonreír. —Tres es uña buena cifra, hijo mío. Claro que cuatro sería mejor, por no hablar de dos docenas. —Santo Padre —dijo el traductor—, permitid que vuelva — 358 — a llamaros la atención sobre el hecho de que este hombre ha presentado una queja contra el sacerdote de su pueblo y lo acusa de actividades absolutamente monstruosas, a saber: que hace años que abusa de tres muchachos... —Dios ama la música —dijo el Santo Padre sin dejar de sonreír—. Dios ama los sonidos agudos. Los oye mucho mejor que los graves. «Dios —pensó el padre Hernando—. Ningún otro. Nos escucha y se alegra de los tonos agudos. No cabe duda.» Cada frase pronunciada por el Papa agobiaba su corazón. —¡Música! —dijo el Papa—. ¿Alguna vez has echado un vistazo en torno a las iglesias de Roma, hijo mío? ¿Has escuchado el júbilo? ¡Sólo se ven monjas cantando! Ni un alma masculina que cante el Kyrie, y si hubiera alguna, lo único que se oye es brummm-brummm, ¡como si Dios lograra oír semejante cosa! —El papa Clemente agitó la cabeza haciendo volar las vittae—. Un oso es capaz de cantar mejor —dijo, dirigiéndose al sacerdote apostado a su izquierda—. ¿Has dicho dos docenas, hijo mío? —No exactamente, Santo Padre. —¿Cómo de exactamente? Dios el Señor nos contempla con agrado. —En cuanto a las acusaciones de este hombre... —dijo el segundo sacerdote—, ya se ha dirigido al obispo de su diócesis, pero no obtuvo ayuda. Viajó hasta aquí convencido de que encontraría la comprensión y la ayuda del Santo Padre. —Exacto —dijo el papa Clemente—. Sólo los muchachos poseen esa voz cuyos cantos Dios desea oír. Muchachos... —dijo y sonrió, encogiéndose de hbmbros—. Pero los muchachos se convierte en el gruñido de un oso. No obstante nosotros sauemos como ímpeuino, hijo mío, y te lo

agradecemos en nombre de las tres criaturas que deseas enviarnos, y también que evites que sufran el destino al que de otra manera estarían expuestos. —El Papa sonrió bondadosanlente, — 359 — unió el pulgar y los dedos índices y medio de la mano derecha como si sostuviera una herramienta delicada e hizo un movimiento circular, como si cortara algo. »Una intervención muy pequeña, ¡que supone la misericordia de Dios y una vida dedicada a alabar al Señor! Cuando el padre Hernando observó los músculos de su vientre se tensaron dolorosamente. Tuvo que esforzarse por mantener una expresión neutral y oyó el involuntario gemido que escapó de la boca del hombre arrodillado ante el trono papal. —Esas tres criaturas —prosiguió el Pontífice— ¿están esperando fuera, hijo mío? Hazlos pasar. Estoy seguro —añadió, lanzándole una mirada amistosa al padre Hernando— de que todos están dispuestos a esperar si se trata de saludar a quienes en el futuro proclamarán las alabanzas al Señor. -¡Santo Padre! —dijo el sacerdote traductor, y nadie podría haber afirmado que susurraba—. ¡Santo Padre, este hombre solicita consejo y ayuda porque tres muchachos de su pueblo acusan al sacerdote de abusar de ellos durante años! El papa Clemente alzó la vista. Sus cejas arqueadas rozaron la tiara y su mirada osciló entre el peticionario y el sacerdote. —Si eso es así —dijo con una amplia sonrisa—, será mucho mejor que nos envíes a esas tres criaturas. Nuestros cirujanos se harán cargo de ellos y después ya no habrá nada que les recuerde que sedujeron (¡sin quererlo, de eso estoy seguro, los muchachos son inocentes hijos de Dios!) a un sacerdote. Lo único que quedará es la música y el

sonido de campanas de la más maravillosa de las melodías. Ve en paz, hijo mío, que Dios te acompañe. El peticionario pasó junto al padre Hernando con paso inseguro; era un hombre encorvado de cabellos grises y barba sin afeitar que irradiaba el olor del largo camino recorrido y que aún llevaba las botas y el abrigo. Hernando vio las lágrimas que brillaban en sus ojos; salió tropezando sin mirar — 360 — nadie. El padre Hernando tragó saliva. Al alzar la mirada vio el rostro expectante y amistoso del Papa y la expresión indiferente de los sacerdotes a derecha e izquierda. Le había llegado el turno. Había decidido lo que diría con mucha precisión. Había ensavado las palabras en su celda, susurrando y gesticulando, sopesando cada vocablo. Partió de la base de que sús consejeros lo interrumpieran o distrajeran al Santo Padre. Cuando el papa Clemente todavía era el cardenal Ippolito Aldobrandini, lo había observado en diversas ocasiones y, a partir de su silencio, sus gestos sosegados y sus miradas prolongadas y directas, había concluido que se trataba de un hombre sensato y tranquilo. No supo que el silencio, sus gestos sosegados y sus miradas prolongadas y directas, había concluido que se trataba de un hombre sensato y tranquilo. No supo que el silencio se debía a que el cardenal Aldobrandini lo ignoraba todo acerca del tema de la conversación, que la tranquilidad se debía a que no había oído las cancioncillas burlonas entonadas por quienes lo rodeaban y que las miradas prolongadas y directas se limitaban a significar que Su Eminencia, ¿habéis dicho algo? No, Eminencia, sólo estoy masticando.» «La Biblia, Santo Padre —el padre Hernando había decidido que diría—, es el libro sobre el que se apoya la existencia de nuestra fe. ¿Me permitís, Santo Padre, que os llame la atención sobre un libro que se convertirá en la extinción de nuestra fe?» ¡Oh, sí! Eso habría despertado al papa Clemente... al menos en teoría. Pero en la práctica, así se lo imaginó el padre Hernando en la fracción de un segundo, las cosas se desarrollarían de un modo muy diferente. «¿Eh?» «Un libro,

Nos alegramos de que un íntegro hermano de santo Domingo quiera apoyarnos en la tarea de divulgar la nueva edición.» «No, Santo Padre, me refiero a otro libro...» «Precisamente, hijo mío, el Index de los libros prohibidos. Nunca habrá demasiados ejemplares de éste, ¿verdad?» «A eso me refería, Santo Padre, y por eso quisiera...» «Exacto. Nuestro secretario privado te asignará un lugar en el archivo, hijo mío. Vemos que estás impaciente por bajar a las catacumbas. El Señor sea contigo.» El padre Hernando tembló. Desde que tomó la decisión, nunca había tenido tan claro que estaba solo. Había renegado de su vida anterior y de sus antiguos compañeros por los pecados mortales cometidos por él mismo, pero sus nuevos compañeros —y los planes de éstos— lo llenaron de espanto cuando comprendió hasta qué

punto habían abusado de él. El los había puesto en contacto con el padre Xavier. El tenía la culpa. El les había proporcionado la herramienta con la cual lograrían arrancar el Libro del Diablo del olvido y difundirlo entre la humanidad. Mea culpa, mea máxima culpa. JSÍo había nadie que pudiera susurrarle un Ego te absolvo al oído, porque no había nadie que le perdonaría. La sonrisa amistosa del Papa aún no se había convertido en una expresión de asombro cuando, en vez de avanzar, el padre Hernando se quedó clavado en su sitio. Después se giró, agachó la cabeza y echó a correr entre las largas hileras de peticionarios hacia el exterior. — 362 — 11 Una vez que lograron abrirse paso a través del muro en ruinas junto al portalón..., el portalón..., el portalón..., el portalón..., el portalón..., el portalón..., el portalón... Yo estaba allí... y el demente se abalanzó sobre mí. Es como si hubiera sucedido ayer. —Bien, entonces podréis indicarme el camino. Andrej lo miró fijamente. Cyprian suspiró. Incluso a alguien familiarizado con la arquitectura conventual le habría resultado difícil orientarse entre ese campo sembrado de ruinas. El terreno estaba cubierto por los muros derruidos entre los que sobresalían sillares y vigas formando túneles. Entre los escombros se habían formado senderos, bandas más claras en medio del gris desprovistas de liqúenes, como si fueran el camino a una morada. El convento no era muy grande —en Viena había otros mayores que no despertaban la admiración de nadie—, pero dada su devastación parecía extenderse en todas direcciones e impedir el paso. Cyprian recordó un día de finales de enero en su ciudad — 363 — natal, en el que tras una dura helada de pronto llegó el deshielo en forma de un pequeño raudal que quebró el hielo del río que aprisionaba Viena v acumuló los témpanos en la amplia curva junto al Ochsengries. Lá gélida aglomeración se había alzado durante varios días por encima del abrupto talud del río. Una multitud de mirones se apretujó en la puerta de Stuben v el baluarte de Braun; los más osados se dedicaron a trepar por encima de los témpanos, entre ellos Cyprian. claro está. Aunque la ciudad sólo se encontraba a dos tiros de piedra, recordó la desolación que le provocó la visión de los témpanos astillados y de agudas aristas acumulados bajo el sombrío cielo de enero. A la sombra del talud que impedía el paso de los rayos del sol y bajo las placas de hielo que sobresalían de la orilla, lo azotó un hálito helado; un viento permanente recorría las grietas, los pasadizos y los túneles. También ahora percibió el mismo hálito helado. La iglesia se alzaba detrás de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto desnudo del techo y los muñones de las ruinas, y si cabe, el esqueleto de las ruinas, y si cabe, el esq tan alto como una casa de una planta. Andrej lo indicó con el mentón. —La entrada al interior del convento estaba allí—dijo en tono irritado—. Espero haberos sido de ayuda. Oyeron un rumor y se agacharon detrás de un lienzo de muro. Era imposible que la figura negra carente de rostro hubiera dado la vuelta al convento antes que ellos, porque no se habían puesto en marcha hasta verla desaparecer tras la esquina del antiguo convento, pero aun así ambos miraron en torno para ver si la descubrían. Pero el rumor provenía de más adelante, allí donde los numerosos senderos atravesaban los escombros. Entonces vieron un montón de cascotes que avanzaba hacia ellos. Cyprian creyó soñar y entrecerró los ojos. —Quizás uno se vuelva del color del polvo si ha permanecido -aquí/el tiempo suficiente —dijo Andrej. — 364 — El montón de cascotes resultó ser otra figura desharrapada y encorvada, encogida sobre sí misma y cubierta de jirones de color gris pardusco que no se destacaban del paisaje. Vieron que se arrastraba lentamente hasta la boca de una cueva y desaparecía en la oscuridad. —Vuestras ropas os otorgan un aspecto tan discreto como el de una mosca en un tazón de leche —dijo Cyprian, lanzándole una mirada. —Vos también deberíais revolearos en la mugre durante media hora para pareceros a ésos —replicó Andrej—. Aunque van vestidos de negro, es un negro peculiar, si es que me entendéis. Cyprian hizo caso omiso de la hostilidad del otro. Se puso de pie y avanzó entre los escombros. Los sonidos a sus espaldas le indicaron que Andrej lo seguía. —Allí... Usemos esas mantas para camuflarnos —dijo Cyprian indicando un pequeño bulto junto a la entrada a una cueva. —¿Estáis loco? ¿Creéis que quiero contagiarme? —Andrej tocó el bulto con la punta del pie; la manta se desplazó revelando un rostro donde se abrían dos agujeros irregulares: una boca y la ventana de una nariz. Los ojos estaban cerrados, la piel era de color amarillo, como la cera derretida. En el interior de los agujeros se agitaban los gusanos. Andrej retrocedió. —Maldita sea —murmuró. Cyprian calló. Sabía que su voz expresaría el mismo horror que la de Andrej y no volvió a sugerirle que se camuflaran con las mantas. Se acercaron al edificio derruido del convento trepando por un sendero que podría haber sido de alta montaña. A ambos les suponía un esfuerzo apoyar las manos en los lados, pues sabían que otras manos contagiosas quizá se habrían posado allí. Cyprian se giró y vio que Andrej se había bajado las manos en su jubón varias veces, pues el jubón estaba manchado. Vistas desde cerca, las rumas del

Porque nos temen, supongo. Qué os parece: ¿les decimos que nosotros los tememos más a ellos? —¿Que nos temen, decís? —dijo Cyprian, mirándolo de soslayo. —Es evidente que ven que estamos sanos. ¿ Qué creéis que creen esos desgraciados? ¡Consideran que venimos de Chru— 366 — dim para averiguar si este cementerio ardería si lo rocían con la suficiente cantidad de aceite! . Incendiumpurgat —dijo—. No. Si los buenos ciudadanos de Chru-áitíi se hubieran propuesto semejante cosa, hace timpo que lo habrían hecho... y esos pobres cerdos lo saben perfectamente. { —Entonces, según vuestra opinión, ¿qué le ocurre a esta gente? —Tienen miedo del fin del mundo —dijo Cyprian sin reflexionar ni un instante y mirando a Andrej —. Del fin de su pequeño mundo infernal y desgraciado. Andrej guardó silencio. Cyprian ignoraba por qué había dicho eso, pero estaba convencido que se trataba de la verdad. Flotaba en el aire... como el hálito a podredumbre por encima de una fosa común, y Cyprian no se refería al hedor pegado al montón de escombros. —¿Cómo era este lugar la primera vez que lo visteis? —preguntó. —No estaba tan destruido —dijo Andrej tras una larga pausa—. En aquella época el convento ya estaba en ruinas pero desde entonces... No sé qué ocurrió aquí, pero es como si la ira de Dios lo hubiera arrasado. Mi padre entró en este edificio y de este edificio y de

convento no parecían tan inaccesibles como antes. Un tramo de la pared exterior se había combado hacia fuera bajo el peso del techo derrumbado, pero el lienzo principal parecía indemne; lo que se había desplomado contra los muros eran otros edificios. El convento poseía una entrada intacta, cerrada por una deformada puerta de madera. El primer impulso de Cyprian fue abrirla, pero después dudó: la idea de tocar la madera le producía rechazo; había varias zonas desgastadas que demostraban que otras manos la habían tocado. Cyprian apretó los dientes y trató de encontrar un punto que pareciera intacto. Entonces empujó, consciente de que Andrej lo observaba, pero la puerta no se movió. — Está cerrada con llave —murmuró y se alegró de poder retirar la mano. —¿Dónde están todos? —susurró Andrej, mirando en torno. Cyprian se encogió de hombros..., el muerto... —Todos están metidos en sus agujeros —dijo Cyprian. —¿Queréis

ruinas hay una puerta cerrada con llave? —¿Porque alguien tiene algo que ocultar? Cyprian se dispuso a abrirla puerta de una patada, pero Andrej lo agarró del brazo. —Vos queréis averiguar qué se hizo de vuestros padres y de la madre de Jarmila. Yo sólo quiero el libro. Vos ni siquiera — 367 — creéis que exista. ¿Acaso creéis que allí dentro hay alguien que os dará la respuesta que queréis oír? —¿Creéis que encontraréis el libro? —Al menos puedo ponerlo todo patas arriba. —No lograréis deshaceros de mí. Entraré con vos. Cyprian lo miró. Recordó que el padre de Andrej había entrado allí y jamás había vuelto a salir e intentó imaginarse qué sentiría si se tratara de su propio padre. Volvió a ver al maestro panadero Khlesl tumbado encima del saco de harina, la nube de polvo blanco que lo envolvió y casi lo asfixiaba a él, provocada por aquel hombre robusto tumbado entre sus sacos de harina y medio aturdido. Recordó que no había estado presente cuando su padre murió; al entrar en la habitación, sólo se encontró con un frío cadáver tendido en la cama. Su padre parecía sorprendentemente pequeño y viejo, como si un artista torpe hubiera intentado crear una imagen de cera de su progenitor. Resultaba difícil imaginarse que ése era el hombre a quien había amado con tanta intensidad que, al no ser correspondido, su amor se convirtió en odio. Sí, podía comprender a Andrej. —Venga, vamos —dijo Cyprian—. ¿Acaso creéis que tengo ganas de hacerlo todo yo solo? Juntos, le pegaron una patada a la puerta, que se abrió y golpeó contra la pared. El eco resonó por encima del panorama de escombros y en el interior del edificio, donde se

-Maldición -gruñó-.; Me duele! Vos tenéis práctica, ¿verdad? Cyprian no contestó. Mantenía la vista fija en la oscuridad que se abría ante ellos. Una oscuridad poblada de vida. -Bien -dijo Andrej-. Bien. Todavía sois el amo de la situación, ¿no? — 368 — Ni idea —gruñó Cyprian—. ¡Cuidado con la cabeza! Pero fue demasiado tarde. La planta superior del edificio se derrumbó y fue un milagro.que las vigas dobladas hacia abajo y medio quebradas soportaran el peso de los cascotes sin acabar de partirse. Pero quedaron tan combadas que incluso el bajo y fornido Cyprian tuvo que agachar la cabeza para pasar por debajo. Pero la elevada estatura de Andrej le hubiera dado el golpe de gracia al techo; un crujido y un crepitar recorrieron las vigas destrozadas, como los pasos de ratones que

Las figuras encapuchadas volvieron a arrastrarse hacia ellos. Andrej gimió y se frotó la frente. —¿El desayuno? —sugirió Cyprian. —¿Nos han invitado? —No, somos el primar plato. Andrej guardó silencio. —¿Qué creéis en realidad? —Que quieren mostrarnos algo. —No creo que tenga ganas de verlo. —Aquí hay algo que no encaja, y no me refiero a la circunstancia de que estos pobres diablos han sido reunidos aquí para pudrirse en vida. -Cyprian intentó penetrar la oscuridad con la mirada; estaba convencido de que eso tan extraño que percibía superaba el límite de aquello que para los desdichados enfermos hacía rato que se había convertido en lo — 369 — normal. Recordó lo que le había dicho a Andrej en el exterior: que sentía miedo, miedo del final. Uno también se aferraba a una vida como ésa, si era la única que existía. Nadie los había amenazado; nadie los había obligado a nada; nadie les había dirigido la palabra. El muro formado por los encapuchados cuerpos podridos en vida apostados detrás de la puerta abierta a patadas se había dividido ante ellos, los había acogido para después ponerse en movimiento en silencio. Cyprian y Andrej habían obedecido a la muda exhortación porque sospechaban que de lo contrario aquellos seres se habrían pegado a sus talones. Y pese a la cortesía y al intento de no perder los nervios, la idea de convertirse en un obstáculo para a un montón de cuerpos envueltos en jirones mugrientos no resultaba precisamente atractiva, Avanzaron a lo largo de la curva de un pasillo y después descendieron. La escasa luz provenía de los agujeros del techo de la primera planta, a través de los cuales se veía el entramado del tejado. Cyprian aún no sabía qué habría provocado semejante destrucción; era como si los cimientos de los edificios hubieran sido de arena y que al cabo de los años se hubieran desmoronado. Bajaron por una escalera que alguien había dejado libre de escombros, evitando así que uno se rompiera el cuello. —Es un recorrido habitual —dijo Cyprian. Andrej soltó un gruñido incomprensible; avanzaba encogido y sin dejar de mirar hacia arriba, aunque el techo de la escalera estaba intacto. No resultaba sencillo

huyen en todas las direcciones. Quizás en efecto se tratara de ratones que se apresuraban para salvar sus vidas; en todo caso, esos acompañantes mudos de ambos jóvenes también corrieron en direcciones opuestas, como un ovillo de arañas espantadas. Cyprian permaneció inmóvil, escuchando el crujido de la ruina que se negaba a desmoronarse.

bajar por unos peldaños cuyos extremos estaban cubiertos de piedras y trozos de manipostería, y donde la luz se hacía más débil a medida que avanzaban, y al mismo tiempo evitar que la cabeza golpeara contra el techo. Cyprían esperaba que en cualquier momento su involuntario acompañante soltara un grito y rodara por la escalera, con sus vistosos ropajes de cortesano convertidos en un remolino de colores y brillos sedosos. —Mi padre me habló de una bóveda —murmuró Andrej. —¿ Un escondite para el libro ? — 370 — —Suponía que estaría oculto en las profundidades, en algún lugar oscuro que, en caso de emergencia, se podría sellar provocando un derrumbe. Cyprian recordó las catacumbas medio derruidas de los santuarios paganos debajo de la iglesia de Heiligenstadt. El concepto era el mismo — recorriendo los pasillos con una antorcha en la mano mientras los seres fabulosos pintados en las paredes trataban de atraparlo y se agitaban bajo la luz fugaz, se vio alzando una delicada figura tendida en el suelo y cargando con ella hasta la salida del laberinto subterráneo. Rememoró cómo se había logrado avanzar y cómo la había tendido al pie de los escalones, donde Agnes empezó a despertar y él albergó la esperanza de que el la no recordaría dónde había estado. —Es allí abajo —dijo Andrej. Cyprian meneó la cabeza, pero no estaba convencido. Nunca se había considerado una persona especialmente sensible, pero allí... allí algo estaba vibrando. Algo le dijo que no podía ser tan sencillo, que era imposible que el objetivo de cuatrocientos años de conjuras y una búsqueda que había convertido en víctimas a varios Papas se encontrara entre las ruinas de un convento Y sin embargo... —Moriremos —dijo Andrej. Habían alcanzado el pie de la escalera. La luz diurna no llegaba hasta allí, pero más adelante llameaba una antorcha cyprian olfateó: se percibía el tufo habitual pero no era lo bastante intenso: la antorcha había sido encendida sólo para ellos. Se detuvo. La sensación —la misma que había experimentado por primera vez en el laberinto bajo la iglesia de Heiligenstadt— era tan intensa que lo paralizó. Las paredes apenas iluminadas por la antorcha parecían toscas, compuestas de esa mezcla de arcilla y piedras que también formaba la base del terreno. No era un material idóneo para construir una bó— 371 — veda. La sospecha de que millones de

toneladas de escombros podrían derrumbarse y aplastarlo era más fuerte que nunca. Los pelos de la nuca se le erizaron. —Seguid caminando —susurró Andrej, que se le acercó por detrás, impulsado por el avance de sus acompañantes. Cyprian notó que el pánico le afectaba la voz y esperó que no perdiera los nervios: debería haberlo dejado fuera. Barruntó que si el otro se dejaba llevar por el espanto, él también perdería la calma Siguieron avanzando. El pasillo era bajo, el techo irregular. El suelo estaba seco, aunque el lecho del arroyo debía de estar próximo. Si el terreno fuera menos impermeable, haría tiempo que el pasillo se habría derrumbado. Cyprian creyó oír un quejido. Tenía los pies helados. Alguien no dejaba de susurrar fragmentos de latín corrupto y frases casi comprensibles. De repente todas aquellas historias acerca de aquel saber maldito por el que los hombres estaban dispuestos a matar y morir ya no parecían tan desacertadas, y la leyenda del monje emparedado a quien el diablo ayudaba en su tarea perdió su ingenuidad. ¿Quién había dicho que para venerar al diablo bastaba con rezar el Padrenuestro al revés? Los susurros se agitaban en la oscuridad como los conjuros llenos de odio de todos los demonios del infierno. Se acercaron a dos o tres aberturas bajas en medio de la oscuridad absoluta. El aire que surgía de éstas era totalmente inanimado; habría resecado a un gusano y asfixiado a una rata. Las dejaron atrás y Cyprian notó que había cerrado los puños ante la idea de que sus acompañantes los empujaran dentro de aquellos agujeros. ¿Realmente le había dicho a Andrej que no llevara ningún arma? ¿Por qué siempre decía cosas de las que poco después se arrepentía? Pero en el fondo sabía que tal vez, al pasar junto a las aberturas, en lugar de apretar los puños habría esgrimido el cuchillo, y que entonces el derramamiento de sangre habría sido casi inevitable.

Cyprian oyó que alquien carraspeaba: era Andrej, que — 372 — procuraba reprimir un gemido. Estuvo a punto de agarrarlo de la mano, pero no lo hizo. Le pareció comprender a su compañero; quizás éste se preguntaba si a su padre también lo habrían obligado a avanzar por ese corredor antes de desaparecer para siempre. Tal vez su cadáver yacía en una de las cámaras a las que daban las aberturas, momificado, reseco y negro. A lo mejor no eran cámaras sino salas que se extendían hacia abajo y que albergaban cientos de muertos, hombres que un instante antes se habían creído amos de la situación. De pronto apareció una figura vestida con una cogulla negra. Cyprian se detuvo y Andrej chocó contra él. La figura no dijo ni una palabra. Desde detrás de ambos jóvenes se acercó una luz que destacó el contorno de la oscura figura y le proporcionó una sombra alargada. Cyprian se sintió mareado. Un bulto envuelto en jirones se arrastró a su lado y él se apartó violentamente. Los roncos susurros envolvían la figura como el olor a azufre... confíteor Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis... credo in unum Deumypatrem omnipotentem, factorem coeli et terrae, visibilium... domine Deus, miserere nobis... apiádate de nosotros, apiádate de nosotros, apiádate de nosotros apiádate de nosotros... La persona cubierta por la capucha de la cogulla tendió una mano y agarró la antorcha. Era una mano blanca e inmaculada. Cyprian vio que la cogulla no era negra sino de todos los matices del gris y del marrón, vieja y sucia, y que más que una cogulla de monje parecía una túnica anticuada sin cintu-rón. La capucha no era un escapulario sino lo que quedaba de un manto. Al contemplar el rostro en sombras, vio que pertenecía a una mujer. Como si respondiera a su expresión de asombro, la mujer se acercó la antorcha a la cara. Tendría treinta o sesenta años, nadie podría haber sido bonita. Bajo el sol, y sin la lepra. El lado izquierdo — 373 — de la boca era una masa gris oscuro de carne muerta que se había encogido hacia arriba y ascendía hasta los agujeros de la nariz, una única proseguir con la destrucción. Lo único que Cyprian logró hacer fue permanecer inmóvil y no retroceder violentamente. Rogó que la repugnancia no se reflejara en.su cara; cuando el rostro desfigurado se volvió borroso, se dio cuenta de que su visión estaba dificultada por las lágrimas. La mujer lo miraba fijamente con sus grandes ojos sobre los que se arqueaban elegantes cejas. Movió los labios y Cyprian no supo si la carne de la parte inferior de su rostro ya estaba muerta o si sentía dolor al hablar cuando la herida se abrió supurando líquido. A duras penas comprendió sus palabras, pero su cerebro tradujo lo que sus oídos se negaban a escuchar. —Gracias a Dios que habéis venido —dijo. El anciano monje estaba tendido en un lecho de piedra; habían tratado de hacerlo más confortable con trapos y hierba seca, pero todo había caído al suelo y ahora yacía sobre la piedra desnuda. Su boca marchita susurraba plegarias, la saliva seca le manchaba las comisuras. Cyprian se acercó con precaución, preparándose para el hedor a putrefacción y excrementos, pero lo único que percibió fue el polvoriento olor de la arpillera viejísima y de un cuerpo aún más viejo y seco. Las manos y los pies del monje estaban desnudos, casi descarnados, sólo piel y huesos. Su cabeza no estaba oculta por la capucha, sino que reposaba sobre ella. Cyprian iluminó al anciano levantando la mujer apestada se la había entregado, él había apretado los dientes y procurado no protegerse las manos con las mangas, por respeto. No sabía si ella había apreciado su gesto. El anciano parpadeó y Cyprian se aproximó un poco más. — 374 — —No está apestado —exclamó la mujer—. Durante todos estos años nunca se contagió. —¿Quiénes? —El que nos sostiene en este mundo. —Se ha ocupado de la..., de vosotros. —¿Ocupado?

No, se limitaba a estar. Casi nunca salía de aquí y, si uno le hacía una pregunta, sólo excepcionalmente obtenía una respuesta. Pero el hecho de que existiera, de que no huyera ni enfermara, nos daba ánimos. No creo que lo comprendas. —No —dijo Cyprian. —Agoniza —-'dijo la mujer—. Vosotros debéis ayudarle. —¿Cómo? —No lo sé. Entrasteis aquí..., seguro que descubristeis la manera de salir. Llevadlo con vosotros. Aquí no podemos hacer nada por él. Y aunque sólo se trate de morir, no queremos que muera aquí abajo. Siempre nos proporcionó un poco de luz y queremos que vuelva a ver la luz antes de abandonar este mundo. —¿Eso es todo? —repitió Andrej y agarró a Cyprian del brazo—. ¿Qué pretendéis? Cyprian devolvió la mirada de los bellos ojos.

—Espero que no creáis que ése es el único motivo por el cual estamos aquí. —Creo que Dios ha guiado vuestros pasos. —No podemos llevarlo con nosotros. —¿Por qué no? —Porque... porque... porque... porque... porque... —Avergonzado, Cyprian compren dió que el primer motivo que se le ocurría supondría una bo fetada para la mujer y los otros enfermos. Calló y desvió la mirada. Andrej se removía, inquieto. " " —Bien —dijo la mujer—. En ese caso vosotros tampoco volveréis a salir. — 375 — Cyprian se sorprendió. Ella se encogió de hombros. —Si él es capaz de contagiar al mundo exterior si lo lleváis con vosotros, entonces vosotros también. —No hemos permanecido aquí el tiempo suficiente.. —¿Y eso cuánto es? ¿Cuánto tiempo crees que permanecí junto a otros apestados antes de contagiarme? Cyprian carraspeó. —¿Cuánto? —preguntó finalmente. —No lo sé. Que yo sepa, jamás entré en contacto con un apestado, ni de lejos. Pero un día me salieron unas llagas junto a la boca, que no sanaban. Cyprian oyó el gemido ahogado de Andrej; él

Ella guardó silencio; Cyprian, que hasta ese momento creyó poder manejar la conversación mediante el silencio, comprendió que llevaba las de perder. La situación, el entorno irreal, el aspecto de esa mujer cuyo bello rostro estaba maculado por la horrenda herida leprosa... —Mis padres fueron asesinados en este lugar —lo interrumpió Andrej. La mujer lo contempló con los ojos entrecerrados y Cyprian notó que su acompañante se estremecía. —Hace veinte años, mientras yo aún estaba aquí, en el convento y no... —Hace doscientos años que este convento dejó de funcionar como tal —dijo la mujer. —Estuve aquí cuando ocurrió. —Y yo siempre he vivido en Chrast. Desde la guerra de los hussitas, el convento de Podlaschitz ha sido una ruina. Sólo recuerdo uno o dos claustreros que trataban de sobrevivir aquí. —Vi a los monjes negros. — 376 — ¿Con cuánta frecuencia acudisteis aquí, a Podlaschitz, antes de que se declarara la lepra?

—preguntó Andrej en tono hostil. —Nunca —dijo ella por fin—. Por algún motivo, casi nadie acudía aquí. Veían la ruina desde lejos y creían... —Se encogió de hombros y añadió—: No lo sé. Andrej asintió con expresión furiosa, —Los monjes negros estaban aquí—afirmó—. Vi cómo uno de ellos asesinaba a un grupo de mujeres y niños, entre ellos a mi madre; mi padre también perdió la vida en este lugar. Nunca vi sus cadáveres, pero desde entonces han desaparecido, ¡y vi al orate correr entre esos desgraciados blandiendo el hacha! El susurro del anciano monje se apagó. Cyprian lo contempló: tenía la mirada fija y sus labios marchitos temblaban. —Mi madre formaba parte del grupo de mujeres cuando el loco las atacó —dijo Andrej—. Las otras mujeres no eran de aquí, recuerdo que vestían de manera diferente y su aspecto también era distinto. Hace cierto tiempo descubrí que se trataba de un grupo de damas aristócratas encabezadas por la condesa de Andrej con expresión pensativa. —Hay una historia —dijo finalmente. El anciano tendido en el lecho giró la cabeza. Su mirada se clavó en la de Cyprian y éste vio que la vida, que casi había abandonado el cuerpo caduco, regresaba a él. —Es poco más que un rumor. Dicen que un grupo de refugiados llegó a esta comarca. Todos eran mujeres y niños que hablaban en una lengua extranjera. Nadie les comprendía, nadie quería saber nada de ellos. Alguien afirmó que provenían de Inglaterra y que eran católicos expulsados; otros decían que eran hugonotes franceses huidos tras la masacre del día de san Bartolomé. Fueran quienes fuesen, según el rumor fueron — 377 — enviados a los claustreros de Podlaschitz con la esperanza de que ellos supieran qué hacer. Pero mientras iban de camino, de pronto se abrió la tierra y apareció el demonio montado en un caballo de fuego que arrastraba un carruaje en llamas. Las mujeres se subieron al infierno acompañadas por el demonio, lo que demostraría que eran herejes —dijo, haciendo un gesto de desconcierto con la mano—. Lo único verdadero es que los detalles de esta curiosa historia se limitan al aspecto del diablo y de su carruaje. Nadie que estuviera en su sano juicio la tomó en serio.

Yo casi la había olvidado; sólo es una de las numerosas historias que cuenta la gente cuando no sabe qué ha visto en realidad. »La tormenta —gimió el anciano moribundo de repente. Cyprian se sobresaltó. Había comprendido sus palabras, lo mismo que había comprendido las de la mujer, que hablaba con un deje parecido al de Andrej. »La tormenta..., el hálito de Satanás... La mujer se inclinó hacia el anciano. —Callad, hermano —dijo. Sus manos hicieron amago de acariciarle la mejilla, pero las retiró—. Callad. El anciano se incorporó violentamente. —¡La TORMENTA! —gritó—. ¡Vino después del pecado! ¡Kyrie eleison, kyrie eleison! —¡Dios mío! —musitó la mujer—. ¡La tormenta! Cuando uno está prisionero aquí, lo olvida todo-La tormenta se había abatido sobre Podlaschitz hacía casi veinte años. Mientras el anciano monje suplicaba el perdón divino o gritaba: «¡La TORMENTA.'», la mujer les hizo partícipes de sus recuerdos fragmentarios. Cyprian no comprendía por qué el anciano se sentía responsable de la catástrofe, pero era innegable que lo hacía. Tampoco quedaba clara la relación entre la tormenta y la tumba de la que hablaba el monje, pero lo que el anciano balbuceó — 378 — cuando la mujer terminó su relato hizo que el escalofrío que le había recorrido la espalda en el pasillo se redujera a un detalle mínimo. La tormenta. Una tormenta que se había anunciado durante todo el día: calor sofocante de mañana, agotadores trabajos en el campo, carros cargados de mercancías que se arrastraban por el camino desde Chrudim hacia el oeste, animales y personas presas de los nervios... Una nube de moscas obligó a las vacas a huir por el prado y los caballos rechinaban los dientes y lanzaban coces. Después el valle —en cuyo centro se encontraban las ruinas de Podlaschitz— quedó sumido en la oscuridad. Las nubes de color índigo cubrían el firmamento. —Como en aquel entonces —dijo Andrej. —Perdonadnos, Señor, perdonadnos, Señor —susurraba el monje. Al principio sólo fue un ventarrón, pero después se convirtió en un huracán. Los rayos

relampaqueaban entre las nubes sin tocar la tierra. Los truenos eran tan sonoros que los niños se dejaban caer al suelo y se cubrían los oídos, presas del llanto; los adultos se tapaban la nariz y resoplaban para aliviar la presión, pero en cuanto volvían a inspirar, ésta volvía a oprimirlos. No llovía. El Señor había convocado el castigo divino, como aquella vez en Sodoma y Gomorra, y manifestó su ira mediante el aullido del viento, prescindiendo de la lluvia. En Chrast una gran rama se desprendió del viejo tilo; en Rositz una racha repentina destrozó el cobertizo más grande del pueblo; en Horka volaron los techos de juncos de casi todas las casas y en Chacholitz una tormenta de polvo aterrorizó a una piara y los cerdos corrieron —chillando y cegados por el polvo— entre las casas hasta romperse el cráneo contra una oared. Podlaschitz aguantó: las torres memelas temblaron y de los edificios en ruinas se desprendieron trozos de escombros y rodaron por el patio del convento, pero Podlaschitz aguantó. 379 — Hasta que la cola del dragón rozó la tierra —dijo la mujer, cuyas heridas abjertas rezumaban sangre y pus. Poco antes de alcanzar Podlaschitz, la tormenta —que se dirigía de oeste a este— extendió un tentáculo, un gigante de polyo, viento, mugre y escombros que danzaba y pisoteaba y ascendía, y que se abalanzó sobre las ruinas del convento aullando como un millón de terneros hambrientos y chillando como todas las almas condenadas al fuego eterno...—¡Mea culpa, mea máxima culpa, mea máxima culpa, domine Deus, miserere nobis! Cyprian intentó sujetar al anciano que se retorcía en su lecho, pero el cuerpo casi momificado estaba poseído por la fuerza de la locura. Tambaleándose, el monje se puso de pie y lo agarró del cuello. —¡Era una orden! —gritó—. Regula SanctiBenedicti, Ca-put V:/De oboedientia!¡OBOEDIENTIAl ¡¡Eso significa OBEDIENCIA!! —sollozó, abrazándose a Cyprian—. ¿Por qué lo exigiste, Padre, por qué lo exigiste? El tentáculo se introdujo a través de los techos medio descuajados y arrancó las vigas; se arrojó contra el arco ruinoso del portalón y lo demolió como si fueran proyectiles, aplastó la cúpula de una de las torres y destrozó la otra; penetró en la nave de la iglesia cuyas ripias y

vigas salieron volando como impulsadas por una explosión; avanzaba rodeado de una aureola de fragmentos arremolinados que golpeaba los muros y los edificios en pie como mil mazas blandidas por gigantes. Si alguna vez la ira de Dios había cobrado cuerpo, entonces era esa tromba diabólica que descendía de las nubes a la tierra; si alguna vez poseyó una voz, era ese bramido. Sodoma y Gomorra sucumbieron entre las llamas y las cenizas; Podlaschitz desapareció en medio de los aullidos, el polvo y los arremolinados trozos de escombros. Cyprian sostuvo al anciano cuando éste empezó a desplo— 380 — marse; era como sostener una figura de paja y de aire, e intentó volver a depositarlo en su lecho. —Matad al niño —murmuró el anciano Sus labios temblaban, la saliva y las lágrimas empapaban su rostro.

»Matad al niño. Es un recién nacido, es completamente inocente, pero ¡MATADLO! —gimió—. ¡OBOEDIENTIAf —bramó—. ¿Cuál es la quinta regla de la orden, hermano? ¡OBEDIENCIA! Cyprian lo depositó en el suelo como si el cuerpo reseco ardiera. El espanto que lo embargaba se reflejaba en la mirada de Andrej y en la de la mujer leprosa. —¡Obediencia! —qimió el anciano—. Obediencia! —qimió el anciano — qimió el an

por el tentáculo, que convirtió la iglesia en el esqueleto de un monstruo muerto y todo el convento en un cementerio. Destruyó el viejo huerto de árboles frutales, aplastó los bancales de verduras, desguazó las conejeras y convirtió las gallinas en desmembradas bolas de plumas desparramadas por la comarca. Acabó con la vida de dos de los tres monjes que residían en el convento y después se deshizo en la ladera de la colina al este de Podlaschitz y desapareció como si jamás hubiera existido. Lo único que atestiguaba su existencia era un desgarro en la tierra de varios cientos de metros de largo. Una lluvia torrencial empezó a caer y formó pequeños charcos, estanques y lagos en aquella cicatriz y en el campo de escombros del convento, y si aquel tentáculo había sido la ira de Dios, entonces el diluvio era su pena y, fuera lo que fuese lo que fu ¡Apiádate de nosotros! — 381 — —He oído hablar de esa vieja historia —dijo la mujer—. Un libro escrito por un monje maldito y con el que engañó al diablo. Esas historias existen en todas partes. No la relacioné con nuestra comarca, y si he de ser sincera, tampoco conozco a nadie que lo haya hecho. Con la mano inmaculada, señaló el montón desordenado de papeles y pergaminos enmohecidos tirados en una esquina de la iglesia. Cyprian consideró que, más que el crucifijo roto y el altar reventado, era ese montículo de papeles polvorientos y letras borrosas, de dorados apagados e índigos enmohecidos lo que anunciaba la muerte de la iglesia y del convento de Podlaschitz. Andrej suspiró. —Si alguna vez existió un libro, esto es todo lo que queda. Cyprian guardó silencio, —Mi padre encontró la muerte por eso —dijo Andrej—. Por nada. Y vuestra misión también fue inútil —añadió, mirando a Cyprian—. Y yo, ¿para qué he venido? Cyprian se encogió de hombros. La mujer miró a uno y después

al otro. —La incertidumbre supone una ventaja: permite seguir albergando esperanzas —dijo. —Tenéis razón —dijo Andrej, con la vista fija en la lejanía—. Tenéis mucha razón ban cambiado los árboles durante los últimos tres días. Ahora sé por qué dicen que retoñan. -Sí. -Mira por la ventana, el espectáculo es magnífico. Por fin ha llegado la primayera. -En Viena hubiera llegado hace tiempo. Sebastian Wilfing se volvió hacia su futura suegra, de pie en el umbral. —Lleváis razón, señora madre. Pero algunas cosas son más bonitas cuanto más se hacen esperar, ¿verdad? ¿No te parece, Agnes? —Sí. Agnes percibía la desesperación cada vez mayor de su novio. Permaneció inmóvil, advirtiendo las oleadas de antipatía que irradiaba su madre y que ella notaba aunque las separara toda una sala y Agnes le diera la espalda. Nada lograba penetrar en la sima de rechazo en cuyas profundidades yacía Agnes Wiegant, devorada por los monstruos que

habitaban allí abajo: el desprecio por sí misma, el arrepentimiento y la certeza de haber dilapidado su futuro. — 383 — Como nuestra boda, por ejemplo. He esperado todo el invierno, y ahora por fin... Pascua cae dentro de cinco semanas... La voz de Sebastian Wilfing se parecía cada vez más a la de su padre. Agnes se lo imaginó respondiendo a la pregunta del sacerdote:... «¿Y tú, Sebastian Wilfing, quieres tomar a la aquí presente Agnes Wiegant como legítima esposa, amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?» Y él contestaría con un chillido de cerdo. La idea le revolvía el estómago. —¿Por qué no miras hacia fuera?, el mundo se ha vuelto muy bonito —dijo Sebastian Wilfing, y carraspeó.

Había rechazado a Cyprian. Había venido hasta Praga y ella reacción fue echar a correr hacia él sólo vestida con su camisola. Pero entonces él empezó a hablar de su tío y del encargo que primero debía cumplir. La cólera encendió una Uamita en el cuerpo que yacía en el frío de la sima, pero esas Uamitas sé fueron apagando y ahora la cólera sólo le provocaban lágrimas que Agnes intentaba disimular. ¿ Cuánto tiempo llevaba sufriendo desde que saltó del carruaje de Cyprian? ¿Una semana? Y desde entonces él no había dado señales de vida, ni siquiera había intentando comunicarse con su criada. Estaba harto de ella. —Déjala en paz —oyó que decía su madre—. No sabe la suerte que tiene de que quieras casarte con ella pese á todo, Sebastian. No te merece. —No debéis decir semejante cosa, señora madre. Me considero dichoso de ser su felpudo. —Agnes oyó su voz sonriente y falsa. I Qué podía hacer? El hombre que amaba había dado más importancia a su tío y a algún oscuro encargo que al amor por ella, e incluso suponiendo que eso ya no se interpusiera entre ambos, seguía existiendo el hecho de que ella le había demostrado. Por lo visto, él había demostrado la misma falta de amor, y lo había rechazado. Por lo visto, él había en—384 — tendido el mensaje. De lo contrario, ¿por qué no daba señales de vida? El hombre con el que se casaría y

compartiría su vida le resultaba insoportable. Sintiera lo que él sintiese, ella consideraba que todos sus sentimientos eran corruptos, y aunque no lo fueran, se habrían malogrado debido a la repugnancia que le provocaban. Sebastian había intentado que apatizaran a Cyprian y cuando salió perdiendo, se encargó.de que Cyprian se pudriera en la cárcel con la ayuda de sus amigos. ¿Qué le haría a ella, la primera vez que se opusiera a sus planes? Si lo rechazaba durante la noche de bodas, por ejemplo, ¿le pegaría hasta que cediera? ¿O en ese caso también recurriría a la ayuda ajena? ¿Se retiraría con la obligada cortesía y dignidad que demostró desde que llegaron a Praga, y al día siguiente exigiría a sus suegros que hicieran entrar en razón a su hija? —¿Tienes frío, querida mía? ¿Dónde están esos holgazanes? ¡Encended el fuego de la chimenea, maldita sea! ¿Qué podía hacer? Montar un escándalo en la iglesia contestando: «¡No, no quiero!» El resultado supondría volver a la casa de sus padres hasta que éstos decidieran quitársela de encima encerrándola en un convento. Dos prisiones una tras otra... y el corazón roto de su padre.

«¿Por qué no huiste conmigo, Cyprian? —pensó—. Aquel día, junto a la puerta de Kárntner, deberíamos habernos agarrado de la mano y abandonado la ciudad en vez de ser sensatos y postergar la huida hasta el día siguiente. Y si hubiéramos muerto de hambre en el camino, al menos habríamos muerto juntos. Aunque no llegáramos a nuestro destino,

«¿Por qué no huiste conmigo, Cyprian? —pensó—. Aquel día, junto a la puerta de Karntner, deberíamos habernos agarrado de la mano y abandonado la ciudad en vez de ser sensatos y postergar la huida hasta el día siguiente. Y si hubiéramos muerto de hambre en el camino, al menos habríamos muerto juntos. Aunque no llegáramos a nuestro destino, al menos lo habríamos intentado juntos. Teníamos una oportunidad, pero no la aprovechamos.» ¿ Qué podía hacer? —Sí —dijo, Al percibir el desconcierto de los otros, se volvió. Sebastian y su madre intercambiaron una mirada significativa. »¿Qué has dicho, Sebastian? —se obligó a preguntar. — 385 — —Nada, querida mía. De repente se le ocurrió la solución. Clavó la mirada en los rostros de su novio y de su madre, y se preguntó cómo se las había arreglado para encontrar la solución en esos rostros. Pero a lo mejor no la encontró allí sino en su fuero interno; siempre había estado a su alcance y, gracias a un pequeño desplazamiento interior, ahora la veía. O tal vez se debía a que de pronto había recordado la conversación sobre nuevos mercados entre su padre y ambos Wilfing. —Perdonad, estaba pensando —dijo y sonrió con tanta dulzura que su novio automáticamente la imitó. Agnes se volvió hacia la ventana—. Es verdad, hace muy buen tiempo y es como si el mundo volviera a abrirse y uno tuviera ganas de salir..., de echar a correr y no detenerse hasta llegar al fin del mundo. Sebastian Wilfing parecía la sorpresa personificada, embargado por el desconcierto y la esperanza. —Sí —chilló, como un cerdito.

— 386 — 13 El hombre ardía, así como debió de haber ardido Judas Iscariote al correr hacia el templo con su saquito lleno de monedas de plata para reunirse con los saduceos, albergando la desesperada ilusión de anular lo que había fracasado y Melchior Khlesl se preguntó si debería desear que el hombre que tenía ante

Padre Hernando de Guevara —dijo el obispo Melchior en su excelente latín apoyando las manos en la mesa—. He de confesar que no he comprendido perfectamente, y sobre todo una cosa: el hombre joven sentado en la silla de las visitas tenía la muerte de dos Papas sobre su conciencia. Los ojos aumentados por las lentes parpadearon. —No puedo enmendar lo que he hecho —gimió el padre Hernando—, pero puedo impedir que mi culpa sea aún mayor. Necesito vuestra ayuda, Ilustrísima. — 387 — ¿Por qué la mía, precisamente? —Sois el hombre que vi cuando el Santo Padre entró en el colegio. Os saludé con la cabeza. —¿El papa Inocencio? ¿El cardenal Facchinetti? —Y vos le ayudasteis cuando él... —Murió —dijo el obispo Khlesl, y nadie habría notado que hacía crujir los dientes. —Hice averiguaciones y obtuve vuestro nombre, Ilustrí-sima. —Y ahora estás aquí. De Roma a Viena en un par de días. Un viaje agotador, padre. A principios de primavera, a lo largo de caminos que sólo se diferenciaban de los campos circundantes porque uno no se hundía en el fango más allá de los tobillos. Pero los dominicos disponían de una amplia red de conventos y claustros, y los miembros de la Orden que gozaban del permiso de desplazarse por el mundo se caracterizaban por ser capaces de soportar los viajes más agotadores sin pestañear, incluso sin desayunar y con una sola copa de agua caliente como único sustento. —Sólo debo permanecer con vida hasta haber cumplido con mi misión.

sí también fracasara. Este hablaba en español con un deje de latín que se evidenciaba en las duras consonantes. Sus anteojos estaban tan pringosos que sus ojos, agrandados por los cristales, parecían afectados de cataratas. El obispo sospechó que veía a través de ellos pese al pringue; una mirada como la suya era capaz de penetrar una pared. —

—Ahora llegamos a la parte que no he comprendido —dijo el obispo. —Por favor, Ilustrísima... —El desdichado monje alzó ambas manos—. Estoy seguro de que el Santo Padre os abrió su corazón. El qbispo Melchior guardó silencio. —¡La quemaré! —exclamó el padre Hernando—. Si fuera necesario me lanzaré a las llamas junto con ella. Si fuera necesario, quemaré toda la comarca, sólo para asegurarme de que deje de existir. —Hummm —musitó el obispo, con el corazón en un puño. —Es la obra del diablo, y nadie puede enfrentarse a ella y salir airoso —dijo el padre Hernando—. Los planes de Dios no incluyen la derrota del diablo. Sólo podemos renunciar a — 388 — él, eso es todo. El cardenal de Gaete y el cardenal Madruzzo... ya no sé si realmente quieren destruir el libro.

Se restregó la cara con ambas manos y los anteojos se deslizaron hacia abajo dejando dos marcas rojas en sus mejillas. Clavó la mirada en el obispo. Con sus gafas torcidas, la cara manchada de mugre, la tonsura mejera impreso enhoquecido huido de las mazmorras del Vaticano.

—¡Perdóname, Dios mío, ya me he mezclado con el diablo! —gimió. Tras el rostro impasible del obispo Melchior sus ideas se arremolinaban. ¿Acaso el destino un cómplice? Pero un cómplice como en ingún idiota, se las había arreglado para encontrarlo. Si hacía caso omiso de él, el dominico se limitaría a seguir adelante y se convertirá en una pieza imprevisible en esa diabólica partida. Sería mejor intentar dirigirlo, aunque sospechaba que eso equivaldría a conducir a un elefante enloquecido a través de la colección de porcelanas del emperador. Tenía que encargarle una tarea, una que lo mantuviera al margen de los acontecimientos. —Bien —dijo el obispo — He ideado algunas cosas, cosas en las que no creo, personalmente. El monje dominico calló. Sus lentes lanzaban un brillo apagado. No trató de convencer al obispo de que cambiara de opinión y eso hizo que Melchior Khlesl comprendiera que había algo que el monje se tomaba en serio: no quería que la Biblia del Diablo cayera en manos de la humanidad. —Tu hermano in dominico, ¿se encuentra en Praga? Me temo que en el centro del ago hay una isla. —El obispo avenzó a tevas de su uversón personal de la vuersón perso

Pero...—No me detendrán, ni siquiera si las vigila el cancerbero del infierno en persona. —No hay tal cancerbero, padre. Pero hay toneladas de fango endurecido que ocupan todas las catacumbas desde la última inundación.

Deberías abrirte paso con pico y pala. Si es verdad que el maldito libro reposa allí, puedes olvidarte de él.

Nadie es capaz de llegar hasta él. — 390 — Bajando los párpados, el obispo contempló al padre Hernando y aguardó a que mordiera el anzuelo. Esperaba de todo corazón que lo hiciera. No quería ser el responsable de su muerte, porque eso habría supuesto que procuraba proteger al mundo de la Biblia del Diablo con los mismos métodos representados por la maldita obra. Debo aceptar ese riesgo, Ilustrísima —susurró el dominico—. Si debo excavar, excavaré. No descansaré hasta que vea cómo arde en llamas con mis propios ojos. ¡Excavaré, aunque me lleve cien años! —Rezaré por ti. —¿Dónde está esa iglesia? El obispo Melchior plegó las manos y se permitió una sonrisa. Parecía expresar compasión, pero lo que realmente sentía era un profundo alivio. Empezó a describirle al dominico el camino a la iglesia de Heiligenstadt lo más detalladamente posible. — 391 — 14 El padre Xavier percibía los acelerados latidos de su corazón bajo la palma de la mano. Le acarició la cabeza y el cuello con el pulgar en movimientos lentos y casi cariñosos. Devolvió la mirada de los temerosos ojos negros y sonrió. Percibía los huesos y éstos le revelaban que estaba acariciando un cuerpo que podría haber aplastado con la mano; reprimió la agitación que esa idea le provocó. Poco a poco, los latidos se tranquilizaron y el delicado cuerpo se relajó. La resistencia de las garras calientes y secas se aflojó. El padre Xavier volvió la paloma mensajera de espaldas y quitó el mensaje que llevaba enrollado en la pata. Después la soltó. La paloma agachó la cabeza pero entonces descubrió el montoncito de granos encima de la mesa y se acercó. El padre Xavier se dispuso a descifrar el mensaje. Un poco después su mirada se perdió en el vacío mientras la paloma picoteaba.

El rítmico golpeteo del pico del ave era como el tic tac de un reloj. Era contagioso. El padre Xavier se dio cuenta de que estaba tamborileando en el viejo pergamino —sobre el cual acababa de garabatear el mensaje descifrado— con los dedos. Acercó la vela, arrancó el texto y lo sostuvo sobre la llama. Antes de encenderse y de que las letras se convirtieran en humo, el pergamino se arrugó. El padre Xavier volvió a leerlas antes de que el fuego las consumiera. — 392 — «CK y AVL Observados desde lejos. Misión en P fracasada. Ni rastro de lo no supiera de qui era un ser aum ser y observó cómo la llama consumía la última letra del mensaje, una «Y». Dejó caer el último trozo del pergamino en la mesa y observó cómo se convertía en ceniza. «Y». Ella firmaba todos los mensajes con una «Y», como sí en la mensaje con una expurica de qui era un ser minito?» El padre Xavier observó cómo se convertía en ceniza. «Y». El padre Xavier no existía una gran diferencia entre ambos. La pregunta por su hijo siempre formaba parte de los informes de Yolanta Melnika. El padre Xavier sonrió. Mientras siguiera teniendo esperanza, haria todo lo que él qui siera. Cogió algunos granos y la paloma se encaramó a su mano.

Mientras continuaba picoteando, él le acarició las plumas grises y lisas. El único resultado del viaje atentamente vigilado de Cyprian Khlesl al sur de Bohemia había sido la certeza de que ahora al menos existía un lugar en el que ya no era necesario que él, el padre Xavier, siguiera buscando, además de incluir mucha información sobre los sentimientos de Andrej von Langenfelsj que se había convertido en el acompañante de Cyprian de manera tan inesperada. El padre Xavier sonrió. —Cuando ya no te necesite —susurró. — 393 — 15 Si uno le preguntaba al párroco de la iglesia de Heiligens-tadt cómo se encontraba, siempre contestaba que los años habían sido buenos con él; después plegaba las manos sobre el vientre y añadía: —Demasiado buenos, hijo mío, demasiado buenos.

De muy joven, cuando era capellán, se lo había visto hacer al párroco de aquel entonces y le pareció una expresión de modestia, de alegría de vivir y de un dichoso sometimiento a las decisiones de lo dopoderoso. Había olvidado que el vientre del pué recibía como respuesta de algún miembro de la parroquia, alguien tan flaco como él porque la última inundación lo había despervoisto de todo lo que peraceo no sen enjuta figura. A vecese lo desconceraba la sonrisa cínica que recibía como respuesta de algún miembro de la parroquia, alguien tan flaco como él porque la última inundación lo había despervoisto de todo lo que peraceo no sen enjuta figura. A veces lo desconceraba la sonrisa cínica que recibía como respuesta de algún miembro de la parroquia, alguien tan flaco como él porque la última vez. Las consonantes de la nave. El parroco como proyectiles a través de unas gafas tan sucias que podría haber contemplado el sol sin correr ningún peligro. El recién llegado no dio muestras de disponerse a preguntar le por su bienestar. —¿Díado está el lago subterráneo? —preguntó en vez de — 394 — saludarlo. Las consonantes la través de la miera de nos ningún peligro. El recién llegado no dio muestras de disponerse a preguntar le por su bienestar. —¿Díado e conduce? El párroco como como proyectiles a través de la nave. El párroco como contra las parecides consonantes de la pover que al la pient. —¿El lago subterráneo? —preguntó el los algún en través de la lator miera de la parce de la lator de la pover que la parecida condenada pareta. —¿Cómo puedo ayudarte, hermano? El dominico terá de la tantos meses. — A hingun parte — dijo. "¿Cómo puedo ayudarte, hermano? El dominico teró del picaporto pexplicó el al titima vez. — Abrela. — Después de la latitima vez. — Abrela. — Después de la diltima vez. — Abrela. — Después de la diltima vez. — Abrela. — Después de la diltima vez. — Les párroco. Sola despertars de noche cervendo que alguien pistoce de unido de párroco, y después de decir de párroco, porque le parecía que primero debía

¿«La última vez»? —Sí —contestó el párroco, simulando indiferencia—. La última vez. Una joven quería bajar las escaleras. Me preguntó lo mismo que tú. ¿Acaso la conoces?
—preguntó, invadido por una repentina sospecha. El dominico remontó los peldaños. El párroco no había visto que se ponía de pie. Cuando su mirada se cruzó con la del hombre desastrado, empezó a retroceder. El dominico lo siquió. El párroco chocó contra el altar con el trasero y se detuvo; su cuerpo se curvó hacia atrás y el dominico se inclinó por

tartamudeó. — 397 — 16 Pavel se quitó el manteo gris y lo plegó cuidadosamente; después ayudó a Buh, que siempre se quedaba enredado. Inspiró el aire frío y rancio del convento: una inspiración profunda como la de alguien que durante las últimas horas casi no había tomado aliento, al igual que Buh. Se habían dirigido a la ciudad de madrugada, los negros hábitos ocultos bajo los manteos grises. De esta guisa a primera vista parecían dos monjes normales, dos cofrades que recorrían las callejuelas para comprobar si alguien requería ayuda. En esos días nadie miraba dos veces a nadie, porque de hacerlo quizá comprobaría que la persona con la que uno acababa de cruzarse estaba apestada y eso podría provocar una angustiosa pregunta: «¿Acaso me habré contagiado a través de ese contacto fugaç?», y encima uno tendría la certeza de que nadie estaba a salvo. Pero en tanto que uno se limitara a atravesar apresuradamente la ciudad y lograra evitar los carros de los enterradores, en tanto que ningún miembro de la familia más inmediata hubiera fallecido y uno hubiera eludido cualquier contacto con los demás para no tener que enfrentarse a la pena de sus conciudadanos..., resultaba posible conservar la ilusión de que a lo mejor uno se salvaría.

Era evidente que la cifra de quienes mantenían esa actitud se reducía cotidianamente. — 398 — — Mal... mal...

mal —tartamudeó Buh, mientras Pavel se ponía de puntillas y le alisaba la tonsura. —Sí —dijo Pavel—.

Malos tiempos. El abad Martin se había negado a los ruegos de Pavel durante mucho tiempo, pero éste no había aflojado. Así que desde hacía poco una vez a la semana dos custodios, camuflados bajo sus manteos grises, abandonaban el convento durante un par de horas, recorrían la ciudad y después regresaban. Siempre eran dos. Se protegían

encima de él. Sus respectivas narices chocaron entre sí. El párroco oyó el crujido de su columna vertebral. —¿Quién es ella? —susurró el monje. El otro estaba convencido de que había llegado su hora. Se le quedó la mente en blanco y su vejiga se habría vaciado si hubiera contenido el líquido suficiente. —¿Así que tú tampoco la conoces? —

Malos tiempos. El abad Martin se había negado a los ruegos de Pavel durante mucho tiempo, pero éste no había aflojado. Así que desde hacía poco una vez a la semana dos custodios, camuflados bajo sus manteos grises, abandonaban el convento de que, mediante esta medida, lograría evitar que volviera a ocurrir lo mismo que hacía veinte ancia como fantasmas mientras él se revolcaba en su catre entre gemidos. Soñaba con la mujer del cráneo destrozado dando a luz al niño en su último estertor... Esta vez descendieron por la ladera a lo largo de la cual la ciudad de Braunau se extendía debado en los mujer del cráneo destrozado dando a luz al niño en su último estertor... Esta vez descendieron por la ladera a lo largo de la cual la ciudad de Braunau se extendía desde el convento hasta el río, atravesaron la puerta de Nieder apenas vigilada y remontaron la empinada ladera opuesta hasta la iglesia de la Virgen María y su cementerio. Buh andaba con el ceño fruncido, pero sin decir nada. Si Pavel consideraba adecuado visitar una iglesia en la que desde hacía una solo serían marion años los protestantes de la fec atólica como saños los protestantes de la fec atólica como saños los protestantes de la fec atólica como la de la de ciudad. Permanecieron allí durante más de dos horas, observando la agonía de Braunau. — 399 — Al vagar por la iglesia de madera, Buh había encontrado una hilera de tablas votivas. Hechizado por aquellas letras ilegibles, se quedó de pie mirándolas fijamente, hasta que legó Pavel y le leyó el texto, qué trataban de las inundaciones de 1570, de las dos hambrunas occurridas ese mismo año y un año después, de las epidemias de lepra de 1582 y 1586 que causaron más de mil muertos. Una de las tablas acababa con una oración: «El Dios eterno quiso apartar su ira de nosotores por los etabas encoberados por la gue acabilidado a la herian los católicos por aferrarse a las perversas prácticas papistas. TanLo la fevendadora por la peste..

Los habitantes de la ciudad moribunda estaban más allá de semejantes emociones. Pavel vio que uno de los monjes del convento estaba en el vestíbulo; Pavel le sonrió, aunque fue inútil; todos quienes tenían una relación con él o con los demás custodios adoptaban una expresión pétrea e irradiaban el deseo de encontrarse en el otro extremo del convento. La sonrisa resultaba inútil frente a ese estigma —el único don que Dios le había otorgado a una criatura llamada Pavel— y que obligaba a casi todos a devolvérsela. —El reverendo padre abad desea hablar contigo.

Pavel asintió con la cabeza y se dirigió a la escalera que conducía a las entrañas del convento. —Ahora —dijo el monje, con la voz enronquecida por la cólera ante el rechazo.

Pavel intercambió una mirada con Buh. —A solas —dijo el monje. —Informa a los hermanos —le indicó Pavel a Buh. —B... b... bien—contestó éste.

Pavel se volvió hacia el monje enviado por el abad Martin, esforzándose por volver a sonreír. —Después de ti, hermano —dijo. El enviado del abad se alejó sin mirarlo; la sonrisa de Pavel se desvaneció. Siguió al cofrade y el corazón le latía dolorosa-mente con cada paso que daba.

El abad parecía estar a punto de desmayarse. El monje que lo había acompañado inclinó la cabeza y se alejó. El abad Martin disponía de la sala capitular, de una estancia confortable situada en la zona más exterior del convento destinada — 401 — a recibir a los huéspedes seglares y de otra más pequeña para los miembros de la comunidad, situada junto a la entrada al refectorio. Sin embargo, hizo venir a Pavel a su propia celda. El abad estaba junto a la ventana, como si necesitara de la luz diurna para comprobar que la realidad seguía existiendo. Guardó silencio hasta que se encontraron a solas. El monje había cerrado la puerta. El silencio era de esos que provocan un zumbido en los oídos.

Pavel sólo oía el latir de su corazón. Vio que él abad se disponía a hablar, pero luego volvió a enmudecer. El joven custodio percibía la conmoción de su superior como si fuera propia. —Que la paz del Señor sea contigo, reverendo padre —musitó finalmente, y más que un saludo, suponía un deseo. —¿Aún recuerdas al hermano Tomás? —preguntó el abad. Estaban separados por la longitud de la celda. El abad Martin parecía una estatua gris y encorvada, iluminada por la luz que penetraba a través de la ventana. Pavel era una sombra junto a la puerta.

¿Crees que hice lo correcto? No lo sé, hermano Pavel. Pavel titubeó, pero cuando se acercó al abad vio que tenía los ojos enrojecidos. Los dolorosos latidos de su corazón no habían cesado, pero ahora su temor y sus oscuros presentimientos se combinaron con una intensa compasión y ese sentimiento ahogó cualquier duda. Fuera cual fuese él deseó del abad, él lo cumpliría. —Reverendo padre, ¿por qué lo recordáis precisamente — 402 — íhora? Hace tiempo que el hermano Tomás está junto al Señor, V Éste le ha perdonado, así como nos perdonará a vos y a todos nosotros. Las manos del abad surgieron del hábito debajo del cual 1 is había ocultado y se aferraron a las muñecas de Pavel. Estaban heladas.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza como un orate—, no, no, ¡NO! El hermano Tomás está vivo. Está aquí. Ha venido a Braunau. Agoniza y desea mi absolución, ¡pero me falta valor para acudir junto a él y enfrentarme al pecado que yo mismo mandé cometer! —¡Callad, reverendo padre, callad! El grito del abad resonó en la celda y en los pasillos del L

onvento. Las ideas se arremolinaban en la cabeza de Pavel y, antes de que su voluntad pudires impedirlo, habló impulsado por sus sentimientos. —Os acompañaré, reverendo padre —dijo. Este también es un asunto que concierne a los custodios.

Las lágrimas bañaban los ojos del abad. Pavel se arremolinándose, pero ahora sólo giraban en torno a una pregunta: ¿qué habría inducido al viejo Tomás a regresar a Braunau? Pavel tenía claro que no sólo se trataba de que se sintiera próximo a la muerte y no quisiera morir sin la absolución. «¿Por qué has venido, hermano Tomás, por qué?» Al ver al anciano tendido en el lecho que le prepararon en un rincón del dormitorio, Pavel supo que lo único que mantenía con vida a ese cuerpo era la locura. Tomás había permanecido en Podlaschitz junto con otros dos hermanos. Estaba allí cuando Johannes, el abad de Braunau, murió y el prior Martin heredó su cargo. Se habían generado muchas discusio— 403 — nes cuando este último anunció que quería llevar la Biblia del Diablo a Braunau, pues tras la masacre, consideraba que en Podlaschitz ya no estaba segura. El superior de los custodios de aquel entonces intentaba galopar, como si quisiera morir sin la destructiva de las riendas del mulos. El trayecto fue una pesadilla. Sujetaron dos largos palos al correaje de los mulos, y estos arrastraron el arcón entre ambos. El mulo delantero intentaba galopar, como si quisiera huir del trasero mantenía los cascos clavados en el la piel y azotaron al mulo trasero hasta cubrirle los flancos de verdugones. Pavel vio el pánico reflejado en los ojos de los animales y la visión lo consternó, pero guardó silencio. Al final fue Buh quien, tras un prolongado monólogo de palabras entrecortadas e

también se tranquilizó en cuanto éste se hubo interpuesto entre él y el arcón.

Buh caminó de espaldas durante casi todo el trayecto y no se detuvieron, ni siquiera cuando se hizo de noche. Dos días después, cuando llegaron a Braunau, de algún modo quedó claro que Pavel y Buh eran los principales responsables de que el arcón hubiera llegado a destino. Se detuvieron en la parte inferior de la ciudad, justo debajo de la empinada roca coronada por el convento, desensillaron los mulos —porque éstos preferían morir a golpes antes que dar un solo paso más—, cargaron con el arcón y lo transportaron a lo largo del sendero que ascendía entre los fosos naturales situados entre los jardines del convento y el edificio princi— 404 — pal, pasaron por debajo del puente de madera y llegaron hasta la entrada. El abad Martin los hizo esperar ante el portalón mientras él entraba al convento/Cuando volvió a salir, el patio de entrada parecía vacío y muerto.

Siguiendo las indicaciones de Martin, descendieron por una escalera con el arcón y fueron a parar a los antiguos pasadizos situados por debajo del convento. Después jamás volvieron a saber nada de Podlas-chitz ni de los hermanos que permanecieron allí. Era como si una época hubiera llegado a su fin.

incomprensibles, encontró la solución. Se colocó entre los palos justo detrás del arcón y delante de la cabeza del mulo trasero, se volvió hacia éste y empezó a acariciarlo. Pavel lo imitó, y se colocó delante de la cabeza del mulo trasero, se volvió hacia éste y empezó a acariciarlo. Pavel lo imitó, y se colocó delante de la cabeza del mulo trasero, se volvió hacia éste y empezó a acariciarlo. Pavel lo imitó, y se colocó delante de la cabeza del mulo trasero, se volvió hacia éste y empezó a acariciarlo.

Entretanto, Pavel había comprendido que para el abad Martin esa época nunca había acabado; Podlaschitz siguió supurando en su corazón, una herida que se pudría y no cicatrizaba. Los ojos de Tomás estaban abiertos, su mirada estaba clavada en el abad esquivando a los hermanos que lo rodeaban. —Diles que se marchen, reverendo padre —dijo a guisa de saludo. Su voz era como el susurro del viento entre la hierba seca. Los hermanos murmuraron sorprendidos. Habían visto los suficientes moribundos como para saber que el hermano Tomás se moría y, ateniéndose tanto a las reglas del convento como a las de la humanidad, se habían reunido para acompañarlo en su último camino. —Haced lo que ha dicho, hermanos —murmuró el abad. Los monjes salieron con la dignidad de los ofendidos. Ciertas cosas provocaban la indignación, incluso cuando ante las murallas se amontonaban los cadáveres de los apestados. Pavel se quedó atrás. La mirada de Tomás se posó sobre él. —También a esa burla para con san Benito —susurró Tomás, señalando a Pavel, que palideció. —El hermano Pavel se queda —dijo el abad Martin; aunque intentaba hablar entono decidido, su voz parecía un gemido. —El y sus semejantes tienen la culpa... —empezó a decir Tomás, pero un ataque de tos lo interrumpió. Después volvió a ;; caer en el lecho con los ojos y la boca abiertos, y no se movió. — 405 — Pavel dio un paso hacia delante para asegurarse de que el anciano realmente estaba muerto. El abad Martin se inclinó encima del lecho. Tomás alzó la mano y aferró la casulla de Martin. El abad ahogó una exclamación. Tomás lo arrastró hacia sí. Pavel se acercó de un brinco para liberar al abad de la mano del moribundo, pero entonces oyó el susurro de una voz seca: «Confíteor dei...» —Alivia tu alma, hermano mío —dijo el abad con voz temblorosa. —Podlaschitz ha muerto —dijo el anciano. Hablaba en voz tan baja que el abad tuvo

que acercar la oreja a su boca, pero en la cabeza de Pavel cada palabra resonaba como un grito—. Yo fui el último. Quienes aún están allí siguen vivos, pero están muertos. Pavel dejó caer los hombros. La compasión que sintió por el abad de pronto incluyó a Tomáá.

El anciano no estaba en su sano juicio. Había superado el viaje desde Podlaschitz para no morir en pecado, y ahora su resistencia le hacía una jugarreta. Si ése era el tipo de broma amada por Dios, entonces su humor era negro. El abad le lanzó una mirada de soslayo. No sabía qué hacer. —Los abandoné —susurró el anciano—. Se apoyaron en mí, pero yo los abandoné. —Dios te perdonará —murmuró el abad—. Te marchaste con el fin de preparar tu alma para la eternidad.

Ése es él santo deber de... —Escúchame, reverendo padre —jadeó Tomás, incorporándose aferrado al hábito de Martin, pero volvió a caer de espaldas en el catre—. Ya he expiado la maldad que cometí con mis congéneres. He habitado entre las almas olvidadas por Dios. —Ego te absol... —empezó a decir el abad. —Pero cometí un pecado contra san Benito —musitó—. ¿Puedes absolverme también de eso, reverendo padre? ¿Puedes? ¿PIJEDES?

•—406 ——No lo sé —dijo Martin, a quien el último grito de Tomás había sobresaltado. —Eres el único que puede hacerlo, reverendo padre, ¡PORQUE TÚ TIENES LA CULPA DE QUE LO HAYA COMETIDO! El anciano se agarraba al hábito del abad, obligándolo a arrodillarse. Pavel se acercó,

maldito libro. Sabían dónde había estado antes. —¿Qué has hecho, hermano Tomás? —¿Me has oído, reverendo padre? Dos hombres preguntaron por el libro.

Todos tus esfuerzos fueron inútiles. No lograste borrar la huella de la Biblia del Diablo. Antes o desés, alguien vendrá aquí y tendrás que volver a dar la orden de cometer asesinatos. El abad Martin agarró la descarnada muñeca de Tomás. Sus nudillos estaban blancos. — 407 — ¿Qué has hecho, hermano? —gimió. —¡OBOEDIENTIA! —rugió el anciano de repente—. ¡He infringido la orden! ¡Obediencia! ¡No pude obedecer, reverendo padre! ¡Estoy condenado, y la culpa es tuya! El abad le lanzó una mirada estremecedora a Pavel y éste deseó poder contradecir la comprensión reflejada en los ojos del superior del convento, deseó poder tranquilizarlo, decirle que había llegado a conclusiones falsas. Pero habría sido una mentira. —No hizo matar al niño —dijo y su propia voz le pareció la de un extraño—.

Lo dejó con vida. El niño es el único indicio de lo que ocurrió, y ahora está allí fuera y busca la verdad. —Es algo que no podemos saber —balbuceó el abad. —La pregunta es —dijo Pavel y su voz le pareció todavía más extraña— si podemos arriesgarnos a no saberlo.

—Reverendo padre —musitó Tomás—. He infringido la quinta regla de Dios y en el instante en el que me lo encargaste, también me condenaste. Martin clavó la mirada en el anciano monje. —¿Acaso quisiste advertirme? —preguntó—. ¿Es por eso que has venido..., para advertirme? ¿Quiénes eran esos hombres? —He venido padre. Pavel se puso al lado del abad y le apoyó una mano en el hombro'.

En aquel entonces? Martin bajó la cabeza. Presa del espanto, Pavel vio que el rostro del abad se descomponía. —Sí —musitó el abad. —Oboedientia. ¿Sabes qué significa, reverendo padre? —No es culpa tuya, hermano Tomás. Sólo mía. Sólo yo soy responsable de derramar la sangre de ese inocente, no tú... —¡Oboedientia! Yo la infringí, reverendo padre. ¡Tú me obligaste y yo infringí la obediencia! Pavel tragó saliva y se llevó la mano a la garganta. El horror que lo invadía anuló el espanto que le provocaba por los cientos de muertos por la peste que llenaban las callejuelas. —Dos hombres acudieron a Podlaschitz —dijo el anciano; su voz era casi inaudible—. Dos hombres. Preguntaron por el

El abad se volvió. La mano del viejo Tomás casi de desgaraba el hábito. Martin tiraba de la delgada muñeca como un poseído. — 408 — ¡Diles la verdad a los serlo. Hemos de hacer algudo el momento. Dios mío, ha llegado el momento., ... — Reverendo padre... — empezó a decir Pavel. — ¡Suéltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. ¡Bueltame! — gimió Martin, tirando de la mano de Tomás. Intentó ponerse de pie pero volvió a caer de rodillas junto al moribundo. — giunto al moribundo. — giunto al moribundo. — giunto al mento intention a decir Pavel. — empezó a decir Pavel. — empezó a decir Pavel. — più de decir Pavel. — giunto al moribundo. — giunto a decir Pavel. — empezó a decir Pavel. — più de decir Pavel. — più de decir Pavel. — giunto al moribundo. — giunto al moribundo en decir Pavel. — empezó a decir Pavel. — più de decir Pavel. — giunto al moribundo en decir Pavel. — giunto al moribundo en decir Pavel. — giunto al moribundo en decir Pave

A Pavel repentinamente se le apareció la imagen del abad en la iglesia de Podlas-chitz, desplomado cometer el asesinato.

Pero esto era peor. Era como si Martin sé hubiera congelado por dentro. Pavel lo siguió lentamente. Antes de abandonar el dormi— 409 — torio, se dio la vuelta. El hermano Tomás ya sólo era un montón de sombras en la oscuridad; alguien que ignorara dónde reposaba no lo habría visto. «Sólo es un olvidado bulto de tela basta», pensó Pavel y sin embargo, ese bulto acababa de destrozar su mundo. — 410 — 17 Yolanta se sentó junto al fuego de la chimenea. Su acción se debía a la costumbre más que al frío, porque no acercó las manos y los pies a las llamas.

pero el abad le indicó que se alejara e intentó liberarse de la mano de Tomás, pero ésta era como una tenaza de hierro. —¿Recuerdas lo que me ordenaste hacer allí?

Podría haber sido una muñeca de tamaño natural que alguien hubiese colocado allí. El padre Xavier la contemplaba sin inmutarse.

No se había equivocado: gracias a algunos cuidados y a la buena comida, la delgada criatura se había convertido en una belleza. El padre Xavier había mandado disponer una jarra de vino y dos copas, que ya había llenado.

No tenía intención de beber ni un solo trago, pero las personas bebían con mayor facilidad si creían tener compañía. El baber escanciado el vino no era un gesto amistoso sino un medio de eliminar su desconfigura. Con una mezcla de fastidio y secreta satisfacción, comprebó que ella no ha

No tenía intención de beber ni un solo trago, pero las personas bebían con mayor facilidad si creían tener compañía. El haber escanciado el vino no era un gesto amistoso sino un medio de eliminar su desconfianza. Con una mezcla de fastidio y secreta satisfacción, comprobó que ella no había caído en la trampa. —¿Cuándo recuperaré a mi hijo? —
preguntó la joven. —¿Llamaste la atención de alguien? Yolanta calló. El padre aguardó pacientemente. —¿Quién me prestaría atención? —preguntó ella por fin en tono amargo—. ¿Cyprian Khlesl y sus compañeros de viaje? ¿Uno de los apestados, mientras permanecía tirada en su viejo granero en medio de la mugre y a punto de morir? —¿En Chrast? ¿En Chrudim? — 411 — —No. La gente de allí creía haber incomunicado por completo la comarca, pero hay tantos escondrijos que los apestados lograban escapar por docenas de su encierro con sólo proponérselo. Cyprian y An3rej no tuvieron que esforzarse para entrar y salir sin ser vistos, y yo tampoco. —Asombroso —dijo el padre Xavier. Yolanta

-¿Cómo podría haberlo olvidado, reverendo padre? —Pequé contra Dios, contra el niño —dijo el abad; su voz parecía un sollozo—. Hice lo correcto, y sin embargo fue un pecado, —Hicisteis lo correcto, reverendo padre, y eso es lo que cuenta. —No lo sé.

comprendió la insinuación. —Esperanza —dijo—. Incluso en mi celda del convento tenía esperanza y la madre superiora no hablaba de otra cosa. Un apestado no tiene esperanza. ¿Qué podría esperanza —dijo—. Incluso en mi celda del convento en el que un monje fue emparedado para que el mismísimo Satanás le dictara su testamento.

El convento ya no existía. ¿ Habría acabado con él una patada del diablo? Cuando los romanos quisieron arrasar Cartago derramaron sal en la tierra para destruirlo para siempre. Era muy posible que la peste y la podredumbre del diablo fueran los equivalentes de la sal.

El padre Xavier estaba convencido de que la Biblia del Diablo había estado allí, y ahora lo que era seguro es que ya no estaba. El viaje había sido tanto en vano como sumamente revelador. —Lo has hecho muy bien —se oyó decir, y se asombró de sí mismo. —¿Cuán, sería su propia agente joven y bonita que la serviría para enterarse de lo que trama—una mirada en la que ardía la ira. Al principio siempre hubo lágrimas en sus ojos, pero habían sido reemplazadas por el odio y Yolanta no se molestaba en disimularlo. Durante un sueño: la llevaría a España, su propia agente joven y bonita que le serviría para enterarse de lo que trama—ta la podría hacerse con cualquier niño de la casa de expósitos y decirle que era el suvo; tenía la certeza de que ella no notaría la diferencia y aunque no fuera así, su amor de madre reprimirá toda desconfianza. Pero ¿cómo presionarla si recuperaba a su hijo? Podía volver a quitárselo una vez llegados a España. Durante un rato, el dominico

dejó vía libre a su fantasía. Era perfectamente posible: depositar al niño como puer oblatus en un convento dominico de Castilla, ofrecerle días de visita como premio por servicios realizados y la gran esperanza de volver a recuperarlo y quedarse con él para siempre.

El padre Xavier negó con la cabeza. Era demasiado complicado. En España también había jóvenes perdidas; no era necesario arrastrar a Yolanta a su patria para proseguir con su trabajo. No, Yolanta volvería a reunira para proseguir con su trabajo. No, Yolanta con so para verdad que es el enviado del la ella. Es verdad que es el enviado del oblas para valvería a reunira para proseguir con su trabajo. No, Yolanta con so para valvería a vela para valvería a vela para valvería para valver

pero si hay alguien capaz de volver a encontrarlo es él. Andrej von Langenfels nos condujó hasta el lugar donde había estado la Biblia del Diablo. Antes o después, Cyprian — 414 — Khlesl nos conducirá adonde se encuentra ahora. Agnes es su punto flaco. —Obedeceré —dijo Yolanta con voz quebrada. —He hecho algunas averiguaciones sobre los señores Wil-fing y Wiegant —dijo el padre—. Llevan muchos años haciendo negocios en Praga y su generosidad es proverbial, tanto entre los guardias, porque siempre han aflojado el dinero de los sobornos. Sobre todo Niklas, hace veinte años gastó media fortuna en una donación para una casa de expósitos. Yolanta alzó la vista vio que Yolanta le lanzaba una iniño al cabeza. —Exacto—dijo. —¡Dios mío! —susurró Yolanta. —El mundo es un pañuelo. Para mí supuso la respuesta a una pregunta interesante. Si él mismo hubiera enderado a luz a un niño al que querá proteger, se habría encargado de que no acabara en la casa de expósitos. Lo sé, porque lo conozco bastante bien. Cuando alzó la vista vio que Yolanta le lanzaba una mirada asesina. —Wenzel se encuentra bien como yo que la casa de expósitos de las carmelitas es la antesala del infierno. Pero me he encargado de que cuidaran a tu hijo. Decirle «gracias» le costó un gran esfuerzo a la joven. El padre Xavier renunció a hacer uno de sus cínicos comentarios.

—Niklas Wiegant, tan bueno y tan bondadoso... —dijo —, De allí sacaste a tu hijo. Te lo habrían entregado gratis, de eso estoy seguro. ¿Por qué pagaste tanto dinero? —Podría averiguarlo —dijo Yolanta lentamente —. Iré al convento de las carmelitas y sonsacaré a la superiora. Y aprovechando la oportunidad, podría... —Se interrumpió. — 415 — El padre Xavier unió las puntas de los dedos y la contempló. —¿Una oportunidad como las otras dos anteriores? —¿Lo sabéis? —Dejé ciertas instrucciones en la casa de expósitos —dijo el dominico. —i de superiora de rodillas! ■ siseó Yolanta. —Eso fue lo que me dijeron. —¿Por qué no me pedisteis cuentas? —¿Por qué no me pedisteis cuentas? —¿Por qué no m

Xavier era paternal. «Pero es verdad que algunas personas tardan bastante en rendirse», pensó para sus adentros. Sentía respeto por la joven. —¿De qué conocéis a Niklas Wiegant? —inquirió ella. —De los viejos tiempos. —Me pregunto si en aquel entonces erais su amigo. Estoy segura de que la amistad os es tan ajena como el amor. El dominico se encogió de hombros. Había logrado disipar el malestar que siempre lo embargaba cuando ella le hacía esos alevosos comentarios. —Si lo conocéis tan bien, ¿por qué no lo visitáis vos mismo? —¿Para qué habría de hacerlo, si te tengo a ti? \*—¿Cuándo recuperaré a mi hijo? —Pronto —dijo el padre Xavier — ¿Te he contado lo que dijo la superiora en sus últimas noticias? —Se había dejado — 416 — llevar por un impulso espontáneo y ahora reflexionaba acerca de qué decirle. El niño estaba muerto y se pudría bajo la cal, y la superiora de las carmelitas sólo le enviaba noticias cuando Yolanta intentaba verlo. El padre Xavier había barruntado que ésta trataría de hacerlo. Pero había resultado sencillo poner a la superiora de su parte: le dijo que el niño muerto en realidad era el hijo de un concejal importante y que Yolanta intentaría sacarlo de la casa de expósitos para extorsionar al progenitor.

Según el padre Xavier, el dinero que le entregó a la superiora de su parte: al patio exterior del convento. Durante un tiempo, el dinero sirvió para mejorar las condiciones de vida de los niños que seguían vivos; ¿quién se preocuparía por el destino de un niño muerto por su madre, arrodillada en la nieve y llorando, esa pecadora. —Una de las hermanas se ha encariñado especialmente con... ejem... Wenzel. Quizás el niño crea que es su madre. —¡Dios mío, padre! ¿Cuándo podré estar con él? —Pronto —dijo el dominico con una sonrisa —. Pronto — dijo el dominico con una sonrisa — benta aburrida. —Esta choza es una mierda —dijo, soltando una

risita—. Encaja con vos. —¿ Qué se os ha perdido por aquí? —Nada, espero, pero si lo encontráis, devolvédmelo lavado, ¿de acuerdo? Andrej suspiró y se sentó en la otra silla, contempló al joven pero no pudo atravesar su coraza de rechazo ni su arrogancia. Era la primera vez que lo veía. —Deberíais reemplazar al enano como bufón de la corte, dado vuestro talento para la réplica —dijo Andrej. —Su Excelencia desea veros, cuentacuentos. ¿Habéis tenido buen viaje? —Avisé que me marchaba y obtuve el permiso de Su Majestad... —Ya, ya.

Cualquier permiso de Su Majestad tiene el mismo valor que una cagada de mosca, porque para los postres ya no sabe qué comió de primer plato. Deberíais saberlo, vos que pasáis tanto tiempo junto a él... «En la corte de cualquier soberano, la envidia es la única forma de reconocimiento», pensó Andrej; estaba cansado, pero no dejaba de preocuparse. —418 — —¿Su Majestad me ha mandado llamar? —Es de esperar. —Iré a ver al juez superior regional Lobkowicz de inmediato. —Tanto mejor. —El enviado se puso de pie y se limpió ostentosamente las manos en el pantalón—. Por eso he venido. Hace horas que os espero. Regresasteis a la ciudad entre la tercia y la sexta. Ahora ya ha pasado la nona. ¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

¿Aseándoos? —¿Qué os importa? —contestó Andrej al salir de la choza. —No seáis tímido, cuentacuentos. Yo también quiero oír una de vuestras historias. Últimamente se dicen toda clase de cosas sobre vos. Habrá sido un cono perfumado donde la metisteis, vos que sois el consuelo de las señoritas aristócratas. Venga, contad. Andrej apretó los puños

y procuró dejar atrás a su acompañante percipitando el paso; éste empezó a jadear. Era delgado y de hombros anchos, pero su elegante traje de estilo español convertía cualquier movimiento en un esfuerzo. —¿Porqué no se lo contáis a Su Majestad? —siseó—. Quizá despertéis su apetito por su prometida y se case con ella de una buena vez, antes de que el reino se vaya al traste. ¿Qué opiniais, cuentacuentos? Andrej se apresuró y por fin logró dejarlo atrás. Se dirigió a la casa del juez a toda prisa, presa de la cólera y del temor. Claro que el enviado llevaba razón.

El emperador Rodolfo le había dado vacaciones, pero ¿y si al día siguiente se lo había pensado mejor y quiso tener a su lado? ¿Qué podía decir él?: «Majestad debe de haber olvidado que me concedió permiso para ausentarme.» Había cosas que uno no le decía a Sus Majestades, y aparte de eso, ningún miembro de la corte habría salido en defensa de Andrej.

Corrió a través de la antecámara del juez como si fuera un soldado del emperador, abrió la puerta de su despacho y sin— 419 — tió una satisfacción perversa al descubrir al viejo hurgándose la nariz, su codo golpeó contra el borde del escritorio y

desparramó un montón de papeles en el suelo. Se frotó el codo y le lanzó una mirada furibunda a Andrej; éste procuró hacer caso omiso del moco que colgaba de la punta del dedo del juez. —Estabais ausente —dijo Lobkowicz—. ¿Sabéis lo que hizo Su Majestad mientras estabais ausente?

El temor invadió al joven. Lobkowicz lo contemplaba en silencio. Los papeles desparramados en el suelo parecían acusarlo. —Absolutamente nada —dijo el juez por fin—. Os había dado vacaciones y no dejó de recordarlo. Dijo que cuando hubierais descansado lo suficiente tras vuestro regreso, hicierais acto de presencia. —Andrej comprendió lentamente que Lobkowicz sólo quería fastidiarlo.

\*Bienvenido —dijo el juez—.

Quería evitar que os preocuparais por Su Majestad, je, je, je. Andrej había regresado del país de los muertos vivientes al de los corazones muertos. Una vez que se hubo repuesto de la miserable venganza del juez superior y estuvo sentado a solas en su choza, comprendió que aún le esperaba lo peor de ese regreso al hogar. Como siempre, el

cascarrabias capellán de Jarka se quedó leyendo y esperando en el otro extremo de la larga mesa, pero los jóvenes enamorados, pese a su impaciencia y su pasión, tienen mucho aguante cuando se trata de aguardar que una molesta tercera persona los deje solos.

Cuando por fin se marchó, Andrej se preguntó si el capellán era demasiado memo para darse cuenta de lo que hacían o demasiado listo para reconocer su fracaso como perro guardián. El faco indi 420 — viduo les lanzó una última mirada penetrante, se aseguró de que Andrej vaciaría su copa de inmediato y después se marcharía, y salió con andares majestuosos. Cuando desapareció, Andrej notó que en la sala reinaba un silencio que no había existido antes de su viaje a Podlaschitz. «No es ningún milagro — pensó — después de que Andrej le pagara con una parte de su propio sueldo, el cochero aceptó conducirlo a Praga una vez que el carruaje hubiera sido reparado. Era de esperar que a la tía abuela de Jarka no se le ocurriera ir de excursión por el campo.

Ambos habían regresado en el coche de Cyprian Khlesl. —Me agrada ese muchacho —dijo Jarka de pronto, como si le hubiera leído el pensamiento. —Sí, fue muy amable al llevarnos. —No me refiero a eso. Tras guardar silencio durante unos instantes, Andrej dijo: —Sí, a mí también me agrada. Tiene esa manera de ser... —Se nota que está acostumbrado a ocuparse de sus asuntos él mismo, pero si uno quiere participar no lo rechaza. —Sí —dijo Andrej. —Sin embargo, me pareció que en su fuero interno está... ¿cómo decirlo?... triste. —No lo sé. —Andrej no lograba concentrarse en la conversación. «Dilo», se dijo, «cada minuto que pasa prolonga la tortura.» Pero al mismo tiempo agradecía cualquier postergación. ¿Cómo se le dice a la mujer amada que uno la considera una mentirosa? —Creí que a lo mejor te había dicho algo cuando estuvis teis en el convento en ruinas: , —Recuerdo que me dijo que no me golpeara la cabeza. Lo dijo demasiado tarde —murmuró Andrej; pero la chanza quedó sin efecto. — 421 — —Quizás está enamorado v no es cor

Andrej alzó la mirada. Jarka le sonreía, una sonrisa que expresaba: «Tan enamorada como yo, sólo que yo sí soy correspondida.» —Es un aventurero, Jarka, igual que mi padre. —Sólo me refería a que tú y yo estamos tan solos... A lo mejor sería bueno tener un amigo. —Las personas como él hoy están aquí y mañana en otra parte. No recuerdo que mi padre tuviera amigos. Claro que siempre hablaba de «mis amigos»; eran los que le revelaban algo a cambio de una copa de vino o unas monedas, algo que él después se dedicaba a perseguir.

«¿Adonde conduce esta conversación? —pensó—. No tengo ganas de hablar de Cyprian, ni de mí padre. Quiero hablar de ti y de mí, y de si el amor puede edificarse sobre una base de mentiras.» —Estoy segura de que en alguna parte tiene una chica. Quizá los padres de ella no lo aprueben porque él es pobre. Tal vez esté buscando la misma fortuna que tu padre.

—¿Has olvidado que su tío es el obispo? Sólo tiene que pedirle dinero. ¿Quién se negaría a casarse con un familiar del obispo? —Sí, es una pregunta interesante —dijo ella, apoyando una mano sobre la de Andrej y apretándola. El vio que tenía los ojos enrojecidos y consideró que estaba muy cansada o bien que había llorado. Se preguntó si las

palabras de Jarka tendrían un significado más profundo. ¿Acaso intentaba comunicarle que su familia tenía planes para ella que no incluían un futuro común con Andrej von Lang-enfels?

Aquella tarde había permanecido en el Hradschin el tiempo suficiente para que ella recibiera un mensaje. ¿Sería por eso que había llorado?

Andrej comprendió que ése era el peor momento para enfrentarla a la verdad, y al mismo tiempo el más indicado. Si ese momento suponía una inesperada encrucijada en el camino mutuo, era mfjor aclararlo.

— 422 — —Tu madre... —empezó a decir él. —No te preocupes. No creí que encontraras su rastro. —Tu madre... ¿se llamaba Markéta, pero lo sabes, ¿verdad? —dijo Jar-ka en tono desconcertado. —¿Y era católica? Jarka calló. Su mirada expresaba inquietud. Andrej sintió que el corazón se le encogía. Lo único que quería ver en sus ojos era amor, y durante toda la vida, y ahora veía desconfianza y cierta dureza que le resultaban completamente desconocidas. —Así que, en todo caso, tu madre no era una hugonote francesa—concluyó Andrej. Tuvo que obligarse a decirlo, y ya no había marcha atrás, —¿A qué te refieres?

—dijo ella, retirando la mano.
 —No encontré ningún rastro de Markéta Andel; nada tangible ni ninguna historia. Y tampoco una historia acerca de un grupo de aristócratas bohemias que recorrieron la comarca para cumplir una misión caritativa.
 —¿Con quién podrías haber hablado al respecto, allí en Podlaschitz?
 —preguntó. ¿Lo decía en tono despectivo?
 —Hablé con alguien, Jarka.
 Hablé con una mujer que siempre vivió allí y me aseguró que ningún grupo de mujeres había aparecido nunca por allí, ninguno encabezado por una mujer como tu madre.
 —Tal vez mi madre estuvo en otro lugar.
 —La que sí existe es la historia de un grupo de fugitivos, mujeres y niños franceses, hugonotes que, huyendo de las masacres tras el baño de sangre parisino, llegaron hasta aquí. Jarka no dijo nada, pero los nudillos de sus manos entrelazadas se volvieron blancos.
 —He visto a esas mujeres y a esos niños -—dijo.
 Andrej, y no pudo impedir que le temblara la voz—. Los vi caer bajo los hachazos del demente y también a mi madre.

las masacres tras el baño de sangre parisino, llegaron hasta aquí. Jarka no dijo nada, pero los nudillos de sus manos entrelazadas se volvieron blancos. —He visto a esas mujeres y a esos niños -—dijo. Andrej, y no pudo impedir que le temblara la voz—. Los vi caer bajo los hachazos del demente y también a mi madre. La historia que me contaste es verdadera, pero adolece de un error. — 423 — —Ya —dijo ella, pero él notó el esfuerzo que le costaba hablar. —Me contaste mi propia historia, Jarka. Me contaste todo lo que yo ya sabía y nada más. Yo no sabía nada de unos fugitivos franceses, así que tú tampoco. Sólo vi mujeres y niños. Me contaste la historia tal como yo se la conté a Su Majestad, y le añadiste algunos detalles.

y le añadiste algunos detalles.
Jarka apretó los puños sin dejar de mirarlo. Tenía los ojos húmedos, pero contenía las lágrimas. Andrej sabía cuan sensible era y que ahora reprimiera las lágrimas lo entristecía y espantaba. —Podría preguntarte quién te contó la historia que sólo le he relatado al emperador. Pero se la conté tantas veces que supongo que un montón de gente apretó la

oreja contra la puerta y la escuchó. También podría preguntarte para quién trabajas, pero no quiero saber si se trata del miserable juez superior o del gordo Rozmberka, o de algún otro de los numerosos envidiosos que me aborrecen. Pero sí que he de preguntarte...—No lo hagas —dijo ella—. No preguntes. —... por qué lo has hecho, y... —Te lo ruego. —... si nuestro amor es una mentira tan grande como el cuento acerca de tu madre. —Perdóname, Señor —susurró ella y se echó a llorar. Andrej sintió un nudo en la garganta. —Quiero perdonarte, Jarka, pero también quiero comprender. —Vete, Andrej.

Vete. Él ya no te perseguirá. Has cumplido tu penitencia. -¿Qué? —Vete. No puedes ayudarme, sólo puedes ayudarme, sólo puedes ayudarte a ti mismo. —¡Cuéntamelo, Jarka! —Vete. :. ;, — 424 — —Ni soñarlo. Ella se puso de pie repentinamente. Andrej se asustó y empujó la silla hacia atrás. Jarka se apoyó en la mesa y se inclinó hacia él. Las mejillas le ardían y de sus ojos manaban lágrimas como la sangre que mana de dos heridas.

—¡Vete! —siseó—. ¿Quieres comprender? ¡Bien! Te ayudaré a comprender. Era todo mentira. El cuento de mi madre, el de mi tía abuela, ¡incluso mi nombre es una mentira! Y nuestro amor es la mentira más grande de todas. No te amo, jamás te he amado, y esa que tú amas es una persona inventada que nunca existió. Es un producto de las sombras y la niebla entre las cuales perecieron tu madre y las otras mujeres. Su función consistía en hacerte recordar y regresar al lugar que buscaba tu padre porque había averiguado que allí se oculta un libro que supone la victoria o la derrota de la Iglesia. Esa persona podía hacer cualquier cosa para conseguir que confiaras en ella y la condujeras hasta allí. Has hecho lo esperado, Andrej, y que el libro ya no esté allí no es culpa tuya, y lo único que ocurrirá es que la búsqueda continuará, sólo que tú ya no desempeñarás ningún papel en ella. Tal vez jugaste un papel para Jarmila, pero Jarmila jamás existió. —¿Eso es todo? —exclamó Andrej. Tenía la sensación de estar muerto. Ya no sentía las manos ni los pies. —¡Sí! —dijo ella, todavía inclinada por encima de la mesa—. ¡Eso es todo! ¡Vete! —¿Por qué lloras, si eso es todo lo que quieres decirme? —¡No estoy llorando! —gritó—. Y si lloro, no es por ti. —No —dijo él—, no por mí, sino por ti.

Ella hizo ademán de seguir hablando, pero calló.

Sus ojos relampagueaban. —¡Vete! —susurró—:. Vete antes de que te haga echar a patadas. Andrej comprobó que podía ponerse de pie, pero era como si flotara. Jarka volvió a sentarse y lo miró. — 425 — —Te deseo suerte —dijo. —Vuelves a mentir. Eso no es todo. —Es todo lo que puedo decirte. Andrej asintió con la cabeza. —Bien — dijo, en tono apagado—. Bien. Eso es todo. Bien. Andrej titubeó y la joven hizo un gesto con la cabeza, como diciendo: «¡La puerta está allí!» Salió de la sala, y aunque las piernas casi no lo sostenían, bajó por una escalera que creyó no haber visto nunca. Le zumbaban los oídos y sin embargo sintió que lo rodeaba un silencio estremecedor.

El corazón debía de latirle, porque de lo contrario estaría muerto, pero no lo percibía. Observó cómo una mano, que surgía de un brazo que debía formar parte de su cuerpo, se apoyaba en la barandilla mientras él descendía un peldaño tras otro.

La mano era insensible, pero no obstante cada irregularidad, cada muesca de la barandilla le arañaba la piel. Se detuvo en el descansillo y se giró. Vio una larga sucesión de peldaños que se extendían hacia arriba, y le pareció contemplar el interior de una interminable y oscura torre que jamás volvería a escalar. Oyó el gemido que resonó en medio del silencio y que surgió directamente de su alma. Quería desplomarse, pero no podía; quería vomitar, pero no podía; quena morir, pero no podía. Sólo podía llorar; en la oscuridad, la interminable escalera se volvió borrosa, Andrej se apretó los puños contra las sienes y lloró, como en aquel lejano día había llorado por sus padres. — 426 — 19 Cyprian dejó la pluma a un lado y aguardó hasta que la tinta con la que había escrito en el rollito de papel se secara. Podría haberla secado con arena, pero agradeció la pausa que le concedía la espera.

Le dolían los ojos. Se contempló las puntas de los dedos manchados de tinta.

Llenar los diminutos rollos con letras aproximadamente legibles constituía una tarea de la que incluso Hércules hubiera sido incapaz. No había encontrado o bien había fracasado o bien había pedido que llevara a cabo sea única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había prometido hacerlo. En lo que se refería a su tío, Cyprian era un hombre libre, bedia prometido hacerlo. En lo que se refería a su tío, Cyprian era un hombre libre, había fracasado o bien había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que llevara a cabo esa única tarea y él le había pedido que la manotazo a quien es interpusiera e la caba elas ven de la pedia (la pedido de la pedido de la pedido que la pedido que la pedido humano pedido la pedido de la pedido de la pedido de la pedido que la mano de desencanto, distincia y coraçán en la pelma de la mano de la pedido de sera capa se había hundido en el fondo de un coraçón en la pelma de la mano de la pedido de sera capa se defendían. La llevó hasta la ventana y la abrió. El aire nocturno es a fuentido de sexual desencanto, distincia y coraçón en la pelma de la mano de Cyprian. La paloma era una vieja profesional y había s

Olvidó que el amor era lo más importante y que había que tratarlo como tal.

Salió del desván, bajó la escalera y busco un trapo para limpiarse el excremento de paloma. — 429 — 20 Jarka yacía en el suelo delante de la chimenea, estaba encogida como un recién nacido y gemía. Se había arañado la cara y no dejaba de golpearse la frente contra el suelo. Andrej se arrodilló junto a ella y deslizó una mano entre su frente y el suelo. Ella dejó de golpearse la cabeza y la apoyó en su mano. —Volviste a mentir —dijo él— cuando me ordenaste que me marchara antes de que me marchara antes de que se me rompiera el corazón —musitó en tono casi inaudible. —Has roto el mío —dijo Andrej y sonrió entre lágrimas aunque ella no podía verlo—. Me lo rompiste la primera vez que te vi. —Él tiene a mi hijo —susurró Jarka.

Andrej guardó silencio durante un buen rato. —I Cómo te llamas? —preguntó por fin. —Yolanta. —¡Qué pena! Jarmila me gustaba más. Ella alzó la cabeza y lo miró con gran sorpresa. Tenía las mejillas cubiertas\_ de-verdugones, un chichón en la frente y la cara tan sucia que él casi no pudo reconocerla. El amor por ella lo asfixiaba. — 430 — —Pero por otra parte también te amaría si te llamaras Otákar. Ella le sonrió, pero tras un intervalo tan largo que creyó haberla perdido. —Algunos grandes nombres de mi pueblo se llamaban Otákar —dijo ella. —Es de suponer que todos deseaban llamarse de otra manera. —No todos pueden llamarse Andrej.

—No, gracias a Dios. —Debo cumplir las órdenes que él me da. Sólo así volveré a ver a mi hijo. —¿Quiénes «él»? Yolanta se incorporó. Andrej hubiera querido a brazarla, pero de momento de la larga mesa, un poco apartada de ésta. —No es el capellán de mi tía abuela. No sé quién es. Sólo sé cómo se llama: Xavier Espinosa, padre Xavier Espinosa, padre Xavier Espinosa, por la menor idea de quién es necogió de hombros.

-¿Por que te cae un ladrillo en la cabeza?
¿Por que enfermas y mueres? Acudió al hogar para jóvenes perdidas de Santa Agnes administrado por las clarisas. Ignoro lo que le contó a la superiora, pero ésta permitió que me marchara con él, prácticamente me echó. Supongo que él le mintió.
Dudo que hubiera dejado a una de sus diseípulas en manos de ese monstruo a sabiendas. —¿Monstruo? Pero si sólo es un individuo flaco y malhu morado que habla con un de j e duro... —Me extorsiona mediante mi hijo. Andrej calló. Yolanta se restregó la cara con la manga y se — 431 — sonó la nariz con un pañuelo, pero después sus fuerzas yol-

vieron a abandonarla, dejó caer los brazos y empezó a llorar. —No puedo más —musitó—, no puedo más... —¿Qué edad tiene el niño? —Casi seis meses —sollozó ella. —¿Cómo se llama? Ella hundió el rostro en las manos y siguió sollozando.

Andrej tuvo que esforzarse por comprender lo que decía. —Wenzel, en honor a san Wenceslao.

—¿Dónde está? —En la casa de expósitos de las carmelitas. No me permiten verlo. Él dijo..., primero dijo que estaba enfermo, después que había sanado porque les recomendó a las hermanas que lo cuidaran especialmente bien. Y dijo que contrarrestar esa orden sería muy fácil. Wenzel es tan pequeño y débil... ¡Ayuda a mi hijo, Señor! Su dolor le

oprimía a Andrej el corazón. La agarró del hombro y ella se apoyó contra su pecho. El la abrazó y empezó a acunarla. —Lo mataré! ¡Lo mataré! ¡Lo mataré! Andrej se sobresaltó.

La última frase había sido un grito. —Chitón —dijo—. ¿Quieres que te oiga? —¿Acaso crees que duerme bajo este techo? —exclamó ella, soltando una carcajada cargada de odio—.

Sólo lo parece. De noche se refugia en su condenada cueva y no me extrañaría que fuera un agujero en la tierra que conduce directamente al infierno. Estoy convencida de que me hace vigilar, pero no pasa la noche bajo el mismo techo que yo. Si fuera así, hace rato que lo hubiera matado.

—Jar... Yolanta —dijo él y le acarició la espalda; su odio asesino lo intimidaba y se maldijo por no pronunciar su auténtico nombre de entrada; sospechó que le costaría acostumbrarse a él—. Tranquilízate. Ella se apretó contra él y durante un rato ambos perma— 432 — necieron sentados ante el fuego en silencio. Andrej estaba incómodo, arrodillado sobre sus largas piernas, el suelo estaba frío pese al fuego que ardía en la chimenea y que le asaba un flanco, pero estar allí, acurrucado junto a Yolanta y descubrir la verdad era algo más dulce que el viaje a la lujuria que ambos emprendieron en su cama. —Te eligió porque te podía extorsionar —dijo Andrej—. Pero ¿con qué fin? ¿Qué quiere de ti? Yolanta no contestó. —¡Dios mío! —exclamó Andrej, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. —Sólo te conté mentiras, Andrej —dijo ella; su voz era casi inaudible—. Nunca te dije la verdad. Te utilicé tanto como pude, te causé dolor y vendí tu alma. —El libro —dijo él. —Quiere hacerse con él. Andrej procuró recuperar la serenidad, pero no lo logró, a sacarlo de sas, padre! —susurró. —Tu padre no tiene la culpa. Si lo que he deducido es verdad, ese libro existe desde hace cientos de años. Había caído en el olvido y... —¡Mi padre volvió a sacarlo de él! —No es un libro cualquiera, Andrej. ¡Él mismo elige el momento en el que vuelve a aparecer! —Tonterías. Sólo es un libro y nada más. Si lo arrojas al fuego, arde. Si lo rompe, sólo quedarán fragmentos y algunas hojas que se pudren en el rincón de una iglesia en ruinas. Yolanta negó con la cabeza. —No. Él está convencido de que ya no se encuentra en Podlaschitz. —Por eso tuvieron que ir allí, ¿verdad? Me manipulaste con la historia de tu madre hasta que yo mismo empecé a creer que quería volver a encontrar el lugar donde mis padres perdieron la vida. —Lo siento —susurró ella. —433 — —¡Pero no lo encontré!...

-El y el padre Xavier, ¿ actúan juntos ? —No. El padre Xavier no hizo espiar. Cuando Cyprian llegó aquí, empezó a preguntar por los conventos del sur de Bohemia, conventos que hace cientos de años eran importantes y célebres, y que ahora nadie recuerda. Cuando emprendió el viaje, el padre Xavier me ordenó que lo siguiera y que te llevara conimigo. —¿Y el eje estropeado? —El cochero estaba sobornado. Siempre nos mantuvimos detrás de Cyprian hasta que tras el cruce de Tschaslau sólo había un camino que podía tomar. Entonces le dinos alcance. —No noté nada. —Me esforcé por distraerte —dijo Yolanta con la cabeza gacha. Andrej trató de sonreír, pero no lo logró. El balanceo del coche el acolchado interior..., le pareció que las agradables distracciones con las que no fie así. —Estoy muy avergonzada. —No. Andrej calló. Sospechaba que no fie así. —Estoy muy avergonzada. —No. Andrej calló. Sospechaba que is se el habían ocurri-do a él, pero ahora resultaba que no fie así. —Estoy muy avergonzada. —No. Andrej calló. Sospechaba que is se el habían ocurri-do a él, pero ahora resultaba que no fie así. —Estoy muy avergonzada. —No. Andrej calló. Sospechaba que is se convertirían en ceniza y ponzoña. Se dijo que la joven había actuado bajo las órdenes del padre Xavier, había actuado bajo las órdenes del padre Xavier, había actuado como una agente fría y calculadora, pero no lo había hecho por voluntad propia. La cólera provocada por el dominico le confundía las ideas, pero también la que le infundía Yolanta, y se esforzó por combatirla. —434 — No me merezco ninguno de los maravillosos momentos que me regalaste —dijo ella. —Tonterías. —Pero Andrej oyó cuan hueras sonaban sus palabras. —Te he perdido —dijo Yolanta; su rostro se había vuelto pálido. —¿Por qui én confiaste que more de la corte... —¿Con quién? ¿Con el emperador Rodolfo? Tú mismo dijiste que allí no tienes amigos y que el emperador está loco. —¿Qué he de pensar ahora, Jarka? —Andrej notó que volvía a equivocarse de nombre y sintió una satisfacción perversa, pero inm

nombre y sintió una satisfacción perversa, pero inmediatamente después se avergonzó. Ella no tenía derecho a jugar con él, pero al pensarlo, se le apareció la imagen de la callejuela junto al retrete; del golf illo de más edad, el que cast la violó, arricullado en medio de la mierna, baís activa pasión, y la sensación de que lo consumira pero el la lo había proporcionado amor, entrega y pasión, y la sensación de que lo consumira pero el la lo había proporcionado amor, entrega y pasión, y la sensación de que lo consumira pero el que lo consumira sería de la mor insatisfecho por ella. —¿Qué he de hacer ahora, Jar... Yolanta? —Sigue llamándome Jarka——susurró, ella—> A fin de cuentas sólo es un apodo cariñoso y no quiero que me llames de otra manera. —435 — ¿Todo fue mentira? —preguntó, alzando las manos. Ella se soltó de su abrazo y asintió. Andrej es unaloga cariñoso y no quiero que me llames de otra manera. —435 — ¿Todo fue mentira? —preguntó, alzando las manos. Ella as esoltó de su abrazo y asintió. Andrej es unaloga cariñoso y no quiero que me llames de otra manera. —435 — ¿Todo fue mentira? —preguntó, alzando las manos. Ella as esoltó de su abrazo y asintió. Andrej se sumió en la confusión y no quiero que me llames de otra manera. —435 — ¿Todo fue mentira? —preguntó, alzando las manos coltó de su abrazo y asintió. Andrej se sumió a la caleja para acaluma. Sacudió la cabeza para acaluma cariños y no quiero que me llames de otra manera. —435 — ¿Todo fue mentira? —preguntó, alzando las manos. Ella se soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió. Andrej pero este soltó de su abrazo y asintió andrej pero este soltó de su abrazo y asintió andrej pero este soltó de su abrazo y asintió andrej pero este soltó de su abrazo y asintió andrej pero este soltó de

Si te presentas en su casa como una perfecta extraña, no te escuchará, ¿verdad? —¡No puedo advertirla! ¿Y si el padre Xavier lo descubre? —Escúchame: si el padre Xavier lo descubre? —Escúchame: si el padre Xavier pretende acercarse a Cyprian Khlesl a través de ella, pues buena suerte. No quisiera tener a Cyprian como enemigo, lo conozco demasiado bien. Parece un individuo muy tranquilo, pero estoy seguro de que si alguien se interpusiera en su camino, lo aplastaría. Ése no se deja manipular, sobre todo si sabe con quién se las tiene. —¿Por qué arriesgarnos? Cyprian Khlesl no es amigo nuestro. —Porque si el padre Xavier se enfrenta a él en estas circunstancias, o habrá perdido o bien estará muy ocupado y se olvidará de ti. —Pero... —Entonces te habrás librado de él. ¡Nosotros nos habremos librado de él! ¿Acaso no merece la pena correr ese riesgo? — 437 — —¿Y Wenzel? Basta una palabra de ese monstruo para... No puedo más, Andrej —dijo, volviendo a llorar—. ¡Estoy tan... exhausta! Una llama ardía en el interior de Andrej y no prestó atención a sus palabras. —He de hacer algunos preparativos. Me llevará dos o tres días. Tiene que salir bien. Te informaré cuando lo tenga todo organizado. La joven lo miró fijamente. Hasta ahora él siempre se había sentido desamparado, pero esa noche había supuesto una catarsis.

Tenía un plan y estaba convencido de que funcionaría. Se inclinó y la besó en la boca con una seguridad en sí mismo y una pasión que le resultó extraña. Después se puso de pie. —¡Hoy es el primer día de nuestra nueva vida! —exclamó. Fuera, en la callejuela, seguía tan excitado que remontó el camino al Hradschin sin tomarse la molestia de avanzar

sigliosamente para no llamar la atención de las patrullas nocturnas.

No notó la presencia de la harapienta figura con una venda en la frente que salió de las sombras y lo siguió con la mirada. —Y encima esto —murmuró la figura—. ¿Por que no la follas hasta perder el sentido, so idiota? La figura se puso en movimiento con los pies doloridos y se detuvo tras unos metros. —Además he de correr, maldita sea. Que te den... El hombre siguió a Andrej con la mirada, mientras éste desaparecía rápidamente en la oscuridad. —¿A qué viene tanta prisa, so memo? Hasta ahora siempre te arrastraste hasta tu casa. ¡Pero da igua!! Sabes lo que has de hacer, escoria. Sí, padre: vigilar a la pequeña. ¿Acaso ya no confiáis en ella, padre? ¡Cierra el pico y no cometas errores, — 438 — escoria! No os preocupéis, padre, cumpliré vuestras órdenes hasta que Jesús baje de la cruz y me ordene otra cosa. ¡Tienes suerte! —masculló y volvió a ocultarse entre las sombras junto a la casa de Yolanta. »No cometas errores —gruñó—, no cometas ningún error. Y sobre todo cierra el pico y no cometas errores, — 438 — escoria! No os preocupéis, padre, cumpliré vuestras órdenes hasta que Jesús baje de la cruz y me ordene otra cosa. ¡Tienes suerte! —masculló y volvió a ocultarse entre las sombras junto a la casa de Yolanta. »No cometas errores —gruñó—, no cometas ningún error. Y sobre todo cierra el pico ; Vete al infierno, padre Xavier de mierda! — 439 — 21 — 0... o... otra vez, no —tartamudeó Buh. —No —dijo Pavel y aplastó un terrón de musgo entre los dedos. De él brotó un líquido pardo que parecía sangre. Desde su secondrijo, observaron la alquería al otro lado del camino. De las chimeneas surgían columnas de humo. Su velto legis a solida el parecía sangre. Desde su secondrijo, observaron la la diquería al otro lado del camino. De las chimeneas surgían columnas de humo. Su velto legis para número de viajeros recorriendo el camino, siempre recibián limosnas con el fin de que Dios y los aplatidos para número de viajeros recorriendo el camino, siempre rec

repitió. —¿L... lo... prometes? —Esta vez no habrá problemas. Es una anciana. Veinte años es mucho tiempo. Nuestros hábitos negros no llamaban la atención de las personas que recorrían el camino, pero ella los reconocerá de inmediato y no se negará. —E... el... lab... lab... —Sí, el labrador los reconoció y no se dejó impresionar. Lo sé —dijo, suspirando—. Pero esta vez será diferente. Lo prometo.

—T... t... tal... vez... —Buh abandonó.

Pavel asintió con la cabeza. Como siempre, sabía lo que el gigante intentaba decir, «Tal vez la anciana no estaría en su casa. A lo mejor el viaje habría sido en vano y tendrían que regresar.» Pavel resopló. No regresarían, porque no podían regresar. El tenebroso tesoro que vigilaban corría peligro — 441 — mientras existiera la más mínima posibilidad de que el mundo volviera a enterarse de su existencia. Si el libro corría peligro, el convento y el abad Martin, también. Pavel sabía que se trataba de algo más que el peligro para su convento o para el padre abad, pero lo que lo impulsaba era la amenaza que se cernía sobre ambos. Se puso en pie. Buh le lanzó una mirada de soslayo. -—Escúchame — dijo Pavel. Buh no era duro de entendederas, sólo tenía dificultad para hablar\* pero todos tendían a creer que un tartamudo pensaba con la misma lentitud con la que hablaba. Pavel sabía que no era así, pero a veces también él le hablaba como si Buh fuera incapaz de encontrar el camino a la letrina si quien le había precedido no había dejado la tapa abierta por error. —Resultó más difícil encontrar al labrador porque tuvimos que el recorrió en aquel entonces. Pero en este caso es diferente. El labrador no había llegado muy lejos tras abandonar Podlaschitz junto con la mujer, la bendición del hermano Tomás y el dinero del prior Martin: sólo hasta Kolin.

Sequir su rastro hasta allí fue bastante difícil: resultó más sencillo averiguar que la mujer había huido hasta los alrededores de Neu-enburg.

primer rincón con los dedos, Buh, que ahora se restregaba los nudillos donde la piel ya había cicatrizado... «Tenía la esperanza de alejarte de todos los pecados, como el abad Martin le ordenó, pero no logró mantener libre de pecado a Buh. —Otra vez, no —

No: no fue más sencillo, sino más rápido. Le llevó dos horas, y puede que dos horas parezcan poco tiempo pero no fue así porque estuvieron acompañadas por el ruido de los golpes y de los gritos de dolor. Era asombroso hasta qué punto un hombre era capaz de aguantar la tortura para proteger a alguien a quien ni siquiera conocía bien, y después elegir el mismo lugar para instalarse en su nuevo hogar. Buh volvió a restregarse los nudillos de la mano derecha como si hubiera leído el pensamiento de Pavel; su expresión era adusta.

—Por otra parte, Colonia es más grande que Neuenburg y ella aún vive en las afueras de la ciudad, en esa granja situada allí delante. En Kolin logramos encontrar la casa, forzar la entrada y atrapar a ese individuo sin que los vecinos se perca— 442 — taran; aquí eso no funcionará, entre otras cosas porque ignoramos en cuál de las casas vive. Buh asintió. Pavel no conocía la comarca, pero tenía claro que ambos fugitivos habían huido en dirección a Praga. ¿Acaso habían esperado ocultarse en esa ciudad más grande? ¿O sólo se trataba de que allí el anonimato sería mayor y resultaría más fácil borrar el rastro de un niño pequeño? Lo único seguro era que ambos optaron por instalarse en lugares gobernados por los protestantes. Según parecía, no sólo quisieron alejarse de su antigua patria, sino también de su antigua patria, sino también de su antigua patria, en como? —¿Adonde la llevaremos? —Pavel señaló una choza junto al linde del bosque: un techo cubierto de haces de heno, una puerta cuya parte inferior estaba abierta—. Las cabras están pastando en alguna parte. Nadie acudirá. —¿C... có... cómo? —¿Cómo lograremos que salga?

—Pavel indicó una figura delgada que paseaba lentamente por el patio formado por los edificios de la alquería, luego desapareció tras los techos de las casas y volvió a aparecer en el sendero que recorría la linde del bosque hasta encontrar otro camino u otra casa de labranza. —Él nos ayudará.

—De acuerdo, si para vosotros es tan importante... —dijo el muchacho, masticando una brizna de hierba y contemplando a ambos monjes con el ceño fruncido. —Es importante —insistió Pavel.

—Bueno ■—dijo el muchacho—. Pero os digo que os equivocáis, —¿Deveras? —Sí. Mi madre nació aquí. No vino de otro lugar. Siempre estuvo aquí. — 443 — —Hummixi —murmuró Pavel—.

Nos dijeron que se trataba de tu madre.

del muchacho.

Se veía a sí mismo en la figura de ese adolescente delgado de pies sucios y cabellos revueltos.

—Andrej se interrumpió—\* y Cyprian Khlesl tampoco. —El también busca el libro, pero no para sí sino por encargo del obispo en cuyo co'che viajaba.

referís a la vieja Katka. Pavel no parpadeó. El hermano Tomás no le había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que deberían había dicho cómo se llamaban las dos personas a quienes les había entregado el niño que la desconar de la masan las dos humidado... después de las dos humidado... después de las dos horas en las que la estatura y la fuerza de Buh se convirtieron en una perversión de si mismas. Katerina... —Pavel decidió proseguir con la charada hasta el final. —¡No! —dijo el muchacho, riendo—.

Mi madre se llama... —Se rascó la cabeza y reflexionó, intentando recordar el nombre poco utilizado—. Sé llama Barbora. —Gracias por aclararnos nuestro error, hijo mío. -¿SÍ? —Y vemos que eres un joven inteligente. Buh gruñó y asintió con la cabeza. El muchacho le lanzó una mirada desconfiada y después se volvió hacia Pavel. —Bien. No queremos levantar revuelo y alborotar tu tranquilo hogar —dijo Pavel—. Pero tenemos un mensaje importante para Katka y tú eres el más indicado para transmitírselo. —Pero es que he de ir a... —Claro que sí. Y la bendición de Dios te acompañará si . antes les dedicas unos segundos a dos humidados desconfiada y después de la guarda de la cabeza. El muchacho de la cabeza de

-No, no. -Hemos hecho todo el camino en vano. Dios nos pone a prueba, ¿me oyes, hermano Petr? Buh, que al principio no reconoció su propio nombre y cavilaba para sus adentros, se sobresaltó y asintió con la cabeza. El muchacho lo contempló como si fuera un oso, de esos que los prestímanos itinerantes arrastran a sus espaldas. -A lo mejor os

Era el mismo aspecto que él había tenido cuando emprendió el viaje que finalmente lo condujo hasta la puerta del convento de Braunaü. Había partido de una alquería similar. La diferencia principal residía en que el adolescente Pavel había sido más rápido de entendederas... y que se había apresurado a prestarles un servicio a dos monjes; en todo caso, su mayor afán siempre consistió en llevar el hábito con humildad, modestia y fervor por el Señor. —Sí. —Pero es que debo ir.... —Y la bendición de Dios te acompañará. El muchacho lo miró fijamente. —¿Y eso también vale para mi hermanita? —preguntó. Pavel se sintió confuso. El muchacho señaló algo a sus espaldas. —Mi hermana pequeña. Sólo es así de grande —dijo, indicando algo que podría haber sido un cachorro—. Sólo tiene dos o tres días. Padre dice que no lo logrará, pero me da lástima. Quizá podríais suplicarle al Señor que la cuide un poco. Yo me las arreglaré.

—Oraremos por ella —dijo Pavel, y se sintió como un monstruo. El monstruo sabía lo que era necesario y esbozó una sonrisa en el rostro de Pavel, una sonrisa capaz de conmover a las piedras. El muchacho le devolvió la sonrisa. —¿Qué debo decirle? —Que tenemos un mensaje para ella. De un joven de Praga.

—¡De Praga! —El muchacho estaba impresionado. —Ha soñado con el paño en el que lo llevaron cuando era un lactante. Ha soñado con la mujer que lo llevaba. Quiere agradecerle el haberle salvado la vida. —I La viej a Katka tiene un hij o ? — 445 — —No. Es una historia mucho más complicada. Era evidente que él muchacho quería que le contara esa historia mucho más complicada. —Si le dices eso a la vieja Katka, empezaremos a rezar por tu hérmanita inmediatamente. —¡Bien, de acuerdo! —dijo el muchacho y se dispuso a echar a correr. —Un momento.

¿Recuerdas lo que has de decirle? El muchacho repitió las palabras de Pavel con la precisión de alguien cuya fantasía está escasamente desarrollada para introducir variantes en un texto. —Bien. Dile que la esperamos en el corral de las cabras junto a la linde del bosque. Ella sabrá por qué se trata de un asunto no apto para los oídos de los demás. —
¿Por qué? —Ahora rezaremos por tu hermana.

—¡De acuerdo! —El muchacho echó a correr hacia los edificios. —Venga, vamos —siseó Pavel—. Katka no debe vernos antes de entrar al corral, de lo contrario huirá en cuanto vea nuestros hábitos. —¿Qué... qué... tie... tienen de malo? —tartamudeó Buh. —¡Nada! —Pavel se obligó a sonreír. Buh se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa. Pavel lo agarró del brazo. —¡Date prisa! Katka apareció por fin —había tardado mucho más de lo calculado por Pavel— acercándose a toda prisa. Pavel había dispuesto del tiempo suficiente para orientarse en en pequeño de lo que era. Debía de albergar las cabras y las ovejas de todo el asentamiento y, a juzgar por el tufo, también cobijaba a los cerdos. Las gallinas, encerradas en un gallinaro, observaban a los recien llegado nerviosamente de un lado a otro espiando hacia sombra — 446 — de una gamba de acercana de que alguien hubiera pasado por alto algún huevo, mientras que a Pavel no le quedaba más remedio que esperar. Se había paseado nerviosamente de un lado a otro espiando hacia el exterior cada dos minutos; los rayos del sol atravesaban brillar las motas de polvo que formaban columnas luminosas entre las que pasaba la sombra inquieta de Pavel. Le parecía deambular entre el cielo y el infierno y, en medio de la luz cambiante, recordó el largo viaje que al final lo había conducido hasta ese corral, albergando intenciones tanto más tenebrosas cuanto más clara era su motivación. Aquel viaje lo había conducido antaño siendo adolescente hasta la puerta del convento de Braunau. Cuando hubo llegado allí, Pavel creyó haber alcanzado la meta deseada. Tras pasar cinco días delante de la puerta, comprendió lo que suponía la primera regla de los monjes para aceptar a nuevos hermanos: comprobar si sus almas pertenecían a Dios. Cuando llovía en el valle de Braunau, la lluvia era incesante. Las nubes se desplazaban desde el oeste, pasaban por encima de estos obstáculos debían soltar lastre, y eso llevaba un buen rato.

Cuando llovía en la comarca de Braunau, siempre llovía durante unos cuantos

Durante las semanas anteriores había hecho buen tiempo, un veranillo de San Miguel que se convirtió en un otoño dorado: el heno se secaba solo en los campos y las poblaciones más grandes, como Braunau, Adersbach y Starkstadt, desaparecían bajo nubes de polvo mientras que los caminos que comunicaban los asentamientos y las numerosas aldeas entre sí ardían bajo el sol. Durante todo el viaje, el sudor había estado brotando de su cuerpo sin cesar, y junto con el sudor, Pavel — 447 — se había deshecho de su vida anterior. En el molino de Lie-benau, afirmó que provenía de Schónberg cuando le dieron un trago de agua y le preguntaron de dónde era oriundo. En Buchwaldsdorf afirmó

ser el nuevo aprendiz del molinero de Liebenau; en Lochau provenía supuestamente de Buchwaldsdorf y en Weckersdorf, de Lochau, y lo que averiguó de la gente de cada pueblo anterior mientras bebía agua de la fuente basó para legitimarlo en el siquiente. Por fin llegó ínacir siquiente. Por supuesto no había empezado en Schónberg. Hay destinato que permitera bebía aque el convento de San Wenceslao, edificado sobre la roca de Braunau y que hasta cierto punto había identificado la ciudad con la mismisima roca gracias a sus murallas, torres y baluartes. Pavel llamó a la peutra del convento y le dijo al servicio de Jesucristo y a alcanzar el conocimiento, lo que se corrierpondia con la verdad. Le dijo que tenía veinte años y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas mentiras—, que su hogar estaba mun lejos y que sus padres estaban de acuered con su elección—ambas descuarda padres de la cuerción de la cuerción de la cuerción de la cuerción de

ignoraba cómo se llamaba, Pavel hizo lo mismo. El quinto día, cuando sólo quedaban él y Buh, éV° sufrió un ataque de tos que casi lo asfixia. Cuando por fin dejó de toser, el gigantesco muchacho permaneció tendido en el suelo tratando de recuperar el aliento; estaba pálido, tenía los labios azules, se encogía de frío y tiritaba... Entonces Pavel perdió la paciencia. Llamó a la puerta del convento y tras unos instantes la mirilla se abrió, apareció el rostro del viejo portero, que lo contempló con los ojos entrecerrados. —Comprueba el estado de tu alma... —empezó a decir el monje, pero se interrumpió—. Te conozco —murmuró después—, qué bien que aún estés aquí. Tu corazón es muy humilde.

—Ruego que me dejéis pasar — ^dijo Pavel. —Ya, ya —contestó el portero. —Ruego que nos dejéis pasar, no en mi nombre sino en — 450 — nombre de la compasión. ¡Ruego que nos dejéis pasar a mi amigo a mí, porque encontrará la muerte si la comunidad de Braunau no halla la manera de comprobar el estado de nuestras almas bajo techo! El anciano se quedó de piedra. «Ya esta —pensó Pavel—, mi esperanza acaba de desvanecerse gracias a dos frases airadas dichas en el momento equivocado», pero no obstante se sentía colérico, indignado y satisfecho. El portero cerró la mirilla. Pavel se giró. Buh se había incorporado y apoyado contra el arco de la puerta. Sus ojos estaban en sombra y miraba el suelo con resignación. La puerta del convento se sabrió y salieron dos monjes.

Llevaban mantas en las manos y el portero los seguía. —Estamos para servir al Señor y a sus criaturas —dijo el portero—. Servimos con humildad no nos impide reconocer el valor de la vida y por eso hemos de actuar cuando ésta peligra y hacer cualquier esfuerzo para protegerla. Tu corazón es fuerte, hijo mío. Podéis entrar. La figura se movía apresuradamente entre las chozas de la alquería. Pavel la observó recorrer el sendero se bifurcaba al llegar junto a los primeros árboles; el tramo más ancho

Pavel era más pequeño que los otros, pero sólo con ver la expresión de su rostro, cualquiera medianamente sensible a las señales mudas habría comprendido que, gracias a su experiencia anterior, estaba acostumbrado a imponer sus opiniones. A partir de aquello, los demás dejaron tranquilo al muchacho pero siguieron llamándolo Buh. Como

rodeaba el bosque y conducía a la ciudad, una senda más estrecha llevaba hasta el corral de las cabras. La figura se detuvo en la bifurcación para recuperar el aliento. La mancha clara de un rostro se volvió hacia el corral. —Pronto estará aquí —siseó Pavel. Buh se encogió sobre sí mismo; Pavel notó su preocupación y procuró lanzarle una sonrisa confiada. Después volvió a asomarse por encima de la mitad superior de la puerta y se apretó contra la jamba para no ser visto. — 451 — í La figura ya había recorrido un buen trecho desde la bifurcación, pero corría en la dirección opuesta. Pavel la observó, incrédulo.

—Se larga —susurró, y después le gritó a Buh—: ¡Se larga! —Pero mientras gritaba ya había echado a correr hacia la bifurcación.

La figura rechoncha pertenecía a una mujer mayor, que al oír el grito se dio la vuelta; Pavel vio que hacía una mueca de horror y trataba de correr más rápido, pero trastabilló. Pavel se abalanzó hacia ella, el hábito ondeaba a sus espaldas. Si la mujer lograba llegar hasta el camino su plan habría fracasado porque dado el tráfico de los últimos días,

alguien la oiría si pedía ayuda. No es que ese alguien fuera a intervenir al ver cómo dos monjes agarraban a una anciana y la arrastraban a la cuneta, pero ese alguien tendría mucho que contar cuando llegara al siguiente pueblo, y todo dependía de que la misión de Pavel y Buh permaneciera en secreto. Pavel oyó los pasos de Buh a sus espaldas. En trechos largos el muchacho era invencible; sus piernas musculosas impulsaban su cuerpo y, una vez puesto en movimiento, el peso lo arrastraba hacia delante. Pavel era más menudo y ligero, y la sensación de no avanzar cuando corría formaba parte de su destino. La mujer —no cabía duda de que era Katka— volvió a girarse. Pavel vio su rostro contraído por el odio y el temor. Katka intentó acelerar el paso, tropezó y cayó al suelo. Cuando trató de ponerse de pie, Pavel ya estaba a su lado. —¡Suéltame! —chilló ella—. ¡Suéltame! —who te haremos daño —jadeó Pavel. Ella se arrastró a cuatro patas, tratando de ocultarse entre los matorrales junto al sendero y lanzando patadas.

El procuró agarrarla de un pie pero "se leescapó y recibió una herida en el pómulo y los ojos le la granda su patado con un desgastado zapato de cuero. La patada le abrió una herida en el pómulo y los ojos le la granda su patado.

El parametro de sequivar un pie calzado con un desgastado zapato de cuero. La patada le abrió una herida en el pómulo y los ojos le la granda su patado.

lagrimearon.

Katka retrocedió entre los matorrales, chillando como una loca; tenía el rostro de color púrpura y la mirada perdida. En cualquier momento las personas que aún estaban en la alquería y no en los campos saldrían para ver qué eran esos gritos. —¡Por san Wenceslao! —siseó Pavel y se abalanzó sobre ella para taparle la boca. La mujer pataleaba, la punta del zapato se clavó en sus partes y Pavel se desplomó lentamente. Soltó un gruñido y todo empezó a girar, se le nubló la vista y el dolor se concentró en sus testículos aplastados. Katka enmudeció; él oyó el crujido de las ramas rotas y el quejido victorioso cuando ella logró abrirse paso entre los matorrales y salió al otro lado, bajo los árboles.

favor! Para Pavel ponerse de pie supuso una acción heroica. Trató de tomar aire y se tambaleó a lo largo del ancho rastro terroso dejado por Buh. Las náuseas recorrían su cuerpo en oleadas. Vio a Buh: estaba arrodillado junto a Katka y le apretaba los hombros contra el suelo. Ella lo miraba fijamente, enmudecida de terror. Pavel sabía que la suave presión de las manos de Buh no habría roto un huevo crudo. Oyó una voz que surgía del fondo de un pozo y se abría paso a través del fuego, del hielo y de afilados colmillos. Sólo se dio cuenta de que era la suya porque dijo lo que él quería decir. —¡No te pasará nada, Katerina! ¡Sólo queremos hacerte una pregunta! De repente fue como si lo embistiera un toro salvaje. Pa— 453 — vel cayó al suelo y creyó morir. El toro se abalanzó sobre él, golpeando y pateando. La herida de la mejilla se abrió, el toro le aplastó la oreja y el ariete de un ejército sitiador se le clavó en el estómago. Sólo entonces "alzó los brazos y trató de protegerse. —¡Largaos! —jadeó el toro—. ¡Panda de asesinos! ¡Largaos! ¡Dejadla en paz! El peso se retiró, los insultos prosiguieron. Pavel procuró ver lo que ocurría. Vio una figura que pataleaba, insultaba y escupía, colgada de los brazos de Buh. —¡Me cago en vuestras oraciones! —chilló—. ¿Qué queréis de Katka? ¡Dejadla en paz! —No queremos hacerle daño, muchacho, sólo hacerle una pregunta —dijo Pavel, sintiendo al hablar la misma dificultad que debía de sentir Buh para pronunciar una palabra. —¡Mierda! —gritó el muchacho, y le pegó un puntapié en la rodilla a Buh. Este abrió de par en par los ojos y se desplomó. El muchacho se soltó y echó a correr hacia el camino, : pero Pavel logró agarrarlo del pie y lo hizo caer. Entonces Buh volvió a aferrarlo. —¡Katka! ¿Te han hecho daño?

Te seguí porque me diste con la puerta en las narices —dijo el muchacho. —¡Está perfectamente! —dijo Pavel, irritado—. Cierra el pico, de lo contrario te lo cerrará Buh. —¡P... p... por... favor! —Soltad al muchacho —dijo Katka en tono apagado. El chico parpadeó, pero Pavel también había oído las voces que provenían de lá casa de labranza y sus ideas se arremolinaron. —¡SOCORROOOO! —gritó el muchacho a voz en cuello, pataleando como un loco, pero la mano de Buh le tapó la boca. El muchacho se agitaba hasta tal punto que hizo tropezar a Buh y éste cayó de rodillas. La mano que tapaba la boca" se desplazó y el muchacho le hincó los dientes. Buh soltó un gemido, lo arrojó al suelo y volvió a taparle la boca. El mu— 454 — chacho seguía debatiéndose, pero cuando Buh apoyó su peso sobre él, por fin se quedó quieto. El gigantesco monje parecía desesperado.
—¡Os atraparán! —siseó Katka—. ¡Y después os lapidarán! Las voces de la alquería se acercaban. De pronto Pavel se vio a sí mismo en su vida anterior, con el magro botín de un robo en las manos, acurrucado en un rincón mientras fuera se aproximaba la jauría con porras, horcas y una cuerda, y se sintió embargado por el miedo. Con asombro,

comprendió que temía por Buh. El lo había involucrado en ese asunto; si algo le sucedía sólo sería culpa de Pavel. —¡Sois unos contranaturales! —exclamó Katka.

«Son las palabras del viejo Tomás», pensó Pavel sin que viniera a cuento. —¡Gnnn... gnnn! —balbuceó Buh, que seguía aplastando al muchacho contra el suelo, casi como si lo abrazara. —¿Hola? —dijo alguien en voz baja. La voz provenía del sendero. Sonó tan cerca de ellos que Pavel comprendió que no les daría tiempo a ocultarse en el bosque. —
Quedaos quietos —dijo Pavel—. ¡Quietos! Yo lo arreglaré. —Sólo tengo que gritar... —dijo Katka. —Y Buh sólo tiene que aumentar la presión. No queremos hacerle daño a nadie, ¿comprendes? La vieja abrió la boca pero al mirar a Buh y al muchacho, apretó los dientes. —¡Lo soltaréis! —susurró. —Os soltaremos a ambos —dijo Pavel, traspasándola con la mirada. La mujer apartó la suya y bajó la cabeza. —¡Buh! El gigante alzó la vista; estaba pálido. —No lo sueltes. Tenemos una oportunidad, pero-no dejes -que grite, ¿me oyes? ¡En ningún caso! Arrástrate detrás de ese árbol caído, ¡rápido! — 455 — Buh asintió con la cabeza; sus ojos llamearon y desvió la mirada. Algo en el interior de Pavel se contrajo. Buh arrastró al muchacho detrás del tronco y Katka los siguió a gatas. Pavel se adentró en la trocha crecían un rosal silvestre y un endrino. Ambos se habían entrelazado de tal manera que las espinas del

porimero y las púas del segundo apuntaban hacia el exterior, como la formación defensiva de un ejército. Pavel tragó saliva, abrido lo protegio de un porco, pero su cabeza y sus manos se llevaron la peor parte. Sintió cómo las púas cel avaban en su cuero cabelludo, allí donde —desde que partió del convento— una pelusilla empezaba a cubrir la tonsura. Una espina casi le arrancó una oreja, otras le arañaron la nuca y las mejillas. Una larga púa se le dolor fue como una llamarada. Después quedó tendido entre las ramas, gimiendo. Trató de girar la mano izquierda y se rostros se asomaron por encima de él, contraídos por la sorpresa y después por la compasión. —\ Ay! —exclamó uno. —Hombre, hermano, ¿cómo te has metido ahí? —-preguntó el segundo.

—¿Fuiste tú quien gritó?

—preguntó el tercero. Eran tres hombres mayores de rostros curtidos por el sol, arrugados y barbudos, cuyas bocas abiertas por el asombro albergaban algunos dientes en mal estado. A sus años los labradores ya no trabajaban la tierra, sino que se quedaban en el pueblo o en la alquería porque sus fuerzas aún les permitían ocuparse del fuego, los animales y los niños pequeños. A Buh — 456 — no le hubiera resultado difícil dejarlos fuera de combate, pero para el gigante habría supuesto cargar con otro pecado que hubiera comprometido su misión ayn más. —Ayudadme —gimió Pavel. Los hombres miraron en torno en busca de palos y cuando por fin los encontraron, apartaron con ellos las

ramas cubiertas de púas y tendieron las manos para extraer a Pavel, que procuró no gritar, pero sin lograrlo. Cuando lo pusieron de pie, se le doblaron las rodillas. Le ardía la mano izquierda y la sangre le corría por la muñeca como en las imágenes del Crucificado. La púa había formado un alargado verdugón azul rojizo en el dorso de su mano y una

punta de un centímetro de largo asomaba de la herida. A Pavel se le revolvió el estómago. —¡Ay! —repitió uno de los viejos. Pequeños regueros de sangre manaban de la cabeza, el rostro y la nuca del monje. —Debes quitártela, hermano. —Eso parece —dijo Pavel en tono débil. —¿Quieres que te ayudemos? —Os lo ruego. Los hombres intercambiaron una mirada, uno se encogió de hombros.

Le dijeron a Pavel que se sentara en la linde del bosque; Pavel accedió: cualquier cosa menos volver a recorrer la trocha. El árbol caído se encontraba a menos de veinte pasos de distancia, medio escondido tras un seto. El corazón de Pavel latía apresuradamente. Uno de los hombres extrajo un cuchillo de hoja tan corta que resultaba evidente que había formado parte de un cuchillo más grande que habían dividido en tres o cuatro trozos. El acero era un metal valioso. La mirada del dueño del cuchillo osciló entre la mano de Pavel y su instrumento. Pavel vio que éste estaba manchado de grasa; por lo visto acababan de emplearlo para cortar carne o tocino. El hombre lamió la hoja y después la secó debajo de su axila, colocó la mano izquierda de Pavel en su rodilla y la inmovilizó con la izquierda suya —la maniobra experta de un hombre — 457 — acostumbrado a sostener animales jóvenes e incluso a machos cabríos— mientras con la derecha apoyaba con suavidad la punta del cuchillo en el dorso de la mano de Pavel. Éste apartó la vista y

tensó los músculos. —¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó uno de los otros mientras extraía una espina del cuero cabelludo del monje.

Éste se sobresaltó y aguardó a que el cuchillo abriera un corte en su mano para extraer la púa. Tirar de ella hubiera agrandado la herida; Pavel lo sabía pero sin embargo se sintió desfallecer. —-Un ciervo salió repentinamente del bosque y me vio —dijo, soltando una carcajada que sonaba falsa, pero que a los otros tres le pareció natural, dadas las circunstancias—. Se asustó, al igual que yo, y entonces se abrió paso por allí y me arrojó contra el endrino. —¿Qué hacías tú ahí, hermano? Pavel sospechó que, si pretendía que le creyeran, tenía que parecer sincero. Sólo veinte pasos los separaban de Buh y sus prisioneros, de una cuerda alrededor del cuello o de una lapidación. —Acababa de agacharme para cagar —dijo. Los tres hombres lo miraron desconcertados. Después se echaron a reír.

-¿Terminaste? —Ni siquiera empecé —dijo Pavel. Los tres viejos se partían de risa. Uno le golpeó el hombro y se clavó una púa —que había quedado atrapada en el hábito— en la mano. —¡Ay! ¡Maldita sea! —exclamó. Después carraspeó—. Perdón, hermano. —No, no, hijo mío —dijo Pavel, que era veinte años menor que el más joven de los tres—. Tienes razón: ¡maldita sea! —¿Era un ciervo grande? —preguntó el hombre del cuchillo. — 458 — r f —Enorme. y —¿De gran cornamenta?

-.
—¿Por qué lo preguntas? —Por la carne —contestó otro—. Un bicho tan enorme fi nos alimentaría a todos durante una semana, a condición de que el terrateniente no descubra que lo matamos. El cuchillo seguía apoyado encima de la herida.

La mano le ardía y palpitaba. En comparación, el dolor de las demás heridas se desvanecía.

Entonces Buh se arrojó a través de la maleza; allí donde el pataleo de Katka había dejado unas ramas rotas apareció una trocha sembrada de hojitas verdes. Pavel oyó el grito aterrado de Katka y el tartamudeo de Buh: —¡P... p... por...

La mano le ardia y palpitaba. En comparación, el dolor de las demás heridas se desvanecia.

La mirada de Pavel no dejaba de regresar a la herida y al cuchillo inmóvil. —En marzo —dijo Pavel lentamente—, los ciervos no tienen cornamenta, se desprenden de ella durante el otoño. El hombre del cuchillo hizo un ligero movimiento con los dedos y, durante un instante, Pavel vio cómo la piel tensa del dorso de su mano se retiraba del cuerpo extraño, la púa se separaba de la carne y caía al suelo. El surco se llenó de sangre y ésta se derramó; sólo entonces llegó el dolor. Pavel había creído que no podría empeorar, pero se equivocó. El hombre del cuchillo agarró la otra mano del monje y la apretó contra la herida para detener la sangre. Pavel se encogió de dolor. —¿Conoces el llantén, hermano? —preguntó. —Sí —gimió Pavel—. Es bueno para las heridas abiertas... ¡Santo Cielo, cómo duele! —Eres un hombre versado, hermano —dijo el hombre del cuchillo—. ¿Qué te trae por aquí? —Estoy de peregrinaje. —¿Franciscano? ¿Capuchino? —dijo, señalando el hábito desconocido con la punta del cuchillo. «Entre todos estos campesinos ignorantes, tenía que toparme con el único que conoce un poco dé mundo», pensó -Pavel con amargura. —Benedictino —dijo por fin, conforme a la verdad—. — 459 — Hago penitencia, por eso el hábito es negro—. Lo segundo era mentira pero confió en que el hombre no lo supiera. Un monje benedictino que cumpliera una penitencia no viajaría por el mundo sino que realizaría modestos servicios en la comunidad hasta que, en su misericordia, el abad y los hermanos volvieran a acogerlo.

—¿ Querrías albergarte entre nosotros? —Sólo por una noche.

Mi penitencia incluye realizar servicios. —¿Qué harías por nosotros? —¿Qué necesitáis? —La hija de Barbora está agonizando, a lo mejor podrías hacer algo, hermano. —El campesino se encogió de hombros—. Porque con esa mano ni siquiera podrías ayudarnos a quitar la bosta, —Os lo agradezco —dijo Pavel.

—Venga, te acompañaremos hasta la granja. —No, no...

Aún debo rezar. Dejad que rece mis oraciones y agradezca a Dios el haberme enviado el ciervo, aumentando mi penitencia, y a vosotros el haberme mostrado Su bondad. Iré a la alquería al caer la noche. —¿Quieres que te traigamos algo de comer? —No, ayunar forma parte de la penitencia. —Pavel se sentía incapaz de añadir una ofensa a la mentira aceptando el pan de los campesinos sin una compensación, o en todo caso sin ninguna que les pudiera satisfacer. Pensó en el muchacho y en la vieja Katka detrás del árbol—. Pero muchas gracias. —Cuídate, hermano —dijo uno. —Y no olvides cagar. Ahora ya no vendrá ningún ciervo. —No, creo que no —dijo Pavel. —Y no olvides el llantén —dijo el hombre del cuchillo. —Que Dios os proteja. Los hombres regresaron lentamente a la alquería. Pavel los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en el interior de diversas chozas. Haciendo un esfuerzo, se puso de pie, fue a — 460 — ^¥ C trompicones hasta el árbol caído y se desplomó en el suelo detras del tronco. Como medida de seguridad, Buh seguía tapándolé la boca al muchacho; éste se había sometido a la fuerza superior del monje y miraba al vacío. No se molestó siquiera en lanzarle una mirada de odio a Pavel, y Katka tampoco. —Esto es lo que haremos —dijo Pavel, reprimiendo el cansancio que lo agobiaba—. Tú, Katka, contestas a nuestras preguntas, después te dejaremos en paz. El muchacho nos acompañará y, cuando hayamos recorrido un trecho suficiente, lo pondremos en libertad y podrá volver andando. Te doy mi palabra. —¡Me cago en tu palabra! —exclamó Katka—. ¡Monstruo! —No todo lo que te dijo el viejo Tomás en aquella ocasión es verdad. —Vi lo que les ocurrió a las franchutas.

Fue uno de vosotros. Pavel no respondió. Katka luchó consigo misma y por fin suspiró. —No le hagáis daño —rogó—. Es el hijo de mi hermana. —¿Barbora es tu hermana? —Por eso regresé aquí. -¿Regresaste? ¿De dónde? —De Praga. —¿De Praga? —Si os lo cuento todo, ¿no regresaréis jamás? —Lo prometo, incluso si no le das ningún valor a mi palabra. —Júramelo por san Benito. —Lo juro —dijo Pavel, sin titubear. —Dile al gigante que suelte al muchacho. —No. Podría gritar. Cuenta lo que has de contar, —Da igual —dijo Katka—, de todos modos, jamás la encontraréis. —¿A quién? — 461 — —A la niña, la niña que el hermano Tomás debería haber hecho matar según las órdenes del abad, ese pedazo de monstruo. —¿Era una niña? —Pero ¿tú qué sabes exactamente, sotana negra? —dijo Katka en tono despectivo—. Tu ignorancia me demostró que tu historia era falsa, porque hablaste de un joven. —Sé que llevo a cabo la tarea del Señor, aunque tú no lo creas. —¡Bah! —Katka escupió. —Habla —dijo Pavel y apretó la mano herida contra su cuerpo. Hubiera preferido acostarse y dormir. Buh tenía los ojos medio cerrados. La mirada inexpresiva del muchacho pareció atravesar a Pavel, que se estremeció. —Habla —repitió—, terminemos ya con este asunto. Este era el relato de Katka: el hermano Tomás había obedecido eligiendo a dos personas: una joven —El labrador—, les confió la niña y les entregó un talego con monedas. Después, infringiendo la orden que había recibido, les dijo que pusieran a salvo a la criatura. «¿Dónde, hermano?» «En Praga. Es una gran ciudad; allí su rastro se perderá.» «Haremos lo que podamos, hermano.» «Dios y san Benito os protegerán.» Katka se hizo cargo de la niña como si fuera hija suya; su propia hija había muerto después del parto, de modo que, a pesar de su dolor, tenía leche en abundancia. La niña mamaba como si supiera que le esperaba un arduo viaje. Lo demás no resultó tan sencillo. El labrador acompañó a Katka hasta más allá de Kolín; después desapareció una noche, junto con el dinero. Katka sabía que el hombre tenía parientes en la ciudad, así que seguirle los pasos no tenía sentido. Lo negaría todo, incluso el hecho de haberla visto y, aunque supieran la ver— 462 — dad, sus parientes lo apoyarían, porque lo que estaba en juego era el dinero. Pensó que tal vez no debería haberlo rechazado cada vez que trató de intimar con ella, pero también se preguntó qué habría sido peor: ¿dejarse\* montar por un hombre que se le había impuesto o perecer en la cuneta junto con la niña? Katka apretó los dientes; sabía que la alquería —donde vivía su hermana casada— se encontraba a uno o dos días de caminata. Las caminatas no tenían nada de especial y de hecho ni siquiera había salido del principado, pero aún estaba débil tras el parto y el miedo pasado. Estaban en noviembre, la lluvia era helada, el camino inseguro y ella era una mujer joven. Debería haberse dejado violar por su acompañante, al menos éste había demostrado interés por ella y no le había hecho daño a la niña. Pero para su propia sorpresa, logró llegar sana y salva hasta Neuenburg las fuerzas la abandonaron. Casi no tenía leche y la niña estaba cada vez más silenciosa y pálida. No le había puesto un nombre, no tuvo valor para ello. Había querido ponerle Yolanta a su propia hija, el nombre de su abuela que era oriunda del ducado de Luxemburgo, pero que después emigró al este. Su abuela que era oriunda del ducado de Luxemburgo, pero que después emigró al este. Su abuela que era oriunda del ducado de Luxemburgo, pero que después emigró al este. Su abuela siempre le contaba la historia de su santa patrona, la princesa Yolanta, que luchó por entrar en un convento. Pero por algún motivo Katka se negó a ponerle ese nombre a la huérfana que le había sido confiada.

Claro que pensó en quedarse con la niña, pero a fuer de sincera, además de la pena, ¿acaso no había sentido cierto alivio cuando su propia hija murió? Hubo una época en la cual dos hombres jóvenes de Podlaschitz la pretendieron, durante las doce noches entre Navidad y Reyes, un período de tiempo en el que las personas se reunían en casas siempre diferentes, narraban historias mientras fuera merodeaban las fantasmagóricas figuras de la Nochevieja, bebían, intercambiaban sonrisas —los fuegos ardían en las chimeneas calentando al máximo — 463 — las sencillas habitaciones de los campesinos— hasta que los jóvenes se armaban del suficiente valor para ocultarse en los corrales porque a lo mejor era verdad que durante esas noches los animales hablaban y predecían el futuro. Durante dos noches seguidas, Katka se había entregado, primero a uno de sus pretendientes, después al otro. Los animales no le predijeron que ello acabaría en que nueve meses más tarde recorrería la calle del pueblo cubierta de vergüenza, que poco después enterraría a su propia hija y que huiría de su patria con una niña ajena colgada de sus pechos. En Neuenburg había superado la vergüenza y empezado a mendigar.

El que quizá fuera el último transporte de mercaderías de ese año se había detenido allí y al verlo tan grande, Katka consideró que el dueño de tal carruaje era un hombre adinerado. El hombre no sólo resultó ser adinerado sino además generoso. Una vez oída su historia apenas modificada, invitó a Katka a sentarse a su mesa; ella afirmó que la niña ajena era su hija, pero no silenció la verguenza de su nacimiento; el cobarde labrador era el padre, aunque Katka no le dijo al comerciante que sabía dónde estaba. El hombre sólo le echó un breve vistazo a la niña, acompañado de un comentario indiferente; Katka no se tomó a mal su desinterés. El encuentro resultó afortunado para Katka. El hombre

le ofreció llevarla a Praga bajo su protección. —¿Y una vez allí? -preguntó Pavel. Katka se encogió de hombros. -Me ayudó a albergarla en una casa de expósitos y encima les dio dinero a las hermanas para que la trataran mejor que a los demás.

Dijo que Dios amaba a una niña que había sobrevivido a todo lo que yo le había contado, y que él se encargaría de que la niña tuviera un futuro. Dijo que en el mundo hay muchas buenas personas que sacan niños de las casas de expósitos y los acogen en sus propias familias, y que tal vez eso sería lo que le ocurriría a ésta. —¿Es eso lo que ocurrió? — 464 — No lo sé. Le di las gracias, me despedí de la pequeña y me marché. Pavel percibió el dolor que quizá la anciana se ocultaba a sí misma. Tenía un nudo en la propia garganta, pero no debía tenerlo en cuenta. —¿Así que no sabes qué ocurrió con ella? — Es lo que dije, ¿no? Pavel sacudió la cabeza. No sabía qué contestar e intercambió una mirada con Buh, que permaneció en silencio. —¿Qué casa de expósitos era? Seguro que en Praga hay varias. —No lo sé. Recuerdo que estaba fuera de las murallas, junto al río.

La dirigía una orden de monjas. El hombre dijo que las autoridades de Praga controlaban las otras casas de expósitos, pero que en aquélla nadie preguntaría por la niña y por qué no la conservábamos nosotros mismos y cosas así. —Una casa para los hijos de las mujeres perdidas —dijo Pavel—. Sólo allí nadie hace preguntas. El mercader era un tipo listo. Katka no reaccionó. Inspiró y volvió a escupir. —Eso es todo —dijo—. Ahora quiero irme. Pavel hizo caso omiso de ella. —Hemos de ir a Praga —dijo—. Tenía la esperanza de que no fuera necesario, pero hemos de ir a Praga. —Quiero irme. Pavel se esforzó por prestarle atención. Comprender que seguían estando al principio lo había conmocionado. No debía desanimarse, había demasiado en juego. —Bien—dijo—. Haremos lo siguiente: nos marcharemos con tu sobrino y lo dejaremos en libertad más adelante, tal como te lo prometí. Regresará a este escondite y después ambos podréis volver al cortijo. Quiero que tú no te muevas de aquí, ¿comprendido? —¿Cuánto tiempo tardarás? —Hasta el anochecer. Depende de la velocidad con que — 465 — avancemos y la rapidez con la que el muchacho regrese. —Pavel sonrió, pero Katka no le devolvió la sonrisa. —Supongo que no tengo elección —gruñó ella. —Si tras nuestra partida le'das la voz de alarma a tu gente, el muchacho morirá. —Ya lo sé, ¡cerdo! Pavel se puso de pie. —Llévate al muchacho, Buh, y no lo dejes escapar. Adiós, Katka. Quiero volver a decirte que mereces mi respeto. —Métetelo donde te quepa —dijo Katka. Los tres atravesaron el bosque en la dirección en la que Pavel supuso que estaba el camino. El muchacho no se resistió, entre otras cosas porque Buh seguía tapándole la boca. La expresión de Buh era sombría y pétrea, y no miraba a Pavel. Pavel trotaba delante de él; se sentía desdichado y no sabía qué harían una vez llegados a Praga. Se volvió varias veces y vio que Katka seguía sentada en el suelo, mirándolos. Por fin desapareció entre los árboles y Pavel se detuvo. — Tendríamos que haberla maniatado —dijo. Buh soltó un gruñido. Pavel cerró el puño sano. —Como al labrador —dijo—. En aquella ocasión regresé y lo maniaté, por si acaso. Deberíamos haber hecho lo mismo. —Miró a Buh, pero no logró descifrar la mirada del otro. —Regresaré —dijo—. Por si acaso. Espérame aquí. Buh no respondió. Pavel volvió apresuradamente al escondite. Tenía la mano izquierda entumecida; no podía utilizarla como en Kolin, en la casa del antiguo labrador.

Sólo le funcionaba la derecha. Agarró una rama rota del suelo sin detenerse y, al echar un vistazo por encima del hombro, comprobó que Buh ya no podía verlo. Blandió la rama. Era un leño duro y seco, grueso como un brazo, y unos restos de corteza revelaban que pertenecía a un roble. Al verlo, Katka alzó la vista, sonriendo porque creía que era su sobrino. Después su rostro expresó sorpresa y luego espanto al ver quién había regresado. Intentó ponerse de pie — 466 y Pavel echó a correr. Esta vez fue más rápido que ella. Kat-ka se encaramó por encima del tronco pero él la agarró y la hizo caer. Ella alzó la mirada y plegó las manos en actitud de súplica. —¡Perdóname, Señor, soy tu siervo! exclamó Pavel y alzó la rama. — 467 — 22 Al regresar junto a Buh, los pensamientos de Pavel se arremolinaban desordenadamente y su inconsciente tomó el mando: se limpió la sangre que le manchas anguinolentas, puesto que la herida de su mano izquierda había sangrado lo bastante como para justificar las que quedaban. Mientras tanto no dejaba de ver la figura fantasmagórica de una mujer más joven y bonita que en medio del frío invernal cargaba con una niña que debería haber muerto hace rato, mezclada con el rostro del labrador, ensangrentado por los golpes propinados por Buh y debidos a que aquél había roto un juramento anterior. Ahora el agricultor

intentaba apartar las manos que le apretaban el cuello. Las advertencias del abad Martin eran claras: la niña suponía un peligro para el secreto que todos ellos vigilaban en las cuevas bajo el convento, al igual que las personas que se la llevaron. «Pero guardaron silencio durante mucho tiempo», objetó Pavel. «Debes asegurarte de que sigan guardándolo», había contestado el abad Martin. Pavel percibió la agitación desesperada de los músculos del cuello de su víctima mientras la estrangulaba, como tam— 468 — bien había sentido cada golpe asestado sobre el cuerpo humano con una rama de roble que era como la prolongación de su propio brazo. Lloraba sin notarlo y susurraba oraciones sin oírlas. De repente se encontró frente a Buh. El gigante lo contemplaba sin soltar al muchacho se doblaron y cayó al suelo. Pavel comprendió que estaba muerto. La mirada de Pavel osciló entre los ojos abiertos del muchacho y Buh. El gigante temblaba. —Gnnn... —balbuceó e hizo un movimiento como quien rompe un palo—. Gnnn... yo... no pude... gnnn... «Claro que no», pensó Pavel.

El muchacho se había defendido; Pavel le había ordenado que le mantuviera la boca tapada y el chico se había debatido y pataleado. Buh había sequido apretando para no dejarlo escapar; su fuerza era enorme, y en sus manos el muchacho sólo era un débil gorrión. —No —dijo Pavel con mucha suavidad—. Tú no tienes la culpa. En su interior, algo gritaba y lo condenaba. Se esforzó por no prestarle atención. Buh temblaba cada vez más; había aferrado el cadáver durante todo ese tiempo, para que Katka creyera que para salvarle la vida al muchacho al que había matado y empezó a sollozar. Pavel no pudo hacer nada. Si hubieran aparecido los campesinos de la granja con la intención de matarlo, no se habría defendido. Recordó al abad Martin y el arcón y de pronto oyó el zumbido que surgía del interior del cofre, un cántico de energía maligna y total que hasta entonces sólo había oído el abad. Existía, era audible. Se manifestaba ante todos quienes seconvertían en siervos del libro que aquardaba que llegara su turno encerrado en el arcón. Lo oían aquellos cuyas almas estaban condenadas. — 469 — 23 Claro que para los mercaderes de Praga, la capital del Sacro Imperio Romano — del Sacro Católico Imperio Romano —, no cabía la más mínima duda de que era necesario tanto mantener relaciones comerciales con los subditos de Su Majestad, la reina virgen de Inglaterra —la protestante Isabel— como contactos con el reino isleño de Albión. Agnes lo sabía, aún sin haber profundizado en el tema. Pese a todas las tácticas sensatas o paranoicas del emperador y los obstáculos interpuestos por su tío español y su prometida, él había sido educado en España, su carácter había dejado su impronta en la corte y era más fácil que se entendieran el fuego y el aqua que el espíritu español y el inglés. Además, todos los ingleses eran herejes protestantes, sus capitanes eran piratas, sus mercaderes eran tramposos, su reina una puta, sus cocineros preparadores de venenos y toda la condenada isla una deshonra para todo el mar del Norte. Eso dijo Boaventura Fernandes, y sonrió. Agnes aún no había comprendido del todo cómo se ganaba el dinero el portugués. Se desconcertó al comprendido del todo cómo se ganaba el dinero el portugués. comerciales de la casa Wiegant & Wil-fing. No le sirvió de nada decirse que en el caso de los otros mercaderes de éxito sucedía lo mismo. Se sentía manchada. — 470 — En determinado momento de los días pasados, Agnes había confiado sus planes a su criada. Era consciente de que todos los habitantes de la casa la vigilaban con el rabillo del ojo y que sopesaban cada una de sus palabras, así que resultó más fácil encargarle a la criada consigo. Y ahora Boaventura Fernandes estaba sentado en un arcón en la habitación de Agnes, vigilado por la feriada. oliendo a rosas como si fuera una carta de amor de un metro cincuenta de altura y dos piernas, sonriendo como un pirata. Hablaba con un deje ronco pero sin cometer errores y su afirmación de que dominaba otros cuatro idiomas resultaba totalmente creíble. No parecía un mercader; parecía uno de ésos piratas que maldecía con elocuencia y Agnes sospechó que su relación con

almacenado en una cara botella de vidrio y no en una ánfora de arcilla, y también al elegir el que reposaba en el rincón más polvoriento del sótano. Las mejillas de Fernandes ya estaban rojas y sus ojos, brillantes tras beber la primera copa. Agnes se habría sentido más inquieta si hubiera sospechado que la capacidad de cerrar un negocio ventajoso aunque uno estuviera borracho era una necesidad básica para un mercader que deseaba tener éxito en los negocios de ultramar. —Escuchadme —dijo Fernandes, agitando la copa. Bebió — 471 — un trago y después la depositó en el arcón—. Sois la hija de Niklas, mi amigo, y la prometida de Sebastian. Seré sincero con vos. —Qué bien que todos ya se hayan enterado de mi compromiso. —Los mercaderes son unos cotillas —dijo Fernandes con una sonrisa orgullosa. —¿Cuál es el problema con Virginia?

Virrrginia. —¿Hav que ser inglés para ser acogido en la colonia situada allí? —No —respondió Fernandes—. Hav que ser idiota. —¿Qué quiere decir? Fernandes agarró la copa de vino que había dejado sobre el arcón. Agnes lo ignoraba todo acerca del vino de buena o de mala calidad, pero por lo visto había escogido bien al optar por el vino

—Señoras mías —exclamó Fernandes abriendo los brazos; era un seductor, incluso en el momento de la verdad—, Virginia está maldita. Agnes y la criada intercambiaron una mirada. Agnes procuró ver el lado ridículo de la mímica de Fernandes, pero fracasó frente a la expresión seria del portugués. —¿Me creeréis si os digo que uno de mis hermanos fue timonel en una nave inglesa? Agnes se encogió de hombros. —Es verdad. España e Inglaterra están en guerra, pero los mejores timoneles provienen del reino de Felipe, y eso ya era así en la época de Fernando e Isabel y del príncipe Enrique el Navegante. Ningún capitán inglés permitiría que un timonel español pisara su nave, pero nosotros los portugueses disfrutamos, ¿cómo decirlo?, de la ventaja de la confianza, porque en realidad somos un pueblo diferente. Claro que hay algún timonel que en realidad se llama Berenguer en vez de Beren-gario, o Jimeno en vez de Ximeno, pero ¿qué más da? A condición de que la nave llegue a donde ha de llegar... —¿Adonde nos lleva esta historia? —lo interrumpió Agnes. Fernandes arqueó las cejas (por lo visto, los hombres dedicaban más tiempo a la charla cuando hablaban de negocios), pero después recuperó la sonrisa. —Mi hermano Simón fue timonel de una nave equipada pofsir Walter Raleigh. De allí provienen mis buenos contactos con el comercio de ultramar, aunque aquí en Praga estoy alejado de cualquier océano... — 472 — Raleigh es el inglés que fundó Virginia — dijo Agnes—.

Eso también lo sé yo. Boaventura Fernandes se había acostumbrado rápidamente a que Agnes llevara la conversación y su sonrisa no se desvaneció.

acercarse a Agnes sin ser visto, de modo que volvió a ocupar su lugar junto a la pared. Yolanta vio que el hombre negaba con la cabeza. Agnes le habló con insistencia y el hombre volvió a negar.

Es la oportunidad de iniciar una nueva vida. La gente siempre intentará llegar hasta allí.

Entonces la criada probó suerte.

algunos de ellos incluía golpecitos en los hombros, veladas bañadas en alcohol y oscuros arreglos comerciales en alguna tabernucha. —Virrrginia —dijo Fernandes—.

—Pero el capitán del barco no era Raleigh sino un hombre llamado White —dijo Fernandes—, un amigo de Raleigh. Navegaron hasta el Nuevo Mundo con más de cien personas a bordo, hombres, mujeres y niños. Querían reunirse en Roanoke (una isla cercana a la costa) con los soldados que se habían quedado allí tras el primer intento de colonización ocurrido el año anterior. Fernandes hizo una pausa para tomar otro trago de vino. Cuando se relamió los labios, éstos estaban oscuros, como si hubiera bebido sangre. —Los soldados habían desaparecido —susurró—. Todos menos uno. Encontraron sus huesos en la entrada de una oscura cueva, tan profunda que parecía conducir al infierno. Intentaron encontrar a los demás, pero fue en vano. —Podrían haberse marchado en otro barco —dijo Agnes, titubeando. —Claro, claro que podrían haberse marchado en otro barco —dijo el portugués—. Dicho sea de paso, ¿sabe mi amigo Niklas que estamos conversando? —Sí —contestó Agnes, tras hacer una pausa. —Bien, Lo digo porque en ese caso tengo permiso para la imagen de un ángel. —Lo siento, cometí un error —dijo la criada de Agnes—, disculpadme, señor. —No tiene importancia. ¡Catorce soldados bien armados desaparecieron sin dejar rastro! —exclamó. Agnes retrocedió, asustada—.

Y el decimoquinto, muerto. Los nativos juraron -que no sabían nada y hablaron del espíritu maligno que sut; que - 473 — del bosque y emponzoña los corazones de los hombres. Pero también es posible que se marcharan en un barco —añadió, bebiendo otro trago. -—Seguid contando, por favor —dijo Agnes, irritada por su propia sorpresa. -Eso ocurrió hace quince años. Sin embargo, los colonos se instalaron en la isla y construyeron casas. El año ya estaba muy avanzado, era junio, demasiado tarde para iniciar una cosecha. Los colonos planeaban negociar con los nativos, sin embargo de repente éstos se volvieron hostiles y temerosos. Nació un niño, pero al día siguiente encontraron a uno de los colonos muertos, flotando en las aguas poco profundas de la bahía. Había ido a cazar cangrejos y nadie sabe quién o qué acabó con su vida. —Los nativos de una tierra en la que pretendéis emprender una nueva vida? Os deseo mucha suerte. Agnes calló. Empezó a sospechar que lo había subestimado y que debería alegrarse de que sus intenciones fueran buenas. Era evidente que el portugués se había dado cuenta de que sus planes no gozaban del beneplácito de sus padres. Deseó la presencia de Cyprian y su estilo imperturbable de enfrentarse a las cosas; después apartó esa idea de inmediato. El momento de apoyarse en los demás para hacer frente a las dificultades había pasado. Nó volvería a mirar a Cyprian a los ojos hasta poder decirle: «Esto lo he logrado yo sola. Esta es mi vida. No necesito a nadie para gobernarla —para después añadir—: pero desearía que la compartieras conmigo.» —¿Qué habéis dicho? —preguntó al

notar que Fernandes seguía hablando. —Los colonos instaron a Wliite a regresar a Inglaterra para pedir ayuda. Mi hermano consideró que era una locura, puesto que ya estaban en noviembre. Por fin zarparon y, tras muchas penurias, lograron llegar sanos y salvos a Inglaterra. — 474 — Habían dejado a los colonos en la isla: ciento veinte hombres, mujeres y niños, y dos recién nacidos. Tanto White como mi hermano sabían que no podían arriesgarse a regresar en esa estación del año. Entonces llegó 1588... —Dios mío —dijo Agnes—, creo que lo comprendo... —La Armada —dijo Fernandes—. Todas las naves en buen estado fueron incautadas para la defensa. Y luego..., seré breve, señoras mías: White tardó tres años en regresar al Nuevo Mundo. Mi hermano volvía a ser el timonel. La colonia estaba intacta, en las casas encontraron muebles, en los talleres, trabajos empezados. No había indicios de peleas ni rastros de una batalla. Era como si los habían desaparecido. Más de noventa hombres, casi veinte mujeres, diez niños... desaparecidos. No quedaba nada, ni un resto, ni un jirón de tela.

de White lo acusaron de haber navegado demasiado despacio; además perdieron una nave y todo el equipaje durante una tormenta. No volví a ver a mi hermano hasta hace un par de meses, y creedme: no hay modo de impulsarlo a narrar esta historia. —¿Por qué me la contáis a mí? —Porque estáis dispuesta a cometer una estupidez, señorita Wiegant, y porque vuestro padre me ha hablado de su afecto por vos demasiadas veces como para quedarme de brazos cruzados, viendo cómo os ocurre alguna desgracia. —Incluso si lo que me habéis contado fuera cierto... habrá otra colonia. Es el Nuevo Mundo.

- 475 - Fernandes se puso de pie y le tendió la mano con una sonrisa. - Que os vaya bien, señorita Wiegant. No os ayudaré en esta empresa que sólo os hará desdichada. Sé que habrá muchas maneras de embarcarse la próxima vez que zarpe una nave, también desde aquí, en Praga, y sé que no me habríais mandado llamar si vuestra decisión no fuera firme. Así que reflexionad si no sería mejor cambiar de planes, por más preciados que sean. Os concedo un par de días de plazo. SÍ hasta entonces no he recibido un mensaje en el que me informáis de que habéis cambiado de opinión, le escribiré a vuestro padre. Agnes le lanzó una mirada airada e hizo caso omiso de la mano tendida del portugués. Fernandes se encogió de hombros. —Quizá no lo creáis así, pero soy vuestro amigo. A veces el diablo deja la marca de su pezuña en la tierra, y tropezar con ella no es aconsejable. - 476 - 24 Andrej sólo tuvo que aguardar una hora; una buena señal. Después siguió al criado a través de otra antecámara y por fin se encontró en un gabinete. Había cuadros colgando de las paredes y apoyados sobre atriles. Olía a aceite y trementina. Las pinturas eran oscuras y mostraban escenas bíblicas, alegorías o retratos de desconocidos. En el centro colgaba uno de los inevitables Arcimboldos, un bodegón compuesto por cebollas, ajos, ciruelas pasas y haces de cereales secos que, colgado frente al retrato del juez regional superior Lobkowicz, parecía observarlo fijamente. Desde un rincón lo contemplaba otro rostro casi tan vacío de expresión como el bodegón de hortalizas: pertenecía a una criada que estaba allí para evitar que la señora de la casa y su visitante masculino estuvieran a solas. —¿Qué puedo hacer por el primer cuentacuentos de la corte de Su Majestad? —preguntó la dama sentada en medio de las obras de arte.

Resultaba difícil decidir dónde acababa el atuendo de lustroso brocado y empezaba el tapizado de la butaca. El cuello de puntillas del tamaño de uña rueda separaba la cabeza del cuerpo, la cintura era la de una avispa, él rostro flaco, los ojos grandes y hambrientos. Delante de la butaca había un escabel. Ella lo señaló con gesto elegante en cuanto Andrej dejó de — 477 — inclinarse; su reverencia había sido menos profunda de lo que correspondía y lo hizo adrede. —Sentaos. Andrej hizo caso omiso de la invitación y en cambio se dedicó a contemplar los cuadros como si estuviera a solas en el pequeño gabinete. Notó la expresión de asombro de la mujer pero, acostumbrada a circular a través de las aguas infestadas de tiburones de la corte, ella era demasiado profesional para dejar que notara su asombro. —No hemos sido presentados —dijo la dama—. Pero me parecéis conocido. Quizá ya nos hayamos encontrado y lo haya olvidado. Perdonad la débil memoria de una mujer que todos los días debe recordar tantos rostros importantes... —Ya nos hemos encontrado —dijo Andrej—, en dos oportunidades. —Espero que en circunstancias agradables. —Ésa fue mi impresión. —< del juez en un tono que significaba lo siguiente: «Por supuesto que le diré al criado al que le informaré de tu petición que la olvide de inmediato.» —Y quiero transmitiros el respeto y los mejores deseos de un conocido vuestro y mío. —Eso es muy galante. Jamás habría imaginado que vos y vo tuviéramos un conocido común. —Lo conocíais muy bien. -¿De veras? —dijo madame Lobkowicz. —A decir verdad: en un tiempo fui su criado. —Ya. Eso es perfectamente posible, puesto que debéis de haber vivido otra vida antes de que Su Majestad decidiera que vuestras historias lo divertían. —Sólo es una única historia, distinguida señora. Su Majestad siempre desea escuchar la misma. —Qué pena, ¿verdad? —Sí, una gran pena, sobre todo porque hay muchas historias que podría contar.

De príncipes y héroes, de ladrones y caballeros, de ladrones y caballeros, de amazonas y... alquimistas. A ella no se le movió ni un pelo. —Encantador. Una combinación muy prometedora. —Se trata de lo siguiente —dijo Andrej—. Una conocida mía (en este caso no una conocida de ambos) tiene un hijo. Alguien que deseaba su mal se lo quitó y lo dejó en una casa de expósitos —En otras palabras, se trata de un bastardo —dijo madame Lobkowicz en tono sugestivo. —Así es, en otras palabras. Muy acertado, señora. —Supongo que vuestra «conocida» es una mujer de la calle que se ha enamorado de vos, ¿no? —La señora sobre estima mi efecto sobre las mujeres. Ella lo contempló durante un buen rato, jugueteando con un pañuelo. —Escurridizo como una anguila —murmuró sin desviar la mirada ni molestarse en hablar en voz baja. .o... - 479 — Suave como la seda, diría yo —comentó Andrej, indicando el pañuelo—. Si es que hablamos del pañuelo pa

Más bien de algo agradable. Mi amiga quiere sacar al niño de la casa de expósitos y acogerlo, pero el hombre que lo llevó allí lo impide. —A lo mejor sabe lo que hace. —Está convencido de controlarlo todo. -¿Por qué no habláis con mi esposo? El es el juez; si la casa de expósitos se encuentra bajo su jurisdicción, puede tomar una disposición que anule todas las demás. —Se encuentra bajo su jurisdicción, puede tomar una disposición que anule todas las demás.

y estoy seguro de que al menos preguntaría al causante de toda esta desgracia por qué desea que el niño permanezca en la casa de expósitos. —Su capacidad para expresársele manera tan elaborada lo asombró, aunque en realidad hubiera preferido escupirle a la cara a esa mujer vestida con su caro atuendo y sentada en medio de sus tesoros artísticos. Recordó verla arrodillada en el lecho de maese Scoto con las faldas levantadas, suplicando que la penetrara por detrás y el vocabulario que empleó mientras el alquimista intentaba satisfacer sus deseos, unas palabras que quizá se oyeron incluso en la calle. —¿Acaso tengo algún motivo para ayudarte en este asunto obsceno? —Digamos que espero que lo hagáis, por mor de los viejos tiempos y dé nuestro conocido común. Andrej se dio cuenta de que ella sospechaba de qué se trataba, pero quería estar segura. — 480 — ¿Quién es ese conocido que tenemos en común, vuestro antiguo amo? —Giovanni Scoto —dijo Andrej, disfrutando del momento. —Hummm —dijo ella por fin. Después le ordenó a la criada que abandonara la habitación. Ésta salió arrastrando los pies y Andrej aprovechó la interrupción para reprimir su sonrisa; ya le dolían las comisuras de los labios. —Un muchacho tan joven y elegante; hasta ese traje de gallito español te queda bien, aunque estés podrido.

Andrej no contestó. —Y encima ingenioso —prosiguió ella—. Ni una palabra sospechosa mientras estaba la criada. Ningún testigo de este condenado y miserable intento de extorsión por parte de un sapo. Utilizaría otras palabras para describirte, don nadie, si no fuera una dama. «No temas, conozco el pintoresquismo de tu lenguaje», pensó Andrej. Le devolvió la mirada y comprobó que su silencio la inquietaba. Ella se abanicó el rostro con la mano. —Sólo he de limitarme a negarlo todo. ¿Quién te creerá, si se trata de tu palabra contra la mía? —Todos saben que vuestra palabra vale más que la mía. —¡Ya lo creo! —Y por eso todos se preguntarán por qué me tomo la molestia de acusaros, si no dispongo de pruebas. Ella apretó los labios. —Pero tranquilizaos, señora. No os comprometeré decidáis lo que decidáis. Sólo he expresado un ruego. —Así que no me comprometerás, ¿verdad? ¿Crees que no soy capaz de tranquilizar a mi esposo, aunque viertas tu ponzoña en sus oídos? -Claro que sí. - 481 - Ella entrecerró los ojos. El desconcierto de pronto dio lugar al temor. -¿Se lo dirías al emperador? -susurró. Andrej guardó silencio." -Típico de ti -jadeó madame Lobkowicz -. Por fin otra historia, ¿verdad? ¿Qué le contarás? ¿Que Margarete Lobkowicz ha acabado con el antiguo alquimista de Su Majestad y ahora arde en deseos de que Su Majestad se introduzca entre sus muslos? Lo harías, mamarracho, lo veo, te creo capaz. ¿Y el emperador? Todos saben que se folla a las criadas en la cocina y que su prometida ha de conformarse con su hermano, porque con una mujer de su misma posición no se le levanta. Se llevó la mano a la garganta y su cara adoptó una expresión obstinada. —Para él seré lo mismo que una criada.

Estaba sorprendido y al mismo tiempo espantado ante la eficacia de su silencio. Bien pensado, no la había amenazado ni presionado. Lo había hecho ella misma, había llegado a todas las funestas conclusiones por cuenta propia y a él nunca se le hubiera ocurrido la idea de incluir al emperador Rodolfo en el juego. Entonces, mientras observaba cómo ella recuperaba la calma lentamente, se preguntó en vano por qué la idea de que el emperador quisiera rondarla parecía serle tan próxima. Los ojos de madame Lobkowicz lanzaban chispas. —¿O acaso se trata de ti, hombrecillo? ¿Eres tú quien quiere algo de mí? ¿Qué viste cuando eras el criado de Giovan-ni Scoto? ¿Soñabas con mi culo cuando te la meneabas? ¿Te imaginabas mi cono cuando follabas a tu putita? ¿Sueñas con— 482 — migo y con el polvo de tu vida? ¿Acaso lo he adivinado, bonito? Andrej podría haberle dicho que estaba a punto de darle la vuelta a la tortilla y su instinto le dictó la respuesta que más dolor le provocaría. —Por desgracia, eso tampoco serviría para devolveros la juventud, señora. La mirada de ella se volvió pétrea. —Te maldigo —espetó. —Me bastaría con que aceptaseis mi petición. —Escúpela, so... so... —Sí —dijo Andrej, en cuya boca acababa de surgir un sabor tan amargo que hubiera preferido escupirlo—. Sí, por supuesto, soy eso y mucho más, estoy seguro. Lo que quiero es lo siguiente, señora: quiero que toméis prestado el sello de vuestro esposo y hagáis que me lo lleven a casa mañana entre las campanadas de nonas y vísperas. Enviad a

¿Acaso podría negarme sin arriesgar mi ruina y la de mi esposo? Lo has urdido muy bien, piltrafa, al amenazarme con llamar la atención de ese... ese monstruo sobre mi persona, ¡para que me viole! Ojalá te veas obligado a contemplar cómo tu puta y su crío perecen, antes de que te quemen vivo. De algún modo, Andrej logró conservar el orerrius.

vuestra criada, ella ya me conoce. Puede esperar a que se lo devuelva. Sólo lo necesitaré durante cinco minutos. —¿Y si no logro hacerme con el sello? —Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes. Ella frunció el gesto. —¿Y si no logro hacerme con el sello? —Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes. Ella frunció el gesto. —¿Y si no logro hacerme con el sello? —Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes. Ella frunció el gesto. —¿Y si no logro hacerme con el sello? —Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes. Ella frunció el gesto. —¿Y si no logro hacerme con el sello? —Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes. Ella frunció el gesto. —¿Y si no logro hacerme con el sello? —Ni siquiera he incluido esa posibilidad en mis planes. —Entonces deberéis despistarlo, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora. Ya se os ocurrirá algo. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación, señora de ponerse de pie, pero después pareció comprender que, dada su situación pareció comprender que pareció comprender — 483 — Andrej hizo una reverencia tan profunda que podría haberse interpretado como una burla, pero no tenía ninguna intención de burlarse; sólo estaba tan aliviado que temió que su rostro lo delatara. Cuando se incorporó, ella ya tiraba de la cuerda de terciopelo para llamar a un miembro de la servidumbre. —No os molestéis, conozco el camino —dijo Andrej. —Si osas regresar aquí, te mataré con mis propias manos —dijo ella—. Antes que volver a mezclarme contigo, prefiero que me ahoguen por asesina. —Muchas gracias —dijo Andrej y, tras hacer otra reverencia, se marchó. No se detuvo hasta encontrarse dos callejuelas más allá y oír el chapoteo de una fuente. Se apoyó contra la cabeza de león de la cual manaba el agua. En cierta oportunidad, había leído que la mejor manera de derrotar a un enemigo era emplear sus propias armas, y últimamente lo único que había hecho era lo mismo que el padre Xavier Espinosa para someter a Jark... a Yolanta. En el texto no ponía si uno debía sentirse bien tras emplear los métodos del enemigo. Andrej se inclinó y dejó que el agua se derramara en su mano ahuecada. Estaba muy fría. Se enjuagó la boca. Era agua de río que había recorrido un largo trecho a través de tuberías forradas de musgo y sabía a podrido, pero el sabor no podía compararse con el que sus propias palabras le dejaron en la boca, y ése no se dejaba enjuagar. — 484 — 25 Todo se aprende, incluso a ser un monstruo. La característica más destacada del padre Xavier consistía en no ensuciarse las manos. Yolanta Melnika se abrió paso a través del barullo que durante las semanas posteriores al invierno siempre era más sonoro, y observó la espalda del golfillo que había contratado. Por su parte, esperaba que el golfillo observara a Agnes Wiegant y a su criada. Habían acordado que le pagaría el doble del valor de cualquier objeto que lograra robar si participaba en su plan. Sospechó que después el muchacho intentaría pedirle el triple y ya había decidido que accedería. ¿Por qué no habría de hacerlo?: era el dinero del padre Xavier. Aguardó a que el golfillo le hiciera la señal de que estaba preparado. El chico había adoptado un aire misterioso, pero Yolanta sabía que el momento indicado había llegado: cuando la víctima se detuviera y se concentrara en algo diferente, y en la callejuela hubiera tan pocos transeúntes que una pudiera deslizarse entre ellos, aunque por otra parte hacía falta que éstos fueran lo bastante numerosos para pasar desapercibida. Tal vez ocurrieran cambios sustanciales en el desarrollo de los acontecimientos, pero Yolanta estaba segura de que el golfillo se atendría al pian acordado. . . . . . La lenta persecución los condujo a las callejuelas entre los dos puentes que atravesaban el río Moldava. En la orilla se — 485 — amontonaban numerosas balsas, botes y pequeñas chalupas. Allí se encontraban los escasos mercaderes dedicados a los negocios transoceánicos. Claro que la mayor parte de lo necesario para la navegación se elaboraba cerca o en los puertos de la costa marítima, pero había ciertas cosas que quizá resultaban más fáciles de obtener en otra parte. Además, quien asumía el riesgo básicamente económico de equipar una flota estaba dispuesto a gastar más dinero o esperar más tiempo sólo porque los mercaderes de Praga, Viena o Budapest, o de otra ciudad alejada de la costa, proporcionaban

artículos de máxima calidad. Y estos mercaderes también se prestaban a pagar un precio mayor por las mercancías importadas que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que las dos mujeres que estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que las dos mujeres que estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que los de los puertos, que ya estaban hartos de novedades. El muchacho se detuvo; eso significaba que las destaban hartos de novedades per la muchacho se detuvo; eso significaba que los destaban hartos de novedades per la muchacho se detuvo; eso significaba que la muchacho se de los puertos de los puertos de novedades per la muchacho se de los puertos d lugar no tenían nada que ofrecerles a las cocineras, criadas o amas de casa, a menos que las galletas marineras figuraran en el menú o que la última moda supusiera llevar cuerdas calafateadas alrededor del cuello. Entre ellos había algunos vendedores de hierbas pero ahora, a principios de la estación, los precios eran desorbitados. Yolanta se aproximó, preguntándose qué habría llevado hasta allí a Agnes y a su criada. Esa zona de Praga le era completamente extraña. No conocía a ningún tendero y no podía comprobar si era cierto el rumor de que allí casi todos eran extranjeros y hablaban portugués, o portugués, o portugués con acento español o inglés. El muchacho estaba apostado junto a la pared de una casa, lo bastante alejado de los zaguanes de las tiendas y de las mesas plegables para no despertar las sospechas de un vendedor. Si uno ignoraba que se encontraba allí, lo habría pasado por alto. Yolanta vio que Agnes se detenía ante el oscuro portal de una tienda y que su criada entraba. La joven parecía indecisa pero también — 486 — tenía el aspecto de alguien que no veía otra manera de poner en práctica su plan. A Yolanta, esa situación le resultaba absolutamente familiar. En la mesa plegable junto a la entrada de la tienda había pequeños tarros de arcilla, vigilados por un hombre adormilado que en una mano sostenía un bollo y en la otra un chorizo que iba comiendo por turno. Agnes destapó uno de los tarros y despertó el interés del hombre, que se mostró servicial pero también agresivo. Yolanta sabía lo que ocurría: los tarritos contenían muestras de especias y, aunque las cantidades eran escasas, no dejaban de tener el suficiente valor para que alguien intentara robarlas. Observó la callejuela, frecuentada por escasos transeúntes que más bien parecían estar de paso. Un individuo flaco, hirsuto como un chucho y borracho como dos docenas de cosacos, subía dando traspiés desde la orilla del río; por lo visto era un peón cuyos servicios fueron pagados con copas de vino o que la miró y asintió con la cabeza. La oportunidad se había presentado. Yolanta sostuvo el aliento y le devolvió la señal..., pero en ese preciso instante la criada salió por la puerta arrastrando a un hombre pequeño de tez oscura. Un grupo de ociosos se interpuso ante la vista de Yolanta, y cuando volvió a ver a la criada, ésta y el hombrecillo ya estaban conversando con Agnes. El golf illo ya no disponía de la oportunidad de

Fuera lo que fuese lo que fuese lo que pretendían comprar o vender, el hombre no estaba interrumpido y él estaba enfadado. El hombre cillo se dirigió al tipo que vigilaba las muestras de especias y éste se puso de pie, dejó el — 487 bollo y el chorizo encima de la mesa y se puso a disposición de su amo. El chorizo empezó a rodar y cayó al suelo. De pronto el caos irrumpió en la tienda de especias, bajo la forma del borracho hirsuto y de un chucho callejero no menos hirsuto y de un chucho callejero no menos hirsuto y tal vez tan borracho como el otro. Además de su parecido exterior, ambos tenían algo más en común: un hambre de lobo y un objetivo, el chorizo. El embutido era pesado y graso, y cayó al suelo como un saco, rodó hasta una grieta del empedrado y se detuvo. El perro se abrió paso entre las piernas de los peatones y se abalanzó sobre el chorizo. El borracho no era tan ágil pero le llevaba ventaja porque se encontraba justo delante de la tienda y sólo tenía que agacharse. Cuando sus dedos tocaron el chorizo, los dientes del perro se hincaron en su mano. El borracho se incorporó y giró sobre sí mismo agitando el brazo: de su mano, que aún sostenía el chorizo, colgaba el perrillo de hirsuta pelambrera que no aflojaba su mordisco. Al sentir el dolor de la mordedura, el borracho hizo una segunda pirueta destinada a sacudirse el chucho muerto de hambre que gruñía apretando las mandíbulas. Sin embargo, el perro no aflojó. El borracho trastabilló y el cuerpo del perro fue a chocar contra un tarro de especias, arrojándolo al suelo. El borracho lo pisó y el tarro se partió en varios fragmentos desparramando un polvo amarillo. —¡Ehhh! —gritó el hombre que vigilaba las especias. El perro no pesaba mucho, tal vez menos que el chorizo, y parecía decidido a salir victorioso de la batalla por el chorizo y la mano o a perecer como un héroe. El borracho sacudió el brazo, las orejas del perro se agitaron pero no abrió las mandíbulas. El borracho le asestó un puñetazo en la cabeza con la otra mano. —¡VETE! —rugió el vigilante de las especias; su amo permanecía como paralizado junto a ambas mujeres. El borracho golpeó la mano de la que colgaba el perro contra la mesa. Ésta constaba de tres piezas; la parte exterior salió volando y catapultó los tarros contra la mesa. Ésta constaba de tres piezas; la parte exterior salió volando y catapultó los tarros contra la mesa. Ésta constaba de tres piezas; la parte exterior salió volando y catapultó los tarros contra la mesa. Ésta constaba de tres piezas; la parte exterior salió volando y catapultó los tarros contra la mesa. exclamó el hombre de tez oscura, que se apresuró a entregarle el bulto a Agnes y se abalanzó contra el borracho. Este ejecutó otra pirueta y a punto estaba de arrojar al perro contra el borracho, y eso no lo aguanta ni siquiera un perro callejero de Praga, cuando el dueño de la tienda de especias, el hombre del cabello grasiento, se interpuso en su camino. El perro impactó contra la cara del tendero. Aquel golpe propinado con un saco de harapos lleno de pulgas hizo que el hombre se tambaleara hacia atrás. Al ver que iba a chocar contra los restos de la mesa, trató de agarrase al borracho, que también iba dando tumbos, pero éste cayó en sus brazos. Durante una fracción de segundo todo pareció estar en equilibrio sin que ocurriera nada... hasta que se impusieron la gravedad y el impulso, y la escultura formada por dos hombres y un perro se desplomó con elegancia sobre la mesa. Ésta se partió en dos y entonces dos proyectiles en forma de tarro salieron proyectados hacia arriba y un tercero pasó volando entre el empleado y las dos mujeres dejando una estela formada por especias secas. El dueño de la tienda y el borracho contuvieron el aliento y alzaron la vista. Los dos se arrojaron al suelo justo antes de que los tarros de especias se estrellarán en el pavimento junto a sus respectivas cabezas, \* En españolen el original. (N.

de la X) — 489 — estallando en aromáticos fragmentos. Silencio. Luego se oyó el estampido del tercer tarro de especias al hacerse añicos contra algo, y poco después el repiqueteo de unas patas veloces sobre el empedrado cuando el perro —sano y salvo— huyó para disfrutar del botín tan valientemente obtenido. El hombre de tez oscura se puso en Este se apretaba la muñeca y gemía. El otro le pegó una patada en el trasero y lo arrojó en la dirección en la que había huido el perro. Resonaron las primeras carcajadas. Los restos de la mesa crujieron y se desplomaron, desparramando las últimas muestras de especias... Y Yolanta descubrió sorprendida que el golfillo le había arrancado el talego a Agnes y corría hacia ella. Cuando hubo depositado su botín en las manos de Yolanta, el muchacho huyó en zigzag y desapareció por la siguiente callejuela. Esa noche se presentaría junto con un par de compinches ante la casa de Yolanta, el muchacho huyó en zigzag y desapareció por la siguiente callejuela. Esa noche se presentaría junto con un par de compinches ante la casa de Yolanta, el muchacho huyó en zigzag y desapareció por la siguiente callejuela. que se había quedado paralizada siguiendo al muchacho con la mirada. Agnes todavía sostenía el bulto que el dueño de la tienda le había entregado. —No te preocupes, lo tengo yo... —empezó a decir Yolanta, pero entonces se detuvo, completamente desconcertada. El bulto en brazos de Agnes se movía y soltaba gorgoritos. Era un niño. Paradas a menos de cinco pasos de distancia la una de la otra, las dos jóvenes intercambiaron una mirada por encima del niño. Yolanta se había quedado sin habla. Inconscientemente, se había equiparado a Agnes, intentando establecer un contacto espiritual con la mujer a la que había vigilado durante medio día, porque sabía que compartían un mismo destino: el interés frío y asesino del padre Xavier. "Ver a Agnes con un niño en brazos le provocó un choque y dejó caer la

En ese instante eran cama-radas, aliadas, hermanas, Agnes era la meta que impulsaba a — 490 — Yolanta: volver a sostener un niño en brazos, sostener un niño en brazos, sostener a su propio hijo en brazos, sostener un niño en brazos, sostener un niño en brazos. Las pupilas de Agnes se dilatarpn, como si de verdad fuera posible transmitir ideas y sentimientos a través de la mirada. Entonces se le acercó el hombre de tez oscura, oliendo a especias exóticas y con el cabello empolvado de rojo y amarillo. Agarró al niño y lo acunó. —Ay, niño\* —dijo. El bebé empezó a chillar, ahora que se encontraba seguro entre los brazos de su padre. —I Quién sois ? —musitó Agnes dirigiéndose a Yolanta. —Debéis poneros a salvo —se oyó decir Yolanta—. El diablo intenta atraparos. En español en el original. (N. de la T.) — 491 — 26 — Oué haríais vos en mi lugar? — preguntó Agnes. Estaba de pie junto a la ventana de su habitación, contemplando la plaza que se desvanecía en la penumbra del ocaso. La jaula colgada por encima de la fuente parecía una confusa figura geométrica apenas iluminada. Yolanta soltó un bufido. Tras su encuentro ante la tienda de Boaventura Fernandes se había llevado a la joven a casa, por una parte porque era evidente que la conversación no era apta para ser mantenida en público, y por la otra porque Agnes se sentía extrañamente atraída por Yolanta y guería saber más acerca de ella.

Y así era: había oído cosas que jamás quisiera haber oído y que le oprimieron el corazón como una fría y aterradora tenaza. —En vuestro lugar —dijo Yolanta—, agarraría un cuchillo afilado con cada mano y otro con los dientes, me ocultaría debajo de la cama y le amputaría los dedos a cualquiera que se asomara allí debajo. —¿Tan grave es?

-susurró Agnes. -Habéis despertado la atención de un monstruo. -Conozco a ese monstruo. Mi padre cree que és su amigo, —Vuestro padre se equivoca. ;} — 492 — Agnes sacudió la cabeza. —Antes tenía miedo —dijo, se volvió y contempló a la joven menuda y delicada sentada encima de uno de sus arco-nes. Cuando ambas estaban una junto a la otra, la cabeza de Yolanta sólo le rozaba la barbilla—. Ahora estoy aterrada. —Confieso que yo también. Las dos jóvenes se miraron. —Me pregunto por qué esta confesión debería tranquilizarme —dijo Agnes. —No quería tranquilizarme —dijo Yolanta, esbozando una sonrisa—. Quería compartir mi vida con vos. —¿Os encontráis mejor ahora? —No mucho. Ambas siguieron mirándose. Agnes notó que la sonrisa de la otra se reflejaba en su propio rostro. —Tenéis algo pegado en los cabellos —dijo Yolanta. Agnes se tocó la cabeza y después se olisqueó la mano. —Es cúrcuma —dijo, tratando de reprimir una risita—. Puesto que intentan darme caza, al menos dejaré un rastro agradable. —No ese pestazo a sudor, como los hombres —contestó Yolanta, sonriendo. —Los hombres son incapaces de hacer lo correcto —dijo Agnes—.

Ni siquiera son una presa elegantemente perfumada. Ambas estallaron en carcajadas y se cubrieron la boca. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no eran lágrimas de risa, y las carcajadas tampoco tenían ninguna relación con la alegría. Por fin se tranquilizaron. Durante un instante, Agnes vio un miedo tan intenso en el rostro de Yolanta —miedo por su hijo, por Andrej y por su amor— que le oprimió el corazón. Sin pensárselo dos veces, le tendió la mano y Yolanta la tomó. —Me habría encantado conoceros hace un año —susurró. — 493 —No os perdisteis gran cosa. —¿Por qué todos aquellos con quienes me encontré aquí en vuestra casa me saludaron con tanta amabilidad? —preguntó Yolanta. — ¿Quiénes? ¿Mi padre, su socio Sebastian y mi prometido? Creo que creyeron que erais la modista. —¿La modista? —La que coserá el vestido de novia. —Creí que no queríais casaros con él en ningún caso. —Sí, pero anoche los convencí de lo contrario, para poder moverme con libertad..., ocuparme de los preparativos de boda. etcétera. —¿Engañasteis a toda vuestra familia? —dijo Yolanta, volviendo a sonreír. Agnes asintió con expresión grave, pero después le lanzó una sonrisa picara. —¡Y me divirtió mucho! —Si hubiera tenido fuerzas para mentirles a mis padres, ahora estaría con mi hijo. La sonrisa de Agnes desapareció sin dejar rastro. Olvidar el presente durante unos minutos había sido agradable, pero como de costumbre, la realidad se imponía cuando uno no podía defenderse. —Me dijisteis lo que haríais en mi lugar. ¿Qué he de hacer yo, Yolanta? Esta le apretó la mano. —Lo sabéis. Debéis hacer lo que salve vuestro amor por Cyprian. Da igual todo lo malo que pueda pasar, el amor lo hará soportable. Y aunque lo que pase sea bueno, sin amor no tendrá valor. — 494 — 27 Pavel supuso que encontraría a Buh delante de la casa de expósitos de las carmelitas y, al no verlo por ninguna parte, se asustó. Entonces oyó una especie de plañido y rodeó el edificio cuya pared trasera se apoyaba directamente contra la muralla. Un poco más allá,

dos hombres excavaban un hoyo junto al pie del muro. Buh estaba arrodillado junto a ellos, balanceando el torso hacia delante y hacia atrás. Un lamento surgía de su boca como un cántico inarticulado; los hombres hacían caso omiso de él. Pavel se acercó a ellos, tropezando con los guijarros de la orilla. Buh alzó la mirada y volvió a bajarla. En torno al lugar donde los hombres excavaban, el olor a cal no conseguía ocultar el hedor a putrefacción. En el suelo junto a Buh reposaba un bulto de cuyo extremo abierto asomaban un pequeño mentón y unos labios azules, pero el resto del cuerpo estaba cubierto por el paño. El bulto sólo medía unos noventa centímetros de largo. —Apiádate de esta alma, Señor — exclamó Pavel. El rostro de Buh era inexpresivo y su canturreo, monótono. «Lo estoy perdiendo — pensó Pavel —, si esta misión no acaba pronto, lo perderé.» Echó un vistazo a los hombres que se habían cubierto la boca y la nariz con un paño y tosían. Después de unos segundos, Pavel se dio cuenta de que no es—495 — taban excavando sino removiendo el contenido de la tumba, y no sintió la tentación de acercarse. Uno de los hombres lo saludó con la cabeza y Pavel le devolvió el saludo. Por fin los hombres se\* apartaron, dejaron las palas de madera en el suelo, se quitaron los paños de la cara y aguardaron a que Buh pusiera fin a su letanía.

Después se santiquaron. Buh cerró la boca del saco, que ahora volvía a ser un simple bulto, pero para Pavel —que a la sazón sabía lo que contenía— suponía algo mucho más lamentable. «Sic transit gloria mundi») se había dicho a veces a sí mismo cuando él y Buh, siendo aún novicios, asistían en la ciudad a un entierro en el que uno podía deducir, gracias a los fastuosos atuendos de los deudos, que esa cosa que yacía en el suelo envuelta en una mortaja había sido un hombre rico e influyente. Pero ahora no había ningún despliegue, ni glorioso ni de otro tipo; allí un alma había sido desprovista de la oportunidad de laborar en la viña del Señor. El consuelo que suponía que un alma inocente ascendiera directamente al cíelo se desvanecía ante aquel bulto tan pequeño que aquardaba su entierro en una fosa común.

Buh se puso de pie y recogió el fardo. Pavel se aproximó a él y le ayudó a acarrearlo, aunque su peso era mínimo. Se acercaron al foso donde, entre restos de su humanidad. A Pavel le parecieron panes tumbados en medio de harina gris y blanca, y reprimió las náuseas. Tras depositar el bulto en la fosa con suavidad y rezar una plegaria, ambos se apartaron. Con asombro, Pavel constató que los hombres no volvían a tapar la fosa, sino que se dirigían a un cobertizo de madera. -¿No la tapáis? —preguntó. Uno de los hombres se giró. -¿Para qué, hermano? ¿Para volver a destaparla mañana? Pavel condujo a Buh hasta la puerta de la ciudad.

El gigante guardaba silencio. — 496 — — Descubrí su huella — dijo Pavel —, la encontré. Su huella. — B... b... b... —balbuceó Buh. —¿Bien? Buh negó con la cabeza. —V... v... ¡vamos... a... c... asa! —Hemos de cumplir con nuestra misión. Buh resopló despectivamente. No añadió nada, pero Pavel sabía qué hubiera respondido si no fuera tartamudo: ninguno de los dos creyó que su misión supondría amenazar, pegar y matar. —¿Recuerdas que Katka dijo que había jugueteado con la

idea de llamar Yolanta a la niña? Buh se encogió de hombros. —Las criaturas depositadas en la casa de expósitos sólo reciben un nombre si quien las dejó allí se lo pone. De lo contrario, reciben el nombre del día en el que llegaron. Buh lo miró de soslayo e hizo una mueca. Pavel asintió con la cabeza. —Cuando me lo dijeron, estaba seguro de que Katka había acabado por ponerle el nombre de su abuela a la niña. Estoy convencido de que le costó un esfuerzo separarse de ella. —Pavel trató de olvidar que había asesinado a la anciana detrás del tronco de árbol. Buh soltó un gruñido. —Exacto. Así que busqué una niña llamada Yolanta que fue depositada en la casa de expósitos a finales de noviembre o principios de diciembre de 1572. No la encontré, tampoco entre los niños sin nombre o entre los que recibieron otro. El rostro de Buh expresó diversas emociones y, para angustia de Pavel, la última fue de alivio. Aborrecía lo que ese alivio significaba y aún más la circunstancia de que sus palabras siguientes acabarían con él. —Entonces recordé que Katka dijo que a partir de Neuen-burg había viajado en el

coche del mercader. Y en efecto: un — 497 — mercader depositó un niño en la casa de expósitos, el día de San Andrés. Y donó un generoso estipendio a la institución. Buh lo contempló. —El hombre era de Viena, no de aquí. Buh entrecerró los ojos y sacudió la ¿Cómo haremos para llegar a Viena? ¿Y para cumplir con nuestra misión? ¡Pero el Señor nos ayudará! Pavel recordó las columnas de cifras escritas con mano temblorosa que a lo largo de veinte años suponían una suma no exorbitante pero bastante considerable. Se podía colegir que la casa de expósitos subsistía en parte gracias a esas sumas, aunque tal vez no garantizaran la supervivencia de los niños. —El mercader no dejó de aportar dinero. No lo enviaba desde Viena, lo traía cuando venía a Praga. Tiene una sucursal aquí y ¿sábeselo que es todavía mejor? La última suma fue aportada hace poco tiempo. Ahora él está en Praga y sé cómo encontrarlo. Hemos de darnos prisa: estos mercaderes emprenden viaje en cuanto los caminos lo permiten. Estoy convencido de que abandonará la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua. Pavel agarró a Buh del brazo y trató de arrastrarlo hasta la puerta de la ciudad antes o justo después de Pascua.

procuraba decirle. —No podemos saberlo, Buh. Ni siquiera sabemos cómo se llama el mercader. ¿Qué le habrá contado Katka durante el viaje a Praga? No podemos correr el riesgo de hacer caso omiso de él y de la niña. Buh se restregó los dedos, gruñendo y gimiendo. —Sí, tiene dinero. No mucho, a juzgar por sus estipen— 498 — dios, pero es bastante acaudalado. ¿Y qué? Si uno de sus negocios fracasara, entraría en bancarrota. ¿Acaso pretendes que entonces de repente aparezca en Braunau ante la puerta del convento y diga: «Sé lo que ocultáis allí dentro. La prueba de ello vive en mi casa. ¿En cuánto valoráis mi silencio?» Buh cerró los ojos. —O aún peor: intentará hacerse con la Biblia del Diablo. ¿Qué no habrán hecho los hombres impulsados por la codicia? Todos los esfuerzos del abad Martin habrían sido en vano. No, no podemos correr ese riesgo. Buh soltó un suspiro abatido. Pavel le tiró de la manga. —Acabemos con este asunto lo antes posible. Sé dónde vive ese hombre. Si estamos de suerte, su familia lo acompaña y los atraparemos a todos de una sola vez. — 499 — 28 Melchior Khlesl garabateó apresuradamente las últimas palabras en la tira de papel. La tinta salpicó. Sin mirar, agarró el tarro que contenía la arena y lo invirtió, pero la tapa estaba suelta y, en vez de una delgada capa, un montón de arena se desparramó encima del

mensaje. El obispo Melchior vio que aún asomaba un fragmento del mensaje, un nombre: ¡Hernando! El padre Hernando! El padre Her en Viena tan inesperadamente con su propia misión de temor, locura y fuego. El padre Hernando, que en realidad debería estar abriéndose paso a través del fango seco de un metro de espesor que ocupaba las catacumbas bajo la iglesia de Heiligenstadt, y en vez de eso estaba siguiendo el rastro de un sacerdote abandonado por todos los buenos espíritus. ¡Un rastro que conducía a Praga! Un rastro que conducía a Agnes Wiegant, alguien que, según el obispo Melchior, era una de las claves que llevaba al escondite de la Biblia del Diablo. El padre Hernando —a causa de quien el mismo obispo debía emprender viaje a Praga con la — 500 — esperanza de llegar antes que él o, si tenía suerte, de darle alcance durante el camino—, el padre Hernando estaba dispuesto a prenderle fuego a un país entero con el fin de eliminar el legado? Con la punta de los dedos, el obispo agarró el borde del mensaje dirigido a

Cyprian Khlesl y lo extrajo de debajo del montón de arena. Aparte de los garabatos y las manchas de tinta, la letra era muy precisa. Empezó a enrollarlo, pero al tratar de meterlo en la funda que sujetaría a la pata de la paloma, el mensaje se le escapó, rodó por encima de la mesa y cayó al suelo. El obispo se inclinó y, cuando volvió a incorporarse vio, de pie ante la mesa, a un hombre que lo contemplaba en silencio, sonriendo. —Ilustrísima —dijo éste. -¿Qué? —Su Ilustrísima ha llamado. —No, no lo he hecho. —Perdonadme, Ilustrísima ba llamado. —Vo, no lo he hecho. —Perdonadme, Ilustrísima ha llamado. —No, no lo he hecho. —No, no lo hecho. —No ropajes y dirigió la mirada al rollo que sostenía en la mano. Una vez más, intentó introducirlo en la funda, pero de pronto le arrojó la funda y el rollo a su secretario en la funda y el rollo en la f

rollo en el cilindro y lo cerró. El obispo se puso de pie. —¿Mi coche está preparado? —Como mandasteis, Ilustrísima. —¿Has hecho enganchar a los mejores caballos? — 501 — —Los mejores caballos? — 501 — El obispo torció el gesto. —¿Y nuestro pasajero están enganchar a los mejores caballos? — 501 — El obispo torció el gesto. — El obispo torció el obispo torció el gesto. — El obispo torció el obispo torció el gesto. — El obispo torció el obispo torció el gesto. — El obispo torció el romano? —Ya se encuentra en el coche. —Bien. ¿He olvidado algo? —El mensaje para la corte, Ilustrísima. —Invéntate algo. Asuntos urgentes relacionados con la reunificación de la Iglesia cristiana, o algo por el estilo. —Ya lo he hecho, Ilustrísima. —¿ Debo sellarlo ? —Sí, Ilustrísima —dijo el secretario señalando el mon-toncito de arena y adoptando la expresión de reproche adecuada. Melchior Khlesl tiró de otro trozo de papel y entonces apareció el acre. —Aquí está, Ilustrísima —dijo el otro, tendiéndole una barrita rojinegra y una vela encendida. El obispo dejó caer unas gotas al pie del texto, cerró el puño y estampó el anillo sobre el lacre caliente que salpicó en todas direcciones. —La firma, Ilustrísima. El obispo Melchior garabateó «Melchior garabateó en todas direcciones. —La firma, Ilustrísima. El obispo Melchior garabateó en todas direcciones. —Encárgate de que ambos mensajes sean enviados hoy mismo. —Bien, Ilustrísima. El obispo Khlesl rodeó la mesa y se dispuso a abandonar la estancia. El secretario tomó el escrito y sopló sobre la firma del obispo. Melchior se detuvo junto a un globo terráqueo que había aliado de la puerta; había valido su peso en oro — 502 — t puesto que la fantasía del cartógrafo había obviado las leyes de la naturaleza al dibujar la fauna y la flora de los mares y de las regiones desconocidas del mundo. —Y deshazte de estas porquerías —dijo el obispo, señalando el montón de arena. —Por supuesto, Ilustrísima. El obispo se giró, chocó contra el globo terráqueo y después de tambalearse se encontró a dos pasos de la puerta, frotándose la rodilla y aferrándose a un gobelino. El globo estaba hecho trizas, una cuarta parte de la superficie terrestre se había desprendido como la corteza de una naranja. Serpientes marinas, leviatanes y sirenas escasamente vestidas poblaban el estudio del obispo Melchior. —Y también esta otra porquería —dijo el obispo. —Sí, Ilustrísima. El carruaje estaba en el patio del palacio obispal cargado con un arcón, y el cochero ocupaba el pescante aguardando las órdenes del obispo. Este aminoró el paso. Cuando llegó al coche, inspiró profundamente y abrió la portezuela. El pasajero ocupaba un oscuro rincón del vehículo, envuelto en mantas. —Ojalá jamás me hubiera encontrado contigo —dijo el obispo Khlesl. El pasajero no dijo nada. El obispo montó en el coche, éste se puso en marcha y se internó en la noche. — 503 — 29 —Podemos llevarte junto a él, querido amigo —dijo el papa Clemente. El cardenal de Gaete contuvo el aliento. —¿Se encuentra aquí, en el palacio Laterano? —¿Dónde si no? No le permitimos ir a ninguna otra parte. De Gaete intercambió una mirada con el cardenal Ma-druzzo. Como siempre, resultaba fácil adivinar los pensamientos del cardenal alemán, que ahora pensaba lo siguiente: «¡Señor, os doy gracias por la candidez del Santo Padre!» —¿Desde cuándo? —Exacto—dijo el Papa. El cardenal de Gaete había insistido en hablar con el Santo Padre sin la presencia de los dos sacerdotes, de modo que ambos traductores estaban en un rincón de la sala con una expresión disgustada. De Gaete tomó aliento y rugió: —¿;DESDE CUÁNDO!? —Desde que vino a Nos y se sincero con Nos. El anciano cardenal se inclinó por encima del apoyabrazos del trono papal y besó el anillo del azorado pontífice. El papa Clemente arqueó las cejas, sorprendido y al mismo tiempo adulado. —¿Podemos ir a verlo de inmediato? —Inmediatamente después de vísperas. — 504 — El cardenal Madruzzo dirigió la mirada hacia una de las altas ventanas rematadas en un arco. Los rayos del sol matinal aún penetraban en el palacio. Apretó las mandíbulas. En cambio la actitud del cardenal de Gaete indicaba el más absoluto sosiego. —Agradezco al Máximo Pontífice la oportunidad de demostrar nuestra humildad mediante nuestra paciencia —dijo, en tono marcadamente sarcástico, que constituyó un despilfarro de ironía totalmente inapreciable para el Papa. De Gaete contó hasta diez en

silencio. — i ¡NO PODEMOS IR AHORA MISMO! ? — ¡Oh! El papa Clemente se puso de pie. Se oyó un frufrú de ropajes cuando todos los presentes se inclinaron ante el Papa, que miró en torno y saludó. —Tu afán será recompensado, querido amigo —dijo el papa Clemente. —Os lo agradezco de todo corazón, Santidad. —Exacto —dijo el Papa con una amplia sonrisa. El cardenal de Gaete apretó las mandíbulas y le correspondió con otra sonrisa que convertía su rostro de tortuga en el de un cocodrilo. Siguió al Papa unos pasos y después se detuvo. El cardenal Madruzzo se había inclinado junto con los demás y mantenía la vista fija en el suelo de mosaicos.

-¡Chitón! -siseó de Gaete, y su voz resonó en toda la sala; sus ojos brillaban de ira. Madruzzo se sobresaltó, se enderezó y siguió al Papa, que saludaba a todos con la cabeza, y a su colega cardenal, cuyo rostro estaba rojo de cólera, hasta las profundidades del castillo del Santo Ángel. Tras pasar junto a una serie de cortesanos y monjas que hacían reverencias y atravesar varias salas de lustroso suelo de madera y frescos iluminados por el sol, ambos desorientados cardenales y el Papa, cada vez más amable y decidido, alcanzaron un recinto del que surgía una voz asfixiada que gemía. — 505 — De Gaete y Madruzzo intercambiaron una mirada esperanzada. Un hombre presa del dolor, un hombre que acababa de descubrir que siempre hay algo más que confesar cuando los tornillos que te atenazan los pulgares se ajustan un poco más. El papa Clemente abrió la puerta. Fuera del palacio Laterano, el sol de mediodía era tan cálido y agobiante que uno hubiera podido creer que estaba en agosto y no a principios de marzo, pero a lo mejor sólo era una sensación. El hedor de la Ciudad Eterna hizo que el cardenal Madruzzo sacara un pañuelo de la sotana y se cubriera la boca y la nariz. El cardenal de Gaete tenía la camisa pegada al cuerpo. Tras salir del palacio Laterano no había dicho ni una palabra y sudaba porque se había visto obligado a callar para no gritar.

-¿Crees que tal vez nos mostró a un castrado haciendo ejercicios vocales? —preguntó Madruzzo desde detrás del pañuelo. El rostro del cardenal de Gaete estaba casi negro de ira. —Enviaremos un mensaje al padre Xavier —dijo en tono ahogado—. Ha de saber que tenemos la mosca detrás de la oreja. — 506 — 1592 EL LEGADO DE SATANÁS La ceniza lo iguala todo. SÉNECA, Cartas morales a Luálius, XIV, XCI, 16 1 La pequeña mirilla se abrió de golpe y dos ojos que brillaban en la oscuridad contemplaron a Andrej, que intentó esbozar una sonrisa bajo la capucha. —¿Otra vez, —preguntó la voz al otro lado de la puerta del convento. Andrej calló, desconcertado. —He dicho ¿otra vez, hermano? ¿Has olvidado hacer alguna pregunta? Parece inimaginable. La voz pertenecía a una anciana, su sequedad se debía al cinismo de alguien que nunca tuvo muchos motivos para conservar la fe en la bondad del ser humano. Andrej volvió a sonreír. — Quisiera hablar con la madre superiora. —¿Porqué? —Se trata de un niño. —En efecto —dijo la vieja portera. Andrej no sabía qué hacer.

Su plan había funcionado... hasta ahora. En el bolsillo llevaba un pase redactado por el juez superior regional Lobkowicz, o mejor dicho, con el sello de Lobkowicz, o mejor dicho, con el sello de Lobkowicz. El texto decía que el portador hacía lo que de — 509 — bía hacer por encargo de la corte del emperador y que quien se negara a cooperar se enfrentaría personalmente a las consecuencias Y además añadía que el encargo incluía llevarse a un niño de la casa de expósitos. La corte imperial, el juez superior regional y el portador del escrito se comprometían a ocuparse de la futura seguridad y el bienestar del niño. Era impensable que las carmelitas estuvieran más dispuestas a obedecer las órdenes de un desconocido padre dominico qué las de un enviado directo del juez regional superior. Y ahora resultaba que ni siquiera lograba mostrar el pase porque el dragón que custodiaba la puerta del convento era aún peor que el cancerbero del infierno. —¿Por qué? ¿Lo encontraste en la calle? ¿Lo dejaron ante tu puerta? —El tono de voz podría haber perforado la pesada puerta de roble. —¿Eh? —¿Por qué quieres depositar a ese niño aquí? ¿Lo encontraste en...? —No

—le interrumpió Andrej—\* No quiero depositar ningún niño. Quiero llevarme uno. —¿Ah, sí? —Andrej creyó que la voz perdía cierta frialdad—. ¿Para qué? —¿ Cómo que para qué ? —¿ Acaso crees que cualquier vago puede llevarse un niño de aquí porque le viene en gana? ¿Acaso sé quién eres? Pareces un joven guapo, pero tu alma podría ser tan negra como la de un tratante de esclavos en busca de peones baratos para las minas de sú amo. —Un lactante. Como peón de mina.

Durante un rato, la portera guardó silencio.

-Es el hijo de mi mujer -dijo Andrej cuando el silencio se prolongó. Masculló esas palabras que le parecieron extrañas, pero que al mismo tiempo lo llenaron de orgullo. Mi mujer. Claro que Yolanta se convertiría en su mujer, pero no allí, en Praga,.donde el padre Xavier ocupaba su cueva de — 510— - dragón y ninguno de los tres estaría a salvo, sino que se convertiría en su mujer, pero no allí, en Praga,.donde el padre Xavier ocupaba su cueva de — 510— - dragón y ninguno de los tres estaría a salvo, sino que se convertiría en su mujer, pero no allí, en Praga,.donde el padre Xavier ocupaba su cueva de — 510— - dragón y ninguno de los tres estaría a salvo, sino que se convertiría en su mujer. Ándrej se hartó. No había acudido allí protegido por una capucha prestada para ser detenido por una capucha prestada para ser detenido por una capucha que era la segunda vez que veía al ciego. «Dadle los huevos a ése, el de los ojos vendados; tal vez se niegue a aceptarlos porque tiene su orgullo, pero hace rato que le doy limosna en secreto. Porque resulta que es mi hermano caído en desgracia, pero jes inocente! ¡Insistid en que los acepte, haréis una buena obra!» No se detuvo para comprobar si el ciego intentaba escapar de las manos que lo detenían, pretendiendo ayudarle..., pero al mismo tiempo experimentó la inquietante sensación de comprender lo que había impulsado a su padre: no había llegado hasta allí para fracasar ante la puerta del convento. —I Qué es eso ?

-preguntó la portera. -Un escrito del juez regional superior Lobkowicz. Este es su sello, ¿lo veis? Por favor, dejadme pasar. —Creí que se trataba del hijo de tu mujer. Aquí pone que es un asunto de la corte imperial. —Yo soy un asunto de la corte imperial —dijo Andrej. Lo que no logró la arrogancia. La portera volvió a cerrar la puerta con llave y salió sin decir palabra. El cerrojo de la otra puerta crujió y Andrej tiró del pomo con aire incrédulo: lo había encerrado. Cuando empezó a considerar la posibilidad de derribarla a patadas, la mirilla de la segunda puerta se abrió. Los ojos podrían haber pertenecido a la portera, pero la voz era diferente. — 511 — —Tu historia es mentira —dijo la voz. Al oírla, Andrej de repente pensó qué habría hecho Cy-prian Khlesl en una situación semejante. Parecía un hombre dispuesto a abrirse paso a través de una pared sólo con los puños, y después a agarrar a la superiora del cuello hasta que le entregara el niño y encima algo de dinero. Pero sólo lo parecía; su conducta había sido muy distinta. —¿Sois la madre superiora? —preguntó Andrej. —Ningún miembro de la corte se preocupa por los niños. Nadie en el mundo se preocupa por ellos.

Si alguien se interesara por su suerte, nosotras no existiríamos. —Cierto padre dominico se interesó por cierto niño. La voz detrás de la mirilla enmudeció. —¿Fue él quien os encargó que vinierais? —dijo por fin. —Éste es el sello del juez superior regional Lobkowicz, no la de Domingo de Caluerga. El silencio fue tan prolongado que podría haber significado tanto alivio como desaprobación. Si no fuera por la dura mirada de ave que lo contemplaba a través de la mirilla, podría haber estado a solas. Andrej procuró no oír los acelerados latidos de su corazón. — He venido a buscar al hijo de Yolanta Melnika para llevarlo con su madre. Garantizo que el niño será criado en la fe católica y que se le prodigarán amor y cuidados, y... —El nombre —dijo la voz.

-¿Qué? —¿Cómo se llama el niño? —Wenzel. El silencio regresó, y se prolongó tanto que el corazón de Andrej empezó a latir más lentamente y el temor lo invadió. -No -dijo finalmente la voz -. Le pusimos el nombre de Doce de noviembre. Andrej parpadeó, confuso. -No sabíamos cómo se llamaba. Nadie nos lo dijo. No lo supe hasta que me lo dijo el padre Xavier. - 512 - -Sí -dijo Andrej. Le dolía la garganta -. Da igual. No se lo diré a su madre. Todo eso ya ha pasado. La madre superiora resopló. No sonaba a desprecio sino a resignación. -No sabes nada -dijo. --- Seque...

-Está muerto. -... amo a Yolanta y que no permitiré que alguien la... -Está muerto. El niño está muerto. -... extorsione, que la mantengan alejada de su hijo y que ella se preocupe por su salud... -La voz de Andrej se apagó-. ¿Qué habéis dicho? -Está muerto antes de que el dominico apareciera por aquí. Andrej no dijo nada. No podía pensar. Un frío que no tenía ninguna relación con la temperatura lo invadió. —No comprendo... —tartamudeó. —Era enfermo y débil. Esta casa fue fundada para que los hijos de las mujeres perdidas no mueran en el arroyo. En cambio mueren en nuestros brazos —dijo la superiora—. Gracias a ello, los donantes tienen la conciencia más limpia, que Dios los proteja. —Eso no es

posible. —No se lo dijo a ella, ¿verdad? Andrej se echó a llorar: era como si le hubieran anunciado la muerte de su propio hijo. La superiora volvió a resoplar. —El dominico no se lo dijo. Aunque sabía la verdad, dejó que conservara la esperanza. Que Dios se apiade de su alma. Y también de la tuya, hijo mío. Andrej cayó de rodillas, sollozando. Lloraba por la vida de un niño que no pudo florecer porque nadie le dio la oportunidad, y por el corazón de Yolanta, que se rompería al saberlo. Lloraba por el amor que, sin saberlo, le había dedicado — 513 — a un niño muerto y por todo el miedo y las humillaciones soportadas por ese niño. Quizá también lloraba porque por primera vez había echado mano del talento dormido de su padre, del legado de un aventurero, un seductor, un estafador y un falsificado, pero de pronto se detuvo. Como en trance, lo apoyó en una rodilla y lo alisó. El sello del juez estaba roto, pero no se había despegado. Leyó el texto que él mismo había escrito y alzó la vista. La superiora estaba a punto de cerrar la mirilla. —Esperad—jadeó—.

¡Esperad! — 514 — 2 Cuando Pavel se reunió con él, Búh volvía a estar sumido en sus rezos; esta vez no estaba arrodillado ante una fosa común sino en una capilla lateral de la iglesia de San Nicolás y tampoco cantaba, sino que mantenía las mandíbulas apretadas. Pavel dejó de preguntarse si la iglesia en la que se refugiaron durante todo el día era la de San Nicolás, el santo patrono de los niños, y la habían construido mercaderes alemanes.

Si el santo se tomaba en serio su tarea, haría que ahora ambos fracasaran. Pavel se arrodilló junto a Buh para rezar. Estaba confuso y a duras penas lograba concentrarse. Oía los latidos de su corazón, pero también otro ruido más sonoro: la paciente vibración de la Biblia del Diablo. Era como si estuviera oculta en su interior y las cadenas que rodeaban el arcón le quemaran las entrañas. Tomó conciencia de que durante todo el día no había probado bocado ni bebido un trago de agua. Lo que le oprimía el estómago no se lo permitía, aunque el abad Martin les había dado dinero suficiente para comprar zanahorias o remolachas en el mercado. Hasta ahora apenas habían echado mano de las monedas. —Viajó hasta aquí con toda su familia y su socio. Tiene una hija... una sola. Quizá por eso se llevó la niña de la casa de expósitos: porque sus otros hijos murieron o su matrimonio — 515 — era estéril.

He averiguado que la hija dispone de una habitación propia. Buh se persignó y se volvió hacia Pavel. —V... v... vamos a casa —dijo. Pavel negó con la cabeza y le apoyó una mano en el brazo. En general, Buh apoyaba la suya en la de Pavel, pero bajo el hábito éste percibió los músculos tensos del gigante, un gigante que en su fuero interno era un ser dulce y tímido. Buh no se movió hasta que Pavel retiró la maño. —Esperaremos hasta un poco antes de que cierren las puertas, cuando anochezca. Ése es el mejor momento; la gente ya está en casa y los guardias nocturnos aún no han emprendido las rondas. La puerta de servicio suele permanecer abierta. Podremos entrar sin dificultad. He visto la ventana de la habitación: la encontraré una vez que hayamos entrado. Buh se puso de pie. —Será rápido y limpio. Y nadie más sufrirá ningún daño. Buh se dirigió a la nave principal de la iglesia. Pavel lo siguió con la mirada. ¿Acaso pensaba que Buh era tan tonto como para creer que nadie más sufriría ningún daño? Si era necesario eliminar a la niña, entonces también había que acabar con el mercader que la sacó de la casa de expósitos y también con su mujer. E incluso en ese caso el riesgo era elevado; Pavel no tenía ni idea de cuántas personas más conocían las circunstancias. Buh se dirigió al otro lado de la nave, se arrodilló en una capilla lateral vacía, se santiquó y volvió a rezar. Pavel lo miró fijamente, sin notar que tenía los ojos llenos de lágrimas. La puerta de servicio se abrió con un leve crujido que nadie habría notado durante el día. Pavel sostuvo el aliento. La luz de la fimpara de aceite que coronada por una jaula decorativa iluminó un pasillo completamente oscuro. Hacía un rato, un criado había salido de la casa v se había dirigido a la pila cargado con una alcuza y una escalera — 516 — de madera, después se encaramó y llenó la lámpara. Un párroco afectado de gota, hemorroides y medio ciego que intentara encender la vela superior del altar habría tardado menos tiempo. Por fin recogió la escalera y la alcuza y regresó a la casa.

contorno luminoso de otra puerta que permitía acceder al patio interior. Una luz tenue se derramaba desde la planta superior, quizá provenía de una vela en el descansillo. La casa crujía, al igual que cualquier otra que se asienta durante la noche, pero por lo demás reinaba el silencio. Un murmullo muy remoto, que a lo mejor provenía de una casa vecina, no lograba apagar la vibración de la Biblia del Diablo, que ahora Pavel percibía constantemente. Pavel remontó sigilosamente los primeros peldaños, y le indicó a Buh que cerrara la puerta. Al principio se quedaron a oscuras pero después la luz del descansillo iluminó el borde de los peldaños. Cuando Buh apoyó su peso en el primer peldaño, toda la escalera crujió con un ruido tan penetrante como el rebuzno de un asno. Ambos custodios se quedaron paralizados, pero después comprobaron que nadie acudía a ver qué pasaba. Sin embargo... — 517 — Pavel tragó saliva. Era imposible que Buh remontara la escalera sin despejaba el enigma de lo que haría Buh cuando Pavel cumpliera con su misión y acabara con la vida de su presa. Buh ignoraba que Pavel ya había mencionado que era obvio que no podía dejarlos con vida. Pero ahora las circunstancias habían cambiado y de pronto Pavel comprendió que si Buh estaba presente, le impediría cumplir su cometido. —Quédate aquí—le susurró al oído—. Debes encargarte de que la puerta permanezca abierta, de lo contrario no podremos huir. Tras reflexionar unos instantes, Buh asintió, retiró el pie del peldaño y se apretó contra la puerta de servicio. Pavel la recogió. Contó los pasos hasta la puerta tras la cual supo-! nía que se encontraba su objetivo: la que tenía

A esas alturas, Pa-vel estaba tan nervioso que podría haber gritado. Lo peor fue cuando el criado se había limitado a pegar sus mocos en el picaporte. Pavel lo bajó, aunque la idea lo asqueaba. Movió el batiente de la puerta hacia delante y hacia atrás, tomó aliento y lo empujó hasta la pared. El crujido fue casi imperceptible. El pasillo era corto y pasaba junto a una escalera que conducía a la planta superior. En la planta superior. En la planta baja había puertas que quizá daban a despensas y pequeños talleres. Al final del corredor se destacaba el

En la habitación reinaba el silencio. Lentamente tendió la mano para agarrar el picaporte; había dos posibilidades y Pavel descartó la primera: abrir la puerta de golpe y abalanzarse dentro de la habitación. Entreabrió los labios y sacó la lengua sin ser consciente de ello. El picaporte era frío y áspero, y lo bajó con mucha lentitud. La puerta cedió y Pavel se asomó a la abertura. Vio una mesa, que antes tal vez había sido una mesa de comedor pero que ahora se había convertido en un escritorio, ante el que una mujer estaba sentada escribiendo. Pavel vio su perfil: era joven. No se había equivocado: estaba ante su objetivo. «Aún puedes desistir —dijo una voz en su interior—. No necesitas derramar más sangre.» Pavel hizo caso omiso de ella; tenía que cumplir con su deber. El abad Martin había convertido en custodio y en el cabecilla del pequeño grupo y le había encomendado esa misión. Pavel no lo decepcionaría. Se dio cuenta de que ya tenía medio cuerpo dentro de la habitación; era tan pequeño y delgado que no tuvo que abrir la puerta de par en par. Avanzó unos pasos; se trataba de acercarse con tanta rapidez que ella no tuviera tiempo de gritar. En cuanto lograra taparle la boca, habría triunfado. Con la otra le apretaría la garganta de la que ya no surgiría ningún sonido... El abad Martin había dicho que la muerte por asfixia era misericordioso... Como en sueños, Pavel vio que un mechón de pelo acariciaba la mejilla de la joven, impulsado por la corriente de aire que penetraba a través de la puerta abierta. La joven alzó la mano para apartar el mechón y después se giró. Pavel le tapó la boca con la mano derecha y le rodeó el cuello con la izquierda...

y a partir de entonces todo salió mal. — 519 — 3 Cyprian se acercó al portalón del puente de Altstadt desde Kleinseite, donde se encontraba la casa puesta a su disposición por el obispo Melchior. Echó un vistazo al arcilloso tramo de orilla cubierto de guijarros que corría a lo largo de la muralla que rodeaba la ciudad antigua. La última crecida había ocurrido hacía tanto tiempo que se habían acumulado basuras, tocones y restos de balsas, aprovechados desde siempre por aquellos que vivían fuera de las murallas. Ante la mayoría de los

-¿Acaso no tenéis un hogar?—gruñó uno—. Nosotros también queremos irnos a casa. Cyprian echó una mirada por encima del hombro.

gemido que debería haber sido un alarido. Pavel la aferró de los cabellos con la izquierda. El dolor en la mano era casi insoportable.

montones de basura ardía una hoguera rodeada de figuras acurrucadas. La brisa impulsaba un humo húmedo —mezclado con el olor a pescados que va no eran aptos para el consumo— hasta el puente de Praga. Las puertas de la ciudad se cerrarían dentro de unos minutos y también todas las puertas situadas en el interior de la ciudad, impidiendo el paso desde Kleinseite al casco antiguo llamado Altstadt. Las calles estaban prácticamente vacías; bajo los grandes arcos de la puerta sólo se veían pequeños grupos de guardias. A través de la puerta del puente de la ciudad vieja, Cyprian vio la calle Kónigsweg que surgía entre fauces abiertas como una lengua luminosa y se abría paso en la oscuridad que rodeaba los edificios. Aunque el mensaje de su tío ardía en su bolsillo, Cyprian se detuvo: la solitaria figura que atravesó el asentamiento de los sin techo y que ahora — 520 — se aproximaba lentamente al puente iluminado le resultó conocida y sus andares hicieron que se detuviera. En la cárcel había visto personas que caminaban así cuando regresaban de un interrogatorio que, en contra de lo esperado, no había incluido torturas y cuyos pasos vacilantes expresaban tanto incredulidad como la esperanza demencial de que todo aún podría salir bien. La figura resultó ser la de Andrej von Langenfels. Cuando se acercó al puente iluminado, Cyprian vio que la cinta que le sujetaba el pelo se había soltado y que sus cabellos estaban revueltos. Su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. Entonces la luz iluminó su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. Entonces la luz iluminó su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. Entonces la luz iluminó su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. Entonces la luz iluminó su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. Entonces la luz iluminó su rostro permanecía en sombras y Cyprian volvió a tener la sensación de que lo conocía de antes. de nuevo unos segundos después en medio del arco de la puerta, iluminado por las farolas y observado por los desconfiados quardias. Cyprian vio que Andrej cargaba con un paquete. Se encontraron a unos pasos de la puerta. —¿ Qué hacéis aquí? —preguntó Cyprian antes de mirarlo a los ojos y enmudecer. El otro se estremeció. —Ah —dijo en tono áspero—. Ah, Cyprian. —¿Os encontráis bien?

—Sí... esto... sí. —Andrej desvió la mirada; Cyprian comprendió que el otro prefería estar solo, y fue a apartarse de su camino, pero Andrej parecía un cadáver ambulante y no quiso dejarlo marchar. —¿Qué lleváis ahí? Las puertas están a punto de cerrarse. Si aún tenéis algo que hacer debéis daros prisa. —Sí... esto... lo sé... Que os vaya bien. «Déjame en paz», expresaba el movimiento con el que Andrej intentó pasar junto a Cyprian. «Venga,-pregúntame qué ocurre», chillaban los ojos como platos, incrustados en el pálido rostro, pero otros le arrebataron la pregunta. -¡Eh, vosotros! ¡Bajad del puente! ¡Vamos a cerrar las — 521 — puertas! —El capitán de la guardia apostado en medio del puente les hacía señales—. ¡De lo contrario pasaréis la noche aquí fuera! Andrej se volvió. Un estruendo a sus espaldas informó a Cyprian de que el portalón del puente situado en la orilla de Kleinseite se había cerrado. Andrej hizo una mueca. —¡No, maldita sea! —exclamó. Del bulto que cargaba en brazos surgió un ruido ahogado y Andrej tironeó de la punta de la manta que lo envolvía. —¿De quién es ese niño? —preguntó Cyprian, que agarró a Andrej del brazo y lo arrastró a través de la puerta. Una hoja va estaba cerrada, la otra se movía crujiendo.

El capitán de los guardias les lanzó una mirada colérica. —¡Deprisa, deprisa! —exclamó, y le indicó a su colega apostado en el otro extremo del puente que la situación estaba controlada. —¡Soltadme! —gimió Andrej—. He de ir a... —¡No podéis regresar a la otra orilla! Andrej se soltó y echó a correr hacia el capitán que los había seguido de cerca. El bulto que llevaba en brazos soltó un vagido. —Si pretendes llevarlo con su mamá no estás de suerte —dijo el capitán en tono casi compasivo—. La puerta de la otra orilla ya está cerrada. ¿Hemos estado alardeando del primogénito en la taberna y perdimos la noción del tiempo? —He de ir a». —Sí, sí —dijo el capitán—. Mañana. ¡Tu vieja te echará la bronca, pero tú te lo has buscado! Andrej parecía a punto de dejarse llevar por el pánico. Cyprian jamás lo había visto tan trastornado, ni siquiera entre los leprosos de Pódlaschitz. Arrastrándolo de la manga lo hizo pasar a través de la estrecha portezuela engastada en el portalón, lo siguió y continuó empujándolo a través del — 522 — círculo de guardias portadores de antorchas, que echaron el cerrojo de la puerta.

El capitán estaba de pie ante un hombre que llevaba un uniforme parecido al suyo; después de entregarle una de las antorchas recién encendidas gritó: —¡La puerta de Altstadt está cerrada! ¡El puente está seguro! ¡Relevo de guardia realizado! —¿ Acontecimientos ? —¡Dos idiotas en el puente! ¡Problema solucionado! El capitán se golpeó el pecho, el otro lo imitó. La expresión de ambos era seria, pero de pronto intercambiaron una sonrisa, se dieron la mano según un complicado ritual y se propinaron un puñetazo en el estómago, lanzándoles miradas de desprecio a Cyprian y a Andrej. Andrej avanzaba tropezando delante de Cyprian, sin despegar la vista del portalón cerrado. Cyprian lo obligó a agachar la cabeza, lo empujó a través de la portezuela, oyó cómo ésta se cerraba a sus espaldas y siquió empujando a su acompañante a lo largo de la Kónigsweg hasta que doblaron una esquina y loriqueaba. Andrej lo acunó como si fuera un saco de patatas y volvió a tirar de la manta que envolvía el pequeño rostro para que el niño pudiera respirar. Cyprian, víctima de un reflejo intemporal, apartó la manta con el dedo y le acarició la mejilla, dejando al descubierto el rostro de labios pálidos, diminuto y arrugado. —¡Santo Cxcio! —7exciamó. —Acabo de sacarlo de la casa de expósitos —dijo Andrej. Su voz parecía un sollozo. Cyprian lo miró fijamente. :./; — 523 — Vos no podéis comprenderlo —dijo Andrej. —De eso estoy seguro —contestó Cyprian. —He de llevárselo a Yolanta... Debemos alimentarlo... Necesito una nodriza... ¿Dónde encontraré una nodriza? —Al acomodar al niño en sus brazos se le cayó el pergamino. De] pequeño bulto surgió el hedor a excrementos, a piel pálida y cubierta de costras, y se mezcló con el olor a leña quemada. Cyprian se agachó para recoger el documento. »La nodriza nos dirá cómo cuidarlo. Wenzel.

Se llama Wenzel. ¡Dios mío, deberíais ver qué aspecto tiene, pobre-cito! —¡Tranquilizaos! —gruñó Cyprian, leyendo el documento. No comprendía ni una palabra y el sello le era desconocido. Cuando quiso devolvérselo a Andrej, éste no reaccionó y el pergamino cayó de nuevo al sucio aleteando como una polilla moribunda. —¡He de reunirme con Yolanta! —¿Quién es Yolanta? ¿La nodriza? —No: Yolanta es Jarka.

Durante unos segundos, Cyprian quardó silencio. Andrej parecía escuchar sus propias palabras y su expresión de pánico se redujo. —La vida de Yolanta parece bastante complicada —comentó Cyprian. —Escuchadme... Vos sois el comisionado del obispo. ¿Podéis ayudarnos a pasar a Kleinseite? ¿Que Wenzel y yo pasemos a Kleinseite? —Hav que darle de beber a Wenzel, bañarlo y acostarlo, por ese orden. Y lo antes posible. —¡Por eso debo reunirme con Yolanta! —gritó Andrej. —¡Hablad en voz baja! —¿Por qué no habláis en voz baja vos mismo? ¡Se trata de la vida de un niño! —Soy el comisionado del obispo de Wiener Neustadt —dijo Cyprian—. Aquí eso equivale a un pedo de liebre. No po— 524 — deis pasar a Kleinseite antes de mañana por la mañana, pero tengo una idea: venid conmigo. Andrej le lanzó un vistazo. —¿A vuestra casa? —No, yo también tengo mi domicilio en Kleinseite. —¿Entonces adonde? Cyprian palpó la pequeña cápsula con el mensaje del obispo Melchior que guardaba en su bolsillo. —Mi intención era vigilar cierta casa —dijo—. Acompañado de vos y de... Wenzel... es posible que me dejen entrar. Wenzel se atragantó y tosió débilmente. Después se echó a llorar. Cyprian contempló el rostro diminuto con expresión pétrea. El cráneo del niño se dibujaba bajo la piel. El recuerdo de su madre y sus hermanas menores lo impulsó a introducir el índice derecho en la boca del niño, que empezó a chuparlo. A Cyprian se le

hizo un nudo en la garganta; cuando retiró el dedo, Wenzel empezó a llorar de nuevo. —Venga, vamos —dijo Cyprian—. Sólo está a dos pasos. Disponéis de unos minutos para explicarme lo que ocurre. Andrej suspiró, estaba agotado. —Con eso no basta —murmuró—. Ni siquiera sé por dónde empezar. —Empezad diciendo: «Soy un imbécil» —propuso Cyprian—. ¡Y ahora en marcha, maldita sea! —Soy un imbécil —dijo Andrej—. Pero da igual: vos también lo sois. Cyprian se permitió una sonrisa, que Andrej no le devolvió. En ese preciso momento, el techo de la casa Wiegant & Wilf ing situada unos pasos más allá, se desplomó v una llamarada se elevó al cielo. - 525 - 4 Cuando la joven trató de tomar aliento para gritar, Pavel le cubrió la boca con la mano derecha. Estaba atrapada entre la mesa y la silla, y no logró esquivarlo. Trató de apartar la mano que la ahogaba, pero Pavel le atenazaba la garganta con la izquierda. De repente un dolor intenso recorrió el brazo de Pavel: ¡la herida de la espina! Dejó caer el brazo, su táctica había fracasado. La joven contraatacó golpeando el rostro magullado del monje, pero el dolor que éste sintió no superó el da herida de la mano. Ella logró desprenderse de la mano que le cubría la boca, pero antes de que pudiera gritar Pavel se abalanzó sobre ella. La mujer y la silla se desplomaron al suelo. Pavel cayó sobre la joven y el canto de la silla se le clavó en el costado. El estruendo resonó por toda la casa, el suelo tembló. A Pavel le entró pánico. La mano de Pavel ya no le cubría la boca, pero el golpe la había dejado sin aliento; pataleó, trató de quitárselo de encima y arañarle los ojos, jadeando y tratando de recuperar el aliento. El intentó atraparla y agarró un mechón de su cabello; ella soltó un

Con la derecha la agarró del cuello y apretó. Ella? abrió los ojos y la boca, pero no logró — 526 — gritar. Su cara se enrojeció y sus ojos se clavaron en el rostro del monje, que vio cómo el terrorse convertía en un odio que casi lo hizo retroceder. La joven se retorció, pero el la aplastaba con su propio cuerpo. Entonces vio que en los ojos lagrimeantes de la joven una venilla reventaba y le teñía el iris de rojo; murmuró una oración, pidiendo perdón, rogando que Dios acogiera a esa pobre alma, pidió misericordia por acabar con una vida inocente, para que ésta no cargara con el peor de los pecados: traicionar a Dios el Señor... Ella lo abofeteó con ambas manos, lo arañó, aferró la tira de cuero que llevaba alrededor del cuello y se la arrancó, pero Pavel no percibió los golpes ni los arañazos ni el verdugón que la cinta le dejó en el cuello, sólo trató de protegerse la mano izquier momento alguier momento alguien entraría por la puerta, arrancado del sueño por el estrépito. ¿Cómo podría haber sabido Pavel que la cena en la sala acababa de convertirse en una alegre bacanal, puesto que el monje pudiera reaccionar, la joven le arrancó la venda de la mano y sus uñas se clavaron en la profunda herida —apenas cubierta por una costra— que le recorría el dorso de la mano. Pavel se echó hacia atrás y cayó al suelo. El dolor no habría sido más intenso si alguien le hubiera arrancado la mano. La vista se le nubló. Estaba tumbado de espaldas y todo el brazo le ardía, y a duras penas logró reprimir un alarido de dolor. Se retorció en el suelo, aferrándose la mano izquierda con la derecha. La sangre se escurría entre sus

dedos. No se dio cuenta de que se había mordido el labio y que la sangre también le — 527 — manchaba las comisuras de la boca. Soltó un profundo gemido y tratando de vomitar, pero sin lograrlo. La joven abrió la boca, pero esta vez tampoco logró pedir socorro, sólo lanzó un graznido. Se tambaleó hacia él. Pavel comprendió que si lograba salir al pasillo y alarmar a los habitantes de la casa, él habría fracasado. Se dio cuenta de que se desmayaba... Y entonces recuperó el conocimiento cuando ella le propinó una patada. Pavel abrió los ojos. Ella no había huido, estaba de pie junto a él, tambaleándose, incapaz de articular un sonido, protegiéndose la garganta con una mano y buscando un apoyo con la otra. La joven le propinó otra patada. Sus ojos ensangrentados expresaban un odio total, tenía el rostro contraído, como una Furia. Cada puntapié era como un puñal que se clavaba en su mano herida, aunque ninguno acertó a tocarla. El instinto de autoconservación lo hizo patalear para alejarse empujando con los talones. Ella lo siguió, tropezando... Era absurdo, lo mataría a patadas. La joven había estado a punto de morir y de alcanzar el paraíso como un alma inocente, y ahora era ella quien cargaría con un asesinato y la condena eterna... Con el rabillo del ojo, Pavel vio que la puerta volvía a abrirse: eran los salvadores y si impedían que ella lo matara, sólo sería para que después lo ahorcaran a él... La hoja de la puerta volvía a abrirse: eran los salvadores y si impedían que ella lo matara, sólo sería para que después lo ahorcaran a él... La hoja de la puerta le golpeó la sien y lo arrojó al centro de la habitación; allí la realidad se desvaneció, no quedaron nombres ni misión, pero sí dolor. Y Pavel perdió el

conocimiento en medio de ese dolor. Lo recuperó con la aliviada certeza de que todo había sido un sueño. El tosco rostro de Buh flotaba por encima de él y lo contemplaba con preocupación; Buh lo había despertado — 528 — para que iniciara otra guardia en la permanente oscuridad de las cuevas. Después empezó a percibir los detalles: la calidez del recinto, el aroma a hogar, la sensación del suelo de madera bajo el cuerpo y la de la mordedura de un perro cuyos dientes aún estaban clavados en su mano izquierda. El alivio de Pavel se desvaneció. -¿Qué ha ocurrido? —trató de balbucear. Buh frunció el ceño y Pavel desvió la mirada. En un rincón de la habitación envuelto en sombras, yacía una inmóvil figura encogida sobre sí misma, de largos cabellos y elegantemente vestida. Pavel alzó la mano dolorida, estaba cubierta de sangre, ahora la herida parecía un estigma. Su desmayo sólo podía haber durado medio minuto. Tenía un sabor desagradable en la boca y estaba tan desorientado que hubiera preferido volver a apoyar la cabeza en el suelo. Buh intentó pronunciar unas palabras y señaló la puerta, que había cerrado. Suponiendo que sus actividades no hubieran alarmado a nadie, habrían ganado algunos segundos para ponerse a salvo, pero no debían perder tiempo. —Sí—gimió Pavel—. Sí, lo sé. No te preocupes. —Se giró, se incorporó a medias y, apoyándose en las rodillas y la mano

derecha, se arrastró hacia la figura inmóvil. Gimiendo de dolor, la volvió cara arriba. Tenía una mejilla magullada y ensangrentada. Los párpados se agitaron pero estaba inconsciente. Pavel sospechó lo que había ocurrido: su ángel de la quarda personal había intervenido. No osó imaginar cuánto debería pagar por ese nuevo pecado que Buh se había i i 11-J1 : 1 ct id JUVCJLI. x ÜVCI vuiviu a ruucar ei cuenu ue la mujer cun íus dedos, pero después apartó la mano. Necesitaba las dos para cometer el asesinato y la izquierda estaba inservible. Y encargárselo a Buh... 529 — Se arrastró hasta él, que se había enderezado y lo observaba. Pavel levantó la cabeza y Buh le ayudó a ponerse de pie. Pavel trató de reflexionar; allí estaba el objetivo que los había llevada.hasta ese lugar, inconsciente e indefenso: ni siquiera sentiría la muerte. Pero no pudo acabar con la vida de la joven. Se le doblaron las rodillas y Buh tuvo que sostenerlo para que no cayera. La certeza del fracaso definitivo dejó indiferente a Pavel: era demasiado intensa. vmn! —Vayamos a casa —susurró Pavel—. Sí, vayamos a casa. Una voz en su interior dijo: «Este es un asesinato que no cometí. Gracias, Señor», pero eso no le provocó ningún sentimiento. Permaneció de pie, tambaleándose, mientras Buh abría la puerta, se asomaba y hacía un gesto con la cabeza. Pavel trató de dar un paso, pero fue inútil. Buh lo

alzó como si fuera un niño, empujó la puerta con el pie y salió. Pavel notó que volvía a desmayarse y sé palpó el hábito buscando el medallón, del que sólo existían siete ejemplares. Había desaparecido. Ella se lo había arrancado y la pérdida sólo suponía la confirmación de lo que sentía: que ya no era un custodio. Ya no merecía serlo. Podría describirle el aspecto de la joven al abad Martin, decirle cómo llegar hasta ella, y el abad enviaría dos nuevos custodios que cumplirían con la misión encargada a Pavel. Pero él no había estado a la altura. Buh dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas y se deslizó hasta la escalera de Pavel colgaba, el pasillo parecía una cueva oscilante de contornos dobles y triples. De repente vio algo que mereció su atención. El farol que había depositado ante la habitación de Agnes Wiegant había caído al suelo y rodado hasta una esquina del pasillo. El aceite de la lámpara se había derramado y la mecha había encendido el charco de aceite. Pequeñas llamas azuladas ya lamían el revestimiento de madera. Si las velas de la habitación de Agnes Wiegant no se hubieran apagado durante la lu— 530 — cha llenando el ambiente de humo, quizá se habría percibido el olor a madera quemada. Pese a todo, Dios lo acompañaba y le daba otra oportunidad. Buh giró alrededor de la esquina sin ver nada. Cuando abrió la puerta de servicio y salió a la calle, donde la oscuridad empezaba a desvanecerse, Pavel inspiró el aire fresco y le rogó que se detuviera y lo dejara en el suelo. El cansancio le provocaba náuseas pero aún había algo que hacer. Acercó la cabeza de Buh a la suya, se dispuso a contarle una nueva mentira a su amigo y le susurró una petición al oído. — 531 — 5 Atónitos, Cyprian y Andrej contemplaban las llamaradas que surgían por detrás de las fachadas de las casas de la Kó-nigsweg. Entonces Cyprian echó a correr, seguido de Andrej, que apretaba la cabecita del niño contra su pecho. Los primeros mirones empezaron a ocupar la pequeña plaza con una fuente en el centro, espantados por la injusticia de un acontecimiento que sólo suele ocurrirles á los demás, no a uno mismo. Con los ojos como platos, en camisón o

amente vestidos, observaban el remolino de chispas que se elevaba del techo medio derrumbado. Cyprian se abrió paso entre ellos embistiendo como un soldado lanzado al ataque, agarró al primero —un tipo gordo con una jarra de vino en la mano y en cuyas mejillas aún brillaba la grasa de la cena— y le gritó: —¡La guardia! ¡Ve a buscar a la guardia! No sabía si el hombre lo había comprendido, pero en todo caso éste echó a correr en dirección al puente de Praga. Cyprian se abalanzó entre la multitud señalando la fuente. —¡Cubos! ¡Id a buscar cubos! —rugió, titubeando al ver la verja decorativa retorcida y medio arrancada. Después, voceando y empujando, instó a la multitud a seguir sus indicaciones. Lentamente comprendieron que se estaba quemando una casa vecina y que faltaba muy poco para que se convirtie— 532 — ra en un incendio que devoraría todo el barrio. Entre gritos y apresuradas carreras en busca de cubos, apartaron a Andrej de su camino. Éste seguía protegiendo al niño lo mejor que podía y de pronto Cyprian -¡Organiza una cadena de cubos! —le gritó. Andrej protestó, alzando al niño, pero Cyprian ya corría hacia la entrada de la casa en llamas; entonces en Andrej surgió el instinto de cualquier habitante de ciudad, a quien un incendio infunde mayor temor que un ejército atacante. Corrió hacia una mujer con aspecto de criada que contemplaba las llamas

con la fascinación provocada por el horror, —¡Toma el niño! —le gritó—, ¡TOMA EL NIÑO! Wenzel soltó un grito agudo, la mujer tendió las manos. Andrej depositó el bulto en ellas y empujó a ambos contra la fuente. —¡OUÉDATE AOUÍ! —chilló, Ella asintió con la cabeza, Andrej apartó los restos de la jaula decorativa y empezó a subir el cubo. La cadena fría y oxidada le lastimaba las manos. Cyprian tiró de los trozos de hierro clavados en el suelo que bloqueadas de un incendio provocado, las manos le sangraban; las puertas bloqueadas demostraban que se trataba de un incendio provocado, pero él estaba concentrado en algo diferente. Se oyó a sí mismo gritar «¡Agnes! ¡AGNES!», pues ella era lo único que ocupaba sus pensamientos. ¿Dónde se había iniciado el fuego? ¿En la planta baja? Y el techo, ¿ya estaba ardiendo? Siguió tratando de quitar los hierros, pateándolos y tirando de los barrotes de la jaula. De pronto apareció un hombre que introdujo una larga barra entre ios barrotes; ambos la utilizaron para hacer palanca y quitar los trozos de hierro de delante de la puerta principal. Un chorro de agua helada empapó a Cyprian y a su ayudante. Ambos se volvieron y frente a ellos vieron a un — 533 — hombre boquiabierto con un cubo vacío en la mano. Durante una fracción de segundo, Cyprian registró la escena: los vecinos que corrían hacia la fuente desde todas las direcciones; Andrej, que tiraba de la cadena como un poseso para subir el cubo con agua sin dejar de gritarle a una mujer acurrucada a su lado: «¿Se encuentra bien?»; los guardias, que se quitaban los cascos y se abalanzaban en medio del tumulto para poner orden en el caos; el acelerado tañido de la campana de alarma de la torre de Altstadt; el hombre del cubo, que lo había vaciado por encima de su cabeza, presa del pánico... Después agarró el picaporte, ayudado por encima de su cabeza, presa del pánico... Después agarró el picaporte, ayudado por encima de su cabeza, presa del pánico... un cuerpo cayó sobre ambos. Un humo negro como el carbón surgió de la abertura como un cañonazo y penetró en los ojos, la nariz y la boca de Cyprian, dejándolo sin aliento. El cuerpo se desplomó. Cyprian vio que quien le ayudaba era el capitán de la guardia, relevado de su puesto en el puente de Altstadt. Entre los dos arrastraron el cuerpo a un lado; dos guardias se acercaron a la carrera, ambos con cubos en las manos y los derramaron por encima del hombre medio desmayado como si ardiera en llamas.

El hombre tendido en el suelo se agitó y escupió. Era Sebastian Wilfing hijo. Cyprian no notó que había apartado a los guardias y agarrado a Sebastian agitaba los brazos, tosiendo y escupiendo. Cyprian lo sacudió. —¿Dónde están los demás? Sebastian abrió la boca y graznó: —¡Socorro! De repente, el rostro sucio de su rival se convirtió en una mueca roja y una oleada de ira ciega invadió a Cyprian se giró y le dio un empellón al capitán de la guardia que se había interpuesto entre él y su rival. El capitán cayó sentado. El vecino en camisón invirtió el cubo encima de la cabeza del capitán, pero el cubó seguía vacío. —No lo sé... —graznó Sebastian—, ¿arriba? Bajé las escaleras..., todo estaba lleno de humo...—dijo, se giró y vomitó. Cyprian se abalanzó hacia la puerta. El capitán lo agarró del brazo.—¡No puedes entrar ahí! —gritó.—¿Por qué no? Soy un imbécil, ¿verdad?—gritó Cyprian, y trató de soltarse, pero el capitán logró apartarlo de la puerta. Por encima de sus

cabezas resonó un trueno, sobresaltándolos. Un rayo de luz iluminó las fachadas de las casas vecinas. Los miembros de las casas contiguas, soltaron un grito y se detuvieron. Cyprian vio una lluvia de cristales brillando a través de las clamas, seguidos de las persianas y los escombros de las ventanas de la planta superior. Sebastian se alejó a cuatro patas; los dos guardias lo agarraron y lo arrastraron consigo. El hombro relucían los trozos de cristal; un pedazo enorme le arrancó el cubo de la mano, una persiana cavó al suelo justo delante de él y se hizo añicos. El hombre abría unos ojos como platos y mantenía las manos medio cerradas como si aún sostuviera el cubo. Cyprian atravesó la lluvia de escombros y de jirones de cortina que descendían como mariposas en llamas, acompañada por el repiqueteo de los cubiertos, los platos y las copas, alzó en brazos al hombre del camisón y lo alejó de la zona de peligro. Durante un instante, Cyprian vislumbró el rostro horrorizado y empapado de Andrej, después dejó al hombre junto a la cadena humana, alguien le alcanzó un cubo y el hombre se lo pasó al siguiente como si estuviera en trance. — 535 — Cyprian se giró y vio las llamas que surgían de las ventanas completamente destruidas de la primera planta. Los guardias entraban en las casas vecinas, armados de cubos, tablas remachadas de hierro, hachas y lanzas. El estruendo del trueno aún resonaba en los oídos de Cyprian. El techo ardía y también la primera planta; el terror lo invadió. —¡Las habitaciones del servicio, a la izquierda, justo debajo del techo! —jadeó una voz: era la de Andrej. Cyprian lo miró fijamente. Andrej señalaba una parte del edificio—. ¡Ahí hay alguien! Las ventanas eran diminutas; en el mejor de los casos habrían dejado pasar a un gato. Cyprian vio una mano que se agitaba. No sabía si el dueño de la mano estaba gritando y no lo reconoció.

-¡Tal vez Agnes y los demás se hayan refugiado allí! —gritó Andrej. «¿De dónde conoce a Agnes?», pensó Cyprian, pero ahora eso no tenía importancia y se dispuso a salir corriendo. —¡Aguarda! —rugió Andrej y, con la fuerza de la desesperación, derramó el contenido del cubo encima de Cyprian, empapándolo de agua helada. —¡Si pretendes entrar allí, debes estar mojado! —gritó y volvió a deiar caer el cubo al fondo de la fuente. Esa acción decidida y el chorro de agua helada hicieron que Cyprian recuperara el oremus. Agarró a Andrei del cuello y le dio un beso en la mejilla, —¡Bésala a ella, no a mí! —chilló éste. Cyprian sonrió, se giró y echó a correr hacia la casa en llamas. Entretanto, los guardias habían apartado los hierros de la puerta de servicio y la abrieron. Iluminaban el oscuro interior con sus antorchas, lo que parecía un disparate dadas las llamas que consumían la otra parte del edificio. Cyprian se abrió paso entre ellos, agarró una antorcha y, antes de que empezaran a gritar, logró llegar hasta la escalera. Hizo caso omiso de sus gritos. — 536 — El humo era graso y denso, y le arañó la garganta, obligándolo a toser, pero no era tan denso como en la planta principal: flotaba bajo el cielorraso como las nubes de tormenta. La antorcha iluminó los primeros peldaños. Un fulgor rojo brillaba en la oscuridad; se volvía más intenso cuanto más ascendía. Tuvo que detenerse en la mitad de la escalera, obligado por la tos y la asfixia- Allí arriba el humo era más espeso y pesado, y se derramaba por los peldaños como un líquido. Los ojos le lagrimeaban y por primera vez sintió la proximidad del fuego: le envolvía la cara como un hálito ardiente y

mortífero. En el descansillo se apoyó contra la pared; estaba sudando a chorros. Vio un tramo del pasillo que conducía al salón pasando junto a las habitaciones de la familia. Era como el primer círculo del infierno. Se arrastró junto a las habitaciones de la familia. Era como el primer círculo del infierno. Se arrastró junto a las habitaciones de la familia. Era como el primer círculo del infierno. Se arrastró junto a las habitaciones de la familia. Era como el primer círculo del infierno. Se arrastró junto a las habitaciones de la familia escalera. la casa la primera vez, porque entonces ahora se habría orientado mejor. Pero por otra parte, las viviendas de los patricios eran todas parecidas. Tras remontar unos escalones, el calor disminuyó. Allí el humo era más claro y menos denso, pero más acre y asfixiante.

El fuego rugía en el hueco de la escalera como una fiera enjaulada. Inspiró profundamente, y fue como inspirar astillas de cristal. Avanzó tropezando, tosiendo y resollando. Los pulmones le ardían. Se quitó el jubón y tironeó de la manga y se cubrió con ella la parte inferior de la cara. Los pulmones aún le dolían, pero respirar se había vuelto más fácil. Su pie chocó contra la antorcha que había dejado en el suelo, que rodó por la escalera y se apagó. Daba igual: allí había suficientes llamas. Arriba se extendía un pasillo de techo tan bajo que tuvo que agacharse. Recorría todo el edificio y más allá ardía en llamas, pero ahí, junto a la escalera, estaba intacto. Una co—537 — rriente de aire le agitó la manga con la que se protegía la cara; causada por el desplome del techo y de la fachada de la planta superior, la corriente avivaba las llamas en las entrañas de la casa, pero allí creaba una zona casi libre de humo. Cyprian se secó el sudor

del rostro dejando una marca negra a través de la cual surgía el brillo de sus ojos. En medio del fulgor rojizo, vio unas puertas. Abrió la primera de una patada y entró a trompicones en una habitación vacía. Por encima del chisporroteo oyó gritos ahogados que provenían de la estancia contigua.

Al llegar a la primera planta Niklas soltó un grito y su espanto contagió a sus compañeros.

Al ver una puerta de comunicación, también la abrió de una patada, se golpeó la cabeza contra el techo y soltó una maldición. La docena de personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Las personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Las personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —¡Agnes! —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. —Cas personas que ocupaban la habitación vecina soltaron un chillido. agradecimiento hizo que Cyprian cayera de rodillas, pero en medio de las tinieblas de color anaranjado advirtió que se trataba de Niklas Wiegant. —¿Cyprian? —¿Dónde está Agnes? —Cyprian tosió y se quitó la protección de la cara. —Ño lo sé —sollozó Niklas. —¡Fuera! —graznó Cyprian—. Todos fuera. —Su corazón gritó: «¡No!» —No podemos salir. ¡Todo está ardiendo! Cyprian agarró al padre de Agnes de la camisa, lo arrastró a la otra habitación y lo sacó al pasillo. Al ver las llamas más allá, Niklas soltó un alarido y se protegió la cara con las manos, pero al darse cuenta de que él no estaba ardiendo las bajó. Los demás salieron detrás de él: los criados, Sebastian Wilf ing padre, chillando de terror, y Theresia Wiegant, cuya arrogancia había desaparecido bajo el pánico. Cyprian los empujó hacia la escalera. —¡Bajad, bajad! —gritó—. ¡Tened cuidado en la primera — 538 — planta y lo lograréis! —Con voz enronquecida por el humo preguntó—: ¿Alguien ha visto a Agnes? Una persona se debatía, negándose a dejarse arrastrar escaleras abajo por los demás. Cyprian reconoció la voz de la criada de Agnes. —¡Tesoro mío! —aullaba—. ¡Tesoro mío! Cyprian empujó a un lado a los que se interponían en su camino y agarró a la criada de Agnes. —¡Tesoro mío! Cyprian empujó a un lado a los que se interponían en su camino y agarró a la criada de los cabellos. Ella hizo una mueca de dolor, pero a él le daba igual. —¿DÓNDE ESTÁ? —rugió. —... habitación... no me dejaron bajar... Cyprian se abrió paso junto al grupo que tropezaba escaleras abajo, tosiendo, llorando y lamentándose, encabezado por Niklas. Cyprian lo agarró y lo arrastró tras de sí; los demás aceleraron el paso.

Al-quíen quiso dar la vuelta y volver a subir, pero a Cyprian le quedaba una mano libre. Clavó la vista en los ojos desorbitados de Theresia Wiegant y a sus espaldas distinquió cómo Sebastian perdía el conocimiento y se desplomaba en brazos de dos criados que lo recogieron: el reflejo servil era más potente que el terror. —¡Debéis bajar por allí! —

gritó Cyprian. Theresia se resistía. Él la sacudió. —¿Dónde está tu hija? Theresia le arañó la cara y él le pegó una bofetada, ha ciendo que la cabeza de ella rebotara hacia atrás. Cuando la inclinó otra vez hacia delante, Cyprian vio que le lanzaba una mirada cargada de odio. Niklas se desplomó junto a la pa red, tosiendo, y habría rodado por los restantes peldaños si Cyprian no lo hubiera atajado con un pie. —¡Saca a esta gente de la casa, hija de perra! —maldijo — 539 — Cyprian—. Niklas y Sebastian están fuera de combate. ¡Sácalos! Ella se irguió,

Cyprian la hizo girar y le arrancó un trozo de tela del vestido. Ella gritó. Él le entregó el jirón que le había arrancado de la espalda y después se cubrió la boca con el trozo de su propia manga. -¡Así! —dijo en tono iracundo—. ¡Así! —Ella asintió. Después Cyprian se dio la vuelta y empezó a dar órdenes.

Dos criados se acercaron trastabillando y ayudaron a Niklas a ponerse de pie. Cyprian alcanzó el descansillo de un brinco. El calor le quemaba la espalda. Su ropa estaba casi seca y a punto de arder. El tramo inferior de la escalera parecía un pozo tenebroso, el humo casi sólido. Niklas y los criados retrocedieron.

-¡Adelante, adelante! Avanzaron unos pasos y el humo se los tragó. Después le tocó el turno a Sebastian Wilf ing. Theresia, situada un par de peldaños más arriba, empujaba a los demás hacia abajo y Cyprian los obligaba a avanzar. La criada de Agnes se debatía como una fiera, presionada por Theresia.

Los que estaban detrás de ellas gritaban de miedo. Theresia le tiró del pelo para obligarla a moverse. —¡La habitación, la hab una mirada. Cyprian hizo un gesto afirmativo con la cabeza y echó a correr por el pasillo. T?I i . ^ " i ^ i i Í I: JC i :,,,u, JZ/I caiur era mu uruuu que IU uungu & agaiaiaiac mciu- so antes de dar diez pasos. Allí también la corriente de aire apartaba el calor del hueco de la escalera, pero cuanto más — 540 avanzaba, más ardiente se hacía la atmósfera. Se arrastró hacia delante apoyado en las manos y las rodillas, tratando de protegerse el rostro. El rugido del fuego le zumbaba en los oídos, las orejas le ardían. ¿Cuánto faltaba? Alzó la cabeza y fue como si un dragón le lanzara el aliento al rostro. La puerta estaba a un par de metros de distancia. Creyó que la piel se le desprendía de las mejillas y se dio la vuelta con los pies hacia delante. Presa del espanto, vio que el cuero de sus zapatos humeaba, pero ya había alcanzado la puerta, que se abrió, se desprendió del gozne

Haciendo un último esfuerzo, Cyprian se lanzó al interior de la habitación llena de humo que, en comparación con el pasillo, le pareció más fresca. —¿Agnes? —Su voz era un mero graznido. No hubo respuesta. Cerró los ojos y avanzó a gatas: una silla tumbada en el suelo. Siguió tanteando y su cabeza chocó contra el borde de una mesa. Soltó una maldición... y entonces tocó la tela de un vestido, y casi tropieza con un cuerpo tumbado en un rincón. —¡Dios mío, Agnes!... —Cyprian recorrió ese cuerpo con dedos presurosos hasta

que tanteó su rostro, luego abrió de par en par los ojos irritados por el humo. Nada. Negrura total. Giró la cabeza y vio el contorno de la puerta. Si el humo se volvía más espeso, no encontraría la salida. Resollando de terror, procuró encontrar el pulso de Agnes. Nada. Le apoyó la mano en la boca y tocó algo húmedo: lágrimas o sangre.

percibir el calor, sin percibir que se le quemaban las pestañas, las cejas y el pelo de la frente. Corrió a lo largo del corredor y el peso con el que cargaba le — 541 — resultó ligero, más ligero que antes había sido la escalera que daba a la planta baja. A la izquierda, donde había estado la pared que separaba el hueco de la escalera de los almacenes de abajo, había un agujero de bordes ígneos, y encima de los escombros reposaba una gran viga que había caído y derrumbado la pared. El camino hacia abajo estaba bloqueado. Cyprian remontó la escalera, gimiendo y jadeando. La cabeza de Agnes golpeaba contra su espalda, completamente flaccida. Allí la oscuridad era también casi total. La única iluminación provenía de las llamas que relumbraban entre el humo y no bastaban para ver dónde ponía los pies. El fuego de la planta superior avanzaba, pero Cyprian lo esquivó. El pasillo continuaba a la izquierda y caminó con los ojos casi cerrados; ya no le servían de nada. Echó mano de sus otros sentidos para llegar al final del pasillo, como un murciélago que vuela de noche. Chocó contra una pared y casi deja caer el cuerpo inmóvil de Agnes. Era un callejón sin salida. El pasillo al que daban las habitaciones de los criados recorría la planta superior del edificio. Al otro lado estaba el gran almacén destinado a secar mercaderías, coronado por la cumbrera. Debía poderse acceder a él desde las habitaciones

y la puerta se abrió. Lo que se ocultaba detrás lo dejó sin aliento. La parte central del tejado se había hundido. Una de las vertientes aún estaba casi intacta, aunque el hundimiento había arrancado gran parte de las tejas. Cyprian vio el cielo nocturno azul oscuro hacia el cual se elevaban las llamas desde el — 542 — interior de la casa. El calor era igual de intenso, pero de pronto resultó más soportable. Cyprian distinguió una abertura en el muro exterior izquierdo, a sólo unos pasos de distancia, y trastabilló en esa dirección. Era el hueco a través del cual se introducían las mercaderías; por encima asomaba la viga con la polea. El aire fresco le golpeó la cara; sus ojos irritados por el humo sólo le permitían ver contornos borrosos. Oyó gritos y cayó de rodillas junto al hueco. —¡Aquí! ¡Eli, aquí! Cyprian abrió los ojos. La callejuela tenía sólo varios pies de ancho. En la casa de enfrente había otra abertura y junto a ésta unos hombres acurrucados, con y sin cascos. Le hicieron señales con la mano. Cyprian los miró fijamente; por fin comprendió y se dejó caer a un lado. Los guardias lanzaron dos cuerdas terminadas en varios ganchos de hierro que se clavaron a derecha e izquierda del hueco, y después las tensaron. Una tabla con rieles de hierro que se clavaron dos cuerdas terminadas en varios ganchos de hierro a los lados surgió del hueco, y después las tensaron. Una tabla con rieles de hierro que se clavaron dos cuerdas terminadas en varios ganchos de hierro que se clavaron a derecha e izquierda del hueco, y después las cuerdas tensaron. Una tabla con rieles de hierro que se clavaron dos cuerdas terminadas en varios ganchos de hierro que se clavaron a derecha e izquierda del hueco, y después las tensaron. hueco de la casa de Agnes. —¡Venid aquí! —Hay una mujer herida —graznó Cyprian. —¡Ella primero! Uno de los guardias se arrastró cuidadosamente a lo largo de la tabla, que crujía y se combaba. Cyprian se acercó a él y se alegró de no ver el vacío que se abría a sus pies. El rostro del guardia era una mancha borrosa, el casco, un brillo rojizo. A

espaldas de Cyprian, algo crujió y chisporroteó: el edificio tembló y una ola de calor avanzó desde atrás. La tabla osciló, y después volvió a estabilizarse. —¡Date prisa! Cyprian bajó a Agnes de su hombro y la depositó en brazos del hombre. Sólo entonces notó que éste llevaba una manta con la que envolvió a Agnes tratando de contener las lágrimas y echando un vistazo a su rostro ennegrecido por el — 543 — hollín. El guardia retrocedió tirando de la manta que envolvía el cuerpo flaccido de Agnes.

Cyprian recordó el niño envuelto en una manta que Andrej había cargado en brazos. El guardia desapareció junto con Agnes en el hueco de la casa de enfrente. Después volvió a salir. —¡Ahora tú! ¿Necesitas ayuda? Cyprian negó con la cabeza. Se aferró a los bordes de la tabla y atravesó el vacío impulsándose con las manos. Casi era un paseo, incluso para alguien medio cegado por el humo. Cuando bajó de la tabla, se le doblaron las rodillas. Los guardias lo sostuvieron. -¿Dónde está Agnes? —Abajo. Vete de aquí. ¿Puedes caminar sin ayuda? —¿Adonde? Del edificio de enfrente surgió un gran estruendo. Cyprian dirigió la mirada hacia allí. Los guardias se apresuraron a desenganchar las cuerdas y recuperar la tabla. Por encima del tejado de la casa de enfrente se elevó una llamarada que a Cyprian le pareció una enorme bola de fuego. Los guardias enrollaron las cuerdas con los ganchos, y retrocedieron jadeando. Después arrastraron a Cyprian, que se había quedado inmóvil. La bola de fuego se hinchó... —¡Mierda! —exclamó uno de los guardias. —Ya no lograremos dominarlo. —¡La ciudad...! ... y desapareció. La casa en la que estaban tembló como sacudida por un terremoto; el estruendo y el chisporroteo eran como la peor de las tormentas. El polvo penetró como un puño que atraviesa una pared. El resplandor rojizo que iluminaba el desván del edificio vecino se apagó. Los hombres empezaron a toser. Cyprian se soltó y, a tientas, buscó la escalera de la vivienda. —¡Eh, dale las gracias a tu ángel de la

guarda!—"gritó uno de los guardias—. Un minuto más allí, al otro lado, y... Cyprian no contestó. Su vista mejoraba poco a poco y, — 544 — más que bajar la escalera, cayó por los peldaños. Hasta que no supiera que Agnes no estaba muerta, consideraría que su ángel de la guarda había fracasado. Fuera el caos era total; Cyprian sólo percibía sombras

confusas, gritos y traqueteos. Una nube de polvo descendió sobre la plaza envolviéndolos a todos. Las antorchas trataban de iluminar la asfixiante oscuridad, pero sólo eran puntos de luz. Allí el fulgor rojizo también se había apagado. El viejo edificio medio devorado por el fuego debía de haberse desplomado y la repentina nube de polvo había asfixiado las llamas. Habría que vigilar el montón de escombros durante días debido a los rescoldos que quizá volvieran a avivarse, pero de momento el barrio —y tal vez media ciudad— había escapado a una catástrofe. A Cyprian no podría haberle sido más indiferente. Se detuvo y procuró orientarse; desde la izquierda surgía el griterío de los hombres y el estruendo de las piedras y las vigas que alguien trataba de apartar. Creyó oír una voz que elevándose por encima del caos gritaba: «¡Él aún está allí dentro. observaban el edificio en llamas y no la entrada de la casa vecina, de modo que no notaron que la habían llevado fuera. Estaba tendida a un lado, aún envuelta en la manta. Que nadie estuviera junto a ella y la cuidara fue suficiente para que Cyprian supiera que su esperanza era vana. Permaneció junto a su cuerpo medio envuelto mirándola fijamente, la imagen borrosa empezó a adquirir contornos precisos y él habría dado cualquier cosa por no verla. Volvió a sufrir otro ataque de tos. Ni siquiera sentía dolor, sentía un — 545 — vacío, un hueco, un hueco que Praga se hubiera salvado del incendio, y" también daría igual si toda la ciudad se hubiera que mado. Sus pensamientos eran jirones inconexos, flotaban como copos de ceniza que se agitaban en su cabeza, relacionados con la idea de que ahora el padre Hernando —de cuya llegada le había advertido el obispo Mel-chior— ya no tendría que

junto a él y una mano que se aferraba a su antebrazo. --No —susurró una voz doliente, y Cyprian reconoció la de Niklas Wiegant—. No, Cyprian, dime que no es verdad —dijo y se echó a llorar. »¡Niñita mía! —sollozó—. ¡Niñita mía! —sollozó—. ¡Niñita, niñita, niñi agarraba del brazo: era Sebastian Wilfing padre. Su hijo, el novio y ahora futuro viudo, no aparecía por ninguna parte. Theresia Wiegant, una figura rígida, un fantasma de rostro tiznado, permanecía a un lado. Sus ojos brillaban en el rostro casi irreconocible. Alguien se acercó apresuradamente y agarró a Cyprian del hombro. dentro del edificio —jadeó An-drej—. Después os vi aquí y... ¡Dios mío! ¿Ésa no es...? Andrej apretaba al pequeño Wenzel entre sus brazos. El niño soltó un suave lamento. Andrej desplazóla mirada del cuerpo inmóvil que yacía en el suelo a Cyprian. —.¿Agnes? —exclamó—. ¡Dios mío, Cyprian! — 546 — Cyprian tendió una mano insensible que colgaba de un brazo insensible y rozó la cabeza del niño. Después se apartó. La plaza oscilaba ante sus ojos. Cuando dejó de oscilar, Cyprian ya estaba junto a Theresia "Wiegant. Sin mirarla, le rodeó la cintura con el brazo y la condujo hasta el grupo que formaban una muerta, dos ancianos que sollozaban, un niño medio muerto de hambre y un hombre joven sucio y empapado hasta los huesos de cuyos ojos también brotaban las lágrimas. Theresia no se resistió, pero permaneció rígida ante el cadáver de su hija. Cyprian se arrodilló y agarró la punta de la manta. La última vez que había sentido un terror semejante fue cuando su padre, medio desmayado por la explosión de polvo de harina, acabó tendido en el suelo con el polvo blanco manchándole el labio partido por el puñetazo de Cyprian. Hasta la escena era similar: una asfixiante capa blanca que lo

molestarse en provocar un incendio. También recordó cómo en aquel lejano entonces había despegado la lengua congelada de Agnes mediante un jarro de agua tibia, hacía casi diez mil años. Intentaba no desplomarse sollozando junto al cuerpo de Agnes y con cada segundo que pasaba le costaba un esfuerzo mayor. De repente notó una presencia

intervención decidida de los guardias y sobre todo su propio heroísmo ante el fuego. Ardía una pequeña hoguera, alimentada con los restos aún incandescentes de la casa Wiegant & Wilfing: ¿por qué no aprovechar lo que la casualidad les deparaba y que de todos modos ya no servía para nada? Circulaban las copas de vino, los muslos — 547 — de pollo, los bollos. El hombre del camisón —que entretanto había regresado a este mundo— estaba sentado junto al lluvia de cristales y escombros, tras el estallido de las ventanas de la primera planta. Todavía algunos fragmentos de cristal;-brillaban entre sus cabellos. Varios concejales de la ciudad habían acudido al lugar, y después de reconocer que el peligro había pasado, habían considerado que unirse al festejo y participar de su improvisado banquete suponía un honor para los vecinos. La lluvia había eliminado el polvo y las cenizas de todas las superficies lisas y, allí donde no los había eliminado, los había convertido en una especie de mortero duro como la piedra. El capitán de la guardia del puente de Altstadt se dirigió al pequeño grupo que rodeaba a la muerta, presentó su pésame y les ofreció un jarro de vino que fue rechazado, pero el capitán no se lo tomó a mal. Aunque los celebrantes prorrumpían en frecuentes carcajadas —en algunos casos un tanto histéricas—, de vez en cuando lanzaban una mirada apenada a los dolientes, titubeando entre el propio alivio por que el incendio se hubiera apagado y la conciencia de la tragedia sufrida por sus vecinos. Como contrapunto a las carcajadas, se oían esporádicos ataques de tos. Cyprian tropezó al pasar por encima de los restos ardientes de la casa, apartó un escombro y tiró de una viga. Tenía las manos

Ahora lo hizo y, mientras retiraba la manta, deseó volver a ser el chico que acudía a salvarla con el agua tibia. No lo hizo para modificar las cosas, sólo para revivir cada instante pasado junto a Agnes. Había empezado a lloviznar. Junto a la maltrecha fuente dorada se inició una celebración espontánea: vecinos que festejaban el fin del incendio, la

cubría todo. «Debo verte para poder despedirme de ti», pensó. «No soporto ver tu rostro muerto, porque entonces no podré albergar ninguna duda», pensó al mismo tiempo. «Te amo, Agnes», fue lo último que pensó. Nunca había vuelto la mirada al pasado.

negras como el carbón, su rostro parecía una máscara de hollín. Una hora antes había escalado el montón de escombros como un loco, llamando a Agnes, maldiciendo y apartando los cascotes, y sólo debido a una suerte increíble no se había cortado con un cristal ni se había quemado con las vigas en llamas que colgaban del techo. Ahora estaba exhausto, vacío. Seguía tosiendo, aunque con menor intensidad. Durante un momento creyó que vomitaría, pero tenía el estómago vacío. Poco a poco, comprendió que o Agnes estaba enterrada bajo los escombros y tan muerta como la mujer que confundió con ella o bien no había estado en la casa y había — 548 — desaparecido sin dejar rastro. Se aferraba a esta posibilidad sin ser consciente de ello. Entre los escombros del hogar de los Wiegant, Cyprian era el fantasma de un hombre que siempre creyó que lo controlaba todo, y que ahora —completamente desconcertado— se preguntaba si su vida se había convertido en una ruina o si aún quedaba algo por lo cual luchar. Le lanzó una mirada a Andrej von Langenfels. Este había acomodado a la muerta en su regazo y sollozaba con el niño en brazos. El matrimonio Wiegant y Sebastian Wilf ing padre permanecían a un lado; la expresión de sus rostros era la de unas personas encima de cuyas cabezas se había derrumbado una pared y que, una vez que el polvo se había asentado, descubrieron que habían estado justo debajo del hueco de una ventana. Sebastian hijo interrogaba a los criados y trataba de averiguar dónde había estado Agnes. Su criada era un tembloroso manojo de nervios, incapaz de articular palabra. Cyprian vio cómo Andrej apartaba un mechón de cabello de la frente de la muerta.

encontraba en la habitación de Agnes alguien la había atacado. Cyprian aún estaba demasiado confuso para establecer la relación entre los hechos, pero empezó a armar el rompecabezas. —¿Cyprian? — 549 — Niklas Wiegant estaba de pie junto al montón de escombros. Cyprian le devolvió la mirada en silencio. Niklas se aproximó. —¿Qué ha ocurrido aquí, Cyprian? ¿Quién es el hombre con el niño en brazos? ¿Quién es la muerta? —preguntó. Los ojos se le volvieron a llenar de Agnes —se oyó decir Cyprian. Sus palabras impresionaron a Niklas. »Estaba en la habitación de Agnes —prosiguió Cyprian—. Recibió un golpe fuerte en la cabeza. Quienquiera que fuera su atacante, la dejó tendida en el suelo y prendió fuego a la casa. Quizás él o ellos se llevaron a Agnes y después prendieron el fuego. —Entonces la última pieza del rompecabezas ocupó el sitio correspondiente—. Todos debíais morir, Niklas. En el caso de Agnes, querían asegurarse por

Aunque no la conocía muy bien, consideraba que había perdido a alguien que le era próximo. No se trataba sólo de que Cyprian hubiera arriesgado su vida por salvarla creyendo que era Agnes. Intentaba consolarse pensando que la muerta no era ella, pero sus sentimientos eran un remolino y, en vez de tranquilizarse, su alma herida tendía a compartir el dolor de Andrej. —Ahora están juntos —sollozó Andrej antes de desmoronarse—. Ahora por fin ella ha encontrado la paz. La lluvia repentina lavó el hollín del rostro de Yolanta y reveló la mejilla amoratada y el labio reventado; Cyprian seguía mirándola sin comprender. Alguien la había golpeado; alguien la había atacado. Mientras se

¿Cuál es el motivo, Niklas? Este lo miró fijamente. —¿Qué pecado cometiste, Niklas Wiegant, para que ahora alguien quiera pagarla con Agnes? —dijo Cyprian y, horrorizado, comprobó que la ira volvía a invadirlo. Ni siquiera sabía por qué estaba tan furioso, pero al ver que Niklas Wiegant protegía un secreto que ahora se volvía contra Agnes, la cólera le nubló la vista. »Las palabras Biblia del Diablo ¿significan algo para ti, Niklas? Éste sacudió la cabeza, sin despegar la vista de Cyprian, que comprendió que el padre de Agnes ansiaba desprenderse del secreto que durante todos estos años lo había asfixiado. Sólo necesitaba que lo animaran a hacerlo. Los pensamientos de Cyprian se arremolinaron. Vio que Andrej abrazaba ala muerta y al niño como si quisiera hacerlo por última vez. Y entonces encontró la respuesta. — 550 — Los monjes negros —dijo y, complacido, vio que Andrej le lanzaba una mirada lagrimeante, como si lo hubiera oído. -^Cuenta —le dijo a Niklas, sin mirarlo. — 551 — 6 El último ejercicio comercial del año 1572: un año en el que la empresa Wiegant & Wilfing había salido definitivamente de los números rojos; un buen año, pese a las horrorosas noticias provenientes de Francia... o justo por eso, porque las masacres en los reinos vecinos no necesariamente amistosos solían suponer la prosperidad de los negocios de casa. Un buen año, aunque todavía no habían encontrado un candidato para ocupar el obispado de Viena, vacante desde hacía cinco años, y la población católica tampoco encontraba el valor de celebrar ni una sola procesión para demostrarles a los luteranos sumidos en la herejía cómo se veneraba a Dios. Un buen año, pese a las inundaciones estivales de Viena que anegaron las ciudades de Krems y Stein y los campos de March y de Tullner que rodeaban Viena, arruinando las cosechas hasta tal punto que los labradores le rogaron al emperador Maximiliano que bajara los impuestos. Cada mercader que dispusiera de víveres en sus almacenes recibía el equivalente de su peso en oro. Un buen año,,, y Niklas Wiegant experimentaba un temor sordo ante la perspectiva de regresar a casa. Tras ese último viaje de negocios, ese año sólo haría uno más: a Viena, junto con su amigo y socio Sebastian y aquellos contables que qui— 552 — sieran celebrar las Navidades en Viena en vez de hacerlo en Praga. Y allí lo aguardaría elinfortunio habitual Resultaba difícil abandonar a una mujer en primavera, una mujer asfixiada por la amargura, que se echaba la culpa de que el matrimonio fuera estéril y que todos los días visitaba la tumba excavada hacía muchos años para albergar un pequeño cadáver. Y era todavía más difícil regresar junto a esa mujer a finales de año para comprobar cómo, durante los meses transcurridos, ella había caído todavía más profundamente en la melancolía, el dolor y la frialdad. Y aún resultaba más difícil cuando uno amaba a esa mujer de todo corazón.

techo impermeable— incluso habían encontrado un poco de calor entre los rollos de tela. A cada paso que daba su caballo, sus pensamientos volvían a centrarse en ambas con una mezcla de esperanza y temor. Por fin rogó a Dios que le ayudara. Si la niña moría antes de que llegaran a Praga, pagaría el entierro y le daría a la mujer una limosna que le permitiría sobrevivir durante el invierno. Si la criatura no moría, entonces... le rogaría a la mujer que le dejara adoptar a la niña prosperó. No murió, ni siquiera enfermó durante el viaje, que duró cuatro días debido á la lentitud de los Bueyes que arrastraban los carros; nunca incordiaba; en cuanto Niklas echaba un vistazo al carro, se limitaba a contemplarlo — 553 — fijamente con sus grandes ojos. Niklas empezó a preguntarse si Dios el Señor habría vuelto a enviar al mundo el alma de su hijo primogénito muerto en el parto para darle una segunda oportunidad, y si los ángeles del Señor no se las habrían ingeniado para que se la encontrara Nada podría haber sido menos importante. Durante la última parada para descansar antes de llegar a Praga, Niklas llamó a la mujer a un lado y habló con ella. — 554 — 7 —¿Sabías que no era su hija? —No —dijo Niklas—. No podía imaginarme lo que significaría para una madre el que uno le propusiera quedarse con su hija: «Considerad que puedo cuidar de ella mejor que vos, querida mía.» Niklas sacudió la cabeza. —Me alegro de que al menos no cometí ese pecado. —Y al final te dijo que la niña era la única superviviente de una masacre de refugiados hugonotes franceses cometida por un monje enloquecido. —Sí—contestó Niklas tras hacer una pausa. Oue no le preguntara cómo lo sabía

La mujer la amamantaba, pero estaba tan exhausta que sus pechos apenas contenían unas gotas de leche. La niña no había dejado de mirarlo con sus grandes ojos, sin parpadear. Incluso mientras mamaba. Niklas se esforzó para que la mujer y la niña estuvieran cómodas. En uno de los carros cargados de tejidos —y por consiguiente provisto de un

demostraba la opinión que le merecía Cyprian y éste recordó lo que Niklas le dijo cuando lo echó de su casa: «Me caes bien», y se tragó la cólera que volvía a surgir en él. «No estaríamos aquí, ante el cadáver de la amada de un hombre que ha demostrado ser un amigo fiel, si tú no te hubieras aferrado tan tercamente a tus planes de casarla con Sebastian», pensó con amargura. Pero darle rienda suelta a su cólera no tenía ningún sentido. Cyprian había empezado a formular respuestas a la mayoría de las preguntas, pero no a la más importante: ¿dónde estaba Agnes? —No me dio más detalles; sólo me dijo que sería mejor que no supiera quién era y que debía prometerle que la niña ja— 555 — más entraría en contacto con los círculos eclesiásticos. Intenté encontrar una explicación y llegué a la conclusión siguiente: la niña era de origen hugonote y nadie debía enterarse jamás de que hubo una masacre. Los católicos y los protestantes de Bohemia se habrían atacado mutuamente, sumiendo toda la comarca en una guerra civil—dijo Niklas, apretando los puños—. Me resultaba totalmente indiferente que Agnes fuera la hija de un porquero nacida en medio de la mugre o la del rey de Francia. Pero tenía claro que un grupo de mujeres hu-gonotas que lograron llegar hasta Bohemia no podía haber estado formado por un montón de indigentes. Supuse que sería aún peor si se supiera que unas aristócratas francesas habían sido asesinadas durante su huida a Bohemia. ¡Hugonotas! Cuando una mitad de la aristocracia bohemia es protestante y la otra católica. ¡La política y la fe! Prometí mantener a Agnes alejada de mí —pensó Cyprian—. Porque en este mundo no hay nadie en quien la política y la fe católica estén más unidas.» —Agnes podría haber muerto —dijo, sacudiendo la cabeza—. En cambio el

monje a quien le encargaron que la asesinara, la salvó. —«Hermano Tomás», pensó. «¿Aún yaces en el antiguo calabozo bajo las ruinas de Podlaschitz y te pudres vivo, porque tu humanidad era tan grande que, entre dos pecados, optaste por el peor: el de desobedecer a tu fe? Le salvaste la vida a la persona que amo.» —En Praga resultó sencillo

arreglarlo todo. Deposité a Agnes en una casa de expósitos no administrada por ninguna de las parroquias, hice una importante donación para que la cuidaran como es debido, organicé el viaje de regreso a Viena y fui a buscarla el día de la partida. Había contratado a dos nodrizas y una cocinera para proporcionarle la mejor oportunidad de sobrevivir A partir de entonces, hice una donación a la casa de expósitos cada vez que viajaba — 556 — a Praga. Lo consideré como un seguro. Si Dios sabía que yo seguía agradecióndole el regalo que había recibido, entonces El no le haría daño a Agnes..., no... —Niklas enmudeció. —¿Dónde está Agnes ahora? Si lo sabes, dímelo, Niklas. ¡ Su vida corre peligro! Niklas parpadeó y se volvió hacia Andrej, que limpiaba los restos de hollín y ceniza del rostro de Yolanta. El niño que reposaba en su regazo lloriqueaba. Niklas sintió una profunda lástima. Cyprian notó que Theresia también observaba la escena y juraría que, si ella también hubiera escuchado la historia de Niklas, no habría captado todos los detalles. Niklas inició una segunda confesión. —Tú tampoco crees que Agnes... que esté aquí... —Cyprian negó con la cabeza; ambos hombres albergaban la misma esperanza: que lo que más amaban en este mundo no estuviera enterrado allí, bajo toneladas de escombros. —Yolanta murió porque la tomaron por Agnes, porque estaba en su habitación. Quizás Andrej sepa por qué. Pero lo más importante es que los autores del delito no sólo querían acabar con ella sino con todos vosotros e impedir que quedara cualquier indicio de que se trataba de un asesinato. Por eso incendiaron la casa. Escúchame, Niklas, da igual

cómo encaja toda esta historia: las personas contra las que te advirtió la cuidadora de Agnes os han encontrado. ¡Es la única explicación posible! —¿Ahora? ¿Después de todos estos años? ¿Qué importancia podría tener un grupo de francesas muertas y sus hijos? «Ésa es precisamente la formuló el obispo de Wiener Neustadt, mi venerable tío Melchior Khlesl: la Biblia del Diablo, querido mío. El legado de Satanás.» El rastro del Códice conducía a Podlaschitz. La conexión era tan evidente que brillaba en la oscuridad, pero no dejaba de resultar incomprensible. — 557 — «Y Agnes tampoco es la única superviviente —pensó, contemplando a Andrej, acurrucado junto a Yolanta—. ¿Por qué no lo persiguen a él? ¿Porque nadie sabe que existe?» De repente se sintió tan inquieto que su agotamiento desapareció como por arte de magia. Bajó del montón de escombros dejando a Niklas Wiegant a sus espaldas. Este seguía removiendo los cascotes, como si esperara que esos restos ennegrecidos le proporcionaran algo que le diera esperanza. Antes de que llegara junto a Andrej, Theresia se le adelantó, señalando el bulto que reposaba en el regazo del joven. —Esto es intolerable —dijo—. Dadme el niño, necesita una nodriza cuanto antes. Yo le conseguiré una. Andrej la miró y se encogió de hombros sin saber qué hacer. Theresia resopló, se agachó y recogió el bulto.

¿Cómo Se llama? —"Wenzel —susurró Andrej—. Wenzel. von Langenfels. Theresia apartó la manta para que el niño pudiera respirar y se dirigió hacia el grupo de vecinos que celebraban el fin del incendio. Pasó junto a Niklas, sentado encima de las ruinas de su casa. Theresia titubeó unos instantes con el niño en brazos.

Y ahora... la niña. La vio por primera vez cuando la mendiga le dirigió la palabra: sólo tenía un par de días y estaba tan débil que parecía una anciana. Tenía los ojos abiertos, aunque Niklas no sabía si veía algo y en ese caso, qué.

Ambos intercambiaron una mirada. Los ojos de Niklas se llenaron de lágrimas y esbozó una tímida sonrisa.

Cyprian se arrodilló junto a Andrej. —La vida es una mierda —dijo. Andrej asintió. —Yo tengo la culpa —musitó—. Yo le aconsejé que fuera a casa de Agnes y la pusiera en guardia. —¿Contra qué? —Contra el padre Xavier Espinosa. El dominico. Dispo-.-ne de libertad para hacer lo que quiera.» —Escúchame, Andrej —dijo—. Si tu historia y la de Yo— 558 — lanta y de Agnes fuera un lago y me preguntaras cuánto he comprendido, te diría que dos gotas y media. Pero ahora eso da igual. Yolanta murió en lugar de Agnes y Agnes ha desaparecido.

Andrei la siguió con la mirada. —No le haré daño —dijo ella en tono seco—.

Era de un valor considerable. El muchacho la recogió.

de servicio. Cyprian retrocedió hacia las llamas, apoyado contra la pared. Tras dar unos pasos chocó contra una puerta y se abalanzó contra ésta; la puerta resistió.

Cyprian la pateaba escupiendo y maldiciendo, pero la puerta era sólida. Entonces sujetó las piernas de Agnes con una mano y con la otra tanteó la hoja, encontró un picaporte, lo bajó...

Si no quieres que el sacrificio \*de Yolanta resulte inútil, ayúdame a encontrar a Agnes. Andrej se secó las lágrimas, pero siguió llorando. —Déjame en paz —sollozó. —Me encantaría. Tú perdiste a la mujer que significaba todo para ti. Pero hay una mujer que significaba todo Quiero que me ayudes. —¡Vete! Si no fuera por ti... y por Agnes, Yolanta aún estaría viva. —Entonces ayúdame a darle sentido tiene que haya otra vida a su alcance? ¿Qué sentido tiene que muera una persona que lo significa todo para otra? ¡La muerte no tiene sentido, sólo supone el condenado fin de la vida para los que han muerto, al igual que para los que han dejado atrás! —exclamó, poniéndose de pie y agarrando a Cyprian del cuello-^.; Desaparece, Cyprian Khlesl; Ojalá nunca te hubiera visto! Desaparece, Cyprian del cuello-^.; Desaparece, dejame en paz y al menos ten la decencia de respetar mi dolor! Cyprian lo dejó hacer. La pena duplicaba la fuerza del joven delgado y Cyprian retrocedió tropezando. Las voces y las risas junto a la hoguera enmudecieron. Algunos rostros se volvieron hacia ellos, después las conversaciones prosiguieron en un tono más bajo. Cyprian no sabía qué más decirle. Quería echar a correr en cualquier dirección y llamar a Agnes, pero sabía que sería un grave error. Entonces una mano lo agarró del brazo. — 559 — No puede ayudar los guardias. — Señaló un grupo de tres guardias que rodeaban a un cuarto sentado en el suelo. Cyprian reconoció al capitán de la

guardia nocturna, que volvía a pasarle el relevo al de la guardia diurna. —¿Por qué? —gruñó Cyprian notó que estaba a punto de perder los nervios. —¿Qué ha dicho? le preguntó a uno de los dos capitanes. —Que es inocente. —¿Donde lo encontrasteis? —Estaba merodeando delante de una de las puertas. Es un completo idiota. Si nos hubiera ayudado a apagar el incendio, no habría llamado la atención de nadie. Pero no lo hizo, y además lleva esa cosa... —El capitán sostenía la venda embadurnada con un líquido rojo y que parecía pertenecer a un ciego inválido. La mirada del prisionero se desplazó entre Cyprian—. ¿Podéis traducirme sus palabras? El capitán asintió con la cabeza, indicó al prisionero con el mentón y los demás lo obligaron a ponerse de pie. Cyprian vio su respiración agitada y su terror. -¿Le prendiste fuego a la casa? El capitán tradujo sus palabras. -No. Literalmente: jamás en la vida, Vuestra Excelencia, no he sido yo. Soy un pobre cié... ....\_ ¿Qué ha dicho? —Se ha interrumpido a media explicación. — 560 — ¿Le creéis? El capitán contempló a Cyprian; por fin se encogió de hombros. —Ha respondido sin pensárselo demasiado —dijo, se giró y asestó un puñetazo en el estómago del prisionero. Cuando éste se encogió con los ojos desorbitados, le golpeó con el puño en la cabeza. El

hombre cayó de rodillas soltando un gruñido. La vista se le nubló pero los quardias volvieron a enderezarlo. Cyprian agarró de los capitán—siseó el capitán del brazo.—Nada de falsa moderación —siseó el capitán—siseó el capitán cabellos y le levantó la cabeza. El hombre gimió y entornó los ojos. —Hay dos posibilidades —dijo Cyprian—. O te adjudican el incendio y te asarán vivo o bien me dices lo que has visto. El hombre bizqueó. Los labios le temblaban. —Me comprendes, ¿verdad? Alguien como tú siempre comprende todas las lenguas. El puño del capitán pasó raudo junto a Cyprian y a éste se le escurrieron entre los dedos los cabellos del prisionero, cuya cabeza se ladeó violentamente. Las rodillas de éste sé le doblaron y cayó sentado. El capitán se frotó los nudillos. —Si le aflojamos unos cuantos dientes más, tal vez logremos que abra la boca y escupió un hilillo de sangre y saliva. —¿Para quién trabajas? preguntó Cyprian. El hombre lo miró fijamente—. Espiaste la casa, ¿verdad?

¿Para quién trabajas? —¿Espiar?—dijo el capitán y se dispuso a propinarle una patada. El prisionero soltó un lamento y se apartó. Cyprian se interpuso entre él y el capitán. — 561 — —¿Para el padre Xavier? —aventuró Cyprian. El prisionero se quedó de piedra. —Padre cabronazo Xavier —dijo con un deje duro, en un tono cargado de odio—. Yo para padre cabronazo Xavier. Todo mierda. ¿Comprendes? —No comprendo nada —dijo Cyprian—. Explícamelo.

El hombre negó con la cabeza. —Dejad que se lo pregunte yo —dijo el capitán. Cyprian no se movió; el capitán soltó un bufido de desprecio. Cyprian se volvió, le quitó la venda al capitán y la arrojó al regazo del prisionero. Este trató de no mirarla. —Esos acabarán contigo —dijo Cyprian, señalando a los guardias—. Te adjudicarán el incendio, el asesinato de Yolanta y la mendicidad con engaños. Tu muerte supondrá el infierno,

porque el purgatorio no puede ser peor que la muerte que te espera. ¿Acaso el padre Xavier resulta más temible que eso? Cyprian vio la respuesta reflejada en los ojos del prisionero: «Sí.» Pero el hombre tragó saliva. —¡Sólo hablo contigo! —jadeó el hombre y le lanzó una mirada suplicante a Cyprian—. ¡Sólo contigo! -^Soy todo oídos. —Yo seguirla —susurró el hombre señalando el cuerpo inmóvil de Yolanta—. Yo seguir, porque padre Xavier decir. Ella venir aquí. Yo seguir. Ella ir a casa. -¿Por qué quería el dominico que la siguieras? El hombre señaló a Andrej —Él—dijo. —¿Por Andrej? —¿Qué saber yo? No decirme nada. Sólo: haz esto, haz lo otro. —De acuerdo. ¿Y después qué pasó? —Yo esperar. Mujer salir de casa..., otra. Irse. Yo esperar. Entonces venir... —dijo, alzando dos dedos—.

afirmativo. —Ellos entrar. Mucho tiempo no pasar nada. Después vuelven a salir. El más grande cargar con el más pequeño está... —El prisionero hizo una pantomima convincente de un hombre medio muerto colgando de los brazos de otro—. Después ... aqua —Indicó la fuente, cerró los puños y los agitó. —¿Rompieron la jaula de la fuente?

¿Dos? 562 — Dos recién llegados. ¿Hombres o mujeres? El hombre indicó una altura mayor y una menor. —Uno pequeño y uno grande, sí. ¿Una mujer y un hombre? El hombre negó con la cabeza y las plegó, como si rezara. —¿Capuchas? ¿Piadosos? ¿Rezar? ¡Monjes! El prisionero hizo un gesto

—Sí. Y después hacer... —Otra pantomima: alguien tratando de abrir una puerta. —Atascaron la puerta —dijo Cyprian—. Sí, lo sé. —Después... irse. Cyprian lo llevó a un lado. —¿Un cuento tan abstruso? No le hubiera creído ninguno que fuera más sencillo y lógico. Además sé que ese dominico del que habló existe de verdad. El capitán gruñó unas palabras. —Puede que los acontecimientos se hayan desarrollado de un modo muy diferente —dijo Cyprian—. Puede que los monjes raptaran a Agnes y que Yolanta quisiera impedirlo. Él sólo vio dos figuras, pero una de ellas podría haber sido Agnes y tal vez el segundo monje se escabullera por otra parte. Recordó la pantomima y el desconcierto hizo que hablara con voz entrecortada. —No, él ha dicho que ella abandonó la casa antes. ¿La — 563 — habrán atrapado y dejado maniatada en alguna parte? Pero en ese caso, ¿por qué mataron a Yolanta? Sea como fuere, es una pista. Os agradezco vuestra ayuda. El sistema del «Inquisidor bueno» «Inquisidor malo» siempre funciona. —¿Eh? —preguntó el capitán. —¿Podéis detenerlo? Quizá lo vuelva a necesitar. —Lo meteremos en el calabozo de todas maneras —dijo el capitán—. No es necesario que nos lo mandéis. —Quizá quiera hacerle más preguntas; no acabéis con él. El capitán le lanzó una mirada y Cyprian notó que empezaba a perder su simpatía. —Los monjes —dijo, dirigiéndose al prisionero—, ¿se destacaban por algo en especial, además de la diferencia de estatura? Tras unos momentos, el prisionero restregó las palmas de las manos en el suelo y después se las mostró: estaban negras de hollín y de mugre. —¿Hábitos negros?

-Entonces recordó la figura desharrapada encima del muro en ruinas de Podlaschitz, que no había encontrado un hábito viejo y desgastado con el cual se había encontrado un hábito encontrado un hábito viejo y desgastado con el cual se había encontrado al cual se había encontrado Cyprian recordó la conversación mantenida con él ante las murallas de Podlaschitz. Era como si las imágenes proyectadas por esa conversación se reflejaran en los ojos de Andrej: sombras huyendo presas del pánico, un monje negro con las manos manchadas de sangre, un hacha blandida. —Monjes de hábitos negros —dijo en voz baja—. Tienen a tus

padres y a diez inocentes mujeres y niños sobre su conciencia, asesinaron a Yolanta, casi-incendian toda la ciudad y son la única pista que conduce hasta Agnes. El círculo se cierra, Andrej. \_ 564 — Andrej alzó una mano de la que colgaba algo que parecía una moneda. —Es la segunda vez que encuentro algo semejante —musitó—. La primera vez cayó a mis pies cuando un hombre se desplomó, muerto, ante mi vista. Esta vez se lo quité de la mano a una mujer muerta. Debe de habérsela arrancado a uno de esos individuos. Cyprian clayó la mirada en el medallón que giraba lentamente con un brillo apagado. —El sello de una hermandad —dijo. —Iré contigo —dijo el muchacho en tono orgulloso, corriendo detrás del dominico. Este parecía remontar lentamente la escalera, pero cuando llegó a la primera planta, el muchacho comprobó que él mismo estaba jadeando. —¿Oíste lo que les dijo a los guardias y a Cyprian Khlesl? —No todo, padre. Como me mezclé con la gente alrededor de la hoguera no logré escucharlo todo. Pero yo también vi los monjes negros, al igual que él. —Cyprian y Andrej, ¿emprendieron la persecución? —Así parece, padre. —¿Y Yolanta está muerta? —Ni idea, padre. Dijisteis que no me contre... contran...

en nada más. —Concentrara. Sí. Vale. El padre Xavier se acercó a una de las dos casetas. Olía a mierda de paloma. El dominico metió la mano y extrajo un puñado de plumas grises. El muchacho observó, fascinado, cómo el padre se sentaba ante una mesita, abría un estuche fijado a la pata de la paloma e introducía un mensaje que por lo visto había escrito con anterioridad. Cuando abrió el co— 566 — bertizo de madera y el aire fresco penetró en su interior se oyó un arrullo agitado. El muchacho se volvió a mirar al sacerdote y vio que éste lo contemplaba con expresión divertida. —Ésas —dijo el dominico, señalando la caseta cerrada— me comunican con Roma. —Alzó la paloma que sostenía en la mano, la acercó a la ventana y la soltó. La paloma emprendió el vuelo agitando las alas—. Ésta, no. El muchacho creyó ver una sonrisa despectiva, pero después la delgada cara del monje recuperó su habitual indiferencia. Ambos bajaron a la pequeña celda y el padre Xavier empezó a quardar su Biblia y sus utensilios de escritura en un hatillo. —En realidad debería haber soltado una de las palomas que me comunican con Roma, por supuesto que el que acabo de enviar. Pero tengo la sensación de que ha llegado el momento de desentenderme de mis compremisos. ¿Lo has comprendido? —No —dijo el muchacho, considerando que ésa era la respuesta correcta, incluso si era mentira. El padre Xavier asintió con la cabeza y cerró el hatillo. —I Adonde vais, padre? —La caza ha empezado, hijo mío —dijo, arrojando una moneda en la mesa.

sacerdote, se ofreció a sí mismo, todo en escasos segundos y sin dejar de esbozar una sonrisa confianzuda. Impresionado por semejante falta de escrúpulos, el padre Xavier le encargó un servicio diferente.

»Puedes seguir tu camino. Fue una suerte disponer de un espía para espiar al otro espía. •—Una buena elección, padre. Podéis confiar en mí. —Siempre resulta provechoso poder confiar en desvaneció cuando la sonrisa lobuna del dominico le heló el corazón. Éste recordó cómo se había hecho con su segundo espía. El muchacho lo había seguido hasta una solitaria callejuela para ofrecerle a su — 567 — hermana mayor; cuando el padre Xavier rechazó su oferta, le ofreció a la menor y cuando ésta tampoco despertó el interés del El muchacho tragó saliva. —Os doy las gracias humildemente, por todo, Excelencia.

El padre Xavier abandonó la celda sin darse la vuelta. El muchacho permaneció allí, temblando. Al oír el aleteo ante la ventana se sobresaltó: una paloma había desaparecido. —¿Has vuelto al infierno? —musitó el muchacho. Durante unos segundos, se preguntó si debería regresar en buscadelapaloma: lehabríasupuestounacomida. Perocompren-di ó que, tras contemplar la sonrisa de despedida del padre Xavier, le faltaba valor. Tenía la moneda, ¿no? Le echó un vistazo para comprobar que no se había convertido en latón, pero ahí estaba, brillante, pesada y generosa. Echó

a correr y de repente dio un brinco: se le había ocurrido que aún estaba vivo. La paloma agitó la cabeza y dio unos pasitos. Nadie le hizo caso, nadie le quitó el mensaje, nadie le quitó el mensaje, nadie le dio de comer. Soltó un arrullo. Eso no era lo previsto. Sus ojos negros brillaban y golpeó el alféizar con el pico, como si dijera: «¿Eh? ¿Qué pasa?» La funda contenía el mensaje no leído del cardenal de Gaete, que el padre Hernando había estado en Vie-na un par de días atrás y que el padre Xavier, su hermano in dominico, era libre de — 568 — tomar las disposiciones que creyera necesarias en bien de la Idlesia. Ni la paloma ni el remitente del mensaje sabían que el padre Xavier acababa de tomarse toda la libertad del mundo para hacer lo que él consideraba correcto. — 569 — 9 Pavel abrió los ojos. Había soñado que bajaba una escalera parecida a la que conducía al escondite de la Biblia del Diablo bajo el convento de Braunau. Pero en dos de los peldaños había alguien que lo miraba fijamente. En el primero estaba Agnes Wiegant, la joven que hacía unas horas había abandonado en Praga, entre las llamas; en el segundo, casi al pie de la escalera, entre sombras, había otra mujer. Ignoraba su nombre y jamás lo sabría. Él le había ayudado a dar a luz a un niño antes de morir. Así se cerraba el círculo. Recordó que en el sueño se había preguntado: «¿Ese fue el principio?» El sueño se desvaneció pero la pregunta permanecía, como un mal sabor de boca. «¿Ese fue el principio? ¿Una acción misericordiosa que supuso que ahora yaciera junto al camino en algún lugar al este de Praga, agonizando? ¿Y que entre aquel entonces y el ahora hubiera cometido varios asesinatos?» Pavel se estremeció. «Con cada paso que damos en esta vida, iniciamos un camino cuyo final no podemos prever», pensó. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Parpadeó y creyó vislumbrar el vago resplandor del amanecer hacia el este. La llovizna relumbraba ante sus ojos. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Parpadeó y creyó vislumbrar el vago resplandor del amanecer hacia el este. La llovizna relumbraba ante sus ojos. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Buh siguiera su camino y lo dejara en la estacada. Sólo se había limitado a cumplir el ruego de Pavel. Ha— 570 — É ciendo un gran esfuerzo de voluntad, Pavel dejó a un lado el sueño y recordó los instantes anteriores al desmayo. Le había rogado a Buh que lo abandonara. Sus argumentos fueron irrebatibles: Pavel era incapaz de soportar el viaje de regreso y no haría más que retrasar a Buh. Y por otra parte, el abad Martin debía saber que habían cumplido su encargo. Pavel se volvió soltando un gemido y trató de ver el resplandor del fuego que había encendido. No vio nada, ni siquiera la mancha clara que podría ser el reflejo de las luces de Praga contra el cielo. ¿Quién sabía qué distancia habían recorrido durante esas primeras aterradoras horas? Buh había satisfecho su petición. No podía tomárselo a mal. Aunque no mencionó el farol volcado, el gigante parecía estar al tanto del infierno que dejaron a sus espaldas. Pavel debía de infundirle pavor. Cuando le rogó que siguiera solo y que lo dejara ahí para que muriera, Buh le había cumplido con gusto. Entonces Pavel sintió el dolor. No provenía de sus moretones, sus costillas aplastadas ni sus otras heridas, sino de su corazón.

Casi con sorpresa, comprendió el lugar que la amistad de Buh había ocupado en su corazón. Nunca se había dado cuenta de cuan profunda era. De pronto sólo deseó que al menos hubiera podido decirle que lo sentía. Buh lo había ocultado debajo de unos matorrales. En verano habría sido un buen escondite, pero ahora, pocos días antes de Pascua, apenas servían para protegerlo de la lluvia. El hábito aún no estaba tan empapado como debería estar si hubieran transcurrido varias horas, ¿

acaso significaba que su desmayo había sido breve? Si fuera así, posiblemente Buh aún lo oiría si lo llamaba, Era de noche, y ellos serían los únicos que estarían a la intemperie. Si lo llamaba, Buh lo oiría si lo llamaba, Buh lo oiría en la intemperie. Si lo llamaba, Buh lo oiría si lo llamaba, Buh lo oiría si lo llamaba, Buh lo oiría en la intemperie. Si lo llamaba, Buh lo oiría en la intemperie en la intemperie en la intemperie en la intemperia en la intempe oscuridad. No vio a nadie. Tomó aliento... pero entonces se impuso la sensatez. ¿Qué pretendía hacer? ¿Llamar a Buh para que regresara? Debería agradecerle a Dios que lo dejara en la estacada... por mor del éxito de la misión, pero sobre todo por mor del alma de Buh. No cabía duda de que Pavel estaba condenado, pese a que todo lo que había hecho sólo se debía a su amor por el abad Martin, a la obediencia con respecto a su juramento y a la salvación de la cristiandad. Entonces oyó unas recias pisadas y una respiración entrecortada. Alguien se aproximaba. Teniendo en cuenta la hora, no podía tratarse de una persona decente: salteadores de caminos, fugitivos de la justicia, desesperados. Pavel debía de haber llamado su atención al arrastrarse fuera del matorral. Para gente como ésa, un hábito de monje en más o menos buenas condiciones supondría un tesoro. Lo matarían y Pavel estaba convencido que no se merecía nada mejor. Cerró los ojos, extendió los brazos y empezó a rezar en voz baja. Las pisadas se acercaron y se detuvieron junto a él. Oyó el resoplido de un animal y después una voz, —¡Gnnnn! Cuando abrió los ojos vio a Buh. El gigante no sonrió, sino que señalando el burro que estaba a su lado, provisto de riendas confeccionadas con

cuerdas, lo invitó a montar en el animal. Pavel se encaramó al lomo del asno como si estuviera en trance. Buh lo había robado de una dehesa cercana para asegurarse de que pudieran seguir viaje. Ahora Pavel recordó que, tras la huida de Praga, Buh lo había llevado en brazos durante casi todo el tiempo. Se agarró de las cortas crines del burro y procuró ceñirle los flancos con las piernas. Buh tomó las riendas y empezó a caminar. El pollino, que se dio cuenta de quién era el más listo, cedió y lo siguió. Ambos monjes prosiguieron el viaje en medio de la noche al día y, aunque eso no fuera exacto, fue así como lo percibió Cyprian. Por fin podía emprender algo. Como ni él ni Andrej eran jinetes avezados, hizo caso omiso de su prisa por partir de inmediato y se resignó a ordenar que engancharan los caballos al coche. El viejo lobo de mar no aparecía por ninguna parte, así que él y Andrej se sentaron en el pescante y condujeron el coche fuera de la ciudad. Habían perdido un tiempo precioso: regresando al domicilio de Cyprian, preparando el carruaje, enqanchando los caballos, pero sobre todo recorriendo todas las puertas que encontraron aquella cuya quarnición recordaba haber visto pasar a dos monjes. Sin consultarse, ambos llegaron a la misma conclusión: que los monjes habían llegado desde el este y regresarían en esa misma dirección. Podlaschitz se encontraba al este. El carruaje avanzaba más despacio que dos jinetes y Cyprian también había contado con ello. Consideró que hacer planes por anticipado suponía una victoria sobre su impaciencia.

El coche era lento, pero dos jinetes cojos, magullados y tal vez derribados habrían tardado más. La seguridad era más importante que la rapidez. Sin embargo, superar su impaciencia le supuso un esfuerzo considerable. Percibió la mirada de soslayo de Andrej. — 573 — — El pequeño se encuentra bien — dijo por centésima vez—.

La madre de Agnes es una bruja, pero cuando se propone algo, lo lleva a cabo Cueste lo que cueste. El amanecer teñía las nubes de un rosa brillante. El juego de colores anunciaba la continuación del mal tiempo, pero el espectáculo era bonito. Andrej se repantigó en el pescante; Cyprian vio que una lágrima le recorría la mejilla y adivinó que su compañero pensaba en que su amada ya no vería ese amanecer. Hizo chasquear las riendas con la esperanza de animar a los caballos a acelerar el paso. —Deberíamos estar llegando a Neuenburg —dijo Andrej. Como si los hubieran estado

esperando, un grupo de hombres apareció en el camino y les hizo señales. Cyprian vio los blusones color tierra de los campesinos y los uniformes más vistosos de los soldados. Esos hombres habían atravesado una cadena en el camino impidiendo el paso. Cyprian tiró de las riendas. Andrej entabló una conversación bastante larga con uno de los

soldados. Cyprian ardía de impaciencia. Cuando Andrej se volvió hacia él, Cyprian notó que su acompañante apenas lograba reprimir su inquietud. Los soldados abrieron la portezuela, echaron un vistazo al interior del coche y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. Alzó la mirada y se tendieron en tierra para examinar los bajos del vehículo. Cyprian los observaba con expresión suspicaz. matado a un rinoceronte. —¿Qué ocurre aquí? -preguntó Cyprian. Los soldados se pusieron de pie y le indicaron que podía seguir adelante. Cyprian azuzó a los caballos y saludó con la mano, pero sólo encontró miradas torvas. Nadie le devolvió el saludo. — 574 — Seguimos la pista correcta — dijo Andrej.

-¿Fue eso lo que te dijeron esos individuos? Andrej giró la cabeza y atisbo por encima del techo del coche. Cyprian lo imitó. Los hombres habían desaparecido como si jamás hubieran existido. -¿A quién están acechando? -¿Viste al hombre del garrote? Cyprian asintió con la cabeza. —Anteanoche su mujer murió en el parto y ayer por la mañana murió el niño al que dio a luz. Unas horas antes encontraron a su cuñada en el bosque que rodea su cortijo, la habían asesinado. Y mientras la llevaban a casa unos viajeros llegaron con otro cadáver con el que se tropezaron junto al camino, el de su hijo

mayor. Cyprian lo miró fijamente. Andrej apretó las mandíbulas y prosiguió: —Hace unos días, tres ancianos de la granja ayudaron a un monje que estaba atascado en un endrino —dijo—. Estaba herido y habló de un ciervo que lo había embestido. Encontraron el cadáver de la cuñada junto a un árbol, justo detrás del lugar donde hallaron al extraño monie. Cyprian siguió mirándolo fijamente. —El monje llevaba un hábito negro y era menudo y delgado—añadió Andrej. —Estamos siguiendo la pista equivocada—dijo Cyprian—. Si esos desgraciados hubieran pasado por aguí con Agnes, se habrían topado con el bloqueo. —No. Sólo han bloqueado el camino hoy, de madrugada. Hemos sido su primera presa.

El consejo de Neuenburg reaccionó con rapidez y envió soldados para ayudar a los campesinos, pero no han logrado organizarse hasta esta mañana. —Pero los monjas pasaron por aquí cuando aún era de noche —obj etó Cyprian. Andrej asintió. — 575 — —¿Se trata de una teoría o estás seguro? —Estoy dispuesto a escuchar cualquier sugerencia mejor. —Cyprian volvió a girar la cabeza, observando el camino. Después hizo chasquear las riendas y gritó—: ¡Arre, malditos caracoles! — 576 — 11 Antes de llegar a Kolin cayó un chaparrón. El aguacero fue acompañado de lentos y rítmicos golpes de tambor. A un lado del camino se elevaba una horca. Encima de la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello. El verdugo, encaramado precariamente en la escalera apoyada contra la horca se encontraba un condenado con la soga al cuello con de pie junto a la horca y leía la Biblia en voz alta, y también los de los espectadores. Parecía que toda la ciudad había acudido para verlo morir. Un adolescente tocaba el tambor. Cuando Cyprian acercó el carruaje, un hombre se separó del grupo de espectadores y echó a correr a su encuentro. Estuvo conversando un rato con Andrej. —El condenado

ha cometido un asesinato — explicó Andrej. — Un forastero — dijo el hombre en perfecto alemán, aunque antes había hablado en su lengua materna—. Asfixió al zapatero, hace dos días. Lo descubrimos en la casa, cuando pretendía vaciarla. Cyprian asíntió con lá cabeza. El hombre aferraba las riendas del caballo de la derecha, señalando la horca e invitándolos a presenciar el espectáculo. El condenado gritaba, un sonido — 577 — débil e inarticulado. Aunque tenía las manos maniatadas a la espalda y las piernas atadas, pataleaba y se debatía. El verdugo tuvo que agarrarse de la escalera para no ser arrastrado. —Dijo que no había sido el, por supuesto —dijo el hombre, contemplando el espectáculo. —Ya —comentó Cyprian, que alzó las riendas—. Hemos de prosequir nuestro camino. —Los fantasmas negros —dijo el hombre en tono burlón—. Los monjes fantasmas.

Según el condenado, fueron ellos quienes cometieron el asesinato. Es un pretexto tan estúpido que casi parece cierto. —En efecto —dijo Cyprian, y bajó la mano que sostenía las riendas—. ¿Cómo dices? ¿Que fueron unos monjes negros? —Si sigue pataleando, acabará por caer antes de que el párroco haya acabado el sermón. Es un tonto. Si yo estuviera ahí arriba, trataría de permanecer allí el mayor tiempo posible. Sí, monjes negros. —Y simulando un llanto y cambiando el tono de voz añadió—: «¡Sólo entré en la casa porque tenía hambre y la puerta estaba abierta, Excelencia! ¡Lo juro!» —¿Dos? —preguntó Cyprian. —Sí. Creo que será mejor que me vaya. El

verdugo casi no puede sujetarlo y no quiero perderme lo mejor. -Esperad. ¿Por qué habéis hablado de monjes fantasmas? El hombre, que ya se había dispuesto a marchar, se volvió. —Sois nuevos en esta comarca, ¿verdad? Un poco más allá solía haber un convento enorme. Primero fue destruido durante la guerra con los hussitas, y los monjes lo abandonaron y se dirigieron a Braunau, porque allí habían fundado un priorato. Qué suerte, ¿verdad? Dejaron un par de hermanos como custodios. Después hubo esa espantosa tormenta, hace — 578 — unos veinte años, que acabó por convertir el convento bajo la forma de espíritus negros, para lamentarse de su pérdida. ¡No! —exclamó el hombre, cubriéndose la cara con las manos—.

¡Mierda! La escalera se había separado de la horca y el condenado había quedado oscilando.

El verdugo cavó al suelo como una fruta madura. Pero la soga había impedido la caída del condenado, que permanecía colgado de la cuerda y balanceándose del fango, agarrando los pies del ahorcado y tirando de ellos, pero el muerto seguía tan muerto como antes. Estallaron aplausos. El hombre que se había acercado al coche puso cara larga. Cyprian habría querido decirle que el ahorcado era inocente, pero se tragó su comentario. Sospechó que Andrej casi habría dicho lo mismo. El hombre plantado junto al coche pateó el suelo: estaba decepcionado. —Mierda —dijo—. Nuestro verdugo es demasiado gordo

Es hora de conseguir uno nuevo, uno un poco más ágil. —¿Ese convento lleno de fantasmas...? —preguntó Cyprian en tono cauteloso. El hombre indicó hacia el sudeste. —Sólo es un montón de piedras en medio del paisaje. Dicen que allí hay lepra. En ese caso no se trataría de fantasmas, ¿no? ¿A que nunca habéis visto un fantasma al que le falta la nariz? —Sólo uno, y ése llevaba la cabeza bajo el brazo —dijo Cyprian. El hombre lo miró, desconcertado.

Después soltó una carcajada. —¿La cabeza debajo del brazo? ¡Magnífico! —exclamó, golpeándose los muslos. Cyprian trató de sonreír. —Estáis muy bien informado —dijo. El hombre se restregó las lágrimas provocadas por la risa. — 579 — —Soy el escribano. Si vais a la ciudad, os recomendaré un alberque. ■—No, hemos de seguir. —Ya. No os preocupéis. Hoy no colgaremos a ningún otro forastero. —Procuraremos no estar aquí mañana —dijo Cyprian. El hombre volvió a reír: una naturaleza alegre. Cyprian y Andrej intercambiaron una mirada con disimulo. —¿Por qué los monjes que está demasiado lejos! ¡Al menos a tres días de marcha para uno de esos que caminan arrastrando las sandalias! Desde Podlaschitz. Desde aquí está a alrededor de un día y medio. Los caminos son mejores.

-¿Y todos emigraron a Braunau? —Eso es lo que dicen. Se llevaron todo, incluso el tesoro, sea lo que sea. En fin, dicen que antaño el convento era bastante grande. Quizá se trataba de una reliquia. Dicho sea de paso, en nuestra iglesia conservamos la piel de san Bartolomé. Me han dicho que sus huesos están en Roma y su cráneo en Frankfurt, pero la piel que le arrancaron la tenemos nosotros. Deberíais verla. Aunque si he de ser sincero, tiene un aspecto repugnante. —La tentación es grande —dijo Cyprian—. Muchas gracias. —¿Seguro que no queréis quedaros? La familia del zapatero ha preparado comida. Yo respondería por vosotros. —Muy amable de vuestra parte. El hombre los saludó con la mano y se alejó, tropezando y resbalando en el barro en dirección a la horca, en torno a la cual los espectadores empezaban a escasear. Algunos regresaban a la ciudad. Cyprian se secó las gotas de lluvia de la cara y echó un vistazo a Andrej. Este había adoptado una expresión inescrutable. —Según tu opinión, ¿cuánta ventaja nos llevan esos individuos? — 580 — —Si viajan a pie, medio día. Si lograron hacerse con un caballo o un burro, o un coche como nosotros, un día entero. —Tú recorriste muchos lugares gon tu padre, ¿verdad? —preguntó Cyprian—. ¿También llegasteis a Braunau? Andrej asintió vigorosamente. — 581 — 12 El obispo Melchior hizo detener el coche en la entrada de la estrecha plaza. El olor a humo mojado penetraba por la ventanilla. El hueco antes ocupado por la empresa Wiegant & Wilfing parecía una encía podrida de la estrecha plaza. El obispo Contempló la escena con mucha tranquilidad. Empezaba a anochecer, faltaba poco para las campanadas de vísperas y numerosos curiosos se apiñaban delante del montón de escombros. Los afectados y los no afectados y los no afectados estaban rodeados de curiosos que escuchaban la narración de los acontecimientos; los últimos sólo se diferenciaban de los primeros debido a sus gestos más insistentes.

Por lo demás, tanto la fantasía de los unos como los otros era equivalente. Melchior Khlesl escuchaba los fragmentos de palabras del narrador más próximo. Nadie lo habría dicho, pero estaba muy asustado. ¿Y los Wilfing? Le lanzó un vistazo a su mudo acompañante y sacudió la cabeza con expresión desconcertada. Entonces oyó el llanto de un niño y vio a una mujer con la cara tiznada de hollín y un vestido totalmente arruinado que le daba indicaciones como si fuera un sargento mayor antes de una carga de infantería. Melchior abrió la portezuela y bajó del coche. — 582 — Cuando se acercó a ella, Theresía Wiegant se detuvo. Sin mirarla, el obispo tendió la mano hacia la mujer que llevaba el fardo y la agarró del hombro. Del envoltorio surgían vagidos de niño

pequeño y un puño diminuto que se agitaba. Theresia lo saludó con la cabeza. —Ilustrísima —dijo. A diferencia de Cyprian, Melchior nunca se había dejado irritar por los abruptos modales de Theresia. Reconocía sus indudables cualidades y lo que ella pensara de su familia le resultaba indiferente. —Señora Wiegant. Ambos se miraron fijamente. Podrían haber preguntado cosas como «¿Qué hacéis aquí?» y «¿Qué ocurrió con vuestra casa?», pero su relación no incluía hacer preguntas. Melchior lo aceptaba sin inmutarse. Entonces descubrió a Niklas Wiegant y a ambos Wilfing, que, sin dejar de gesticular, negociaban con un hombre que quizá

disponía de una casa para alquilar. La pregunta acerca del bienestar de la familia también pareció superflua. —Estoy buscando a Cyprian. Para sorpresa de Melchior, la expresión pétrea de Theresia se dulcificó. —Ha ido en busca de Agnes —dijo con voz enronquecida. El obispo la contempló en silencio. -Agnes ha desaparecido. Tras el incendio de anoche -añadió Theresia. Melchior asintió. Ya había estado en el domicilio de Cyprian. Todo parecía indicar una partida apresurada.

El coche no estaba; en cambio se encontró con un hombre indignado, con prótesis de madera en brazos y piernas, que le dijo que no era de recibo que el bote zarpara sin el timonel, baas, ¡voto a bríos! Por si acaso, Melchior le dio la razón y se marchó. ¿Y ahora? Había un guión al cual el obispo Melchior po— 583 — dría haberse atenido tras abandonar Viena. Cyprian formaba parte de éste, pero Cyprian no estaba y no tenía ni idea de cómo ponerse en contacto con él.-Podía seguirlo, claro está. A fin de cuentas, sólo había cuatro direcciones que podría haber tomado, aunque el obispo sospechó que se había dirigido al este. ¿Debería cambiar de plan? Se apartó de Theresia y regresó al coche.

—El siguiente paso consiste en llamar la atención de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan. Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan. Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan. Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan. Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan. Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan. Antes de limitarse a no hacer nada, era mejor cometer un error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero. Ése era el plan error. Si uno disponía de una persona en concreto —le dijo a su pasajero en concreto en concre siguiera. — 584 — 13 Cyprian se pasó la mano por el rostro sin afeitar. La barba y la mugre acumulada tras dos días y dos noches le daban un aire tan tenebroso como el de un salteador de caminos. Echó un vistazo a las rocas detrás de las que se ocultaba Andrej, pero no pudo verlo. Bien. Calculó que hacía media hora que observaba a los dos durmientes; un tiempo suficiente para comprobar que no simulaban dormir. Tras seguir la pista cada vez más clara de dos monjes que viajaban en compañía de una figura camuflada, por fin, a la luz de la primera claridad del amanecer, penetraron en un extraño paisaje poblado de grandes rocas y figuras de piedra atravesado por el camino que conducía a Braunau. Cyprian recobró la tranquilidad. Presentía que su presa estaba muy próxima. Tras abandonar el coche siguieron a pie a través de un bosque de árboles centenarios, acompañados por el chillido ensordecedor de las aves, y llegaron a una fantasmagórica ciudad formada por enormes rocas que surgían de la tierra como las torres de una iglesia. El olor de una hoguera apagada no sorprendió a Cyprian y, cuando casi tropezaron con las figuras envueltas en mantas junto a los rescoldos, le dijo a Andrej que se ocultara al otro lado del pequeño campamento y que aguardara su señal. No veía a Agnes, pero el paraje era — 585 — tan abrupto que ésta podría estar oculta a pocos pasos dentro de una grieta entre las rocas. Después ya tendría tiempo de buscarla. ¿Cuál sería la señal? ¿El chillido de un ave? ¿Una piedra arrojada? Una voz que parecía surgir de las nubes que decía...? —Maldición—susurró Cyprian—. ¿Qué más da? Se enderezó, salió de su escondite, dio unas palmadas y dijo: —¡Hora de levantarse, hermanos! Una de las

figuras se sobresaltó y soltó un gemido. La otra permaneció inmóvil. Andrej salió apresuradamente de su escondite. Cyprian le indicó el hombre medio despierto debajo de la manta y se arrojó sobre el otro, le arrancó la manta y lo agarró por la garganta. Oyó los movimientos de Andrej un poco más lejos, mientras todavía intentaba comprender lo que veía. —Alguien ha hecho el trabajo por nosotros — dijo Andrej. Fueran quienes fuesen, habían maniatado a ambos monjes y los habían obligado a ponerse de rodillas. Después los apatizaron y les rompieron el cráneo.

El monje más robusto estaba muerto, con los ojos desorbitados clavados en Cyprian, que procuró apartar la vista del cráneo hundido. Se puso de pie y volvió a cubrirle el rostro con la manta. Andrej había apartado la manta de la otra figura y trataba de desatarla. El monje respiraba agitadamente. Tenía los ojos cerrados. De vez en cuando se estremecía; de su nariz, sus orejas y sus ojos manaba sangre: era como si hubiera derramado lágrimas sangrientas. Su rostro era un mapa de Millos de sangre. Andrej maldecía, tratando de soltar las cuerdas que le envolvían el torso y las piernas. El monje hizo una profunda y ronca inspiración. —Déjalo ya —dijo Cyprian. —Al menos quiero soltar las cuerdas, para aliviarlo. — 586 — —Demasiado tarde —dijo Cyprian. El aliento del monje se desvaneció y fue como si su cuerpo se aplanara, como si se confundiera con la tierra. Mientras Cyprian lo contemplaba, dejó de respirar. —Como no supongo que esto sea obra de Dios, otro debe de haber impartido justicia —dijo en tono áspero—. ¿Dónde está Agnes ? Los dos muertos no respondieron. Cyprian se imaginó pegando patadas a los cuerpos inmóviles y gritando de frustración, y tuvo que esforzarse por no convertir la imagen en realidad. Andrej se puso de pie, quitó la manta del cuerpo del primer monje y lo contempló con aire pensativo. Después hizo lo mismo con el segundo. Los polvorientos hábitos negros convertían los cadáveres en sombras. Cyprian apretó las mandíbulas y echó un vistazo en torno. Las aves chillaban como si hubiera algo que celebrar y, al igual que antes, cuando reprimió el deseo de patear a los muertos, ahora reprimió el impulso de mesarse los cabellos. ¿Que Agnes podría estar oculta en alguna grieta? Tal vez fuera así, y estaría tan muerta como sus dos secuestradores. Y si no fuera así, quizá se encontrara a quinientos metros, en manos de los salteadores de caminos que asesinaron a los monjes y que ahora estarían a punto de violarla. En ese laberinto de rocas, quinientos metros equivalían a quinientos kilómetros.

En el último pueblo les advirtieron que todo tipo de maleantes se ocultaban entre las peñas. Cyprian giró sobre sí mismo; el chillido de las aves lo aturdía. Andrej examinó un peñasco redondeado que se hallaba próximo, después se dirigió allí, se agachó y tironeó de algo atascado bajo la roca. Era un bulto de tela sucia y blanca; después apareció otro más y regresó con ambos junto a los muertos. —Éstos no son los sujetos que perseguíamos —dijo. — 587 — Cyprian trató de comprender lo que decía. —La voz de Cyprian era amenazadora. —No, los indicios que señalaban la presencia de Agnes se referían a una figura camuflada. Además, mira las manos y los pies de los monjes: es imposible que hayan viajado durante días. Cyprian y Andrej intercambiaron una mirada. Por fin éste desplegó el rebujo de tela y lo extendió por encima del cadáver del monje más robusto, como una mortaja. —Un hábito blanco —dijo Cyprian. Andrej desató las cuerdas que sujetaban el otro cadáver. Después apartó el hábito blanco. —Eran dominicos —dijo—. Los obligaron a quitarse los hábitos blancos y a ponerse los negros. Después los ataron con cuerdas. Éstos no son los monjes negros que buscamos. — 588 — 14 La oscuridad y el frescor le resultaban familiares, como un aroma conocido, una textura hogareña. Inspiró profundamente y trató de calmarse. Por fin notó que no estaba solo. —Misión cumplida —dijo y, más que verlo, percibió que el abad Martin alzaba la cabeza—. Perdonadme, padre, porque he pecado. —Ego te absolvo, hermano Pavel. —Vuelve a estar a buen recaudo, reverendo padre. He cometido actos atroces, pero vuelve a estar a buen recaudo, reverendo padre. He cometido actos atroces, pero vuelve a estar a buen recaudo, reverendo padre. He cometido actos atroces, pero vuelve a estar a buen recaudo. en la celda bajo el convento, se incorporó. El movimiento le provocó un mareo. Parecía imposible que lograra conservar esa posición, pero incluso logró apoyar los pies en el suelo. Le zumbaban los oídos pero a pesar del zumbido percibió el dolor que vibraba a través de todo su cuerpo cubierto de moretones verdosos y azulados. Otra vibración, mucho más profunda e intensa, le agitó las entrañas. Nunca lograría ponerse de pie en ese estado. Procuró sacar fuerzas que aún le quedaban. —¿La oyes? —preguntó la voz lejana del abad Martin. Pavel asintió. —¿La percibes? —En la sangre, en la carne, en el alma —musitó Pavel. —Has hecho lo correcto, hermano. —Vuelve a estar a buen recaudo. El abad Martin negó con la cabeza.

—Sí, reverendo padre. La niña se convirtió en una joven adoptada por un mercader. Está muerta. El mercader y su familia también.

Atravesaron el fuego purificador y si cometieron pecados, que Dios el Señor se los perdone. El abad lo miró. Su rostro parecía flotar en la oscuridad, el rostro demacrado y gris de un anciano. —El labrador y la mujer que antaño ayudaron a Tomás a cometer su traición también están muertos. Nadie excepto vos y los custodios saben qué ocurrió y no hay alma alguna que logre encontrar el camino hasta aquí. —No está a buen recaudo, hermano Pavel. —¿Cómo he llegado hasta aquí, reverendo padre? No recuerdo nada. —Atado al lomo de un burro. —Buh —dijo Pavel, tratando de sonreír, pero el dolor le crispó los rasgos. Se puso de pie, sin embargo sus rodillas se doblaron y volvió a sentarse. Logró levantarse tras hacer un segundo intento. El dolor le martilleaba la cabeza, pero él hizo caso omiso de ello. »Todos los custodios vuelven a estar presentes, reverendo padre —dijo, arriesgando una nueva sonrisa—. ¿Dónde está Buh? Cumplió con su deber como ninguno. Sin él, habría fracasado desde un principio. Es gracias a él que el Códice vuelve a estar a buen recaudo, no a mí. —No es así, hermano Pavel —El abad se restregó el rostro—. Y no todos los custodios vuelven a estar presentes. - 590 — Pavel no comprendía. —Te encontramos ante la puerta del convento, atado al lomo de un burro, hermano Pavel. Estabas solo. —¿Solo? Pero ¿dónde estaba...? \* —No regresó contigo. Sólo quedan seis custodios y, pasara lo que pasase, el círculo no se ha cerrado y el mundo ha quedado desprotegido frente a la Biblia del Diablo. — 591 — 15 El padre Xavier se detuvo detrás de la puerta del convento e inspiró profundamente. El portero consideró que se trataba de una señal de alivio y dijo: —Volved a ser bienvenido, padre, entre nosotros. Dios ha bendecido nuestro convento y lo ha protegido frente a la enfermedad que nos ronda.

Al padre Xavier no se le ocurrió ningún motivo para informarlo de lo contrario. Asintió con la cabeza con aire jovial. Lo que realmente lo llenaba de satisfacción era la presencia de la Biblia del Diablo. Sabía que estaba allí. La percibía la vibración, el sordo coro de poder y de infinita paciencia. Ya lo había percibido al atravesar la ciudad en la que nadie se encargaba de recoger los bultos grises de los cadáveres tirados en las callejuelas y las esquinas. La ciudad era una ciudad apestada, su aspecto parecido al del último círculo del infierno, diabólicamente iluminado por la luz rojiza del amanecer, al igual que las grandes pilas de leña apresuradamente amontonadas en el patio del convento. Los benedictinos ya se preparaban para quemar las víctimas de la lepra en vez de esperar a que las enterraran. Pese a todo ese horror, el padre Xavier había sentido un gran entusiasmo. Cuanto más se acercaba al centro alrededor del cual se agrupaba el convento, tanto más intensa se hacía la — 592 — llamada. Esa intensidad no lo asombró; lo único que lo asombró fue comprender que jamás había albergado la intención de entregar la Biblia del Diablo a sus superiores. La comprensión le hizo soltar una suave carcajada! Era lo previsto desde el principio. Irónicamente, el mensaje que había enviado antes de abandonar Praga sería el último que mandaría al cardenal de Gaete y a su círculo, aunque el mensaje no estuviera dirigido a éste. Su contenido no podría haber sido más adecuado. El padre Xavier absorbió la sensación de poder que lo invadía. Ahora ya no había prisa. Había llegado a la meta a la que se había encauzado toda su existencia. Nada podría haberlo detenido, ni siguiera la sorpresa de último momento que supuso encontrarse con el padre Hernando en Adersbach. Su hermano in dominico no lo había visto.

Estaba acompañado por dos monjes y una figura camuflada que el padre Xavier identificó como la de una joven, y algo le dijo que sabía cómo se llamaba: Agnes Wiegant. Xavier siempre había considerado que el padre Hernando era un tipo listo, así que no se asombró de que Agnes también hubiera llamado su atención. Y ni siquiera se asombró ante la conclusión a la que llegó tras notar la presencia del padre Xavier. Habían valorado la situación correctamente. El padre Xavier esbozó una sonrisa: lo habían subestimado y la suerte estaba de su parte, como siempre cuando el hombre indicado se encontraba en el lugar indicado. La suerte incluso le sirvió para ahorrarse el dinero de los asesinos contratados en Adersbach. Los sujetos acabaron con los dos dominicos que acompañaban al padre Hernando; encontrar su campamento resultó sencillo y el padre Xavier barruntó que no era la primera vez que sus ayudantes asaltaban a viajeros en medio del laberinto de rocas. Pero cuando los asesinos llegaron a Braunau junto con el padre Xavier y descubrieron que allí reinaba la peste, huyeron sin despedirse. — 593 — Dadas las circunstancias, daba igual que el padre Hernando lograba llegar a Brau-nau, ya no podría hacer nada/El padre Xavier había vencido. Ató su caballo en un establo abandonado detrás de la muralla de la ciudad y siguiéra él, el padre Xavier, la había visto. Cuando Yolanta le habló de Podlaschitz, no tuvo que indagar Pero ¿por qué lamentarse por las oportunidades perdidas cuando éstas ya no tenían importancia? Ambos hermanos in dominico a los que habían atacado se fueron de la lengua, porque creyeron que un cofrade no suponía una amenaza. El padre Xavier se preguntó ociosamente si el padre Hernando se habían atacado se fueron de la lengua, porque creyeron que un cofrade no suponía una amenaza.

toda la roca sobre la que se apoyaba el convento bajo los pies del padre Xavier. La razón le decía que era increíble que ese poder no le pusiera los pelos de punta a todos los que se encontraran próximos. Le hubiera gustado quitarse las sandalias para absorber a través de sus pies descalzos el poder que emanaba de la roca. El padre Xavier se sentía feliz. — 594 — 16 Se separaron cuando la estrecha grieta se abrió ante ellos: un corte en forma de embudo entre las rocas negro grisáceas, cuyos surcos y motivos se dirigían a la abertura de la grieta, como si trataran de absorberlos. De su interior surgía un hálito helado. Era como si un hacha inmensa hubiera hendido una roca compacta del tamaño de una pequeña aldea. De la grieta no surgía ningún sonido, ni siquiera el canto omnipresente de las aves. Un tufo a moho y podredumbre ahogaba el aroma a resina y a pinocha. —Yo entraré, tú darás un rodeo —dijo Cyprian. —¿Y si se trata del escondrijo de unos salteadores? —Si tienen a Agnes, que Dios se apiade de ellos. Andrej asintió. Hablaban en susurros. Cyprian albergaba la esperanza de oír algún ruido en ese laberinto. Los delincuentes que se ocultaban allí, que asesinaron a ambos monjes y se llevaron a Agnes, se sentirían seguros y estarían celebrando la presa que cobraron. Se oirían risas y gritos. Cyprian trató de no pensar en que quizá la celebración ya habría acabado y que ahora habría llegado el momento de disfrutar de la presa, y en ese caso, qué sonidos acompañarían ese disfrute. Sin más trámite, Cyprian se introdujo en la grieta. Allí la luz diurna sólo era un tímido resplandor. El suelo estaba cubierto de arena fina y húmeda y desprovisto de vege 595 — tación. Más arriba, donde aún penetraba la luz, crecía musgo, que colgaba en forma de barbas largas y pálidas a través de las cuales Cyprian se abría paso. Caían gotas de agua que alimentaban dos arroyuelos que fluían a derecha e izquierda de las paredes, atravesaban el sendero y lo inundaban, de modo que Cyprian renunció a mantener secos los pies. Mantenía la vista clavada en el suelo, pero el agua había borrado cualquier huella que alguien podría haber dejado.

compañeros en medio de la noche, o si acordaron que ellos se quedarían en el laberinto de rocas hasta que él hubiera cumplido su misión. Bien, los dos dominicos del bosque ya nunca podrían contestar a esa pregunta y, como todo lo demás, ellos tampoco tenían la menor importancia. Lo que sí la tenía era el libro, cuya energía parecía hacer vibrar

Le pareció que era la primera persona que penetraba allí. Cuanto más avanzaba, tanto más frío hacía. Al echar un vistazo por encima del hombro, la claridad de la entrada ya había desaparecido. Tuvo que avanzar de costado, porque sus hombros rozaban las paredes. Tenía presente que ofrecía un blanco excelente para un arquero, pero también que éste a duras penas podría tensar el arco y que las numerosas curvas trazadas por el sendero hacían que dar en el blanco fuera más bien una casualidad. Avanzó con la espalda pegada a la pared derecha, el puño dispuesto a asestar un golpe antes de que cualquiera lograra sorprenderlo. En caso de que alguien decidiera atacarlo en medio de ese estrecho pasadizo, le demostraría cuan grande era su error. Aunque aguzó los oídos, seguía sin oír nada. Apenas osaba tomar aliento. Estaba separado de cualquier acontecimiento del mundo exterior, del sol y de la tibieza de la primavera. Algo crujió suavemente bajo sus pies, algo frío y húmedo; al bajar la vista, vio que era nieve. Allí el invierno aún se batía en retirada; podría haber sido el lugar donde el invierno libraba su última batalla, donde se retiraba para reunir fuerzas para la próxima estación, en esa fortaleza de roca y hielo donde jamás resultaba derrotado. De los extremos del musgo colgaban largos

carámbanos: parecían cuchillos de hielo. Cyprian se estremeció. Tenía la camisa y las botas empapadas y veía su aliento en el aire gélido. De repente los latidos de su corazón se aceleraron: en la nieve se veían huellas. Se agachó cuanto pudo y midió las huellas con la mano. Eran pisadas, dejadas por alguien que había tratado de brincar por encima — 596 — de la nieve. Intentó medir la distancia entre una huella y la siguiente: era bastante amplia. Durante unos segundos permaneció inmóvil, intentando percibir lo que se ocultaba al otro lado de la curva que trazaba el camino nevado. Por fin volvió a agacharse para examinar otra pisada. Cuando divisó por el rabillo del ojo la figura que apareció por detrás del recodo, ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera enderezarse, la bota le golpeó la mejilla y Cyprian cayó sentado, se deslizó por encima de la nieve y se golpeó la cabeza contra las rocas. Durante un instante creyó perder el conocimiento, después llegó el dolor y lo despertó por completo. Mientras volvía a ponerse de pie, el atacante ya había desaparecido al otro lado de la curva. Cyprian ovó sus pasos apresurados sobre la nieve. Lo persiguió, tambaleándose. Se había mordido el labio y la sangre le manchaba la boca. Su cabeza era un único

Pero nadie lo estaba esperando. Los pasos del fugitivo resonaban más allá del siguiente recodo. —¡Maldita sea! —jadeó Cyprian y siguió corriendo, resbalando y tropezando en la nieve. Inmediatamente después, los rayos del sol lo deslumhraron. Entrecerró los ojos y vislumbró una especie de arena natural casi circular, rodeada de paredes verticales. Se detuvo, resollando. —No soy muy buena con la ballesta —dijo una voz rebosante de odio a sus espaldas—, pero a cinco pasos le acertaría a algo tan pequeño como una manzana. Sólo te encuentras a cuatro pasos de mí, así que..., así que..., así que..., así que..., así que..., así que..., así que.... —La voz enmudeció. Las campanadas resonaban en la cabeza de Cyprian. Por encima de éstas, oyó otra voz. Tardó unos segundos en comprender lo que decía, porque el que hablaba lo hacía en latín. —Aquí hay más grietas en las rocas que cámaras secretas — 597 — en el palacio Laterano. A diferencia de la señorita, dispongo de una ballesta y el primero de vosotros dos que cómeta una estupidez está muerto. Daos la vuelta lentamente. Cyprian giró sobre su propio eje y vio a la joven que primero lo había golpeado y después amenazado, y a otra figura alta y robusta envuelta en un mugriento y oscuro manteo provisto de una capucha. Las manos de la joven colgaban, desarmadas, y lo único que la delataba eran sus puños apretados. Cyprian sintió una oleada de admiración y amor por ella, y al mismo tiempo una extrañeza tan repentina y fascinante frente a una persona que había creído conocer perfectamente que ambos sentimientos no dejaron espacio para el alivio: Agnes seguía con vida y por lo visto estaba sana y salva. También le tenía anonadado el hecho de que ambos estuvieran amenazados por el monje dominico, cuyos ojos los contemplaban a través de unos anteojos muy gruesos por encima de la ballesta. Cyprian se giró del todo. La única ventaja de la que disponían era que el dominico ignoraba que ante sí tenía a dos aliados. Por consiguiente, la ballesta iba apuntándoles a uno y a otro por turno. —Juntaos más los dos —ordenó el dominico. Cyprian alzó las manos indicando que no suponía un peligro. Después se aproximó al lugar desde el que Agnes mantenía la vista baja. Cyprian creyó ver que le temblaban los hombros. —¿Comprendes el latín? —preguntó el monje. —¿Eh? —exclamó Cyprian con aire desconcertado. El dominico soltó un bufido y le lanzó una mirada a Agnes. —Bé que tú lo comprendes. ¿Comprendes lo que dice este campesino? Pregúntale qué se le ha perdido por aquí. —No hablo su idioma —dijo Agnes. hubieras quedado fuera, en el bosque, habrías con— 598 — seguido librarte de mí —dijo el dominico—. Ocultarte aquí fue un error. Vi tus huellas en la nieve y fue sencillo seguirlas. —La modestia es una virtud —dijo Agnes. Para sorpresa de Cyprian, el monje suspiró. Fiel al papel que le tocaba jugar, Cyprian miró a uno y a otro soltando un gruñido de incomprensión. Había descubierto que el monje le lanzaba una mirada nerviosa cada vez que se movía o profería un sonido. Merecía la pena ponerlo aún más nervioso. Cyprian procuró desprenderse del torbellino emocional que lo trastornaba. —Tu huida fue una insensatez —dijo el monje—. Lo único que me importa es el libro. No tendrás que arder con él, salvo que sea necesario, pero si siques deteniéndome, acabaré contigo aquí y ahora. Agnes no contestó. El monje hizo un gesto con la mano, invitándola a acompañarlo. —Ven conmigo. Ya he perdido demasiado tiempo recorriendo este laberinto y buscándote durante casi toda la noche. Mis hermanos ya habrán levantado

dispuesto a morir por ella?», y una voz — 599 — mucho más sonora contestaba. «¡SÍ!» Entonces todo se detuvo. El dominico levantó el pulgar del gatillo, con los ojos desorbitados tras los anteojos. —Tus hermanos —dijo Andrej\*al oído del monje en tono amistoso— no sólo han abandonado el campamento, están negociando con el diablo en qué círculo del infierno serán acogidos. Por otra parte, esto que te aprieta la garganta con el cuchillo. Cyprian mantenía la vista clavada en el brillante cuchillo apoyado contra la garganta del dominico. —No te entiende —dijo Cyprian—. Intenta hablarle en latín. —Lo intentaré con esto —contestó Andrej, presionando la garganta con el cuchillo hasta que el monje bajó la ballesta. Cyprian dio un paso hacia delante y se la quitó de las manos. Después levantó el arma y apuntó al monje, que entrecerró los ojos. Cyprian temblaba, recordando el instante en el que creyó que la mataría ahí mismo y de pronto se imaginó lo que hubiera sentido al inclinarse sobre Agnes y escuchar su respiración entrecortada mientras el proyectil de la ballesta permanecía clavado en su corazón. Entonces apretó el gatillo. —En cierta ocasión, alguien me dijo que quien lleva un arma acaba por utilizarla—dijo Andrej en medio del silencio en el que se sumió la plazoleta tras el disparo, aunque aún resonaba el latigazo del arco de la ballesta. El dominico bajó la vista. Después alzó la cabeza y miró fijamente a Cyprian. Tenía los ojos casi en blanco y exhaló un profundo suspiro. Andrej retiró el cuchillo y dio un paso atrás. Sólo se trataba de un carámbano, nada más.

el campamento. Cyprian se esforzó por no mirar hacia la grieta de la que había surgido el dominico. En vez de eso alzó los brazos y empezó a lamentarse en voz alta. El monje se sobresaltó y volvió a apuntarle con la ballesta. —¡Cuando llegue el momento, escóndete detrás de mí! —exclamó Cyprian, en el tono de alguien que se lamentara diciendo:

-¡No temas, es un amigo! —añadió. Agnes tardó unos segundos que se prolongaron hasta el infinito y durante los cuales la ballesta volvió a apuntarle y el pulgar se acercó al gatillo, unos segundos en que Cyprian creyó que Agnes jamás lograría guarecerse detrás de él, mientras una vocecita interior preguntaba: «¿Estás

Andrej lo rompió entre los dedos y lo arrojó al suelo. Las rodillas del dominico temblaban — 600 — y empezaron a doblarse. Cyprian bajó la ballesta. Aún veía las paredes la flecha había caído al suelo, allá en las profundidades del estrecho pasadizo del que habían surgido tanto el dominico como Andrej. Cyprian se volvió y retiró la capucha que cubría el rostro de Agnes. Ésta tenía la cara sucia, los ojos muy abiertos y los labios pálidos. Cyprian se inclinó, la abrazó y la besó en la boca sin decir ni una palabra. — 601 — 17 — Están celebrando su reencuentro — le dijo Andrej al dominico; hablaba en latín—. Démosles unos momentos y pongámonos cómodos. Recogió la ballesta y la cargó con una de las flechas que el monje, que aún parecía no comprender que Gyprian no le había disparado, tomó asiento. Andrej se acuclilló a su lado. Allí, donde casi no había nieve, la hierba estaba seca. —¿Quiénes sois? —preguntó el monje, que dominaba el latín como si fuera su lengua materna. Aunque no era el caso de Andrej, lo comprendió perfectamente. —Pues imagínate que yo te planteara la misma pregunta —contestó. El dominico quardó silencio. Andrej se volvió de espaldas a Agnes y Cyprian. El llanto de la primera y el rostro mudo y pálido de Cyprian, pero aún más el abrazo de ambos, le rompían el corazón. Recordó el rostro de Yolanta y supo que no debía dejarse apabullar por la pena. Había hablado en tono agobiado y comprendió que el monje lo había notado. Los ojos que lo contemplaban a través de los lentes estaban acostumbrados

a ver el interior de las personas y adivinar su estado de ánimo, sobre todo si estaban atados al potro de tor— 602 — tura y aullaban de dolor. Tuvo que esforzarse por no desviar la mirada. —Tus hermanos están muertos —dijo Andrej. —¿ Muertos ? —No preguntó qué le's había causado la muerte, era evidente que sólo podía haber sido violenta. — Supongo que tú no los mataste, y sé que nosotros tampoco, así que me pregunto quién más anda por aquí en el bosque albergando negras intenciones. No he visto ni rastro de esos célebres salteadores que habitan este laberinto de rocas. ¿Y si los asesinos fueran dos colegas tuyos, monjes de hábitos negros? Fue una pregunta al azar, y no obtuvo respuesta. —Ese es el padre Hernando de Guevara —dijo Agnes a espaldas de Andrej. Este le lanzó una mirada por encima del hombro. Ella estaba justo detrás de él y Cyprian la rodeaba con el brazo. Agnes tenía las mejillas y la nariz rojas por el llanto. De pronto Andrej descubrió que, pese a la desesperación por la muerte de Yolanta, se sentía atraído por Agnes. La miró con desconcierto y se olvidó del dominico. —Acudió aquí para eliminar un libro —dijo Agnes, señalándolo con la barbilla—. Dice que es el legado de Satanás, y que si alguien lo abre, sobre él recaerá la culpa. —La Biblia del Diablo —dijo Andrej. El dominico se sobresaltó y se removió, inquieto. Andrej le apuntó con el arma, pero de mala gana. No lograba desprender la vista de Agnes, —Cree que yo tengo alguna clase de vínculo con el libro. Dice que en Viena descubrió un indicio que lo condujo hasta mí. Cyprian no logró disimular su consternación. Andrej recordó que Cyprian era el agente del obispo Melchior Khlesl y observó que su amigo luchaba con la sospecha de que su tío jugaba un doble papel. Durante el viaje que ambos habían hecho desde Praga hasta allí había logrado sonsacarlo y hacerse una idea de sus intenciones y de las del obispo. Éstas también incluían la eliminación de la Biblia del Diablo. ¿Acaso había aceptado poner en peligro a Agnes para alcanzar ese objetivo? — 603 — —Tú eres Andrej von Langenfels —dijo Agnes. Él asintió. —Yolanta me habló de ti. Me proporcionó el valor suficiente para poner en claro mis sentimientos por Cyprian, y atenerme a ello. Me dio... —Está muerta—dijo Andrej, y se sorprendió cuando ella se acercó a él, lo abrazó y se echó a llorar. Las lágrimas bañaron el rostro de. Andrej.

Aunque la ballesta ya no apuntaba al dominico, el padre Hernando no aprovechó la circunstancia para darse a la fuga. Andrej sintió el fuerte abrazo de Agnes, el aroma de su pelo y la suavidad de su mejilla, y tuvo que esforzarse por no echarse a aullar como un lobo moribundo. —Lo sé —sollozó ella—. Cyprian me lo ha dicho. Lo siento muchísimo. — No es culpa tuya. —La culpa la tiene ese maldito libro. —El libro sólo es un arma. Los hombres las emplean. Sólo que la mera existencia de ésta ya ha producido desgracias y quien la utiliza se convierte en su víctima, al igual que los que son su objetivo. —Esa es la naturaleza del demonio —dijo el padre Hernando inesperadamente y se puso de pie. Andrej trató de apuntarlo con la ballesta, pero las lágrimas lo cegaban. El padre Hernando extendió los brazos. —Nuestra meta es la misma —dijo—. No hemos de ser enemigos. Andrej notó que Agnes se erguía. —Tú y tus dos hermanos me raptasteis delante de mi casa, justo en el momento en el que me dirigía a la tienda de Boaventura Fernandes para recuperar el dinero que le entregué a fin de que organizara nuestro viaje al Nuevo Mundo. Me arrastraste hasta aquí. Me perseguiste a través del bosque durante toda la noche. Eres mi enemigo común. — ¿Por ejemplo aquellos que tienen sobre su conciencia la muerte de tus dos cofrades? —preguntó Cyprian. —Sí, por ejemplo —contestó el padre Hernando tras reflexionar un buen rato. —Pero albergas una sospecha. —Sí. Y si no me equivoco, se trata del hombre al que elegí para que buscara la Biblia del Diablo. —¿Un hombre malvado? —preguntó Agnes. El padre Hernando sacudió la cabeza. —No puedes juzgarlo como a los demás. Es un hombre que carece de cualquier sentimiento para con su prójimo. Andrej lo miró fijamente. Un frío glacial le invadió las entrañas y se derramó por sus piernas. —El padre Xavier —dijo. —Sí.

—-Bien —dijo Cyprian—. De momento parece que somos aliados. El padre Hernando sonrió. —El fuego nos aguarda a todos —susurró—. Pero nos llevaremos el legado del demonio con nosotros. Andrej y Cyprian intercambiaron una mirada. «Nos hemos hecho con un demente como compañero», indicaban los ojos de Cyprian. Andrej se esforzó por

−¿Y ahora nos persigue?

-Eso no sería lo peor. Me temo que ya nos ha dado alcance.

adoptar una expresión neutral. —Iré a buscar el coche —dijo. Miró a Agnes y oyó los latidos de su propio corazón. La mirada de la joven le confirmó que emprendían el camino correcto. —Te ayudaré —dijo Cyprian. —No —contestó Andrej, sin hacer ;uso de sus conoci— 605 — mientos de latín—. ¿Acaso pretendes dejar sola a Agnes en compañía de nuestro amigo de los lentes?

El me acompañará. Nos encontraremos en su campamento. Vosotros podéis empezar a enterrar a esos dos pobres diablos que encontramos. Cyprian lo contempló. Andrej intentó sonreír, pero las palabras de Cyprian se lo impidieron. —Cuídate. Pese a todo, en Praga hay alguien que te espera.

chichón y palpitaba dolorosamente con cada paso que daba. Cyprian dobló el recodo, pegó un brinco hacia delante, dio una voltereta, volvió a ponerse de pie y se agarró a la pared que se curvaba de nuevo hacia el otro lado.

—No lo he olvidado —dijo Andrej, haciendo un gran esfuerzo—. Comitare mihi velociter —añadió, dirigiéndose al dominico. Como siempre, consideró que su latín no era perfecto, pero el monje lo siguió, y de eso se trataba. - 606 - 18 Una vez que Cyprian hubo tendido ambos muertos uno junto al otro y les hubo devuelto cierta dignidad con la ayuda de los hábitos negros, Agnes los rodeó con todas las piedras que logró encontrar. Las piedras impedirían que los hábitos se desplazaran.

«¿Qué está pasando aquí? ¡Yo no he hecho nada! ¡Dejad que me marche a casa!», con la esperanza de que el dominico realmente no comprendiera su lengua.

Enterrarlos era impensable: donde el suelo no estaba cubierto por una delgada capa de tierra estaba tan lleno de raíces que no podrían haber excavado una tumba, ni siquiera con una pala. Concluida su tarea, ambos se miraron Cyprian temió haber cometido un error al haberle contado durante el regreso todo lo que había averiguado acerca de los orígenes de ella. Agnes había visto por primera vez en la arena entre las rocas, él ya no estaba tan seguro de haber hecho lo

Cyprian ya había sentido temor con anterioridad, pero ahora éste podría aumentar. La búsqueda de Agnes, que lo había conducido hasta allí, también había sido el resultado del temor, pero era un temor contra el cual podía luchar manteniéndose activo: conduciendo el coche, interrogando a la gente, consultando con Andrej. Ahora sentía un miedo completamente diferente. Ignoraba cómo denominarlo, sólo sabía que no podía combatirlo mediante la actividad.

No tenía nada que hacer. Había venido en busca de Agnes, la había encon— 607 — trado y ahora sería ella quien decisión consistió en no dispararle al dominico, jy estuvo en un tris de hacerlo! Durante un segundo estuvo a punto de convertirse en un asesino. La decisión fue la correcta, pero a partir de entonces el temor lo invadió. —El camino sólo está a cien pasos de distancia —dijo—. Dejamos el coche junto a las primeras peñas. Agnes asintió con la cabeza. Cyprian barruntó que había miles de cosas que podría haber dicho para aclarar la situación. De pronto se sorprendió por haberla besado, así sin más. Ella le había correspondido pero después no volvió a dirigirle la palabra. ¿Habría aclarado sus sentimientos con respecto a él? ¿Cómo debía interpretar su silencio? Entonces

deseó poder dar marcha atrás. ¿Qué diablos lo había impulsado a aceptar la sugerencia demencial del padre Hernando? Para Agnes, Andrej y Cyprian, el asunto había acabado. ¿La Biblia del Diablo? ¡Que la busque el tío Mel-chior! Si había recibido su último mensaje, el obispo ya estaría en Praga. ¿Y si el padre Hernando se hacía con ella antes que su tío? ¡Bien! ¡Que se queme con ella, que se ahogue, que se arroje a la grieta más profunda de la Biblia? —Oigo el coche —dijo Agnes. El la miró de soslayo. Ella le devolvió la mirada y Cyprian estuvo a punto de decirle «¡No te preocupes, todo saldrá bien!», pero en el último instante se tragó sus palabras. —Agnes... —empezó a decir, recordando el monólogo interior que mantuvo al regresar de Podlaschitz a Praga. ¿Cómo transmitirle lo que había sentido allí? ¿Acaso debería limitarse a decirle: «Agnes..., siempre fuiste lo más importante para mí, pero a veces me comporté como si eso no fuera verdad. Consideré que se sobreentendía que me amabas. Ahora sé

que no es así y también que todos los días que dos personas — 608 — que se aman pasan juntas supone un regalo de Dios. Por favor, perdóname.»? Tal vez debería decirle eso, precisamente. Tomó aliento... y entonces vio que el coche se acercaba entre los árboles y las rocas. —El muy tonto conduce demasiado rápido —dijo. El rostro de Agnes expresaba un torbellino de sentimientos y el que más le dolió fue el desencanto. Después ella desvió la cabeza y frunció el ceño. Gyprian oyó los gritos de Andrej azuzando a los caballos y actuó Agarró a Agnes del brazo y la apartó del camino. Los caballos pasaron junto a ellos como un trueno, sus cascos golpeaban el suelo como el redoble de un tambor. El coche traqueteaba al pasar por encima de las raíces. Cyprian vio a Andrej mantenía la vista clavada en el camino. El coche pasó junto a ellos como alma que lleva el diablo, un vehículo pequeño y oscuro con el escudo del obispo de Wiener Neustadt.

Cyprian soltó el brazo de Agnes y corrió detrás del coche. -¡Ehhh! —gritó—. ¡ALTOOO! Corrió a toda velocidad y casi parecía que alcanzaría el carruaje; durante unos segundos estuvo justo detrás, preparado para dar un brinco. Después la distancia se agrandó, la pinocha, el musgo seco y el polvo le golpearon la cara y casi lo asfixiaron. El coche se alejaba cada vez más y de pronto Cyprian tropezó con una raíz y cayó al suelo; estaba completamente sin aliento. Se incorporó, tosiendo y escupiendo. El coche desapareció entre dos rocas inmensas, envuelto en una nube de polvo, ruidos de cascos y latigazos. Agnes le dio alcance cuando ya había logrado ponerse de rodillas y recuperar el aliento. Si hubiera calculado la distancia recorrida se habría sorprendido, pero no pensó en ello. Agnes cayó de rodillas junto a él, jadeando. —Sé qué se propone —gimió Cyprian—. Le conté que el — 609 — tío Melchior y yo... —Presa de la frustración, alzó los brazos y gritó tras el coche que se había perdido de vista hace rato. —¡IDIOOOTA! Se puso de pie haciendo un esfuerzo. Los pulmones le ardían, unas punzadas le atravesaban las entrañas. Dio unos pasos y su rostro se crispó de rabia. —Cyprian —dijo Agnes en tono tranquilo. —Debo... —¿Adonde quieres ir? —Debo seguirlo. No tiene ni idea de lo que... —¿Piensas dejarme aquí? ¿Sola? Cyprian parpadeó. Estaba confuso. La miró fijamente. Ella seguía de rodillas en el camino, las mejillas arreboladas, la oscura melena aún más revuelta que antes. —¿Acaso pretendes correr hasta Braunau y abandonarme en este bosque, en compañía de dos monjes muertos y de Dios sabe qué gentuza que merodea por aquí? -¡No! -exclamó él. -Entonces me llevarás contigo a Braunau, ¿no? -¿A la guarida del león? ¿En estas circunstancias?

¿Estás loca? Ella se puso de pie y se sacudió el polvo del vestido. —Entonces regresemos, ¿de acuerdo? Cyprian calló. Esta vez no se trataba de controlar la conversación, que había tomado el coche. —Bien, ¿y entonces? De repente no pudo seguir callando. —Prefiero morir a dejarte aquí y correr el riesgo de que te ocurra algo. Todo lo que he hecho, lo hice por ti. Ningún tesoro de este mundo significaría algo para mí si no pudiera compartirlo contigo. Ninguna belleza me bastaría si no pudiera mostrártela. Te amo, Agnes. Sabes que te amo. Yo... — 610 — ¡Entonces actúa como si fuera así! —gritó ella—. ¡Demuéstrame que me amas, que te importo más que el deber, una promesa no cumplida, una misión! ¡Me amas, pero hay diez mil cosas más importantes que tu amor! —¡Eso no es verdad! gritó Cyprian, aunque sabía que era más que era más que verdad. —¿Qué harás? ¿Me abandonarás aquí? ¿Me arrastrarás a Braunau? ¿O regresarás conmigo? —Pero... —¿ Qué harás? —gritó Agnes—. ¿ Qué te dice tu amor por mí que hagas? Cyprian apretó los puños, pero no de ira sino porque trataba de aferrarse a algo. Era como si le arrancaran el corazón y

soltó un gemido. —Yo... yo... —Escucha al amor. ¿Qué te dice? -... no regresaré -dijo, con la sensación de que jamás había dicho nada tan cobarde. Agnes dio un paso hacia él, acercó su rostro al suyo y gritó: —¡NOOOOO! Cyprian retrocedió. —¡Me amas, pero no me comprendes! —vociferó—. ¿Regresar? ¿Qué significa para ti eso que se oculta del mundo en el convento de Braunau? ¿La meta de los esfuerzos de tu tío, a quien todavía crees que le debes algo sólo porque siempre te trató con afecto pese a que cometiste un gran error? ¿O quizá se trata de algo abstracto del que todos quieren apoderarse y en esta carrera quieres ser el primero, por una parte porqué sospechas que sería lo mejor, por la otra porque hasta ahora nadie jamás osó hacer fracasar uno de tus planes?

—Agnes... —¿Sabes qué significa para mí eso que ocultan allí? Un símbolo de que mi auténtica madre fue asesinada en un lugar donde esperaba encontrar protección y asilo tras una huida — 611 — de mil millas. Un símbolo de todo lo que me quitaron y que nunca volví a recibir de corazón: ¡el amor de mi madre! ¡El poder que impulsó a mi padre a aplastar mi amor por ti, porque tuvo que prometer que jamás dejaría que me acercara a la Iglesia católica! La pulsión del diablo, que hizo que dos orates prendieran fuego a la casa de mis padres, aceptaran su muerte y el riesgo de quemar media ciudad y que asesinaron a una mujer que podría haber sido mi amiga, ¡sólo porque la confundieron conmigo! —Yo... —¡El objetivo de otros dos orates, uno de los cuales me raptó de mi hogar y me obligó a huir de día y de noche camuflada bajo una capucha mientras el otro loco trazaba una huella de traición, maldad y asesinatos a través del reino! —Pero... —¿No lo comprendes? ¡Eso es lo que la Biblia del Diablo significa para mí! ¡Ha definido toda mi vida! Me quitó todo lo que me pertenecía y amargó lo que recibí a cambio. Quiero verla arder, Cyprian, ¡ARDER! ¡Y si pretendes impedir que me dirija a Braunau, tendrás que atarme a un árbol! —dijo, clavándole la mirada. Cyprian percibió el ardor que irradiaba su cuerpo. Su exabrupto lo trastornó hasta tal punto que no pudo seguir pensando. Le devolvió la mirada y de pronto la imagen de la joven se volvió borrosa y comprendió con espanto que lo había atenazado durante todo ese tiempo: el miedo a tener que volver a reflexionar si una vida sin Agnes resultaba imaginable. Los minutos durante los que arrastró un cuerpo sin vida a través de la oscuridad de un infierno ígneo, deseando que su flaccidez no fuera un indicio de lo que temía más que cualquier otra cosa... —¡Dios mío! —dijo Agnes, y de sus ojos también brotaron las lágrimas—. ¿Qué he hecho? — 612 — Cyprian agachó la cabeza y un gemido se abrió paso en su garganta. Lo reprimió, pero casi lo asfixió. Y entonces supo lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que era más importante para él, incluso si eso le infundía pánico y aunque estuviera seguro de perder lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudiera hacer lo que realmente significaba el amor: apoyar al otro para que pudi bañadas en lágrimas. Se avergonzó y al mismo tiempo se sintió orgulloso de que ella las viera. Ella le acarició la cara y le secó las lágrimas. Lo abrazó y durante un instante Cyprian recordó que solía ocurrir al revés, antes de entregarse a la abrumadora sensación de ser él el consolado. Necesitaba el consuelo, porque estaba absolutamente convencido de que Agnes y él encontrarían la muerte en Braunau. — 613 — 19 — Eso de allí fuera es una ciudad apestada. Acudir aguí fue una gran insensatez — dijo el abad Martin. — ¿Entonces por qué nos obligasteis a aguardar delante de la puerta del convento durante tanto tiempo? No nos abrieron hasta caer la noche. — Fue un malentendido. Una pequeña colisión con nuestras medidas de seguridad pensadas para evitar que la peste penetre. Lo siento de verdad. —Sin embargo, el rostro del abad expresaba cualquier cosa menos arrepentimiento. Parecía prematuramente envejecido, agotado y agobiado; sonreía, pero su sonrisa no expresaba alegría. El monje apostado detrás de la silla del abad, cubierto

por un manto gris pardusco encima del hábito y tocado con una capucha, no dijo ni una sola palabra. Mantenía la cabeza gacha, y sus rasgos permanecían ocultos. Había entrado junto con el abad y se había apostado detrás de la silla, convertido en una especie de estatua viviente. —Comprendo que nuestra aparición resulta un tanto extraña. El abad asintió lentamente y contempló a ambos visitantes. —Por favor, volved a explicarme qué os condujo hasta aquí. Me temo que no lo he comprendido. — 614 — —Me llamo Cyprian Khlesl. He venido por encargo de mi tío, el obispo de Wiener Neustadt. Y mi tío actúa por encargo de Su Majestad el emperador. —Matthias de Habsburgo —dijo el abad. —Rodolfo de Habsburgo. —Ya, claro —dijo el abad. —El emperador, conocido por su colecciónismo, desea incorporar un objeto conservado aquí, en vuestro convento, a su colecciónismo, desea incorporar un objeto conservado aquí, en vuestro convento, a su colecciónismo, desea incorporar un objeto conservado aquí, en vuestro convento, a su colección. Su Majestad comprende que sólo puede rogar que se lo entreguéis y lo hace en nombre de la unidad de la Iglesia católica y espera obtener la indulgencia del abad, quien en el pasado también se destacó por su comprensión y su tolerancia frente a los deseos de los protestantes. El abad parecía decidido a hacer caso omiso de la amenaza. —¿Conocéis la colección del emperador, señor Khlesl? —Sí, pude contemplarla varias veces. —¿Es bonita? —Es única. Le proporciona mucha alegría al emperador. —¿No sois un hombre de Iglesia, señor Khlesl? —Soy laico, si es que os referís a eso. —No es necesario ser un miembro del clero para prestarle servicio a la Iglesia. —Opino lo mismo. —Lo cual queda demostrado por la confianza que vuestro tío ha depositado en vos. Pero vuestro como las buenas intenciones de su Santísima Alteza Católica, Felipe, rey de España, el tío de nuestro emperador. El padre Hernando asintió con la cabeza.

Andrej siguió sonriendo. Esperaba que la presencia del dominico y sobre todo la mención de la Santa Inquisición provocaran la cooperación del abad. El padre Hernando, y lo que representaba, era el punto a favor para poner en marcha el plan ideado por — 615 — Cyprian y el obispo Melchior. «Al menos un punto a favor», se dijo Andrej, tratando de no pensar en uno de los numerosos puntos en contra, a saber, la ausencia de los soldados imperiales, que habían formado parte del plan de Cyprian y de los que Andrej no disponía. Estaba seguro que dentro de poco se vería obligado a incluirlos en el juego. —Lamento tener que confesar que no tengo ni idea del tesoro que podría haber merecido el beneplácito del emperador —dijo el abad. —Su Majestad está completamente seguro de que se encuentra aquí. —No lo comprendo. Estaría encantado de sugerirle que revisemos todo el convento para encontrar eso que busca. Andrej se esforzó por percibir algún indicio de la presencia del libro. Se encontraba en el sitio donde estaba oculta la Biblia del Diablo, el libro que había determinado todo el destino de su familia, causado la muerte de su padre y su madre, y convertido su vida en una tragedia. A lo mejor estaba a sólo dos habitaciones más allá, bajo llave, pero no percibió nada. Podría hallarse en cualquier parte. Sin embargo, él había estado convencido de que se percataría de su presencia si estaba próximo. Le habría gustado preguntarle al padre Hernando, que parecía inquieto y no dejaba de mover la cabeza hacia un lado y hacia otro, como si escuchara una canción inaudible. Las llamas de las velas se reflejaban en sus lentes, volviendo sus ojos invisibles. —Confiando en vuestra comprensión, el emperador me hizo acompañar por cien soldados, que acampan delante de la ciudad. Puedo ordenarles que os ayuden a buscar, evitando que vos y toda la comunidad del convento os veáis incordiados durante el registro. —Una medida sabia y previsora. —

Claro que preferiría no tener que molestar a los soldados. Dada la peste y todo lo demás... —dijo Andrej, señalando la puerta. — 616 — —Por supuesto. Andrej casi no había intercambiado una palabra con el padre Hernando mientras se apresuraban por llegar al coche. La idea de partir a solas con el dominico se le había ocurrido de repente, y enseguida supo que era lo correcto. Una vez que se hiciera con ella, Hernando quemaría la Biblia del Diablo. Un hombre que había llegado tan lejos como él, y cuyos ojos revelaban la más absoluta determinación de llegar a-morir o a matar con el fin de acabar con el legado tan lejos como él, y cuyos ojos revelaban la más absoluta determinación de llegar a-morir o a matar con el fin de acabar con el fin de acaba

Agnes..., pero Andrej no quería pensar en ella. Al mirarla, tuvo la sensación de ver su propio corazón. El amor por Yolanta y el dolor por su muerte seguían siendo los sentimientos más intensos que lo embargaban, pero... Agnes había tocado algo en su interior. No sólo era mejor acudir allí sin ella en su propio bien, sino en bien de todos. Quizás Andrej moriría en el intento y eso era mejor que ensuciar el recuerdo de Yolanta, la amistad con Cyprian y lo poco que el emperador o vuestro tío no os hayan dado un documento da comparador da compara ocuparan este lugar —pensó Andrej —. En todo caso, eso fue lo que yo comprendí.» Sospechó que Cyprian no le había contado todo. —¿Visteis el escudo de mi tío en el coche? —Sí, pero si me lo permitís, señor Khlesl, cualquiera puede robar un coche y decir que le pertenece. Andrej no se inmutó. —¿Quién osaría robarle el coche a un obispo? —Hay obispos a quienes les robaron los caballos y los devoraron ante sus ojos. El padre Hernando volvió a removerse en la silla. Cuan—617 — do Andrej comprendió lo que le ocurría —¡percibía la Biblia del Diablo!— un escalofrío le recorrió la espalda. Como si le leyera los pensamientos, el monje giró la cabeza y lo miró fijamente. Andrej se desconcertó. ¿Por qué él no advertía nada cuando el dominico, cuya vida-no había sido determinada por el maldito Códice, podía notar su proximidad? —Además —argumentó Andrej, tratando de hablar en tono sosegado—, sería vergonzoso que hubiera un documento que atestiguara que el emperador del Sacro Imperio Romano rogaba que

le entregaran una gema, como si fuera un tendero, cuando lo lógico sería que su propietario se sintiera honrado de poder entregársela. El abad sonrió y se repantigó en su asiento. —Comprendo lo que intentáis decirme. —Por desgracia, yo no comprendo vuestras insinuaciones, reverendo padre. —Debéis saber que Dios no me hizo ducho en las

sutilezas del lenguaje. Por eso confío en los símbolos —dijo haciéndole una señal al monje apostado detrás de su silla. Este entreabrió su manteo. Andrej vio el hábito negro antes de ver la ballesta que le apuntaba a él y a Hernando. Durante unos instantes fue presa del desconcierto. Después tuvo el mismo reflejo que lo había acompañado desde que, a través de la tormenta de granizo, había visto cómo un demente envuelto en un hábito negro asesinaba a mujeres y niños: el espanto le oprimió la garganta. El padre Hernando permaneció completamente inmóvil. Andrej no logró despegar la mirada de la ballesta. Hacía veinte años, un disparo de ballesta había impedido que un monje de hábito negro lo matara; ahora otro le apuntaba con una ballesta. Andrej sabía que el abad no los haría conducir al patio para obligarlos a montar en el coche y partir. La ballesta -estaba tensada con el fin de matar, no de amenazar. —Veo que habéis comprendido mi lenguaje simbólico —dijo el abad. — 618 — De pronto un haz de luz iluminó la pequeña celda en la que el abad los había recibido. Penetraba a través de la ventana situada a espaldas del abad y le confería un contorno rosado a su figura. Después proyectó una larga sombra encima de la mesa, que alcanzó a Andrej y al padre Hernando. Gracias a la expresión de sorpresa del abad, Andrej comprendió que la luz también se reflejaba en su propio rostro. El abad se volvió. —¿Qué ocurre? El monje negro se deslizó hasta la ventana sin dejar de apuntar a Andrej y a Hernando, y echó un vistazo al exterior. La luz dibujaba sombras rojas en los pliegues de su atuendo. La celda se llenó de un fulgor rojizo. —Uno de los hermanos. —El monje negro se apartó de la ventana sin dejar de apuntarles —. Varias personas están tratando de apagar el fuego. Andrej vio las manos magulladas y cubiertas de heridas del monje, la cicatriz purulenta en el dorso de la mano izquierda y, cuando el abad se puso de pie, vio también que el monje era un hombre muy pequeño. Una oleada de recuerdos confusos hizo que Andrej sospechara que se trataba de uno de los dos monjes que habían estado en Praga y cuyo rastro habían seguido hasta allí. Uno de los asesinos de Yolanta. Sin darse cuenta, se puso en pie, pero al momento notó que la mano fría del padre Hernando se apoyaba en la suya y advirtió que el pulgar del monje negro tocaba el gatillo. Volvió a tomar asiento lentamente. Le ardían las mejillas y su desconcierto se disipó, dejando sólo el aborrecimiento y la furia asesina. Supo que fuera cual fuese su objetivo, la

muerte del pequeño monje se había convertido en una meta principal. Se sintió invadido por una palpitación que eran como el cántico de un coro invisible, corno el zumbido de un — 619 — inmenso enjambre de avispas todavía no visible que provoca una reacción correspondiente a un antiquísimo instinto humano: el de echar a correr a toda velocidad. Espantado, cruzó una mirada con el padre Hernando y vio la confirmación de sus temores: lo que oía era la Biblia del Diablo. —Iré a buscar a los centinelas apostados ante la puerta y gritó: —¡Custodios! Ayudad al hermano Pavel. ¡Nadie debe

abandonar esta celda! Cuando Andrej se dio la vuelta, vio que el abad retrocedía, seguido de otros dos monjes negros. El primero aferraba con una mano el cuello del abad y con la otra le sujetaba el hábito. El segundo sostenía una ballesta similar a la del hermano Pavel.

La dirigió hacia éste y durante un instante, el pequeño monje pareció tan desconcertado que se tambaleó. Después volvió a apuntar a Andrej. —Error —dijo el primer monje negro—. Todos abandonaremos esta celda de inmediato. -¡Dispara! —graznó el abad, pero el hermano Pavel permaneció inmóvil. —Somos cuatro —dijo el monje que aferraba al abad por la garganta—. Sólo podrás dispararle a uno de nosotros. Y pase lo que pase contigo después, puedes estar seguro de una cosa: el abad tampoco sobrevivirá. Andrej despegó la vista del monje que le apuntaba. El monje que sujetaba al abad se volvió, su capucha cayó hacia atrás y Andrej vio el rostro sonriente de Cyprian. - - - - - El segundo monje era Agnes. Apuntaba con el arma al hermano Pavel, que, solo detrás de la mesa del abad, de pron—620 — to provocaba más pena que temor. El abad soltó un graznido y trató de color rojo oscuro. —No lo soportará mucho tiempo más —le dijo Cyprian al hermano Pavel—. Suelta el arma. —¿Es ése uno de los monjes negros? —preguntó Agnes—. ¿Es uno de los que le prendieron fuego a mi casa? El hermano Pavel giró la cabeza y la capucha se deslizó hacia atrás, revelando el rostro magullado, arañado y pálido de un hombre apalizado. Al ver a Agnes y comprender lo que significaban sus palabras, sus ojos se desorbitaron. —¡Asesinaste a la mujer equivocada, imbécil! dijo Agnes. Su voz rebosaba odio. Pavel trató de apuntarle con la ballesta. Andrej lanzó las piernas hacia delante y empujó con fuerza la mesa, que fue a chocar contra el cuerpo del pequeño monje, y éste se desplomó. El proyectil se disparó y se clavó en el tablero de la mesa. El abad se debatía, tratando de soltarse. Cyprian le dio la vuelta y le dobló el brazo en la espalda.

El abad colgaba de la mano de Cyprian, casi como si fuera un niño. De repente resonaron gritos en el patio. —; Atrapa a ese sujeto! —ordenó Cyprian, y Andrej se abalanzó sobre Pavel, que intentaba ponerse de pie. De no haber sido por la tonsura, Andrej lo habría levantado asiéndole de los cabellos, pero tuvo que agarrarlo por debajo de los sobacos, y cuando le rozó las costillas, el monje soltó un alarido y su furia asesina se desvaneció. Atrapándolo por el cuello, Andrej lo arrastró tras de sí. Un escalofrío lo recorrió al pensar que era un ser igual al que tenía la muerte de sus padres sobre la conciencia. —¡Vamos, padre Hernando! —exclamó Cyprian—. ¡Tú primero! ¡Salgamos de aquí! El dominico corrió hacia la puerta; su amplia capa y su cabe— 621 — llera revuelta le daban el aspecto de una amazona que saliendo del mito hubiera ido a parar a la realidad. Andrej agarró al monje que pataleaba y fue tropezando tras ella. En el suelo del pasillo yacían dos figuras negras e inmóviles: los centinelas llamados por el abad. Debían de haber ocupado sus puestos después de que Andrej y Hernando entraran en la celda, lo que significaba que el abad había decidido por anticipado que no los dejaría marchar. Junto a los dos monjes había otros tres cofrades que quisieron pedir ayuda, pero cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, desistieron. Cyprian le pegó un empujón a uno y lo arrojó al suelo y los dos restantes huyeron al interior del convento, chillando. Cyprian condujo a los demás en dirección opuesta. El pasillo desembocaba en el exterior a través de una escalera y una puerta en forma de arco; ésta daba paso al patio delantero del convento y a la puerta principal que conducía a la ciudad.

Alcanzó la puerta al mismo tiempo que Cyprian, y vio que éste agachaba la cabeza al mismo tiempo que varias flechas de ballesta se incrustaban en las paredes. Cyprian soltó una maldición. Andrej vio que unos peones del convento, atrincherados junto a la puerta principal, volvían a tensar las ballestas; vio que otro de ellos se asomaba por encima del muro del jardín y apoyaba en lo alto del muro un largo palo que al instante vomitó fuego y humo. Junto a Andrej, un proyectil del tamaño de un puño explotó contra la hoja de la puerta y lanzó astillas en todas direcciones. El estallido reverberó entre los edificios. Los monjes que corrían alrededor de la hoguera tratando de apagarla proyectaban sombras gigantescas y demoníacas sobre las paredes laterales del convento. —¡Atrás! —gritó Cyprian, arrastrando al abad detrás de \* la puerta. Andrej se ocultó al otro lado del marco, donde volvió a encontrarse con Agries. El hermano Pavel gruñía y tra— 622 — taba de soltarse golpeando con los codos. Andrej le estrelló la frente contra el batiente y la puerta. el monje se quedó quieto. Los proyectiles de las ballestas impactaban a ambos costados de la puerta despidiendo chispas. El único\* fusil del peón del convento volvió a rugir. La bala destrozó uno de los oxidados goznes que aún colgaban del arco de la puerta. —¡Es más fácil entrar que salir! —rugió Cyprian. Andrej se encogió de hombros. Le lanzó una sonrisa a Agnes y ella se la devolvió. —¡Eh! —gritó Cyprian en dirección al portón principal—. ¡Tenemos al abad! ¡Basta de tonterías o le retuerzo el cuello! La respuesta fue una lluvia de proyectiles. El fusil ya no disparaba: al tirador le habían reventado los tímpanos o estaba esperando que alguien se mostrara para no malgastar la preciosa pólvora. Andrej volvió la cabeza. —¿Dónde está el padre Hernando? —gritó. Con el rostro crispado, Cyprian señaló la entrada del convento. —Le han dado —dijo. El dominico yacía semioculto tras el arco de la puerta de entrada del convento. Andrej no pudo ver sí todavía respiraba. En todo caso, ya no se movía. Andrej reprimió una maldición. Agnes agarró al monje negro medio desmayado y le giró el rostro. El monje la contempló, parpadeando. —¡Soy Agnes Wiegant! —siseó—. ¡Soy la hija de una protestante francesa que buscó refugio entre vosotros! ¡Vosotros asesinasteis a mi madre, me robasteis la vida y ahora queréis acabar conmigo! ¡Mírame y dime que lo sientes! —¿Qué queréis? —gritó una voz que provenía de la puerta principal. Andrej comprobó que las andanadas habían cesado. El crepitar de las llamas casi ahogaba los demás sonidos, pues como los monjes ya no trataban de apagar el fuego, éste había — 623 — alcanzado su máxima intensidad. Las chispas se arremolinaban hasta el tejado, las llamas iluminaban el edificio del convento enviando humo y oleadas de calor. Según todas las apariencias, ya se encontraban en el umbral del infierno. Andrej vio que el padre Hernando seguía con vida, porque intentaba arrastrarse hacia el interior del zaguán. Reflexionó si merecía la pena arriesgarse a llevarlo a cubierto, pero la única que podría hacerlo era Agnes, porque tanto Cyprian como él debían ocuparse de sus respectivos rehenes. Andrej soltó una maldición. De pronto el hermano Pavel sacudió la cabeza. Andrej, que se había tendido medio de espaldas para sujetarlo mejor, vio que el rostro de

Agnes reflejaba cada una de sus propias expresiones. —¡La Biblia del Diablo! —rugió Cyprian como si fuera algo que se le acabara de ocurrir—. ¡Y que nos dejéis marchar! —¿Qué te hace pensar que tu madre era una de aquellas francesas? —preguntó el monje negro en tono sosegado. — 624 — 20 Cyprian no recibió respuesta a sus exigencias y entonces el abad habló por primera vez tras el intento de huida del edificio. Cyprian estaba medio tendido encima de él, pero ya no le aferraba el cuello ni le retorcía el brazo. —Es inútil —dijo—. No intercambiar la suya —gruñó Cyprian, señalando a Agnes, Andrej y el otro monje. —Pavel es un custodio. Morir para proteger la Biblia del Diablo es lo mínimo que puede hacer. - ¿Sacrificaríais su vida? - El mismo la sacrificaría.

Un proyectil rebotó contra el sitio que hacía un segundo ocupaba su cabeza—. ¿Eso es todo lo que tenéis para ofrecerme? —chilló. —La mujer —dijo el abad, indicando a Agnes con la cabeza— aún está viva. Pavel me dijo que había muerto. ¿Qué ocurrió? —El hermano Pavel se equivocó de víctima. \* —Una inocente: que descanse en paz. —Agnes también es inocente. — 625 — —No comprendéis lo que está en juego aquí. Ni siquiera lo puede comprender el enviado del obispo de Viena. —Yo soy su enviado. El abad calló. Después de una pausa, dijo: —Esta finta tampoco os servirá de mucho. —Deberíamos dejar claro que nosotros somos los buenos —dijo Cyprian—. No queremos poseer el libro. Queremos retirarlo de la circulación. —Nadie puede acabar con el legado de Satanás. La Biblia del Diablo es más poderosa que vosotros. Os hechizaría. —Existe más de una solución para ese problema. —¡La Biblia del Diablo es más poderosa que vosotros. Os hechizaría. —Existe más de una solución para ese problema. —¡La Biblia del Diablo es más poderosa que vosotros. Os hechizaría. —Existe más de una solución para ese problema. —¡La Biblia del Diablo es más poderosa que vosotros. Os hechizaría. —Existe más de una solución para ese problema. —¡La Biblia del Diablo se quedará aquí! —resonó la voz del peón que dirigía las negociaciones al portalón—. Podemos hablar de dejaros marchar. — Por fin —gruñó Cyprian; y gritó—: ¡Idead algo mejor! Con el rabillo del ojo vio un movimiento junto a la entrada. El padre Hernando había logrado ponerse de rodillas. Las plumas de la saeta sobresalían de su costado, debajo del corazón, y su cabeza colgaba, casi sin vida.

-¡Salid, así podremos hablar mejor! Cyprian no se dignó contestar. -¡Sólo son tres! —gritó de pronto el abad en dirección a los peones—. ¡Atacadlos! ¡Olvidaos de nosotros! ¡Matadlos! Cyprian se volvió y le asestó un puñetazo en la cabeza, que fue a chocar contra un peldaño; el abad se desplomó. —¡Imbécil! —susurró Cyprian en tono airado.

El fusil volvió a disparar y arrancó otro trozo de manipostería del arco. Si disponían de suficiente pólvora, los peones podrían hacer caer el dintel encima de la cabeza de Cyprian y de los demás. El fusil volvió a disparar y arrancó otro trozo de manipostería del arco. Si disponían de suficiente pólvora, los peones podrían hacer caer el dintel encima de la cabeza de Cyprian y de los demás. Cyprian y de los demás. Cyprian y de los demás. El fusil volvió a disparar y arrancó otro trozo de manipostería del arco. Si disponían de suficiente pólvora, los peones podrían hacer caer el dintel encima de la cabeza de Cyprian y de los demás. El fusil volvió a disparar y arrancó otro trozo de más. El fusil volvió a disparar y arrancó otro trozo de manipostería del arco. Si disponían de suficiente pólvora, los peones podrían hacer caer el dintel encima de la cabeza de Cyprian y de los demás.

ruido, como de algo que rodaba. Cyprian se estremeció: parecía el sonido de las ruedas de un cañón. ¿Sería un disparo de cañón lo que había destrozado la puerta? Cyprian soltó un agudo silbido, llamando la atención de Andrej y Agnes. Intentó indicarles lo ocurrido mediante gestos, pero entonces resonó el cañonazo. Retumbó por todo el patio como si el convento se derrumbara. Cyprian oyó un estruendo de maderas rotas y gritos de espanto. Trozos de manipostería rodaron por el suelo o chocaron contra los muros y se partieron. Una nube de un blanco amarillento llenó el arco; olía a pólvora y azufre. Grandes fragmentos del portón principal se deslizaron sobre el empedrado hasta detenerse al pie de la escalera. Durante unos instantes Cyprian no pudo ver a los demás; al oírlos toser se armó de valor y atisbo hacia el exterior. Era un cañón, en efecto, situado fuera del convento ante lo que había sido la puerta principal. Las grandes hojas del portón habían estado cerradas, pero eso no había servido de nada. Una había saltado de los goznes yendo a parar al huerto, la otra colgaba del marco y a través de un enorme agujero dejaba ver la plaza del mercado de Braunau. Junto con los restos de la nube de polvo, unas figuras vestidas con ropas coloridas penetraron en el recinto, armadas de alabardas, picos y fusiles, y se apostaron entre las ruinas del portalón. Alguien voceó unas órdenes. Cyprian observó cómo sacaban a unos hombres cubiertos de sangre y polvo de sus escondrijos y los reunían en un rincón del patio. Se oyó otro traqueteo y dos carruajes entraron al patio, rodeados de más soldados imperiales. Al quitarse el polvo de los ojos, Cyprian vio que se abría la portezuela de uno de los coches y bajaba un hombre flaco modestamente vestido que miró en torno, se sacudió el polvo de la ropa y tosió. — 627 — 21 — Mientes — dijo Agnes, pero sabía que el pequeño monje decía la verdad. Se sintió mareada. El rostro de Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. —¿Por qué habría de mentir? —preguntó el monje. — Es imposible... eso... es imposible — sollozó Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Por que habría de mentir? —preguntó el monje. — Es imposible... eso... es imposible — sollozó Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Por que habría de mentir? —preguntó el monje. — Es imposible — sollozó Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Por que habría de mentir? — Preguntó el monje. — Es imposible — sollozó Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Preguntó el monje. — Es imposible — sollozó Andrej estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Preguntó el monje estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Preguntó el monje estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Preguntó el monje estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. — Preguntó el monje estaba tan crispado como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago en el estóma son tres! —Agnes oyó el grito del abad—. ¡Atacad-los! ¡Olvidaos de nosotros! ¡Matadlos! Alzó la vista y consideró que su situación parecía menos irreal que lo que acababa de oír. Cyprian hizo callar al abad de un puñetazo. Los proyectiles de ballesta volvieron a llover sobre la puerta. El fusil disparó, los fragmentos de escombros volaron por todas partes, Agnes agachó la cabeza. El pequeño monje parecía estar completamente tranquilo. Ella intentó aborrecerlo, pero de repente no pudo, no después de ver su cuerpo magullado, no tras lo que acababa de contarle. Andrej sacudía la cabeza, incapaz de recobrar la serenidad. La joven oyó un ruido atronador y el silbido de Cyprian, que gesticulaba

situación que parecía segura se modifica de pronto. —Madre, madre —sollozaba Andrej—. Mi padre... ¡ese necio deslumhrado! Pensar que en tu situación aún intentó ese viejo truco... y yo no sabía... ¿cómo podría saberlo? Agnes le apoyó la mano en el hombro. Hacía rato que Andrej ya no aferraba al pequeño monje, pero en vez de huir, éste sólo se apoyó contra la jamba de la puerta. Tal vez estaba demasiado agotado para seguir luchando. En todo caso, para Andrej fue suficiente; y Agnes..., la Agnes de antaño habría gemido, tirada en el suelo, esperando que alguien hiciera algo. La nueva lo abrazó, lo besó y lo apretó contra su pecho y, aunque de sus ojos también brotaban lágrimas, en ningún momento demostró tener pánico. Vio que Cyprian levantaba al abad, se lo cargaba encima del hombro y se ponía de pie. —¡Quedaos donde estáis! —les dijo, sin mirarlos. Salió de su escondite y Agnes se asustó, pero entonces vio que sonreía. —¡Esto ha llevado más tiempo que la liberación de la cárcel de Viena! —exclamó Cyprian. Agnes no oyó la respuesta a esta exclamación, pero sabía quién había llegado: Melchior Khlesl, y sintió un gran alivio. Miró al pequeño monje. —Aquí se acaban los asesinatos —susurró—. Acaban con un fuego en el que arde un libro maldito. —No —dijo el pequeño monje, sacudiendo la cabeza. Su certeza la hizo titubear y desvió la mirada. —¡Agnes, Andrej! —exclamó Cyprian—. Todo está perfectamente; el tío Melchior ha llegado junto con media guardia de Corps del ¡Salid y traed al condenado monje! —Pero sólo unos pasos —dijo otra voz. — 629 — Agnes y Andrej se volvieron. El pequeño monje entrecerró los ojos. Detrás de él, en la escalera, había un hombre —y sólo el diablo podía saber cuánto tiempo hacía que estaba allí—, un hombre delgado envuelto en el hábito de los dominicos. Durante unos segundos

como indicándoles que se pusieran de pie y escaparan, después todo se sumió en un estruendo total y una — 628 — nube caliente y ponzoñosa la envolvió. Agnes tosió, el humo le escocía la garganta. Después oyó un golpeteo de cascos de caballos, órdenes, el chirrido de ruedas y por fin reinó esa especie de silencio que se produce cuando una

Agnes creyó que era el padre Hernando, pero no llevaba lentes y era bastante más viejo. Además, el padre Hernando no habría podido sostener dos ballestas cargadas y tensadas, que los apuntaban a ambos sin temblar. El dominico esbozó una sonrisa. —A veces debe hacerlo uno mismo —dijo—. El hombre indicado en el lugar indicado. — 630 — 22 — Por supuesto que no puedo dejar la Biblia en vuestras manos, Ilustrísima —dijo el padre Xavier-—. Y no tratéis de convencerme, porque supondría que le dais más valor a la Biblia que a vuestros amigos. De eso lo habría creído capaz al abad, pero no a vos. —No se trata del valor del libro, sino de la continuación de la existencia de la cristiandad —dijo el tío Melchior—. Se trata de cientos de miles de vidas. El padre Xavier alzó una de las ballestas y simuló apuntar a Agnes con mayor precisión. —¿Sopesáis su vida, o la de él? —preguntó, apuntando la segunda ballesta contra él, todavía medio desmayado. La sangre se le congeló en las venas y comprendió que estaba en un considerable aprieto. El dominico había obligado a Agnes, Andrej y el hermano Pavel a salir de su escondrijo y ahora permanecía con ellos bajo el arco. Incluso si alguien hubiera osado apuntarle con un fusil o una ballesta, podría retroceder fácilmente hasta el escondrijo y desde allí dispararle a Agries y a Andrej. Cyprian intercambió una mirada con ambos; quería tranquilizarlos, pero entonces vio que se agarraban de la mano.

Agnes clavó su mirada en él, — 631 — pero Cyprian no comprendió su mudo mensaje y se sobrecogió todavía más. El obispo Melchior guardó silencio. El padre Xavier bajó las armas. —Nos comprendemos —dijo— Id a buscar el libro. —No sé dónde está. El padre Xavier señaló hacia atrás sin dejar de mirarlo. —Bajo el convento hay una inmensa bóveda. Buscad allí. —¿Creéis que es tan sencillo? —Siete custodios vigilan la Biblia del Diablo. Incluyendo este de aquí, ya habéis eliminado a tres de ellos. Os acompaña medio regimiento..., ¿pretendéis decirme que no os basta para encontrarla? El obispo Melchior aún dudaba. De repente las ideas de Cyprian se aclararon. Vio que el hermano Pavel no se había rendido, sino que se concentraba. Había asesinado para proteger la Biblia del Diablo, así que no se dejaría impresionar por un dominico armado con un par de ballestas. Sólo aguardaba a que se presentara la oportunidad de cumplir con su misión. —Déjalo, tío Melchior —dijo Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, Cyprian en voz alta—. No permitiré que sigas poniendo en peligro a Agnes y a Andrej. —Aquí hay más en juego, con la contra de la que su tío comprendiera el mensaje. Nunca le había gritado, ni siquiera cuando entre ellos se daban las mayores diferencias de opinión, y jamás lo había insultado. Y también sabía que Melchior nunca lo había visto presa del pánico. —¡Si no lo haces tú, seré yo quien vaya a buscar el maldito libro! El desconcierto del obispo no era simulado. —

¡Cyprian! —exclamó éste, en tono espantado. —¡Maldita sea! —rugió Cyprian, acercándose a su tío—. — 632 — Montaremos en el coche, entraremos en el patio y buscaremos esa condenada cosa, El obispo Melchior contuvo el aliento. Cyprian veía que trataba de encontrar una solución. —¡Víbora! —siseó. —Vuestro sobrino irá junto al coche —dijo el padre Xavier—, y los soldados también. —¡No necesito soldados! —rugió el obispo, apretando los puños—. Sé dónde está. Idos al infierno, condenado traidor a la Iglesia, y llevaos a este Judas con vos! —dijo, escupiendo a los pies de Cyprian. El padre Xavier calló con expresión amable Después de un instante, dijo: —¿Aún estáis aquí? El obispo Melchior trepó al pescante del coche gruñendo maldiciones. Cyprian le lanzó una mirada asesina al padre Xavier, sin tener que simular. —¿Para qué queréis el coche? —preguntó el dominico, volviendo a levantar la ballesta. El proyectil apuntaba a la sien de Agnes. —¿Tenéis algún concepto de lo que estáis buscando? —siseó el obispo—. El peso de la Biblia del Diablo equivale al de un hombre adulto. ¿Pretendéis que la carguemos sobre nuestras espaldas? El dominico hizo un gesto con la cabeza. El carruaje recorrió el camino que pasaba junto al huerto de verduras hasta una entrada al convento situada más allá, lo bastante amplia para dejarlo pasar. Cyprian le lanzó una última mirada a Agnes, que seguía agarrando a Andrej de la mano, después corrió tras su tío procurando concentrarse en los pasos siguientes, pero la repentina intimidad entre ambos jóvenes lo perturbaba. El obispo Melchior bajó del coche. —No sabe nada al respecto, ¿verdad? —preguntó jadiando. -En todo caso, no sospecha que la has traído contigo —dijo Cyprian. — 633 — ¿Estás seguro de que nuestro plan sigue funcionando? —¿Lo has preparado todo? —Sí. —¿Adonde hemos de ir? —Según los planos que vi en Brevnov (antaño tanto Brevnov, como Podlaschitz y Braunau formaban un todo), ¡la puerta está aquí! Junto a la entrada de la cochera, una estrecha escalera conducía hacia abajo.

La puerta no estaba cerrada con llave y ambos descendieron unos pocos peldaños. El frío y algo más envolvieron a Cyprian y lo hicieron resollar. Era como despertar en una habitación completamente a oscuras y saber que había un monstruo junto a la cama

Entonces oyó que daban órdenes de volver a atacar y los proyectiles volvieron a llover sobre ellos. Debían de ser al menos una docena de peones del convento, armados para proteger a la comunidad.

—Ya hemos descendido lo suficiente —dijo Melchior.

Andrej remontó los escalones de dos en dos; casi llevaba al monje en brazos mientras éste intentaba liberarse desesperadamente.

Cyprian se incorporó a medias y atisbo hacia el exterior. -¡No esperaré mucho más! -qritó.

señalando debajo del coche. —Demasjado... peligroso —dijo con voz entrecortada—. Algujen podría haber echado un vistazo al interior. Hasta Praga lo llevé como si fuera un pasajero, pero después... Cyprian se arrastró debajo del carruaje y abrió la trampilla, que contenía un enorme bulto envuelto en cuero. Tiró de él y sus músculos se tensaron al retirarlo de debajo del vehículo. Entre ambos lograron meterlo en el interior, hicieron dar la vuelta al coche y regresaron. Cyprian se sentía mareado. Todo fue obra de unos minutos. - • - Fuera nada

'Se dieron la vuelta y remontaron la escalera a toda prisa. El obispo jadeaba. Cyprian lo agarró del brazo, pero el otro se soltó. v \ -No permiso que me llamen majadero y encima preten dan cargar conmi^escaleras arriba -exclamó, pero esbozó una sonrisa. \ Cyprian abrió la portezuela del coche. Melchior sacudió la cabeza y se puso de rodillas,

había cambiado. Cierto era que los soldados formaban un gran círculo alrededor del padre Xavier, pero eso era todo. El fuego había alcanzado su punto máximo. Cyprian — 634 — recordó la casa en llamas de Praga y apretó las mandíbulas. Bajó del pescante y trepó al interior del coche; se oyeron unos ruidos y después Cyprian se asomó a la ventanilla. —; Estáis preparado? El padre Xavier dudó unos instantes, después le pegó una patada en la cabeza y Pavel quedó tendido como un montón de harapos. El primero hizo un gesto con las ballestas y Agnes y Andrej avanzaron de mala gana en dirección al carruaje. —Ahora estoy preparado —dijo el padre Xavier, siguiendo a sus rehenes con las ballestas en posición de tiro. — 635 — 23 Con los ojos casi cerrados, Pavel vio que Cyprian apoyaba un objeto grande e informe en el peldaño inferior de la escalerilla del coche y después lo soltaba. El objeto cayó al suelo lenta y majestuosamente, como la torre de una iglesia o un árbol grande y viejo, y levantó una nube de polvo. El estruendo le causó un impacto a Pavel; resonaba como un único tañido inmenso y terrible.

-¿No la vigilaba nadie? —oyó preguntar al dominico. Cyprian se pasó un dedo por la garganta. Pavel reprimió el espanto que lo embargaba. Le dolía la cabeza, debía de tener medio rota la rodilla, pero tensó todos los tendones y músculos que aún funcionaban. El calor de la hoguera lo envolvía y le facilitaba los movimientos. —Retroceded —ordenó el

dominico. Agnes Wiegant y Andrej le obedecieron. El dominico titubeó. —Abridlo —dijo por fin. Cyprian tiró de la envoltura de cuero, revelando otra de lana gruesa. Pavel pensó en el tesoro invisible guardado en el arcón y asegurado con cadenas de hierro; así siempre se había imaginado la Biblia del Diablo. Consideró que las maniobras de Cyprian eran un sacrilegio y sospechó que resonaría un trueno cuando el libro quedara completamente al descubierto. Pero nada ocurrió. Cyprian arrancó la última envoltura — 636 — de tela, se agachó y alzó un libro forrado de cuero y de un tamaño considerable. Un segundo coche había entrado en el patio del convento. Mientras nadie lo vigilaba, la portezuela se abrió. El dominico no bajó las ballestas, pero se inclinó hacia delante. Como impulsado por un resorte, Pavel ya había recorrido la mitad de la distancia que los separaba. — 637 — 24 El padre Xavier se giró. El hermano Pavel corría hacia él con la rodilla izquierda vuelta hacia fuera, pero sin aminorar la carrera. El dominico le apuntó con una de las ballestas. Desde el exterior del convento resonó un alarido: parecía el bramido de un toro. Los soldados se sobresaltaron. —¡Necio! —dijo el padre Xavier, y disparó. El proyectil hizo girar el cuerpo del pequeño monje como una peonza; más allá, junto al portalón de entrada, un par de soldados salieron volando como si alguien les hubiera arrojado una bomba. Pavel cayó al suelo y se deslizó por encima del empedrado. Debía de estar muerto antes de tocar el suelo. El padre Xavier se volvió hacia sus rehenes... Y se vio frente a Cyprian, que le asestó un puñetazo en la frente que le hizo trastabillar. Percibió que sus pies se despegaban del suelo y cayó sentado dos pasos más atrás, mordiéndose la lengua. Medio cegado y aturdido, alzó la ballesta y apuntó a los ojos horrorizados de Agnes, torció el gesto despectivamente y disparó. Entonces el bramido se aproximó y comprendió que era el rugido enfurecido de un hombre. Dos brazos lo levantaron y lo oprimieron, percibió que se le rompían varias costillas y soltó un grito de sorpresa y de dolor. Quiso alzar los puños — 638 — y golpear el rostro airado que flotaba ante sus ojos, pero tenía los brazos aprisionados. Lo cargaron como a un niño en brazos de un padre brutal y aulló de dolor cuando su portador echó a correr sacudiéndole todo el cuerpo. Voló por el aire y aterrizó sobre algo que se agitaba, algo vivo que danzaba por encima de unos bordes duros que se desplazaron y se desplomaron sobre él, unas brasas ardientes lo envolvieron y si antes creyó sentir dolor y espanto, ahora comprendió que existía un espanto imposible de describir y un dolor que acallaba incluso los alaridos más desesperados.

mientras que el resto del cuerpo estaba enterrado bajo los leños ardientes. Sintió náuseas. Los soldados, a quienes la desenfrenada carrera del gigante había arrojado a un lado como si fueran muñecas de trapo, volvieron a ponerse de pie. Cuando el ocupante del segundo coche se apeó, el vehículo se inclinó a un lado\* El obispo Melchior contempló la Biblia del Diablo, que yacía en el suelo envuelta en sus desgarradas envolturas de cuero y tela.

-¡No! —gritó el obispo Melchior y los soldados bajaron las armas con las que pretendían dispararle al gigante vestido con un hábito negro y hacerle pedazos. Junto a la hoguera, uno de cuyos lados se había desmoronado, el gigante bramaba con la cabeza echada hacia atrás. Melchior vio que los pies del padre Xavier pataleaban entre las llamas,

Cyprian estaba acurrucado junto al libro. Con un brazo sostenía a Agnes, agitada por los sollozos, y con el otro a Andrej, que se debatía con el proyectil disparado por el padre Xavier clavado en el pecho. El obispo comprendió que Andrej se había arrojado delante de Agnes para protegerla. El gigante se alejó de la hoguera y se acercó al cuerpo inmóvil del pequeño monje tendido en el suelo en medio de un charco de sangre cada vez mayor. — 639 — Los alaridos retumbaban en el patio. No parecían humanos. Así gritarían los árboles ardiendo en un bosque incendiado, si los árboles tuvieran voz. El padre Xavier ardía de pies a cabeza. Corría sobre piernas en llamas y aullaba con la boca en llamas. Sus rasgos se habían vuelto irreconocibles. Corría... pero más bien era el dolor lo que le hacía mover los miembros. A sus espaldas ondeaba una cortina de llamas

que despedía jirones ardientes y chispas. Tal vez recordaba los sonidos que lograba ahogar con tanto éxito cuando presenciaba un Auto de fe; quizás oía los gritos de una joven llamando a su madre mientras las llamas devoraban su cuerpo. Corría.., Corría directamente hacia el segundo coche. Horrorizado, su ocupante contemplaba el demonio en llamas que se aproximaba. Los soldados, aún paralizados por el espanto, alzaron las armas... demasiado lentamente. Un estampido apagó los alaridos. La cabeza en llamas del padre Xavier estalló. Las piernas avanzaron unos pasos y después el cuerpo se desplomó a los pies del ocupante del coche.

Junto al hueco del portal que había protegido a Cyprian y sus amigos, el padre Hernando bajó el fusil que había arrancado de las manos de un soldado. La pólvora le había quemado el lado derecho del rostro, los lentes se habían hecho añicos. Cayó lentamente hacia delante y la flecha de la ballesta se clavó profundamente en su cuerpo. El ocupante del segundo coche contempló el bulto en llamas tendido a sus pies. Después dio un paso hacia atrás. Su rostro desagradable tenía la palidez de la muerte. Los soldados que lo rodeaban se persignaron, pero no por miedo ante él sino porque su previsión lo había salvado. Junto al lugar donde había muerte Pavel se oía el llanto áspero de un hombre. Buh había acomodado el cadáver en su regazo y lo acunaba. El emperador Rodolfo de Habsburgo contempló la escena iluminada por las grandes llamas de la hoguera, después se dirigió con paso inseguro al coche del obispo Melchior. — 640 — Agnes estaba medio enloquecida de desesperación. —¡Haz algo por él, Cyprian! ¡Sálvalo! —Se ha sacrificado... —dijo Cyprian con labios temblorosos—. Se ha interpuesto entre tú y el proyectil... Andrej soltó un quejido. Su mirada fue de uno a otro. Agnes sintió que una mano le trituraba las entrañas. Andrej palidecía con tanta rapidez que era como si le cubrieran la cara con un paño blanco. Agnes sollozó y le agitó todo el cuerpo. —Haz algo. Lo necesito, ¡Lo amo! Cyprian, que intentaba sostener el cuerpo tembloroso de Andrej, le lanzó una mirada.

Sintió una punzada en el corazón. De pronto una mano lo agarró del cuello de la camisa y tiró de él hacia abajo. —¡Soy su... hermano! —jadeó Andrej—. Ella es... mi hermano! —jadeó Andrej—. Ella es... mi hermana. No dejo de ver a mi madre... a mi madre... a mi madre... entre todas esas delgadas francesas..., tan sólida..., tan gorda..., y yo... recuerdo que... pensé... Sentía envidia, porque quería que mi madre fuera tan... tan bonita como... y ella estaba embarazada... muy embarazada... llevaba a mi hermana en su seno. Agnes... yo no sabía... La voz de Andrej se quebró. Luego tomó aliento y prosiguió, sin soltar la camisa de Cyprian. —Madre... —susurró—. Estaba casi muerta, pero ya moribunda dio a luz... dio a luz a Agnes. Los monjes... los monjes cortaron el cordón... Pavel... él mató a Yolanta..., pero en aquel entonces también ayudó a Agnes alzó la vista. Había visto retratos del emperador Rodolfo, había oído las historias que contaban acerca de él y lo reconoció de inmediato, pero no podía resultarle más indiferente. La monstruosa figura se volvió borrosa. —Dejadme ir —dijo Andrej, y le ofreció la sombra de una sonrisa a su hermana—. Ha sido bonito... verte..., hermanita. Ahora deja que me vaya. Yolanta me está esperando. — 641 — Quienes te esperan son los vivos, no los muertos — dijo Cyprian en tono áspero. — Ése es nuestro cuentacuentos — dijo el emperador — ¿Qué hace aquí?

-;Se está muriendo! —gritó Agnes—. ¿Queréis oír esta historia? —Que le cortaran la cabeza por su falta de respeto le daba igual—. ¡Se está muriendo! —No, si no lo permitimos. —El emperador se volvió y rugió: —¡Doctor Guarinoni! Un hombre calvo de larga barba gris, vestido de oscuro y con un aire tan circunspecto como el de una cigüeña, bajó del coche del emperador, rodeó el cadáver en llamas y se aproximó. El emperador Rodolfo señaló a Andrej. —Es nuestro cuentacuentos —dijo el emperador, rodeó el carruaje. Melchior hizo un gesto afirmativo con la cabeza, acompañado de una sonrisa exhausta. Cyprian le devolvió el saludo. El asunto todavía no se había acabado. — 642 — 1592 LA MAYOR DE LAS TRES Y ahora permanecen la fe, la esperanza, el amor, estas tres. CORINTIOS 1,13,13 1 El abad Martin presenció la escena con expresión estupefacta: el emperador Rodolfo se hacía cargo de la Biblia del Diablo. Cyprian, de pie a su lado, lo sujetaba disimuladamente de la casaca. Poco antes le había susurrado lo siguiente al oído: —Si queréis salvarlo todo, cerrad el puñe tazo de Cyprian, observaba la escena que se desarrollaba en el patio de su convento: la hoguera, el bulto humano humeante delante del coche imperial, Buh, que lloraba, el médico, que con la ayuda de Agnes procuraba no ser ahorcado por la muerte de un hombre a quien aborrecía tanto como el resto de la corte imperial, y el obispo Melchior, que pasaba las inmensas páginas junto al emperador arrodillado en el suelo. Las iluminaciones rojas, azules, amarillas, verdes y doradas se arremolinaban ante su vista, al igual que los márgenes de las páginas, formados por espirales, círculos, cruces celtas... Nunca había vigilado durante todos esos años y no sabía si la copia —que el emperador contemplaba como si fuera una reliquia— se parecía al original, pero no cabía duda de que se trataba de una copia. El abad Martin no sentía la vibración ni el zumbido de la energía que de vez en cuando había percibido a través de varios metros de piedra y que el — 645 — original —desprovisto de su envoltura protectora— habría irradiado con tanta intensidad que lo hubiera obligado a caer de rodillas. El emperador detuvo la mano del obispo cuando éste quiso pasar una página. El abad se persignó: la imagen del demonio, que desplegaba una sonrisa maligna, ocupaba casi todo el espacio. La página estaba medio carbonizada, medio podrida, como si la mera representación del Maligno hubiera bastado para descomponerla. El obispo Melchior cerró el libro y, ayudado por el emperador, volvió a dejarlo en el suelo; después lo envolvieron en la tela que lo protegía. Se acercaron dos soldados y, con un esfuerzo considerable, llevaron el libro al coche del emperador, lo depositaron en su interior y cerraron la portezuela. El abad Martin aguardó a que el mundo se hundiera o

El abad la tomó como en sueños y la estrechó. —Para mí es un honor saber que el santo artefacto queda al cuidado de Su Majestad —graznó. El emperador asintió con la cabeza y se dirigió a su coche. Le lanzó una mirada a su médico de cabecera. El hombre de la barba alzó un pulgar y con la otra mano se secó el sudor de la frente. El abad oyó que el obispo Melchior, que acompañaba al emperador, le decía: —Si Su Majestad lo permite, yo acompañaré al doctor Guarinoni a Praga. —Se lleva la copia —dijo el abad mirando a Cyprian. Sus propias palabras le parecieron ajenas. —Sí, pero no lo sabe —dijo Cyprian—. Pronto todo el mundo creerá que él posee el original. Y ya no habrá más aventureros que crean haber oído una historia o que crean que la cristiandad se salvará mediante la astucia del diablo o — 646 — mediante un arma. Y si hubiera alguno, tendrá que ingeniárselas para obtener el permiso del emperador para rebuscar en su colección particular. —Pero la copia es inútil. Le falta la clave del Códice. —¡Qué mala suerte! —dijo Cyprian. El abad Martin agachó la cabeza. —He fracasado —confesó, después de un rato. —¿Por qué? El original sigue estando bajo vuestro cuidado, en algún lugar allí abajo^ Seguid conservándolo a buen recaudo.

-No. Intenté proteger al mundo de la Biblia del Diablo, pero en realidad lo que protegí fue el libro. Y ni siquiera lo habría logrado si no fuera por vos y por el emperador. Traté de proteger el libro sacrificando a mis amigos -dijo, señalando a Buh y al cadáver de Pavel-. Vos y el obispo procurasteis proteger a vuestros amigos... y con ellos a toda la cristiandad. Yo he fracasado. Alzó la mirada, buscó la de Cyprian y vio cómo éste ordenaba en su mente los acontecimientos de los que él, el abad Martin, era responsable: la masacre de veinte años atrás, los asesinatos cometidos por Pavel por orden suya, la casa incendiada, la muerte de Pavel... —Sí—dijo Cyprian, sin desviar la mirada, —Os agradezco todo lo que habéis hecho. De repente, Cyprian metió la mano en su camisa y extrajo dos monedas, Se las tendió al abad y éste vio que eran dos de los medallones que llevaban los custodios. —Os pertenecen, Uno era de Pavel. El otro... —dijo Cyprian forzando una sonrisa— lo perdió un loco que hace veinte años asesinó a diez mujeres y niños. Cuando quiso acabar con la vida de la undécima víctima, uno de sus cofrades lo mató de un disparo de ballesta. Vos conocéis la historia, desde luego... El abad clavó la mirada en Cyprian, y fue cómo mirar a través de un túnel en cuyo extremo apareció en medio de una tormenta de granizo. —Aunque parezca que ocurrió en otro país y en otra época. Conservadlo bien. Todo se inició con ese medallón —agregó

Cyprian. —¿De dónde...? —balbuceó el abad. —Allí viene el obispo —dijo Cyprian alzando la vista—. Creo que hay un par de asuntos que habréis, de consultar. Que Dios os perdone. —Sí —musitó el abad, con la sensación de que alguien lo asfixiaba. Los medallones le escocían las manos como un fuego helado—. Porque yo mismo no podré hacerlo. — 648 — 2 La interrupción irritó al Gran Inquisidor de Quiroga. La vida de un hombre era demasiado breve para cumplir todos los deberes que Dios le imponía, y aún más para ocuparse de asuntos para los cuales uno disponía de subordinados. Pero cuando se enteró del motivo de la interrupción, su irritación aumentó. —Una paloma mensajera, Eminencia. —¿Y qué? —Ha llegado hasta nosotros a través de la cadena gregoriana.

La cadena gregoriana era una telaraña de puestos de palomas mensajeras mediante las cuales el Santo Oficio se mantenía en contacto con medio mundo. Debía su nombre al papa Gregorio fue quien le confió al dominico la vigilancia y el cuidado de la organización mensajeril. Sólo los miembros de la orden tenían derecho de utilizar la cadena gregoriana. -¿Y qué? —El mensaje proviene de Praga. —; A quién tenemos en Praga? —A nadie, Eminencia. —; Dámelo! — 649 — El Gran Inquisidor leyó el mensaje; no necesitaba el pergamino que su ayudante pretendía tenderle; todos los códigos empleados por el Santo Oficio para su correspondencia los tenía grabados en el cerebro, al igual que cualquier comentario inocente emitido casualmente por uno de sus coetáneos y que podría indicar una herejía oculta. El rostro alargado y de nariz ganchuda del cardenal de Quiroga siempre parecía cansado y, debido a sus párpados caídos, casi un poco débil de mollera, un excelente camuflaje para un espíritu inquieto y agudo. Por fin alzó la vista. Su ayudante se puso derecho. —¿Dónde reina la peor herejía, hijo mío? —preguntó el Gran Inquisidor. —¡En todas

partes, Eminencia! —Correcto. ¿Has leído los nombres mencionados en este mensaje? El ayudante hizo un gesto afirmativo. —Cardenal Cervantes de Gaete. Cardenal Ludovico Ma-druzzo —enumeró el Gran Inquisidor, que después hizo una pausa—. Hernando Niño de Guevara. El ayudante aguardó. —Absolutamente infundado —dijo el cardenal de Quiroga. —Eso fue lo que pensé. Unos hombres tan importantes y poderosos como ésos... —Absolutamente infundado, ¡solamente en el caso del padre Hernando es mi siervo fiel. Está más allá de cualquier sospecha. ¿Dónde se encuentra ahora? —Ni idea, Eminencia. —No tiene importancia. ¿Disponemos de algún otro monje para misiones delicadas? " El ayudante reflexionó. Después asintió con la cabeza. —Ve a buscarlo. — 650 — La puerta, que el ayudante no había cerrado del todo, se abrió y una figura oscura se deslizó dentro de la habitación e hizo una breve reverencia. —Ya estoy aquí, Eminencia

—Ldijo—. Vuestro ayudante tuvo la amabilidad de decirme que acudiera tras la llegada de ese curioso mensaje de Praga. Siempre que le ahorraran tiempo y desplazamientos, el Gran Inquisidor apreciaba la iniciativa de sus colaboradores. Existen indicios de herejía, traición y conspiración. Id a buscar a esos hombres y traedlos aquí, a Toledo. El ayudante le entregó el papel al hombre de oscuro, que lo leyó y arqueó una ceja. —¿Hay algo que os moleste? También los cardenales son simples pecadores. En todo caso, algunos de ellos. —. Ningún problema, Eminencia. —Tened en cuenta el alboroto que se armará si hombre tan conocidos e influyentes son acusados de herejía. Eso no supone precisamente una propaganda para la Iglesia católica, y aún menos en esta época de reformismo. —A veces el camino a Toledo puede resultar peligroso. Accidentes, salteadores de caminos, uno se pierde y nunca más lo encuentran, las personas no prestan atención y se caen por la ventana... El Gran Inquisidor no sonreía. —Os deseo mucho éxito, don Manuel. — 651 — 3 Cyprian se había apartado. Estaba entre su tío y el abad, que hablaban en susurros, el gigante que hablaban en susurros el gigante que hablaban el confusión empezaba a apagarse. Aunque ello no aumentó el frío, se estremeció. Entonces recordó que había un cómplice del que debía despedirse. El padre Hernando estaba tendido en el suelo, encogido como un recién nacido. La punta de la saeta asomaban en el pecho. Sus lentes estaban rotos. Sin ellos, su rostro ennegrecido por la pólvora parecía el de un muchacho. Cyprian se acuclilló a su lado y le quitó la montura

retorcida de los anteojos. Una mano aferró su muñeca. El dominico abrió los ojos y lo miró fijamente, tratando de pronunciar unas palabras. —Un disparo excelente, padre —se oyó decir Cyprian. —Acércate —susurró el padre Hernando en latín. Cyprian se inclinó sobre él, mientras la mirada del padre trataba de enfocarlo. Éste le soltó la muñeca y tanteó, buscando los lentes. Cyprian le dio la montura. El padre Hernando trató de ver a través de los cristales inexistentes y lanzó un suspiro.

— 652 — El padre Xavier ha muerto —dijo Cyprian. Hernando parpadeó; tenía los labios azules—. Has cumplido tu misión. El dominico movió los labios y trató de girarse. Cyprian le apoyó una mano en el hombro. El padre Hernando asintió con la cabeza y después sus ojos se cerraron lentamente. Su mano apretó la montura de los lentes y la rompió. Cyprian se puso de pie y lo

a decir que en aquel momento otro hermano del emperador Rodolfo, a saber, Albrecht von Habsburg, era arzobispo de Toledo y que siempre se mantuvo apartado de los terroríficos espectáculos de la quema de herejes.

que el cielo se abriera, pero no pasó nada. El emperador se aproximó al abad con paso inseguro. —No dejéis de sonreír—masculló Cyprian. —Os damos las gracias —dijo el emperador y le tendió la mano.

contempló. Después se aproximó a Agnes. — 653 — 4 Cuando Cyprian llegó a su lado, Agnes alzó la mirada. El doctor Guarinoni había agrandado la herida provocada por la flecha de la ballesta mediante un par de cortes y había extraído la punta. Por suerte, Andrej se había desmayado durante la operación. Luego el médico dejó caer unas gotas en la herida, Andrej se recuperó del desmayo y el galeno le vendó el torso. —Se salvará —dijo Agnes—. El doctor dice que ha sido una suerte que el disparo se realizara desde una distancia tan escasa. Los proyectiles de ballesta adquieren una velocidad mortífera tras sólo unos pasos. —El doctor también dice que aún no está dicho que la herida no se infecte —gruñó el médico—, que no se haya contagiado de la peste en este agujero infernal o que mañana no le caiga un ladrillo en la cabeza. —Puedes perder la vida todos los días —dijo Cyprian—. Ahora que habéis obrado este milagro, doctor, ocupaos de alguien tendido junto a la entrada del convento. Es un hombre a quien su ángel de la guarda protegió en el último instante, cuando él mismo se disparó un proyectil de ballesta en el cuerpo. Es un dominico, pero salvarle la vida a uno de esos sujetos podría ser una buena obra. Agnes lo miró. Se sentía más exhausta y más feliz que nunca. La cabeza de Andrej reposaba en su regazo; ella le había — 654 — apoyado la mano en la venda y sentía su respiración lenta y sosegada. Tenía un hermano. No sabía cómo era eso de tener hermanos, pero sospechó que lo aprendería. Siempre creyó estar sola en el mundo, una soledad\* que ni siquiera el amor de Cyprian habría cambiado, pero íntimamente comprendió que esa idea ya sólo era un recuerdo. Cyprian sonrió y la sonrisa la hizo estremecer. Nunca había estado tan exhausta y tan feliz..., y nunca lo había amado tanto como en ese instante. —No sólo te has hecho con un

-¿Ah, no? —También te has convertido en tía. —¿Qué dices? ¿Andrej tiene un hijo? —Bueno, la verdad es que es un poco más complicado. —¿Cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene? —Tu madre te lo contará todo cuando regresemos a Praga. Estoy convencido de que entretanto ella ha vuelto locas a media docena de nodrizas y que como mínimo ha devorado a un dragón que se acercó demasiado al pequeño. —; ¡Mi madre! ? ¿Te refieres a Theresia Wiegant? —Te dije que era complicado. —Cuéntame la historia. —Agnes, querida mía —suspiró, pero sin dejar de sonreír—, mírate al espejo y verás la historia ante ti. La joven lo miró sin comprender, pero él se inclinó y la besó, y en ese momento ese beso era lo único que ella quería. — 655 — EPÍLOGO En realidad, mi intención era la de narrar la historia del emperador Rodolfo de Habsburgo, del alquimista sentado en el trono imperial, del coleccionista de arte y neurótico instalado en el corazón del reino alemán, cuya crasa incompetencia para ocupar el trono allanó el camino de la indecible desgracia que supuso la Guerra de los Treinta Años. La Biblia del Diablo sólo debía suponer una parte del argumento de esta historia. Ouien hava practicado el oficio de escribir durante el tiempo suficiente, comprende que las historias mismas son las que saben cómo quieren ser narradas.

En relación con esto, poseen el mismo poder que le adjudiqué a la Biblia del Diablo en mi novela: hacen todo lo posible por volverse públicas. Por eso, se podría decir que mi relato sufrió una transmutación que estableció una relación con la alquimia, pero que redujo la figura del Gran Alquimista Rodolfo, el emperador, y lo convirtió en una viñeta, aunque conservó cierta importancia. Lo que quedó fue un grupo de personajes históricos que no dejaron de insistir en jugar un papel en mi relato. — 657 — No cabe duda de que quien ocupa más espacio es Mel-chior Khlesl, cardenal, obispo de Wiener Neustadt y hacedor de emperadores. Y el reino alemán ha de agradecer sus esfuerzos, pues a ellos se deben que el emperador Rodolfo fuera depuesto en 1612 y reemplazado por el archiduque Matthias. Por desgracia, éste era tan poco idóneo para ocupar el trono como su hermano mayor, pero queremos suponer que Mel-chior Khlesl no tuvo la culpa. En la obra dramática de Franz Grillparzer Ein Bruderzwist im Hause Habsburg, el obispo juega un papel decididamente mef istofélico; me tomé la libertad de retratarlo de un modo más positivo. Mientras que su historia personal, su conversión a la fe católica, la conversión de su familia y su lucha contra la corte del emperador Rodolfo están confirmadas por la historia, está claro que me tomé una libertad dramática mucho mayor en cuanto a su participación en la búsqueda de la Biblia del Diablo. Es verdad que los cardenales de Gaete y Madruzzo existieron, pero no planearon una conspiración —en todo caso, ninguna que yo conozca— y tampoco mandaron asesinar a dos Papas, dado que el auténtico cardenal de Gaete ya

había muerto hacía unos cuantos años en el momento histórico en el que se desarrolla la novela. Hernando de Guevara, cuya figura delgada y cuyos lentes redondos de aspecto bastante moderno fueron retratados por El Greco en 1600 (el cuadro está en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, e ignoro si está en venta), también tiene dos Papas sobre la conciencia; durante un tiempo fue el ayudante del Gran Inquisidor cardenal de Quiroga y más adelante ocupó su puesto. Según mis investigaciones, el buen hombre realmente se llamaba Hernando y no Fernando, aunque aquél sea el nombre que aparece en el título del cuadro. Por otra parte, el Gran Inquisidor cardenal de Ouiroga también se mantuvo alejado de los cónclaves descritos en el libro, porque los herejes españoles se negaban Para la descripción del Auto de fe de Toledo, me dejé — 658 — guiar por la historiadora Jacqueline Dauxois. Al describir la escena, suprimí la situación política que condujo a que el Vicario General Loayasa (otro personaje histórico, junto con sus hijas) reemplazara al arzobispo, porque aquella situación era bastante compleja; aquí también me limitaré

En caso de que el lector haya creído que me limité a inventar la situación dramática que supone la muerte de tres Papas en sólo pocos meses, debo decepcionarlo; esta fluctuación letal en el trono papal se corresponde con la realidad histórica (excepto el motivo, véase arriba). Y si el lector se pregunta por el motivo novelístico que hizo que el comandante de la guardia suiza y su reemplazante sean padre e hijo, le ruego que me permita informarle de que, en este caso, también se trata de una realidad histórica. ¡Ojalá fuéramos capaces de inventar todas las biografías que la vida escribe por casualidad! En la corte del emperador Rodolfo, además de él mismo y sus neurosis confirmadas por la Historia, se destaca el doblete formado por el barón Rozmberka y el juez superior regional Lobkowicz. Con ellos me tomé la máxima libertad. Quiero suponer que en la realidad, su profesionalidad era mayor. Tampoco hay garantías de que Giovanni Scoto sedujera a la mujer del juez superior regional, aunque en ese caso hubiera sido la única de todo Praga que no sucumbió a sus encantos. Aquí también puedo revelar el secreto acerca de adonde huyó maese Scoto después de que los señores Dee y Kelley le amargaran la vida en Praga: se instaló en la corte del duque Johann von Coburg, donde unos años después sedujo a la duquesa y provocó una historia trágica. Los custodios son un invento, pero no el abad Martin Korytko, el muy discutido abad de Braunau (Broumov). Según dicen, su tolerancia frente a los protestantes condujo a la — 659 — construcción de la iglesia de San Wenceslao en el Niedertor de Braunau, cuya proyectada demolición en el año 1618 provocó la Defenestración de Praga y con ésta la Guerra de los Treinta Años. Una figura que de algún modo tuvo la culpa de esa espantosa guerra debía ocupar un lugar importante en la novela. El doctor Guarinoni también existió de verdad, era el médico de cabecera del emperador Rodolfo. Evidentemente, el único personaje inventado de toda la corte del emperador es el enano que se despide de Andrej de un modo tan indiferente tras el primer encuentro de éste con el emperador. Pero quizás existió un enano como ése, y una vez más, las fuentes históricas silencian a las personaje histórico auténtico perteneciente a la orden de los dominicos de aquella época. Hay un paisaje que visité durante mis investigaciones y que me produjo tanta fascinación que decidí incluirlo en la novela, aunque en realidad los protagonistas, en su viaje de Praga a Braunau, no podrían haberlo atravesado sin dar un rodeo totalmente inútil: las ciudades de rocas de Teplitz y Adersbach. Se encuentran al noroeste de Braunau v forman un fantástico panorama de torres rocosas, figuras mitológicas, gigantes convertidos en piedra v otras cosas más. Están atravesadas por senderos y rutas para escaladores, en tiempos pasados fueron escondrijos para contrabandistas, salteadores de caminos y otros delincuentes, algo que he descrito brevemente en la novela.

Hoy en día, el intento de comprar un recuerdo para los niños en medio de una horda de adolescentes chillones sigue siendo muy peligroso. En la época en la cual transcurre la novela, la lucha entre la Reforma y la Contrarreforma estaba en pleno apogeo y aunque muchos coetáneos reconocían que acabaría en catástrofe, nadie parece haber sido capaz de detenerla, sobre todo los cabecillas (el Papa y el emperador de aquella época). Los grandes polí—660 — ticos, como el obispo Melchior Khlesl, intentaron tomar las riendas, pero los políticos mezquinos —tan frecuentes en aquel entonces como en el presente e igual de numerosos— estaban ocupados en hacer su agosto. El tremendo accidente, que ellos no impidieron y que asoló Europa entre 1618 y 1648, devoró tanto a unos como a otros. Pero eso vuelve a ser otra historia. La situación en Viena —desde el enfado de los mercaderes debido a la competencia extranjera y los desastres causados por las inundaciones, hasta las procesiones católicas no celebradas— proviene de la historia de Viena, muy meticulosa y de varios volúmenes, obra de Peter Csendes y Ferdinand Opll; hoy en día la situación en la casa de expósitos de las carmelitas sique siendo la misma que en los asilos, como podrá comprobar el lector que se aleje lo bastante de los rincones lustrosos de la civilización humana (y eso no supone emprender un largo viaje). Es verdad que a fines del siglo XVI, Brau-nau, hoy Broumov, se vio asolada por diversas epidemias de peste y muchas inundaciones, lo que me

llevó a suponer que todos los lugares en los que la Biblia del Diablo permaneció durante cierto tiempo fueron víctimas de la ira del Señor. En Broumov existen réplicas y exvotos que dan fe de ello. La historia del fantasmagórico lago debajo de la iglesia de Heiligenstadt pertenece, con algunas variaciones, a las leyendas de la capital austríaca, como

también la leyenda de la hilandera al pie de la cruz que Cyprian le narra a su amada Agnes. ¿Y la Biblia del Diablo?

Bien...

Antes de hablar de ella, ¡recomiendo al lector que la visite! Según cuándo lea este epílogo, el libro se encontrará en Praga formando parte de una exposición que recorrerá todo Chequia (de septiembre a diciembre de 2007) o en la Biblioteca Real de Estocolmo. Que el lector sepa que quedará impresionado. La Biblia del Diablo o Codex Gigas (del griego gigas: gigantesco) es el manuscrito medieval más voluminoso del mun— 661 — do. Se necesitan dos hombre fuertes para levantarla, mide unos 100 x 50 centímetros y contiene más de 600 páginas manuscritas en pergamino de piel de asno y su realización supuso que 160 burros pasaran a mejor vida. El Códice fue creado a principios del siglo XIII en el convento benedictino de Podla-zice, en el sur de Bohemia. El nombre «Biblia del Diablo» se debe a un dibujo a toda páginas; pero también está relacionado con el hecho de que el autor trató de incorporar todo el saber del mundo en su obra...

y desde aquel asunto con la serpiente y el fruto con pepitas del género malus domestica, detrás del intento de alcanzar todo el saber del mundo se encuentran los insistentes susurros del diablo. El ejemplar de la Biblia del Diablo al que invité al lector a visitar más arriba —opto por la palabra «ejemplar» puesto que tras leer la novela, el lector y yo sabemos que no puede tratarse del original, ¿verdad?— pasó de estar al cuidado de los benedictinos de Brou-mov, el emperador Rodolfo II y por fin, a partir de 1648, al cuidado de los suecos.

sabemos que no puede tratarse del original, ¿verdad?— pasó de estar al cuidado de los suecos.

A finales de la Guerra de los Treinta Años, las tropas suecas la robaron del Hradschin. Hoy está —no sin alguna controversia— en poder de la Biblioteca Real de Estocolmo, que, tras una prolongada lucha interna, otorgó el permiso para que figurara en la exposición de tres meses en Praga. Estos son los hechos. La leyenda es aún más interesante.

Dicen que un monje cargaba con un gran pecado. Como penitencia, se dejó emparedar y prometió que mientras moría lentamente de hambre y de sed escribirá un libro que conturiera toda la sabiduría del mundo. En medio del proyecto, comprendió que no podría acabarlo y le pidió ayuda al diablo. A cambio le ofreció su alma. Lucifer, que frente a transacciones similares ya había sido engañado con anterioridad (como en el caso del puente de piedra de Regensburg), creyó — 662 — que un monje emparedado no podría engañarlo y se puso manos a la obra.

Parece que tras escribir aproximadamente la mitad que interpreté el resto de esta leyenda en la novela. Por otra parte, el que falten tres páginas de la Biblia del Diablo es un hecho histórico y sólo podemos especular acerca de su contenido y de adonde fueron a parar... — 663 — AGRADECIMIENTOS Ante todo, y de todo corazón, doy las gracias a mi agente Anke Vogel, que en este caso no lo tuvo fácil porque me llevó bastante tiempo encontrar el núcleo de la historia. A mis lectoras Sabine Cramer y Martina Sahler y a todos los y las colegas del grupo editorial Lübbe que, contra viento y marea, crearon un libro maravilloso a partir de un grueso fajo de páginas manuscritas. (¡Me han descubierto! Claro que hoy en día la comunicación entre la editorial y el autor se realiza mediante el intercambio de datos y

no mediante un fajo de papel escrito, pero la otra fórmula suena mejor.) A mis lectores de pruebas Sabine Stangl, Angela Seidl y Thomas Schuster, a quienes sumí en la confusión con cientos de páginas antes de caer en la cuenta de que quería escribir una historia completamente diferente. A Josef Kindl, del seminario del convento benedictino de Broumov situado en el norte de Bohemia, que me ayudó durante mi investigación en Chequia. Al doctor Jan Frolik, que no tuvo inconveniente en que yo tuviera presente en explicó algunas cosas acerca del desarrollo del humo durante un incendio, lo que a su vez permitió que Cyprian lograra salir más o menos indemne del incendio de la seminario del convento benedictino de Broumov situado en el norte de Bohemia, que me explicó algunas cosas acerca del desarrollo del humo durante un incendio, lo que a su vez permitió que Cyprian lograra salir más o menos indemne del incendio de la seminario del convento benedictino de Broumov situado en el norte de Bohemia, que me explicó algunas cosas acerca del desarrollo del humo durante un incendio, lo que a su vez permitió que Cyprian lograra salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos indemne del incendio de la sucurian salir más o menos del del manurian salir más o menos